JON BILBAO

Esta es tu casa





JON BILBAO

ESTA ES TU CASA

IMPEDIMENTA

LO QUE SUCEDIÓ EN LA CUEVA

La sirena de la lonja del pescado callaba. Habían cesado los bombardeos aéreos. También el fuego de artillería. Durante veintidós días, las ondas expansivas se habían apropiado de las calles de la villa corriendo ahora en un sentido, de inmediato en el opuesto, entrechocando, llevando al delirio a los vecinos, haciendo añicos los cristales de todas las ventanas y flamear las cortinas en contra del viento. El colofón había llegado hacía una hora, cuando los milicianos en retirada dinamitaron el puente sobre el Sella.

Era media tarde. El silencio penetraba hasta el último rincón, como si buscara paliar los daños causados por las ondas expansivas. Todas las embarcaciones habían zarpado del puerto. La explanada entre el agua y la primera línea de casas también estaba desierta. Ni un vehículo, ni mucho menos personas, solo cascotes desprendidos de las fachadas. Las bocacalles que daban a la ría estaban cerradas con parapetos de sacos. Las gaviotas y los cormoranes no osaban alzar el vuelo de sus dormideros frente al mar. Bajo los muelles, las ratas formaban cercos temblorosos, con las crías lampiñas en el centro, contagiadas del nerviosismo husmeante de los adultos. En las casas, los vecinos que no habían podido escapar y los que nunca habían tenido intención de hacerlo permanecían mudos, a lo sumo

un suspiro que no iba más allá de la habitación de al lado, o el susurro de unos dedos huesudos y ásperos al pasar las cuentas del rosario. El silencio permitió oír desde lejos la columna motorizada.

Tan ansiosa estaba la madre que fue una de las primeras en atreverse a salir. Bajó las escaleras llevando al crío de la mano. En el portal le remetió la camisa en los pantalones y lo peinó con los dedos. La cabeza bien alta. Mírame a mí, así. Las calles de Ribadesella estaban vacías. Muchos habían huido, a bordo de buques ingleses, de embarcaciones de pesca, hacinados en camiones, a pie. En la villa no quedaba nadie con autoridad.

Las Brigadas de Navarra desfilaron blandiendo la enseña nacional. Un brigadista se apartó de la columna y detuvo la moto. Le dio al crío un trozo de pan blanco. A la madre la repasó de la cabeza a los pies, sonriendo. Ella, que se había vestido de domingo, sacó pecho. ¡Viva España!, dijo. Los balcones se engalanaban con banderas que llevaban quince meses escondidas.

Cada vez más vecinos se animaban a salir. Caminaban pegados a las fachadas. Cruzaban las calles encogidos y a la carrera. Los republicanos se habían atrincherado en la otra orilla del Sella.

Aquella tarde la madre y el crío asistieron a misa por primera vez en más de un año, una ceremonia de campaña oficiada por un capellán castrense. La iglesia había sido cañoneada. Dentro se apilaban muebles decomisados. A la madre le rugió el estómago mientras esperaba su turno para recibir la comunión. Luego dejó ir al crío, que corrió por el pueblo, ávido de maravillarse.

En la Plaza del Mercado del Ganado, una sección de carros de asalto permanecía cobijada bajo los árboles. El crío sabía que los ocultaban de la aviación republicana, pero prefirió pensar que los carros habían buscado el alivio de la sombra, como un grupo de rinocerontes tras una larga marcha. Los brigadistas sacaron a la calle

los instrumentos de la banda municipal e improvisaron una murga. Concluía septiembre y el ambiente era de fiesta de verano.

El crío llegó a la Plaza Nueva. Bajo el quiosco de música jugaban a la brisca unos moros. Uno llevaba un mico encaramado a la espalda. Paseaba de un hombro al otro como si montara guardia. A veces se ponía de pie y oteaba, agarrado con una manita peluda al turbante.

De los hombres que rodeaban a los moros como si siguieran la partida, uno le guiñó un ojo al crío. Llevaba cazadora de piel y sombrero de fieltro de ala ancha. El crío se quedó muy quieto, sin saber qué hacer, un poco asustado. Qué, ¿no vienes a saludarme? Y entonces apareció la madre, corriendo, y se lanzó a los brazos del hombre. Estaba llorando. Se apartó de él para mirarlo mejor. Se dobló como si le doliera el estómago, sin dejar de llorar, se llevó las manos a la frente y lo abrazó de nuevo. ¿Pero dónde estabas? Escondido. ¿Escondido? ¿Dónde? Por aquí cerca, ya sabes. Y estás bien, estás bien, repetía ella. Creía que te habían matado, que te habían hecho a saber qué y luego matado. Qué me van a matar esos. No digas tochuras. Era contratista de obras, el socio del padre del crío. Sonreía satisfecho. Se inflaba los pulmones como si hiciera mucho tiempo que no respiraba aire limpio, aunque no tenía mal aspecto, afeitado, las mejillas llenas, color bueno. Estrechaba la mano a otros vecinos, que lo miraban extrañados. Del padre del crío nada se sabía desde el estallido de la guerra.

Veinte días tardó en quedar asegurada la orilla izquierda. Se acallaron las ametralladoras antiaéreas. La Falange llevó a cabo batidas para sacar de sus escondrijos a los echados al monte. Corrían rumores de que los huidos estaban dispuestos a todo: cruzar la ría a nado, al amparo de la noche, y prender fuego a la villa

donde habían nacido y aún tenían familiares.

No había suministro de agua ni de electricidad. La madre y el crío hacían cola en la fuente de la iglesia y acarreaban los baldes a casa. Igual que había hecho durante el año anterior, la madre fabricaba jabón con grasa de cerdo. La sosa le había arrasado las manos. Recorría las aldeas del concejo cambiando jabón por comida. Así habían sobrevivido ella y su hijo. Más gente hacía jabón, pero el de la madre era el mejor. Se servía de cuanto dispusiera a mano, era imaginativa y no tenía miedo de realizar experimentos. Hallaba en ello un placer que no se podía arrebatar ni censurar. Sin dejar de remover la mezcla en ebullición, agregaba corteza de limón rallada, infusión de cardo o algas secas. Los recorridos por las aldeas tenía que hacerlos a pie. El coche se lo habían incautado nada más empezar la guerra.

Para el crío las cosas tampoco habían mejorado tanto como querría. En el cine Divino Argüelles se habían dejado de proyectar películas. Ahora se usaba como cárcel.

Al socio del padre lo veían a diario, o casi. Los visitaba en casa. Les llevaba una borona o una botella de anís. Se sentaba en la cocina a hablar con la madre. Él fumaba. Ella removía el jabón y le contaba lo que la habían obligado a hacer, descabezar sardinas en las fábricas de conservas, limpiar los baños de los barcos de refugiados.

Si el socio del padre no iba a casa, siempre sabían dónde encontrarlo. Jugaba a las cartas en el café Apolo con el alcalde, nombrado por el comandante militar de la plaza. El socio del padre se hacía notar porque, el día en que los nacionales entraron en la villa, le compró el mico al moro al que vieron en la Plaza Nueva. Lo llevaba sujeto con una correa de perro. Se pasaba el fiador de la correa por la muñeca y jugaba a las cartas con el mico subido a la

espalda. El bicho se cambiaba de un hombro al otro escapando del humo del cigarrillo.

El crío iba a la otra orilla él solo. Un servicio de lanchas transportaba a los vecinos desde el puerto a la Punta del Arenal. Durante el trayecto el crío contemplaba los restos del puente dinamitado, ahora nada más que una percha enorme para las gaviotas. Caminaba, por la orilla de la ría en dirección a Sardalla. Cargaba con una cesta de pesca por si encontraba algo que llevar a casa, castañas, setas. Al principio le decía a su madre adónde iba, pero no tardó en dejar de hacerlo. Ella estaba vendiendo jabón por las aldeas u ocupada en la cocina, hablando sola, monólogos en tono afrentoso que repetía varias veces a lo largo del día, de manera idéntica, sin cambiar ni un solo insulto, ni uno de los resoplidos de desdén que intercalaba a modo de cesuras dramáticas.

Un sábado por la tarde oyó a su madre empezar de nuevo. El crío cogió la cesta. ¿Adónde vas tú? Está orvallando. Dijo que a por caracoles y salió de casa. Bajó la escalera del edificio muy despacio, esperando que su madre abriera la puerta y comprobara si se había abrigado bien, pero ella no se asomó.

Mientras cruzaba la ría dejó de llover. La capota de nubes se abrió y se formó un arcoíris. Nunca lo había visto tan cerca. Traslúcido, sí, pero se diría que también sólido: un nítido portal hacia cuyo centro se dirigía la lancha. Un extremo teñía la espuma de las olas ante la playa. El otro se hundía entre los árboles, en la zona que él acostumbraba a recorrer, más allá de la cuevona de Ardines.

Por supuesto, había oído historias sobre lo que se oculta al pie de un arcoíris. En cuanto saltó a tierra caminó hacia allí. Justo enfrente, al otro lado de la ría, estaba su casa. Otras veces le había reconfortado mirar en aquella dirección y pensar que su madre le

esperaba, pero quién quería mirar ahora su casa.

Una trocha abierta por jabalíes subía la ladera. Avanzó agachado por el túnel vegetal. El suelo estaba embarrado y recorrido por babosas. De los espinos colgaban cerdas de jabalí. El olor a ramas rotas y a tierra revuelta mareaba. Por el túnel circulaban corrientes de aire, ahora cálidas, como salidas de una madriguera de animales, ahora frescas y húmedas, como exhaladas por la ría. Cada vez que una de las corrientes lo alcanzaba, las cálidas de frente, las frescas por la espalda, él se detenía a la espera de no sabía qué, hasta que se acordaba del arcoíris y continuaba adelante. De entre el brezo y el laurel silvestre llegaban charloteos y aleteos de pájaros. En ocasiones el sonido se iniciaba de súbito, alarmada el ave por las pisadas del crío, y un instante después menguaba, alejándose, pero otras veces el sonido persistía, acompañado de un frufrú frenético de hojas, como si el ave hubiera quedado atrapada por algo que no le permitía emprender el vuelo.

Apartó ramas para abrir un ventanuco. La ladera del macizo de Ardines formaba un seno. La trocha remontaba un costado y el extremo del arcoíris apuntaba hacia el otro. Le decepcionó descubrir que no alcanzaba el suelo. Sin embargo, allí había algo, debajo de los colores, a modo de pequeño consuelo, muy oscuro en comparación.

Un hombre caminaba entre la maleza. Boina y abrigo negro, un morral con mucho bulto, y se apoyaba en un bastón. El crío lo reconoció. Era Salus, el carpintero de ribera. Antes de la guerra era habitual que recorriera los alrededores del pueblo buscando troncos adecuados para las piezas que tuviera que fabricar. En el morral solía llevar sus plantillas, los calibres y el hacha. Había regresado al trabajo. Volvía a haber embarcaciones en el puerto.

El crío se quedó muy quieto. El hueco entre la vegetación no era

lo bastante grande como para llamar la atención del carpintero.

Salus se detuvo en una terraza natural de la ladera y miró a su alrededor. Lio un cigarrillo y lo fumó con parsimonia, sin dejar de observar el camino por donde había llegado, la ría y la villa. Luego introdujo las manos en la apretada vegetación de la pared de la ladera y separó una parte, como un gran almohadón marrón y verde, pensó el crío, o la pieza de un rompecabezas, o una puerta escondida, y donde antes había habido madera y hojas y espinas ahora se abría un espacio negro, la boca de una cueva. Esto no sorprendió tanto al crío. Las cuevas abundaban en la zona. Muchas se habían usado como refugio durante lo que iba de guerra. En la cueva de Berbes, todos los vecinos corrían a cobijarse en cuanto asomaba la alcahueta, el avión de reconocimiento de la Legión Cóndor. El maestro había trasladado allí la escuela para no perder tiempo con tanto ir y venir.

La boca donde se metió Salus tenía la anchura de una puerta como las de las casas y era más baja. El carpintero se tuvo que agachar. Luego tiró del entramado de vegetación para ocultar de nuevo la entrada.

Mientras el crío esperaba, desapareció el arcoíris. Sabía que en la cueva no había ningún tesoro porque Salus nunca había poseído nada valioso. Dormía en un rincón del taller que tenía en el puerto, con un cuchillo debajo de la almohada por miedo a las ratas. Su mayor pesadilla era que, una noche en que hubiera bebido demasiado, las ratas lo rodearan y comenzaran a devorarlo, y que él, anestesiado por el vino, no se despertara a tiempo de sacudírselas de encima. Esto lo sabía el crío porque se lo había contado su padre, a quien Salus le caía bien. El padre le había regalado al carpintero un abrigo que le empezaba a quedar estrecho. Otra vez unos guantes de lana. También lo invitaba a un último vaso de vino

cuando ya nadie estaba dispuesto a hacerlo.

El carpintero no tardó en salir. Primero asomó la cabeza y, como había hecho antes, observó largamente los alrededores. Cuando se alejó, la cueva volvía a ser invisible. Todo estaba como antes, con la salvedad, se fijó el crío, de que ahora el morral del carpintero abultaba menos.

De repente tuvo miedo de que Salus lo descubriera. Bajó por la trocha lo más rápido que pudo y regresó a casa.

A finales de octubre, tras la caída de Gijón, la guerra era una tormenta que se alejaba. Continuaban oyéndose truenos, pero cada vez más débiles. Solo llegaban noticias de derrotas republicanas, de carreteras colapsadas por soldados en retirada, de desorganización y de mandos en fuga. Por lo que respectaba a Asturias, ya estaba todo dicho.

En diciembre se levantó la prohibición de celebrar mercados. El primer día se soltó un toro. El dueño quería venderlo porque le quedaban pocas vacas que cubrir. Luego se dijo que el animal estaba loco; era hijo de hermano y hermana. El toro, de más de mil kilos, se enrabietó y arrambló con el cercado. Antes de que la guardia civil lo abatiera a tiros, arroyó a un vecino.

La noticia corrió por todo el concejo. El vecino había muerto en el acto. Salus no se volvería a preocupar por las ratas.

Hasta entonces, el temor a encontrarse con el carpintero había mantenido al crío lejos de la cueva. Por las noches, se dormía pensando en lo que Salus escondía allí, aunque no era eso lo que más le interesaba. ¿Cómo sería la cueva de profunda? ¿Estaría comunicada con alguna de las otras que había en el macizo? Si

entrara por la boca camuflada con ramas, ¿por dónde saldría? En ella podría tener un refugio secreto, podría ser su segunda casa, donde no debería obedecer las órdenes ni oír los lamentos de nadie.

Sin embargo, tras enterarse de la muerte del carpintero, no fue a la cueva de inmediato. Había oído hablar de los *fugaos.* Allí debía de haber alguien escondido. Salus le llevaba comida y noticias acerca de cómo estaban las cosas en la villa. No había otra explicación. Debía de ser algún republicano de los alrededores. El crío imaginó que aquel hombre, fuese quien fuese, se asomaría fuera de la cueva al amparo de la noche. Saldría a respirar aire fresco y a contemplar la villa. No se alejaría de la entrada, siempre atento a cualquier ruido, siempre angustiado. Cuando se le acabara la comida y se resignara a que Salus no iba a volver, no tendría más opción que irse, y entonces la cueva quedaría libre.

El crío dejó que pasara una semana. Luego otra. Para entonces el *fugao,* si lo había, ya se habría marchado. Se figuró que había conseguido escapar. El socio del padre también jugaba a las cartas con los falangistas y no había oído que hubieran apresado a nadie por la zona.

El barquero que lo pasó a la otra orilla miró la cesta de pesca y le guiñó el ojo, dando por supuesto que el crío tenía una caña escondida en algún sitio. Estaba prohibido pescar en la ría, por todos los cadáveres que, decían, había aguas arriba. No obstante, algunos vecinos hacían caso omiso. En dos ocasiones, cuando el crío volvía a casa, la guardia civil le había ordenado que les enseñara lo que llevaba dentro: una vez, castañas; otra, cardos.

Subió por la trocha de los jabalíes. Mientras se acercaba a la cueva, no dejó de mirar por encima del hombro. Antes de retirar el entramado de ramas que servía de puerta, se agachó y, como había

visto hacer a Salus, dedicó un buen rato a asegurarse de que no hubiera nadie cerca. Apartó la puerta y entró. Escondidas bajo la ropa llevaba dos velas y una caja de cerillas. Aun así, no se atrevió a cerrar la puerta por completo. La luz del exterior le daba confianza. Las piernas le temblaban.

Estaba en una sala de dos metros de ancho y cuatro de largo. No había nadie. Se tranquilizó. El techo era bajo, erizado de estalactitas de un palmo de largo. Un adulto habría tenido que caminar encorvado. Las paredes se hallaban cubiertas por una sustancia blanquecina, parecida al residuo que queda cuando se escupe sobre un ladrillo caliente. En el suelo de barro crecía una tupida alfombra de verdín, de un color intenso y brillante, en la que, con total claridad, se apreciaba el sendero de huellas que iba desde la entrada al fondo de la cueva.

En la parte más profunda las paredes se arrimaban una a la otra y el techo perdía altura. Las estalactitas eran más grandes y abundantes, y al pie de las paredes se alzaban estalagmitas. En el suelo se abría un pozo. Se acercó. La luz del exterior no permitía apreciar cómo era de profundo. Quizá llevara a otra sala. Encendió una cerilla y de inmediato la apagó, asustado. El fogonazo le había mostrado la cuerda que salía del pozo. El extremo estaba atado a la más gruesa de las estalagmitas. Alguien había teñido la cuerda de negro para disimularla. El crío se acordó de las manos del carpintero de ribera, siempre manchadas del alquitrán que usaba para calafatear.

Se quedó muy quieto. Oyó algo. Ruido en el pozo. Algo se movía allí abajo. Le pareció distinguir un susurro. Y luego, muy clara, una voz.

¿Salus?

Reaccionó sin pensarlo. Recogió la cuerda. Le pareció que no

acabaría nunca. A sus pies se amontonaron metros y metros, o esa fue su impresión. Mientras tiraba todo lo rápido que podía, creyó oír algo más, movimientos en el pozo, un gruñido. A lo mejor el que estaba abajo intentaba impedir que le arrebatara su vía de escape. El otro extremo de la cuerda salió del pozo. El crío lo dejó caer al suelo y apartó el montón a un lado empujándolo con el pie. El corazón le iba muy rápido, no le dejaba escuchar.

No dijo nada. Quien estaba abajo tampoco. Y en el silencio de este, el crío reconoció el miedo. Lo imaginó agazapado en la oscuridad, a la expectativa, con la cabeza alzada hacia el pozo. Recordó cómo había llamado a Salus y en su cabeza la voz sonó teñida de temor. También de ansiedad y cautela, pero por encima de todo de temor.

Quien estaba abajo tenía miedo. Él estaba arriba y no lo tenía.

Dejó las velas y las cerillas junto al montón de cuerda.

Salió de la cueva sin apresurarse. El verdín del suelo acalló los pasos. Volvió a cerrar la puerta de ramas.

Si después de dos semanas sin recibir comida el *fugao* continuaba en la cueva, no tenía ningún sitio adonde ir, o estar fuera era demasiado peligroso para él, pensó el crío.

Lo imaginó pálido, barbudo, desgreñado. Si tenía alguna luz, solo se atrevería a encenderla de día, para no arriesgarse a que el resplandor, por débil que fuera, llamara la atención de alguien. Se movería a tientas en la cámara inferior de la cueva. Si se le había acabado el agua, lamería la humedad que rezumaba de las paredes. Si se le había terminado la comida, comería verdín, comería arañas, comería murciélagos y los disfrutaría tanto como disfrutaba él cuando, antes de la guerra, su padre llevaba un pollo a casa.

Imaginó que rezaba, pero se acordó de que los rojos no creían

en Dios. Aunque a lo mejor sí lo hacían cuando las cosas se ponían difíciles. ¿No decía eso su madre? ¿No se lo había oído repetir cientos de veces? Ya os llegará la hora en que recéis, y entonces nadie os hará caso.

Ató un sedal de pesca al asa de la cesta y la bajó por el pozo. Si el hombre intentaba trepar, el sedal se rompería. El crío perdería la cesta, pero el hombre perdería mucho más.

Dentro de la cesta, las dos velas y la caja de cerillas. La cesta llegó abajo. Esperó hasta oír el chasquido de una cerilla. Luz no vio. Contó en silencio hasta diez. Del fondo del pozo no llegó ningún sonido.

En la cesta también había metido una nota, escrita en papel de estraza: NO ABLES SI QIERES COMER SI ABLAS ME BOI.

El crío se cuidó de no decir nada él tampoco. Si el de abajo descubría que solo era un crío, no tendría miedo.

Subió la cesta. El de abajo había pasado la primera prueba. Las velas y las cerillas no estaban.

La víspera, el socio del padre había ido de visita a su casa. Les seguía llevando regalos, que la madre agradecía, aunque cada vez eran más modestos, no como en los días siguientes a la llegada de las Brigadas de Navarra. Ahora, como mucho, medio balde de carbón, un frasco de achicoria. El socio intentaba volver a trabajar como contratista. Aseguraba que era un momento de grandes oportunidades, aunque nadie las regalaba. Concluida una lucha, empezaba otra. Los arribistas se pisoteaban sin compasión entre ellos arguyendo superioridad moral. El crío había oído cómo el socio le decía a la madre que no dejada de toparse con dificultades. Pese a su buena relación con los falangistas, corrían infundios en su contra, poniendo en duda su afección al nuevo régimen. No

obstante, el socio iba a misa a diario y confiaba en que el alcalde, amigo suyo y antiguo ayudante de Obras Públicas, terciara en su favor.

Seguía teniendo el mico. Como la madre no le permitía meterlo en casa, lo dejaba en el rellano de la escalera, atado a un barrote del pasamano. Había intentado enseñarle a repartir las cartas para divertir a sus compañeros de partida, pero no lo había conseguido.

El crío salía a mirar al mono. No le gustaba estar en casa cuando iba el socio de su padre. A la madre tampoco le complacían sus visitas; el crío se lo había oído decir. Continuaba tratando con él por los regalos y porque confiaba en sonsacarle algo sobre su marido.

El último regalo del socio habían sido seis patatas. La madre ordenó al crío que las pelara, lo que él hizo sacando las peladuras bien gruesas, con mucha parte blanca.

Metió las peladuras en la cesta y la bajó de nuevo.

Comerás. Pero no mejor que yo y mi madre.

De noche miraba por la ventana hacia el otro lado de la ría. Se imaginaba al hombre en una oscuridad dentro de otra oscuridad. Si había resistido, tenía que ser alguien fuerte y con entereza, una persona que sabía esperar sin perder los nervios.

Nunca había pensado en nadie con tanta intensidad. Moldeaba un retrato del *fugao* a partir de lo poco que sabía. Nunca lo había visto y solo lo había oído hablar una vez, pronunciando una única palabra, y aun así era más real que muchas de las personas con que se cruzaba a diario en la villa.

La Navidad aumentó la tristeza de la madre. No se resignaba a la muerte de su marido. Desoyendo todos los consejos, se empecinaba

en pensar que podía volver algún día o, al menos, que ella averiguaría lo que había sido de él.

El crío dejó caer por el pozo un polvorón de bellota.

La madre se tragó una vez más el orgullo y mandó al crío al comedor infantil de Auxilio Social. Muchos niños escondían parte de la comida para llevarla a casa. Él la llevaba a la cueva.

En ocasiones se quedaba como absorto junto al pozo, del que subía un olor rancio, a veces a mierda. Sabía que el hombre estaría a la espera de recibir cualquier cosa, mordiéndose la lengua para no suplicar algo de comer. Al cabo de un rato se iba.

Más que lamentarse por no saber nada del padre, la madre despotricaba. Dicen los rojos que es mejor ser la viuda de un héroe que la mujer de un cobarde. Hasta en eso se equivocan. Hablaba así cuando regresaba de vender jabón, con los pies doloridos y sintiéndose estafada. Se quejaba de las requisas oficiales, cuando entraron en su casa y se llevaron los cubiertos, cuando la pararon por la calle y le exigieron el anillo de boda, a punta de ametralladora, a ella, *a ella.* Su reserva de aversión era inagotable.

Tú sabes algo, le decía al socio, refiriéndose al marido. De algo te puedes enterar, ¿no? Y él negaba con la cabeza y repetía una vez más que era mejor mirar adelante, fatigado del tema y atosigado por sus propios problemas.

La gestión del alcalde no había sido ineficaz, sino inexistente. A finales de diciembre fue destituido por falta de celo y multado. El jefe local de la Falange elaboró una propuesta de nombres para formar una nueva gestora municipal. El socio trató por todos los medios de ser incluido, pero, de nuevo, surgieron voces en contra,

cuestionando su solvencia moral.

Para aplacar a la madre, el socio demandó favores y consiguió que recuperara los muebles que le habían arrebatado y que seguían amontonados en la iglesia. Los cargaron hasta la casa cuatro presos de la cárcel instalada en la lonja del pescado. La madre supervisó cómo los subían por las escaleras. La madera estaba desportillada; los tapizados descoloridos y rotos; la ampulosidad ultrajada. ¿Para qué? ¿Para qué?, preguntaba ella, más agraviada aún. Los presos tenían la mirada ida y ella les decía qué miráis, fuera de aquí, avergonzada de su casa venida a menos.

Cubrió los desperfectos de los muebles con almohadones y tapetes de ganchillo e invitó a tres amigas a tomar el té. Los rojos se habían llevado la cubertería, pero conservaba las tazas buenas. Las cuatro habían hecho lo posible por arreglarse, aunque les habían incautado las joyas. Una de las invitadas había llevado seis onzas de chocolate. Otra, cuyo marido tenía contactos en el estraperlo, una lata de melocotón en almíbar.

Recordaron cómo los rojos las obligaron a fregar de rodillas el suelo del casino y desatascar los retretes. Dos tuvieron que posar la taza. Otra cerró los ojos y se cubrió la boca con un pañuelo.

Bajando la voz, la madre les contó algo que el socio de su marido le había dicho. El anterior sábado, unos de la Falange habían ido de ronda por las tres cárceles de la villa. Escogían a los presos que les parecían más farrucos y les rapaban la cabeza. A las presas también. Con unas tijeras para esquilar ovejas.

Una invitada se recostó en el sillón con una sonrisa ensoñadora.

Ay, qué prestoso habría sido verlo.

Bajó en la cesta otra caja de cerillas y una botella de sidra. Subió la cesta. Bajó la cesta con un jersey de lana de su padre y una nota:

SIDRA O GERSEI.

Cuando llovía, imaginaba el macizo de Ardines como una gran esponja que se iba empapando de agua, con el hombre en el centro.

Le robó una pastilla de jabón a su madre y la dejó caer por el pozo.

El pan negro que le daban en el comedor infantil lo guardaba para pescar. No tenía caña, solo sedal y anzuelo. Escondido entre los juncos de la orilla pescaba muiles, grandes y pesados, estúpidos, fáciles de coger. Olían a barro. Los tiraba por el pozo.

Un día, tras arrojar un par de peces, no oyó nada abajo. El hombre no hablaba porque se lo tenía prohibido, pero algún ruido podía hacer, ¿no?, para que él supiera que seguía vivo. En ese momento no se le ocurrió cómo salir de dudas.

La siguiente vez que fue a pescar, en lugar de lanzar el anzuelo al agua, apuntó a las piedras de la orilla. Cayó cerca de donde una gaviota reidora estaba posada. El ave miró de reojo la bola de miga de pan enganchada al anzuelo. Se acercó sin sospechar nada y la engulló. El crío esperó a que la tuviera bien dentro y tiró despacio del sedal. La cabeza de la gaviota se estiró hacia él. El ave prorrumpió en graznidos y aleteos. Él sujetaba el sedal con las dos manos. Le sorprendió la fuerza con que la gaviota se resistía. Hasta alzó el vuelo. La retuvo como una cometa.

Le costó mucho subir por la trocha con la gaviota bajo el brazo. Le agarraba la cabeza con la otra mano para protegerse de los picotazos. Los ojos del ave giraban desquiciados. Del pico seguía asomando el sedal.

Metió la gaviota en el pozo, de cabeza. Era demasiado estrecho como para que aleteara, pero aun así se retorció y debatió,

empeñada en salir. La empujó con el pie. Oyó el susurro de las plumas contra la piedra mientras se deslizaba pozo abajo y un golpe seco. Esperaba que no se hubiera roto ningún ala. El silencio se prolongó. Imaginó la gaviota en la cámara inferior, inmovilizada o muerta, un festín para el de abajo, un festín fácil. Por fin le llegó un sonido de revuelo. Fantaseó con que la gaviota aleteaba a ciegas y chocaba contra el techo y las paredes y se desplomaba y lo intentaba de nuevo, revolviendo con las alas el aire rancio de la cueva, provocando el pánico del hombre, que no entendía qué era aquello que había caído en su celda y graznaba furibundo y le hacía huir de manera cómica, dándose trompazos contra las paredes y yéndose de bruces al suelo cuando los pies se le enredaban con las pertenencias miserables, malolientes, quizá inservibles ya, con que había descendido a la cueva quién sabía cuándo.

Se hizo el silencio de nuevo. El crío estaba complacido; el de abajo seguía vivo. Lo había averiguado a la vez que le daba de comer. Pero entonces hubo otro sonido, uno que nunca antes había oído, y quizá por eso le pareció que sonaba muy cerca, como si el pozo se hubiera transformado en un megáfono. El de abajo lloraba. El crío se quedó muy quieto, incrédulo. Un hombre adulto llorando. Un lloro sin rabia, sin fuerza, sin ánimo vengativo. En sus sollozos solo había desamparo y rendición, y entre ellos, con gran dificultad, ahogadas, gimoteantes, llegaron unas palabras. Por favor. Por favor. Ya basta.

¿Cómo se atrevía aquel rojo de mierda? ¿No le había prohibido hablar?

Por favor. Compasión.

Palabras ofensivas, balbucientes, babosas.

No daba crédito a lo que estaba pasando. No sabía qué hacer. No se acordó de que la cuerda seguía allí mismo, amontonada,

atada a la estalagmita, dispuesta para ser empujada con el pie y desenrollarse hacia la oscuridad inferior. Ni siquiera la vio. Caminó arriba y abajo por la cueva tirándose del pelo, apretando los dientes, a punto de echarse a llorar él también, mareado. Salió corriendo.

La claridad del día lo hizo frenar en seco. Resollaba como al final de una carrera. Miraba la villa sin reconocerla. El puente dinamitado. El hotel Marina, con su fachada semejante al florido espejo de popa de un galeón. Su casa.

Volvió adentro. Se abalanzó al pozo como si quisiera arrojarse por él, pero lo que hizo fue gritar, que el megáfono funcionara en la otra dirección. Gritó hasta desgañitarse, enronqueciendo la voz. Dio patadas y puñetazos a las paredes, sin dejar de gritar. Intentó arrancar la estalagmita a la que estaba sujeta la cuerda. Cogió puñados de barro del suelo y los lanzó con rabia por el pozo.

Cuando se detuvo para tomar aire volvió a oír los sollozos del hombre, ahora más bajos, o quizá no, lo que sucedía era que otro sonido los eclipsaba. El crío oyó un nuevo llanto, este agudo, poderoso y exigente, el lloro de un bebé. Sentía la corriente de sonido subir por el pozo. Saldría de la cueva como un chorro a presión, sobrevolaría la ría y llegaría a la villa, donde empezarían a abrirse las ventanas y la gente se asomaría alarmada, preguntándose qué atrocidad se estaba cometiendo. Y por debajo de los lloros del hombre y del bebé aún llegó a distinguir algo más, una tercera voz que chistaba demandando silencio, a uno u otro o ambos, adulto y criatura.

Escapó aterrado.

Esa noche, escondido bajo las mantas de su cama, se preguntó si el bebé había bajado a la cueva con el hombre o si había nacido allí dentro. Si este era el caso, la tercera voz tenía que ser la de la

madre, que habría parido en la oscuridad, como un animal en su madriguera, que a lametones limpia a sus crías y averigua así si tienen todo lo que deben tener y en los sitios donde ha de estar.

Dejaría pasar unos días. Podían comerse la gaviota. Y tenían la leche de la madre.

Llevaba en la cesta pan, limones y una toalla vieja que pensó que su madre no echaría en falta. Se asomó con cautela al pozo. No oyó nada. Subía un olor fuerte.

Estaba atando el sedal al asa de la cesta cuando la puerta de ramas se abrió de golpe. Dio un brinco de sorpresa. A punto estuvo de caer al pozo. En un primer instante no reconoció la silueta recortada a contraluz en la boca de la cueva.

¿Qué estás haciendo?, preguntó su madre.

Había ido a vender jabón a Sebreño y El Carmen. De regreso, cuando se acercaba al embarcadero del Arenal para volver a la villa, había visto a su hijo bajar de la barca. El crío no la había visto a ella. Por el modo como cargaba con la cesta, la madre supo que llevaba algo dentro y decidió seguirlo.

No esperó a la respuesta. Le arrancó la cesta de las manos. Vio lo que había dentro. Vio el sedal. Luego miró alrededor. Más que mirar, olfateó. Se arrimó al pozo. Vio la cuerda atada a la estalagmita. Retrocedió tapándose la nariz y la boca.

¿Pero qué estás haciendo, desgraciado?

Golpeó al crío con el bastón que usaba cuando iba a vender por las aldeas.

¿Cómo se te ocurre? ¡Vas a hacer que nos maten a los dos! ¿A quién tienes ahí?

El crío estaba encogido en el suelo, cubriéndose la cabeza con los brazos para protegerse de los golpes. Ella gritaba y no medía la

fuerza.

¿Quién está ahí? Vamos, dímelo. Dímelo ahora mismo o no sé lo que te hago. Te abro la cabeza.

El crío dijo que no lo sabía. Lo repitió una y otra vez, para que la respuesta penetrara la cólera de su madre. No lo sabía, de verdad. Solo era alguien.

La madre negaba con la cabeza, incrédula, con expresión de profundo asco. Amenazándolo con el bastón, le ordenó salir de la cueva. Y que no se dejara la cesta.

Antes de salir, la madre echó otra ojeada al pozo. No oyó nada. Ella misma se encargó de volver a colocar la puerta de ramas.

Ahora vas a hacer lo que yo te diga o te mato. Te juro que te mato. Crío de los demonios. Maldita la hora que te tuve. ¿Por qué me tocan a mí todas las desgracias, Señor?

Volvieron al día siguiente con el socio del padre. La madre le había contado que el crío, mientras rondaba más allá de la cuevona de Ardines, había visto a un hombre. No sabía quién era, pero tenía mala pinta. Lo había visto meterse en una cueva. Luego el crío había ido a fisgonear. En la cueva había un pozo con una cuerda para bajar y subir. El crío la había recogido y vuelto a casa, donde ella le había dado una buena tunda por su temeridad. Los golpes en la cara de su hijo probaban esa parte de la historia. Tenía que ser un *fugao* que estaba allí escondido. El crío lo habría visto mientras estaba fuera tomando el aire.

En primer lugar, el socio se había asegurado de que no le hubieran contado nada a nadie más. Ella le juró que no. ¿Verdad que no?, le preguntó al crío, y le asestó un pescozón. Él dijo que no sin levantar los ojos.

Cruzaron en la lancha, pero no a la vez. Por precaución, era

mejor que no los vieran juntos. Pasó primero el socio y los esperó en el Arenal, donde se reunieron discretamente. La madre llevaba una lámpara de carburo en la cesta; el socio, escondido bajo la ropa, un revólver, un viejo Beistegui Hermanos, calibre 32. Era un modelo para practicar el tiro al blanco, pero sería suficiente.

Subieron en fila india por la trocha de los jabalíes. La madre abriendo la marcha, apoyándose en el bastón, luego el socio, con el mico sobre el hombro, sujeto por la correa, y el crío rezagado.

Entraron en la cueva. Ahora el socio por delante, empuñando el revólver. El mico estiraba la cabeza como si fuera el más interesado de todos.

¡Tú, el de abajo! ¿Me oyes?

No hubo respuesta. El socio empujó el rollo de cuerda al pozo.

¡Sube y no intentes nada! Te estoy apuntando.

De nuevo no hubo señales de vida.

Aquí apesta, dijo el socio. Si no sube, habrá que sacarlo o ver qué pasa ahí. Vamos, tú, abajo, le dijo al crío.

La madre se interpuso escandalizada. ¿Cómo le podía pedir eso a su hijo? A saber quién estaba allí escondido y de lo que era capaz.

Pues alguien tendrá que bajar. Si no es el crío, entonces tú, Etelvina.

La madre miró atemorizada el agujero en el suelo. ¿Por qué no él, que tenía la pistola?

No creo que quepa. Y en sitios estrechos no me meto. Ya estás bajando.

Ella dijo que no iba a poder.

No jodas. Cosas peores haces.

La madre se agarró a la cuerda. Miró a su hijo como si no fuera a verlo nunca más. Previamente, atada al sedal de pesca, había bajado la lámpara de carburo encendida.

Vamos, vamos, dijo el socio, que no es para tanto, me cago en Dios.

La madre desapareció por el pozo. El socio, el crío y el mico se quedaron mirando, inclinados hacia delante. El socio le echaba ojeadas al crío como si temiera algo de él.

Oyeron a la madre gritar.

¿Qué pasa ahí abajo?, exigió saber el socio.

La madre volvía a subir. La oían resollar. Les pareció que tardaba una eternidad. El socio se tumbó en el suelo y metió el brazo para ayudarla en el último tramo. La madre se desplomó. Estaba demudada; la ropa manchada de barro, el moño medio deshecho. El crío se arrodilló a su lado y ella lo abrazó con desesperación. No podía dejar de llorar. Su hijo le preguntaba si estaba bien, pero ella era incapaz de responder.

¿Qué ha pasado?, preguntó el socio. Habla ya, coño.

Ella dijo que estaban muertos.

¿Muertos? ¿Más de uno?

Ella asintió y enterró la cara en el pecho de su hijo. El socio se quedó pensativo.

Tengo que tomar el aire, musitó la madre. El crío la ayudó a levantarse y se asomaron a la boca de la cueva.

Que no os vean, dijo el socio. Es muy raro todo esto.

Reflexionó en voz alta, asegurándose de que lo oyeran, sin soltar el revólver. Dijo que era extraño que los de abajo estuvieran muertos si la víspera el crío había visto a uno. Y como había recogido la cuerda, al que había visto debía ser uno de los de dentro. Y el olor no era de muertos recientes. No era que le importase que estuvieran muertos, fueran quienes fueran, pero le tocaba los cojones perder el tiempo. Guardó silencio un momento antes de continuar. Si era cierto que el crío había visto a alguien, a lo mejor no era ningún

fugao. Nadie se metía en una conejera como aquella sin tener a alguien que le llevara provisiones y le sirviera de enlace con el exterior. A lo mejor había visto a esa persona, al que llevaba la comida. En ese caso, quizá él, el socio, no había perdido el tiempo. Quizá pudiera sacar provecho. Si descubría quién ayudaba al *fugao,* a los *fugaos,* rectificó, podría pasar la información a los de la Falange. Así aumentaría el aprecio que se le tenía en la villa y recuperaría el trabajo de contratista. No sería por falta de mano de obra barata. Las cárceles estaban llenas. Solo había que saber con quién hablar. Pero antes tenía que dar con el colaborador, algún faccioso de mierda, un rojo disimulado en el pueblo o un amigo de los rojos, lo que venía a ser lo mismo. A los de la Falange les encantaría ponerle las manos encima. Le arrancarían las pestañas. Le quemarían los huevos.

La madre le golpeó con el bastón. El socio cayó de rodillas y se llevó la mano a la nuca, sin saber qué había pasado. Ella le volvió a atizar y esta vez quedó tendido con la cara en el barro.

Ayúdame, dijo ella al crío. Empuja fuerte. Entre los dos.

A empujones y tirones llevaron al socio al pozo. Tenía el fiador de la correa enganchado a la muñeca; el mico avanzaba junto a él. Un último empujón y el socio se escurrió de cabeza, arrastrando al mico.

La madre retiró la cuerda todo lo rápido que pudo. Miró a su alrededor repasando la situación. La lámpara de carburo se había quedado abajo, pero no importaba. Recogió el revólver, caído en el suelo, y lo echó a la cesta. El crío ya tenía el bastón.

El revólver lo arrojaron a la ría. Caminaron hacia la Punta del Arenal sin decir palabra. Antes de cruzar a la villa, la madre se adecentó la ropa y se recompuso el moño.

Ella sabía que tenía que volver. Se debía asegurar de que el socio estaba muerto. ¿Pero cuándo? ¿Era mejor ir lo antes posible o podía dejar que pasaran unos días? Si había sobrevivido, quizá encontrara una forma de escapar. No, eso no sucedería. Ella había bajado al pozo y estaba segura de que no se podía subir sin la cuerda. Pero a lo mejor el socio encontraba algún modo de llamar la atención. Él no era un *fugao,* obligado a guardar silencio, a no encender luz durante la noche, a no prender un fuego cuyo humo manaría de la cueva y alertaría a toda la villa.

La primera noche la pasó en vela, escrutando la otra orilla con unos prismáticos del marido. No vio ninguna luz. Al crío le había ordenado encerrarse en su cuarto. Con la llegada del amanecer, siguió sin ver nada anormal. Se dijo que cada hora que transcurriera sin que sucediera nada jugaba a su favor. Ese día no reunió ánimo para terminar el trabajo.

Perdió el apetito. No tenía fuerzas para fabricar jabón, menos aún para ir a vender por las aldeas y los mercados. Dejaba la comida para el crío en la mesa de la cocina y volvía a su cuarto. Se cruzaban por el pasillo como sonámbulos. Lloraba y rezaba pidiendo sacarse de la cabeza lo que había visto en la cueva. Por las tardes iba a misa. Al crío lo dejaba encerrado en casa.

Por el socio nadie le preguntó. No se le echaba de menos. Seguramente todos pensaban que se había largado a algún sitio donde no lo conocieran.

Regresó a la cueva al cabo de una semana. En ese intervalo no vio nada en la otra orilla ni nadie llamó a su puerta de manera autoritaria. Si el socio seguía con vida, estaría muy débil.

Se hizo acompañar por el crío. Entre la ropa, llevaba un cuchillo. En la cesta, una linterna.

Se asomó al pozo y llamó al socio de su marido. Nadie respondió. El olor había empeorado. El pañuelo que llevaba a la cabeza se lo puso tapándose la nariz y la boca.

¿Este olor se nos va a pegar?, preguntó el crío.

Tú te callas.

Como habían hecho la otra vez, bajaron la linterna con un sedal de pesca. La mujer echó la cuerda al pozo.

Me esperas aquí. ¿Entendido?

El crío asintió.

No te vayas.

El crío dijo que no.

La madre empezó a bajar.

En esta ocasión se entretuvo más tiempo y no hubo gritos. Sin embargo, cuando subió volvía estar desencajada.

¿Qué ha pasado?, preguntó el crío.

Saca la linterna. Que no se rompa.

Hablaba escupiendo las palabras.

Ya está. ¿Qué ha pasado?

Ahora desata la cuerda.

No puedo. El nudo está muy apretado.

La madre lo apartó de un empujón, desató la cuerda y dejó que cayera al pozo.

¿No me vas a decir…?

Estaba muerto, respondió ella secamente. No he tenido que hacer nada.

Miraba el suelo cubierto de huellas. Se preguntaba si habría que borrarlas. Se preguntaba si el verdín volvería a crecer y las ocultaría. No tenía importancia. No podía seguir allí ni un segundo más.

Volvieron a ocultar la boca de la cueva. Mientras bajaban por la trocha, la madre rompió a llorar. Siguió caminando. El crío iba muy

callado.

Cuando se serenó lo bastante, ella le dijo que no todos habían muerto. El mico seguía vivo. Prisionero aún de la correa, le había enseñado los dientes, con la carita embadurnada de sangre. A saber cómo había sobrevivido y cuánto tiempo más resistiría. Añadió que allí abajo, en lo más profundo de la cueva, el mico le había parecido un verdadero monstruo. La madre se lo contó porque era la clase de historia que a su hijo le gustaba. Confiaba en que se quedara dándole vueltas y no le hiciera preguntas durante un rato.

EXPLOTACIÓN

La madre de Jon se sentía mal. Pasaba mucho tiempo encerrada en su cuarto. Siempre parecía cansada y triste. Hablaba lo imprescindible, en tono distante, como por obligación. Aun así, la rutina no cambió. Jon tenía once años. Iba al colegio y las comidas seguían estando en la mesa a la hora acostumbrada, así que dedujo que lo que sucedía no podía ser grave y que, fuera lo que fuera, solucionarlo era tarea de los mayores.

Vivían en Ribadesella, en una casa con demasiadas habitaciones para ellos tres, a un kilómetro del pueblo. La distancia no era grande, pero entre la casa y el pueblo mediaban la ría y una carretera pobremente iluminada, y la impresión, sobre todo a partir del anochecer, era de desamparo.

El padre de Jon dirigía una cantera de carbonato cálcico en los Picos de Europa. Se iba a trabajar cuando Jon aún no se había levantado de la cama y muchos días regresaba cuando el niño llevaba dormido largo rato.

En la cantera no había secretaria y el ruido de las máquinas dificultaba oír el timbre del teléfono. Muchos clientes preferían llamar a la casa. La madre, además de ocuparse de las tareas domésticas, tomaba nota de los pedidos. Cada vez que sonaba el teléfono,

abandonaba lo que estuviera haciendo y corría a responder. El padre había instalado un timbre supletorio para asegurarse de que se oyera en todos los rincones. Producía un sonido violento y áspero, motivo siempre de sobresalto.

La madre pasaba el día sola. Tenía pocas amistades en el pueblo. Cuando el humor y la voluntad de hacer cosas le flaquearon, el padre dedujo que se aburría.

Un sábado por la mañana, el padre fue con el niño a una tienda de electrodomésticos. Jon no pudo creerlo cuando le oyó pedir información sobre reproductores de vídeo. La tienda tenía la concesión de Phillips, por lo que el dependiente le recomendó un reproductor 2000, el formato desarrollado por la marca. Aseguró que era técnicamente superior al VHS y al Betamax. Había menos películas que para los otros formatos, aunque eso cambiaría en breve, prometió.

En un rincón del local había un pequeño expositor de películas. Compraron el reproductor y alquilaron dos películas. El aparato de vídeo iba a ser una sorpresa para la madre.

Esa tarde, Jon oyó a sus padres discutir en su habitación. Ella no volvió a salir hasta la hora de la cena. Mientras el padre instalaba el aparato, lo rodeaba un aura casi palpable de agravio. Jon asistió al proceso en silencio, sin acercarse demasiado. Sabía que era mejor no hacer preguntas ni meter prisa. El aparato tenía una cantidad abrumadora de botones. Desprendía un intenso olor a plástico, que se volvía aún más fuerte cuando estaba en funcionamiento. La madre no quiso ver ninguna de las películas. Que Jon supiera, nunca tocó el aparato de vídeo.

Al cabo de pocos días, el niño había visto todos los títulos aptos para menores de la tienda de electrodomésticos. En la villa no había más sitios donde alquilar películas. Sus padres parecieron olvidarse

del aparato de vídeo.

Una noche un vehículo se detuvo en la entrada de la casa y tocó el claxon. Era un día laborable. Jon y su madre se disponían a cenar. El padre no había vuelto de la cantera. La casa estaba a media altura de una ladera rocosa, con vistas al Sella. La entrada, cerrada por un portón enrejado, se encontraba junto a la carretera que bordeaba la ría. Desde allí, se subía a la casa por una rampa de adoquines.

La madre se asomó a la ventana de la cocina. Ordenó a Jon que la esperara. El niño no se despegó de la ventana. Vio una furgoneta que aguardaba con las luces encendidas. Cuando su madre se acercó, un hombre salió del vehículo. Hablaron a través de los barrotes del portón. La madre levantó la aldaba y la furgoneta subió la rampa. Un momento después, la madre entró en la casa y le dijo a Jon que se pusiera el abrigo y la acompañara.

Bajaron a la cochera, un espacio amplio bajo una de las terrazas de la casa. El hombre había abierto las puertas traseras de la furgoneta. La zona de carga estaba repleta de cajones de madera con películas de vídeo. La madre le hizo a Jon un gesto apremiante. Debía escoger una.

El hombre había encendido un cigarrillo y estiraba las piernas por la cochera. Se informaba en las tiendas de electrodomésticos de quiénes habían comprado un reproductor de vídeo. A continuación visitaba las casas ofreciendo un servicio de alquiler de películas a domicilio. Su ruta abarcaba todo el oriente de Asturias.

Jon escogió *Acorralado*, con Sylvester Stallone. Hasta que la furgoneta regresó, al cabo de una semana, vio la película todos los días.

En siguientes visitas de la furgoneta, alquiló *Piraña; Mad Max 2: El Guerrero de la Carretera; Saturno 3,* donde Harvey Keitel

fabricaba un robot asesino en una estación espacial y Farrah Fawcett enseñaba los pechos; y *La carrera de la muerte del año 2000,* con David Carradine y, de nuevo, Sylvester Stallone. Todas las vio varias veces. Aprovechaba las horas en que su madre estaba en su cuarto, con la puerta cerrada y a veces con la persiana echada, aunque fuera de día.

De lunes a viernes, la furgoneta se podía presentar en la casa por las tardes; los sábados, por la mañana. En alguna ocasión apareció muy tarde; Jon ya estaba a punto de irse a dormir y bajó a la cochera en pijama y bata para devolver la película que tenía alquilada y elegir otra.

Alguna vez el padre le pidió que buscara algo para él. La tarea no era sencilla. Solo le gustaban películas como *Doce del patíbulo* y *Los violentos de Kelly,* sobre misiones suicidas en la Segunda Guerra Mundial, de las que no había muchas en la furgoneta. La madre nunca pidió ninguna película. Sin embargo, ni ella ni él se las negaban a su hijo y no se hacían de rogar si quería más de una.

El conductor llevaba el pelo largo y siempre iba poco abrigado. Solía mirar hacia otro lado con desapego o disgusto. Al mismo tiempo, nunca parecía tener prisa. Fumaba mientras Jon hacía su elección, sin impacientarse si tardaba demasiado. No hacía recomendaciones. Si se le interrogaba acerca de alguna película, decía que no la había visto.

Jon continuaba yendo al cine los fines de semana con sus amigos. No obstante, prefería las películas de la furgoneta. Acudían a él por sí mismas, llamaban a la puerta de su casa. Nunca había oído hablar de aquellas películas, títulos antiguos o de serie B, cuyo disfrute no podía compartir con sus amigos, como sí sucedía cuando iban al cine, pero que, en ocasiones, eran descubrimientos deslumbrantes. Parecían hechas en exclusiva para él.

Nunca se sabía cuándo la furgoneta podía tocar el claxon ante el portón de la casa. En teoría, las películas se alquilaban por una semana. Sin embargo, la furgoneta podía regresar al cabo de pocos días o tardar varias semanas. Y las películas cambiaban continuamente. Si quería ver de nuevo una que le había gustado, era poco probable que estuviera en la furgoneta en una visita posterior. La imprevisibilidad de las visitas y contar con una sola oportunidad para alquilar las películas hacían que las consumiera con una atención excepcional.

Una vez la furgoneta tardó más de un mes en volver. Tenía alquilada *La bestia bajo el asfalto.* La vio hasta aburrirse. Un sábado por la tarde, en un cuaderno del colegio, empezó a escribir un cuento basado en la película.

En *La bestia bajo el asfalto,* una niña va con sus padres de vacaciones a Florida, donde, como recuerdo, le compran una cría de aligátor. De regreso en su casa, el padre, en un arranque de enfado por la suciedad causada por el reptil, se deshace de él tirándolo al váter. El aligátor sobrevive en las alcantarillas. Se alimenta de restos de animales utilizados en un laboratorio que experimenta con hormonas de crecimiento. El reptil se desarrolla hasta alcanzar un tamaño insólito. Cuando ya no encuentra alimento suficiente en las alcantarillas, sale a la superficie y provoca el caos. A Jon le gustaba que un hecho cotidiano, librarse de una mascota no deseada, desencadenara una serie de sucesos que concluía en una tragedia a gran escala. También le parecía sugerente que a pocos metros bajo el familiar entorno de la ciudad se escondiera algo monstruoso.

En su cuento, la cría de aligátor era arrojada a un río que discurría junto a un pequeño pueblo. No lo terminó. Sin embargo, le mantuvo entretenido hasta que regresó la furgoneta.

Se aficionó a escribir cuentos a partir de películas. Las que más

le inspiraban no siempre eran las que más le habían gustado. Una parte importante del catálogo de la furgoneta consistía en películas de explotación, que imitaban los éxitos del cine de Hollywood, pero con menos presupuesto y talento; películas como *1990: Los guerreros del Bronx,* que saqueaba *1997: Rescate en Nueva York*, de John Carpenter, o *Starcrash,* que bebía tanto de *Barbarella* como de, claro está, *Star Wars.* Las promesas no satisfechas de aquellas copias aguijoneaban su imaginación mucho más que los logros de los títulos originales.

Hubo veces en que el estímulo de escribir no surgió de las películas sino de las ilustraciones de sus carátulas, tan vistosas como engañosas. Colocaba la manoseada caja de la película delante de él, sobre la mesa. Interrumpía la escritura cada poco rato para contemplarla, como un pintor estudiando su modelo.

No acababa ningún cuento, frustrado por el mal resultado o porque una nueva idea le forzaba a abandonar lo que estaba escribiendo y a embarcarse en otro proyecto. Más adelante, durante una limpieza general, su madre tiraría aquellos cuadernos repletos de narraciones inconclusas.

Un año después de que el padre comprara el aparato de vídeo, abrió sus puertas el primer videoclub en Ribadesella. Estaba en la Plaza Nueva. Había más películas que en la furgoneta y más recientes. Los viernes, después del colegio, Jon iba con sus amigos a por una película y la veían en la casa de alguno de ellos. La fila más alta de los expositores era para las películas porno, que en la furgoneta ocupaban unos cajones al fondo del vehículo, tapados con mantas viejas. En el videoclub también se podían alquilar copias piratas de películas en cartel. No estaban expuestas. El dueño las escondía debajo del mostrador y la calidad siempre era ínfima.

La accesibilidad y la oferta del nuevo videoclub, y la posibilidad

de la experiencia compartida, entusiasmaron a Jon al principio. Ni siquiera se dio cuenta de que la furgoneta había dejado de ir a su casa. Cuando al cabo de varias semanas se lo comentó a su padre, este se encogió de hombros. Dijo que ahora la furgoneta tenía competencia. Seguramente no la verían más.

Pero volvió. Fue un par de meses después, una tarde de finales de julio en que hacía mucho calor. El claxon sonó en la entrada de la casa y Jon y sus padres se miraron, interrogándose sin palabras. El portón estaba abierto y, como solía hacer en tal caso, la furgoneta subió directamente a la cochera. Jon bajó con su padre. Dejaron a la madre preparando la cena. Ella no estaba mejor, pero tampoco había empeorado. Eso sucedería después.

No encontraron al conductor fumando un cigarrillo, como era su costumbre. Había levantado el capó y miraba el motor. Las puertas traseras estaban abiertas. Dentro no había tantas películas como antes.

El padre preguntó si había algún problema. El conductor dijo que la furgoneta se calentaba demasiado. Había repuesto dos veces el agua del radiador esa tarde y la temperatura seguía subiendo. Apenas había podido llegar hasta allí.

En otra visita, el conductor había visto abierto el sótano de la casa, al que se accedía desde la cochera. Dentro estaban las herramientas del padre. El conductor se preguntaba si le podría echar una mano. El padre dijo que debía de haber un poro en la refrigeración. Tenía algo con lo que ayudarlo, pero no en el sótano. Subió a la casa y volvió a bajar con un bote de pimentón rojo. Vertió la mitad del contenido en el depósito de agua. El pimentón taponaría los poros, explicó. Le pidió al conductor que pusiera el motor en marcha y acelerara para que se difundiera por el circuito.

El padre dijo que con eso llegaría a su casa sin problemas y que

la furgoneta incluso seguiría funcionando una temporada. Le regaló el resto del pimentón y le recomendó llevar el vehículo a un taller.

Como agradecimiento, el conductor les dejó coger las películas que quisieran sin cobrarles nada. También dijo que estaba saldando la mercancía. Si querían quedarse con alguna película, se la dejaba a buen precio. El padre respondió que no querían ninguna.

A Jon le costó dar con dos que le apeteciera ver. Todas las buenas habían desaparecido. El conductor le animó a coger alguna más. Por educación, Jon eligió otra, al azar.

La furgoneta bajó la rampa marcha atrás. Jon bajó también, para cerrar el portón. La furgoneta nunca volvió.

De las tres películas que Jon había elegido, vio solo una. Escribió un cuento basado en ella. Este sí llegó a terminarlo. En septiembre la biblioteca municipal organizó un concurso infantil de narrativa y Jon presentó su cuento. Le concedieron el segundo premio. Recibió un diploma y un lote de libros. Ninguno le gustó. Eran demasiado infantiles.

Poco después, su padre cambió el aparato de vídeo por otro de formato VHS, para el que el número de películas era mucho mayor.

VARIACIÓN SOBRE UN VIAJE EN COCHE POR BIG SUR

Lo despertó un bocinazo en la carretera. Se había quedado dormido en la silla, con el libro en las manos. Giró la cabeza para mirar por la ventana. El cuello se le había agarrotado. Al moverlo hizo un ruido como si tuviera arenilla entre las cervicales. Siempre se sentaba en el mismo sitio, desde donde podía ver la carretera de Cabrillo y el camino que partía del arcén y llegaba hasta la casa grande. Una camioneta cargada con tramos de tubería se alejaba en dirección a San Simeón. En el camino, junto al buzón, había un coche detenido. Debía de haber frenado de golpe, provocando el bocinazo furioso de la camioneta. Tenía que quitar el buzón. Ya nadie lo usaba. Recibían la correspondencia en un apartado de correos.

Su mujer también se había quedado dormida, mientras él le leía en voz alta. El hombre no recordaba cuál de los dos se había dormido primero. El remolque vivienda estaba silencioso. La mujer tenía una manta sobre las piernas. Él no se la había puesto. Debían de haber sido los niños. Habían abrigado a su abuela y salido a jugar para dejarlos dormir tranquilos.

Vio abrirse la puerta del coche. Alguien se apeó y se aventuró

unos pasos por el camino. Con las manos apoyadas en la cadera, contempló la casa, la carretera, que en aquel tramo discurría recta, bordeando la costa, y el remolque vivienda. El hombre vio la postal californiana a través de los ojos del desconocido: las olas, largas y paralelas, que hacían que el océano pareciera una piel de cebra, y los pelícanos que se lanzaban en picado y se zambullían entre los surfistas, obstinados estos en seguir en el agua, a pesar de la fecha.

Al levantarse le crujieron las rodillas. Se colocó a un lado de la ventana y se asomó con cuidado. El visitante no se había movido, dudaba. El hombre contó en silencio hasta treinta, luego se dirigió al armario junto a la cama. Por costumbre caminaba con un ademán intimidatorio, los brazos separados del cuerpo, la espalda encorvada, la cabeza, y en particular la barbilla, impulsadas hacia delante, pero a causa de la edad ya solo parecía un hombre recién levantado, sin flexibilidad en las articulaciones, que caminaba descalzo sobre un suelo frío.

Del estante superior sacó un viejo joyero de madera. Lo abrió con la llavecita que llevaba en el bolsillo. Encajó el revólver entre el pantalón y su espalda y lo cubrió con el faldón de la camisa de franela. Devolvió el joyero a su sitio.

Llevaban un mes atrapados en el Gran Lago Amargo cuando terminó de leer el último libro de su equipaje, *Phineas Finn,* de Trollope. No era la primera vez que se quedaba sin lectura a bordo. Estaba acostumbrado a releer los libros. Los escogía pensando que tendría que hacerlo. Pero la incertidumbre acerca de cuánto tiempo seguirían fondeados le desanimó. Se imaginó leyéndolos una vez tras otra, hasta saberlos de memoria. *Phineas Finn* ni siquiera le había gustado.

Podría coger un bote, remar hasta otro barco y mendigar lectura.

Había tres cargueros más con bandera británica y uno con bandera estadounidense entre los catorce barcos inmovilizados. Uno más, también de los Estados Unidos, se hallaba bloqueado al norte, en el lago Timsah, otro de los apartaderos del canal de Suez. Sin embargo, aunque la situación se había calmado lo bastante como para que la tripulación pasara ante los ojos de buey o se moviera por cubierta sin miedo a ser alcanzada por un disparo, no lo había hecho tanto como para emprender travesías por el lago con una razón tan frívola.

El barco relucía. El capitán del Melampus tenía ocupados en labores de mantenimiento a todos los marineros que le quedaban. Las máquinas se ponían en marcha periódicamente. El capitán quería el carguero dispuesto para salir de allí en cuanto fuera posible. Era el único que seguía creyendo que eso fuera a suceder.

Aunque los egipcios habían asegurado que abrirían el canal en dos o tres meses, las navieras habían reducido al mínimo operativo las tripulaciones de los barcos bloqueados. Aparecieron helicópteros y se llevaron a los marineros casados, a los más jóvenes y a los más viejos. A cambio, otros helicópteros trajeron vino, cerveza, carne congelada y mesas de ping-pong. Los egipcios les habían ordenado aguardar. Tampoco había otra alternativa. El canal se encontraba cortado al norte y al sur. Habían hundido embarcaciones para bloquearlo, las dragas que antes mantenían el calado constante.

En la orilla occidental se extendía una raquítica franja verde entre el borde del agua y la tiranía paisajística de la arena. En la orilla opuesta aún había menos que ver, solo un segmento blanquecino, de donde los primeros días se elevaron columnas de humo negro. Los MiG egipcios no habían llegado a despegar. Los Mirage israelíes trazaron círculos sobre la base militar. Uno efectuaba un pase rasante abriendo fuego con las ametralladoras y se reunía

con los demás. Siempre de uno en uno, como si hubieran prefijado turnos para repartirse la labor y dilatar el espectáculo. Los marineros habían contemplado el baile de los aviones con las caras cubiertas de sudor pegajoso. Llovía olor a queroseno quemado.

No tardó en añorar aquella visión, que le recordaba lo que eran el movimiento y la velocidad.

En las noches sin luna a veces se oía un quedo chapoteo de remos, sin que ninguna luz revelara la presencia de una lancha. Los marineros daban por supuesto que eran comandos egipcios o israelíes que entraban o salían del terreno del contrario. Él los envidiaba. Hacían algo. El Melampus y los demás barcos no participaban en nada. Llegaron rumores de que el canal, lejos de abrirse, se cerraba con nuevos barcos hundidos, con escombros, con bobinas de alambre, con un pontón dinamitado, como un albañal donde los vecinos arrojaran sus desperdicios. Interrumpida la circulación no solo de naves, sino, en apariencia, también del agua, parecía increíble que el lago no se evaporara, que los barcos no acabaran acostados sobre una costra quebradiza por la que las tripulaciones podrían huir a pie.

Se especulaba sobre conversaciones que tenían lugar en despachos europeos, entre armadores y compañías aseguradoras y reaseguradoras, entre armadores y políticos, entre armadores y asesores privados. Se pasaba lista a la carga de los barcos, por si su valor podía fomentar la presión diplomática. Hierro, huevos, prendas de algodón, juguetes para la cadena de grandes almacenes Woolworths… El carguero búlgaro se negaba a informar sobre el contenido de sus bodegas. La opinión general era que se trataba de armas. Nadie sabía si, en caso de que fuera cierto, eso podía ser beneficioso.

Por supuesto, habían intentado ir a tierra en botes, pero los

soldados egipcios nunca tardaban en aparecer. No importaba que escogieran un tramo de orilla donde no había nada. Los soldados emergían de la arena. Durante las primeras semanas amenazaban a los marineros con sus fusiles, los increpaban en una lengua que sonaba a Antiguo Testamento. Más adelante se limitaron a mirarlos en silencio, con las armas colgando de la mano. Tenían peor aspecto que los marineros. Era como si el tiempo transcurriera más raudo en tierra que en el lago. Los uniformes de los egipcios se hicieron jirones. Algunos ni siquiera llevaban uniforme. Vieron a uno con nada más que las botas y una canana con munición cruzada sobre el pecho. Salió de detrás de un matojo rígido como el coral y miró el bote que se acercaba. Les dio la espalda, se acuclilló y se puso a defecar.

Que en la radio se refirieran al conflicto como la guerra de los Seis Días parecía una afrenta personal, como si los contendientes se hubieran confabulado para burlarse de los barcos bloqueados en el lago.

El desconocido tenía unos treinta años. Quizá fuera una avanzadilla, alguien que no despertara sospechas, enviado para explorar el terreno. El hombre había viajado lo bastante como para saber que no era estadounidense: su forma de moverse, su ropa, la admiración atemorizada con que miraba a su alrededor. El Chevrolet detenido en el arcén era un utilitario como los que alquilaban los turistas, una réplica de los coches usados en Europa. Nadie en Big Sur tendría un vehículo así. La prudencia con que el visitante se movía podía provenir de las historias que había oído acerca de los Estados Unidos: propietarios de viviendas que, sin alerta previa, abren fuego contra los intrusos. Al mismo tiempo le despertaba dudas, y le tentaba, la ausencia de barreras, de una linde definida. Y sobre

todo, a juzgar por la dirección de sus miradas, la casa atraía poderosamente su atención. El desconocido dirigió un vistazo al remolque vivienda, donde las luces estaban apagadas. El hombre y la mujer se habían quedado dormidos cuando aún era de día, y ahora estaba anocheciendo. También le despertaba dudas la camioneta con tracción a las cuatro ruedas aparcada junto al remolque. El desconocido debió de pensar que, aun así, no había nadie. Caminó hacia la casa.

Se levantaba en la llanura de hierba áspera que nacía en el arcén de la carretera. Era una construcción de tres plantas, toda ella de madera, con revestimiento de listones solapados y ventanas en mansarda en el tejado. La fachada delantera, orientada al océano, se hallaba recorrida por un amplio porche desde donde sus ocupantes debieron de disfrutar antaño de las puestas de sol. El abandono la había convertido en un monumento a la decrepitud. La madera se había agrisado. Los marcos de las ventanas apenas conservaban unas escamas de pintura azul.

Lo que más le interesaba, a juzgar por lo atento de sus miradas, era el agujero que atravesaba el tejado, justo en el centro, abarcando ambas vertientes, como si algo de grandes dimensiones hubiera caído del cielo, estrellándose contra la casa. La luz declinante dejaba ver un apretado frente de vigas y travesaños de madera. Los bordes estaban bien definidos; las vigas, seccionadas limpiamente. La periferia había sido saneada para evitar desplomes añadidos. En el terreno circundante no había escombros ni fragmentos de madera.

El remolque vivienda se hallaba a unos cien pasos, asentado sobre bloques de hormigón. El desconocido volvió a mirar hacia allí antes de acercarse a una ventana de la casa y escudriñar entre las tablas que la cegaban. Solo vería muebles viejos y polvo.

Prosiguió su exploración. Dobló una esquina de la casa, perdiéndose de vista. Entonces el hombre se acordó de los niños.

Tenía que esforzarse para recordar qué día era. Preguntaba a sus compañeros de tripulación, que asimismo dudaban. Al menos ellos tenían a su familia. Por fin llegaron barcazas que, vía el Cairo, traían y llevaban correo. Las cartas de los familiares representaban hitos de los que él carecía. Hacía años que no sabía nada de su madre, desde que ella se había vuelto a casar.

En el comedor le hablaron de un electricista del African Glen, el barco estadounidense. Era uno de los afortunados a los que evacuaron al principio del bloqueo. Le gustaba leer y había dejado libros en su camarote.

Para entonces ya era posible la circulación entre los cargueros. Aquella tarde, concluido su turno de trabajo, pidió permiso para ausentarse. Se asomó a la borda. Cerca del Melampus pasaba un bote salvavidas de otro barco. Le habían confeccionado un mástil y una vela. Lo pilotaba un único marinero, sentado en la popa con el codo descansando en la regala y un cigarrillo colgando de los labios. El hombre le hizo una seña, como a un gondolero, y el bote se desvió hacia el costado del Melampus. Preguntó si lo podía llevar al African Glen. El timonel asintió. Poco después lo dejaba en la escalerilla del barco estadounidense. El hombre preguntó al timonel si podía recogerlo al cabo de un par de horas y le ofreció un paquete de tabaco.

En cuanto subió a cubierta, un marinero salió a su encuentro. El hombre se sintió ridículo al explicar por qué estaba allí. El marinero le dijo que si quería libros o cualquier otra cosa debía hablar con un tal Patrick. Seguramente estaría en la sala común.

Fue fácil reconocerlo. Patrick estaba hundido en un sofá,

hojeando un catálogo de muebles de dormitorio muy manoseado. Tenía el párpado izquierdo caído y el mismo lado de la mandíbula deformado, fruto de una fractura durante una pelea, como más tarde supo. El tabique nasal sufría una acusada desviación. Era algo mayor que el hombre, rondaba la mitad de la treintena, pero cuando levantó la vista y le preguntó quién era y qué necesitaba, reveló una dentadura de anciano indigente.

Patrick se había apropiado de los libros del electricista y los alquilaba. Guio al hombre hasta su camarote. En el suelo, alineadas junto a un mamparo, había varias cajas de libros, los del electricista y los de otros marineros que se habían largado. El hombre podía elegir los que quisiera. Dos libros por un paquete de tabaco. Patrick no tomaba nota de los títulos que la gente se llevaba, pero aseguró tener buena memoria y que a él nadie le tocaba las pelotas.

El hombre estuvo de acuerdo con las condiciones. La mayoría eran novelas policíacas. A medida que extraía libros de las cajas, los depositaba en el suelo, clasificándolos en montones según sus gustos. Escogió *El tesoro de Sierra Madre,* de B. Traven, y *Lejos del mundanal ruido,* de Thomas Hardy, que sostuvo con las manos temblorosas. No podía creer que hubiera encontrado una novela así en aquel camarote, atestado de objetos con los que practicar trueque y que apestaba a encierro y ropa sudada. Patrick echó un vistazo a las portadas y cogió el tabaco.

A partir de entonces, acudió al African Glen una vez por semana, a veces dos, a por libros. Las visitas abrían grietas en la irrealidad creciente. Los pasillos del Melampus rielaban con ondas de convección y en el extremo brotaba una charca plateada. Los marineros se hipnotizaban a sí mismos mirándose en el espejo mientras se afeitaban. Las figuras que hacían ejercicio en cubierta al amanecer eran fantasmas de antiguas tripulaciones.

Fuera de los turnos de trabajo, Patrick parecía no hacer nada. Nunca se quejaba de aburrirse. El estatismo y la incertidumbre afectaban a los hombres de dos maneras: los crispaban o los sumían en la desidia. Patrick pertenecía al segundo grupo. Su indolencia superaba cuanto el hombre había visto desde el cierre del canal. Se diría que la actitud de Patrick no era fruto de la resignación, sino que disfrutaba del estado de las cosas. Se burlaba de los empeños por ocupar el tiempo, que se había tornado una sustancia blanda, pegajosa y ardiente, como azúcar derretido. El hombre compartía, en una medida menor, ese parecer. Un día salió a la cubierta del Melampus y se topó con un centinela que escudriñaba con prismáticos un horizonte tan vacío como siempre. Llevaba al hombro un arco casero y una aljaba con flechas. En la siguiente visita al African Glen, se lo contó a Patrick y se rieron con ganas.

A Patrick le encantaba hablar. Recitaba los pabellones de los barcos donde había navegado y nombres de capitanes y oficiales, todos tiránicos según él. Narraba aventuras vividas, trufándolas de opiniones personales, como que vistos de espaldas los filipinos parecían mujeres, o que no le gustaban las prostitutas con tatuajes, si bien le volvían loco las que tenían marcas de golpes, o que después de estar con una puta había que lavarse la polla con manzanilla.

Un día charlaban apoyados en la borda del barco estadounidense. El hombre había escogido sus libros y aguardaba a que un bote pudiera devolverlo al Melampus. El lago estaba cubierto de miles de manzanas que la tripulación de un carguero había sacado de las bodegas y arrojado al agua cuando empezaron a pudrirse. El hombre señaló su barco y explicó que Melampus fue un adivino y sanador de la antigua Grecia. Según Heródoto, obtuvo sus poderes de los egipcios. El hombre comentó lo irónico de que el

Melampus hubiera ido a parar a Egipto. El carguero pertenecía a la naviera Blue Funnel, donde era costumbre bautizar los barcos con nombres clásicos: Áyax, Patroclo, Agamenón… El otro barco de la compañía atrapado en el lago era el Agapenor. Agapenor fue uno de los griegos que se ocultaron en el interior del caballo de Troya.

Patrick guardó silencio, mirando los barcos, hasta que dijo: ¿Sabes lo que hago cuando me tropiezo con alguien que se cree mejor que yo? Me imagino cómo es cuando está a solas.

El hombre preguntó a qué se refería.

Me imagino cómo es cuando está cagando. Primero me imagino su cara, toda roja mientras hace esfuerzos en el váter, con los pantalones por los tobillos. Después imagino cómo se queda allí sentado un rato, fumando un cigarrillo y echando la ceniza entre las piernas, con cuidado de que no le caiga en la polla. Luego se levanta, coge el papel y se limpia el culo, un poco inclinado hacia delante. Echa un vistazo a lo que ha puesto y tira de la cadena. A ti también te he imaginado así. Creo que es mejor que te lo diga, por si acaso. ¿Por qué te vas tan deprisa? ¿Te he revuelto las tripas? ¡Oye! Perdona, ¿eh?

Encontró al desconocido junto a un cúmulo de maleza que parecía brotar tanto de la tierra como de un ventanuco situado a ras del suelo. El niño y la niña estaban con él. Los tres miraban fijamente algo que había entre la vegetación.

Se sobresaltaron cuando preguntó qué estaba pasando. El niño, de seis años, lo miró sin traslucir ninguna emoción. Tenía la boca abierta y el labio inferior brillante de saliva. Vestía una camiseta de los Estudios Universal, demasiado grande, y unos vaqueros manchados de tierra. La niña era un año menor y llevaba un vestido con un estampado de flores descolorido, bajo el que asomaban unas

rodillas asimismo manchadas de tierra. Ambos calzaban zapatillas de deporte Nike, mucho más caras que el resto de su ropa, y los dos tenían rasgos hispanos.

No lo hemos hecho nosotros, dijo ella.

El hombre se situó entre los niños. Apoyó una mano en un hombro de la niña, que estaba temblando.

Seguían mirando un arbusto de espino que un alcaudón había convertido en su despensa. De las espinas colgaban las presas de la pequeña ave rapaz: restos de lagartijas y de roedores, vaciados y desmembrados.

No hemos sido, dijo el niño.

Lo sé. No pasa nada. ¿Y usted quién es?

El desconocido también estaba nervioso, pero no por la despensa del alcaudón, sino por la aparición del hombre, que le sacaba una cabeza y era mucho más robusto que él, aun siendo tres décadas mayor. Dijo que había visto la casa desde la carretera y que se había detenido a echar un vistazo. Hablaba con acento español. El hombre le hizo saber que aquello era una propiedad privada. El desconocido alzó las manos mostrándole las palmas a la vez que retrocedía. Lo sentía mucho. Ya se iba.

Lo escoltaron, el hombre y los niños, hacia el coche.

Cuando doblaron la esquina de la casa, los detuvo una voz.

¿Qué pasa? ¿Quién es?

La mujer había salido con la silla de ruedas al porche del remolque vivienda. Los niños corrieron junto a ella. Subieron al porche por la rampa de madera. El hombre dijo que no pasaba nada.

¿Pero quién es?

El desconocido dijo que había parado para estirar las piernas y que ya se iba. Además se le estaba haciendo tarde. Sentía haberlos molestado. Hizo un vago gesto de despedida.

¿Adónde va? Acérquese, por favor. Prefiero no levantar la voz.

El desconocido dirigió una mirada de disculpa al hombre y caminó hacia el remolque. Se detuvo junto a la valla pintada de blanco que lo rodeaba. En el espacio entre la valla y el remolque crecían flores. La mujer vestía una sudadera y pantalones vaqueros e iba teñida de rubio.

¿Adónde dice que va?

Los Ángeles.

Todavía le quedan cuatro o cinco horas.

Lo sé.

Parece cansado.

Sí. Necesitaba parar un poco. Tienen ustedes un buen sitio aquí.

Ella dijo que sí en tono dubitativo, como si no comprendiera del todo a qué se refería. Lo estudiaba de arriba abajo. ¿De dónde es?

El hombre se había acercado. Carraspeó con fuerza, un aviso de que la conversación se tenía que acabar.

Cállate, viejo loco, dijo ella, aunque con cariño. No haga caso a mi marido. Estos son nuestros nietos.

El niño observaba con expresión bovina al desconocido. Se hurgó la nariz y su abuela le dio un cachete en la mano.

Disculpe. Iba a decirme de dónde es usted.

De España. En Europa.

Sabemos dónde está España.

El desconocido se presentó. Estaba pasando un tiempo en los Estados Unidos. En respuesta a nuevas preguntas de la mujer dijo que viajaba solo y que nadie lo esperaba en Los Ángeles.

En estas fechas no hay que estar solo. Suba aquí y tome algo con nosotros.

El hombre se adelantó a responder: Aún le queda mucho camino hasta Los Ángeles.

Tonterías, dijo ella. Íbamos a cenar ahora. Y este chico necesita reponer fuerzas. No disponemos de muchas comodidades, pero debemos ser generosos y compartir lo que tenemos. Es lo que siempre me enseñaron.

El visitante dudaba.

Vamos, insistió ella. Estoy harta de ver siempre las mismas caras. Le aseguro que no lo entretendremos mucho. Enseguida podrá seguir su camino.

El hombre abrió la portilla de la valla y miró al visitante dejándole claro que a él no le complacía su presencia.

Se acomodaron en sillas plegables, alrededor de una mesa de camping, el visitante y los niños; la mujer en la silla de ruedas. El hombre se quedó en pie, no sabiendo qué hacer.

¿Tú te ocupas de todo?, dijo ella. Y falta un detalle: las luces.

El hombre entró en el remolque y enchufó un cable. Se encendió una guirnalda de bombillas de colores en la cornisa del porche. Los niños sonrieron y se revolvieron en sus asientos.

Así el ambiente es más navideño, dijo la mujer.

Después de dieciséis meses de bloqueo, los marineros que quedaban en los barcos celebraron los Juegos Olímpicos del Lago Amargo. Participaron ocho naciones en catorce disciplinas. El Port Invercargill, el mayor de los cargueros, fue la sede de los juegos. En la cubierta se instaló un campo de fútbol, rodeado por redes para que el balón no acabara en el agua. Hubo regatas de botes salvavidas. También waterpolo y alzamiento de pesos. Patrick ganó la medalla de plata en salto de trampolín. Avanzaba hasta el extremo del trampolín haciendo el payaso, saludando al público, en calzoncillos. Durante el instante que duraba la caída era otro, silencioso, con los movimientos justos. Se zambullía sin alzar agua. Cuando regresaba a

la superficie volvía a ser el de siempre.

La noche de la ceremonia de clausura, se acercó al hombre. Patrick calzaba zapatos de piel de cocodrilo. Eran una de sus pertenencias más preciadas, aunque no combinaban bien con los pantalones vaqueros cortados por las rodillas ni con la medalla que llevaba al cuello, estampada con un pistón de las máquinas del barco y pintada de plateado. Estaba borracho. Saludó al hombre efusivamente y presumió de la medalla. El Port Invercargill brillaba con todas las luces encendidas. Hacía meses que por las noches no se ordenaba oscuridad absoluta a bordo. Se recostaron en la borda y miraron la cubierta atestada de gente. El hombre no había participado en nada. Patrick dijo verlo apagado y añadió que tenía algo que lo animaría. Del bolsillo de la camisa sacó una foto.

Entre los barcos existía un tráfico silencioso pero continuado de pornografía. O de cualquier cosa que ayudara a los marineros a concederse un alivio en la soledad de su camarote: revistas, novelas con pasajes picantes, anuncios de lencería, de bañadores. El material disponible era limitado y se le aplicaba un trato de objeto precioso. Lo manipulaban con respeto e higiene. Nada de salpicaduras. Nada de huellas de besos sobre pechos o nalgas.

Patrick le enseñó una foto casera. La chica miraba a la cámara con las manos en la cintura y sonreía de manera forzada, como diciéndole al fotógrafo: Termina ya. La cadera echada a un lado. Bragas blancas. El pelo mojado, como si acabara de salir de la ducha. Detrás, una cama deshecha, ropa revuelta y una mesilla con un despertador.

La chica no era tan guapa como las de las revistas y la foto estaba mal enfocada. La miró en silencio. Las imperfecciones realzaban su realidad. Las chicas de las revistas, tan perfectas en sus formas, sus poses, sus estudiados *déshabillés,* parecían

artificiales en comparación. La foto que Patrick sostenía en las puntas de los dedos era un testimonio de corporeidad. Apenas nada la separaba de la chica real.

El hombre había acercado la mano para cogerla, pero Patrick la volvió a guardar.

Te ha gustado, ¿verdad?

¿Quién es?

Mi mujer.

No sabía que Patrick estaba casado. No llevaba alianza, aunque eso no era extraño entre los marineros, que a menudo la dejaban en el camarote para no perderla o, si tenían su puesto en las máquinas, para que no se les enganchara en alguna pieza móvil. Le preguntó por qué nunca había mencionado que tenía mujer, pero entonces Patrick divisó a alguien a quien al parecer tenía muchas ganas de ver y se alejó columpiando la medalla de plata falsa.

Unos días después, el hombre fue al African Glen y le llevó a Patrick media docena de huevos en una bolsa de malla. Aunque el barco estadounidense también recibía provisiones, parecían ser menos que las del Melampus o consumirse más rápido. Patrick agradeció los huevos chasqueando la lengua. Antes de ir al camarote a por libros, pasearon por cubierta.

En el African Glen también se había reducido la tripulación y, como en el resto de cargueros, los marineros con familia habían tenido prioridad a la hora de irse. Le preguntó a Patrick por qué él, si estaba casado, continuaba a bordo. Patrick dijo que seguía casado, pero que hacía años que no veía a su mujer ni sabía nada de ella, ni ella de él.

Le preguntó qué había sucedido. Creía que Patrick cambiaría de tema o se molestaría; sin embargo, respondió como si para él no tuviera ninguna importancia: Era una puta. Se abría de piernas para

cualquiera. Le venía muy bien que yo pasara meses embarcado.

Después de escoger los libros, fueron a la sala de descanso de la tripulación, donde no había nadie más. Preguntó a Patrick por qué guardaba la foto.

Porque me gusta. Quieres que te la enseñe otra vez, ¿verdad? Te la enseño porque me has traído los huevos.

Sacó la foto del bolsillo de la camisa y se la tendió. En esta ocasión le dejó cogerla. La tomó con cuidado. Patrick se puso en pie.

Vuelvo enseguida. Cuídala, ¿eh?

De pronto se encontró a solas con la foto. Estaba excitado y nervioso, como si se hubiera colado en el dormitorio de otra persona y fuera libre de fisgonear por unos minutos. Las bragas blancas le daban un aire infantil, que casaba con los pechos pequeños. Tenía los pezones muy oscuros. Se la imaginó con otra ropa interior, más adulta. Se alegró de no saber su nombre, que quizá no fuera el apropiado para ella y mermara el efecto de la foto. El mero hecho de que tuviera nombre lo excitaba; las chicas de las revistas carecían de él. Tuvo una erección.

¿La has visto bien?, preguntó Patrick, a su lado.

Le devolvió la foto. Patrick se dejó caer en un sillón, sonriente.

¿Lo has disfrutado? ¿No has ido al váter? No te hagas el tonto. ¿Has ido con la foto? Te he dado tiempo suficiente.

La respuesta fue negativa, rotunda y ofendida, tanto que hizo reír a Patrick.

Has desperdiciado la oportunidad. La próxima vez te tocará pagar.

Así descubrió que Patrick alquilaba la foto de su mujer.

Dejó en la mesa un bol con guacamole, otro con nachos y una botella grande de Sprite. En otro viaje llevó vasos y una jarra de

agua.

Comed, dijo la mujer. Luego hay más.

El hombre se sentó a la mesa. Apenas había espacio para todos. Por turnos mojaron los nachos en la salsa. Vio que el visitante miraba a su alrededor, seguramente buscando servilletas, que no había. El visitante se sirvió agua de la jarra. Los demás tomaron refresco.

¿Le gusta el agua?, preguntó la mujer. Está filtrada. Tenemos un filtro de esos en el grifo.

Muy buena.

Los niños estaban enfrascados en una conversación privada en la que intercalaban palabras en español. El visitante se dirigió a ellos en ese idioma. Les preguntó cuánto hacía que vivían allí.

En lugar de responder, los niños miraron a sus abuelos.

Le han entendido, dijo la mujer. Pero preferimos que hablen en americano. No viven aquí. Han venido a hacernos compañía una temporada, ¿verdad?

De repente los niños parecían tristes. La mujer explicó que su madre trabajaba en Santa Bárbara. Iba a verlos un fin de semana de cada dos. Era vendedora en una tienda de vinos. *Una tienda de vinos,* recalcó, no una licorería. Tenía que llevar traje para trabajar.

Dijo también que su hija iría al día siguiente para celebrar la Navidad. Traería un pavo, una tarta y muchas cosas más. Lo dijo dirigiéndose a los niños, que asintieron ante las palabras de su abuela.

Mañana disfrutaremos de una auténtica comida de Navidad.

En el remolque sonó un timbre.

Ya está la pizza, murmuró la niña.

El hombre se puso en pie. Antes de sacar la pizza del horno, sopesó dejar el revólver en su escondrijo. Decidió continuar

llevándolo encima.

Evitó a Patrick durante semanas. Volvieron a encontrarse en el African Glen, aunque en esa ocasión no había ido a por libros. En el carguero estadounidense había sesión de cine. El proyector se emplazaba en cubierta y dos sábanas cosidas formaban la pantalla. Proyectaban *Centauros del desierto.* Todos habían visto la película varias veces. El verdadero espectáculo eran los dos soldados egipcios destacados en el barco. Con el paso de los meses su disciplina se había relajado. Dejaban las armas en el camarote e iban en sandalias, con los pantalones del uniforme remangados hasta las rodillas. Les cedían los mejores asientos, frente a la pantalla. Los soldados no comprendían lo que decían los actores, pero miraban la película con gran interés.

Eso es un desierto y no el vuestro, decían los estadounidenses, entrechocando botellas de cerveza.

Patrick le hizo una seña para que se apartaran de los demás.

Me parece que te gustaría tener esto. Solo unos días. No te hagas ilusiones.

Le deslizó la foto de su mujer.

La sostuvo desconcertado. Preguntó a Patrick por qué.

Porque los amigos se ayudan. Y tú necesitas que te echen una mano. Devuélvemela la próxima vez que vengas a verme. Y no la estropees. Le tengo mucho cariño.

Le habría gustado volver al Melampus de inmediato, pero se tuvo que quedar hasta que finalizó la película. Había ido en bote junto con varios compañeros de tripulación. Durante la escena en que John Wayne levanta en brazos a la niña secuestrada por los comanches, que ha crecido hasta convertirse en una adolescente, y dice «Vamos a casa, Debbie», se hizo un tenso silencio. Todos

deseaban lo mismo, erigirse en modelos de control y resolución y devolver a alguien a su casa, y regresar ellos también, o que unas manos más fuertes y encallecidas que las suyas los alzaran en el aire y los transportaran al hogar.

Por fin en su camarote, se tumbó en la cama con la chica y la miró hasta hartarse.

Le acarició los pechos con la yema del índice. Le dijo que era tan elegante como la curva que adopta una ramita cuando un gorrión se posa en su extremo. Meneó el cabeza, avergonzado por su cursilería, y se rio mirando a la chica como si compartieran una broma privada. Le habló en susurros. La miraba bizqueando porque eso producía una vaga impresión de tridimensionalidad. Le hizo sentir triste y avergonzado que una foto de mala calidad de una desconocida significara tanto para él. Se dijo que la tendría nada más que tres días, al cabo de los cuales se la restituiría a su dueño y, si Patrick se la ofrecía de nuevo, no volvería a aceptarla.

Antes de dormirse, la dejó en la mesilla, apoyada contra la lámpara, para que fuera lo primero que viera cuando se despertara.

Devolver la foto fue como ver alejarse a una amante que esa noche dormiría de nuevo con su marido.

La siguiente vez que fue al African Glen a por libros, Patrick le preguntó si quería echar un vistazo a su mujer. Respondió que no y que lamentaba haber aceptado la foto cuando se la ofreció en la primera ocasión.

Esa foto no. Otra.

Quiso saber si era diferente.

Muy diferente.

Quiso saber si era mejor que la anterior.

Mucho mejor.

Preguntó cuántas fotos tenía de su mujer.

Tres. Incluyendo la que te dejé.

Dijo que quería las tres.

Tranquilo.

Dijo que quería las tres a la vez. Y quedárselas unos días.

Te costará caro. Un cortaúñas y una botella de whisky.

Asintió.

Y una radio nueva. Con dos repuestos de pilas.

No regateó. No pensó que Patrick lo sondeaba para comprobar cuánto podía sacarle y que eso determinaría el precio que pediría en ocasiones futuras.

Ahora no tengo las tres fotos. Dos están alquiladas. ¿Quieres la otra para salir del paso?

Prefería esperar.

Ven dentro de un par de días.

Al cabo de ese tiempo, pagó el precio solicitado y se fue con las fotos en un sobre, sin entretenerse a charlar. Regresó a su barco para dar inicio a una luna de miel de tres días, el plazo que Patrick le había concedido. Si se retrasaba en la devolución, tendría que pagar más. Había mucha gente esperando las fotos.

Las dispuso en fila sobre la cama. La primera le era familiar. En la segunda, la mujer de Patrick aparecía de espaldas, vestida con una camiseta y unas bragas que se le hundían entre las nalgas; se inclinaba hacia delante, ofreciendo el culo a la cámara. En la tercera foto, la que según Patrick era la mejor, su mujer yacía en una cama, desnuda, con las piernas abiertas. Tenía una mano bajo la nuca. La otra se deslizaba hacia la entrepierna. Las puntas de los dedos tocaban el abundante vello púbico.

Pasaba la vista de una a otra como si contemplara una película.

La última no era su preferida. Demasiado explícita. Le gustaba más la segunda. Imaginaba el movimiento: cómo ella se agachaba

poco a poco y se detenía en la inclinación idónea y apoyaba una mano en la cintura y cerraba lentamente los ojos.

Las bragas que llevaba en la primera foto no eran las mismas que las de la segunda. La habitación de la foto en la que aparecía tendida en la cama era distinta a la de las otras dos. Las diferencias lo excitaban. Implicaban que se había dejado fotografiar desnuda más de una vez. La primera foto que había visto no era fruto de un momento puntual de debilidad.

También le estimulaba que fuera la mujer de otro.

Llegado el momento de devolver las fotos no se sintió mal. Solo había que pagar para disponer de ellas de nuevo.

¿Has disfrutado?, preguntó Patrick. Todos lo hacen.

Él quiso saber si, cuando salieran de allí, volvería con su mujer. Patrick lo negó con rotundidad. Pero cuando le preguntó si la echaba de menos, adoptó una expresión menos convencida.

A veces, ya sabes.

Ahora no solo iba al African Glen a por libros. También alquilaba las fotos. Una, dos o las tres, si estaban disponibles. Patrick le dijo que había un maquinista del Bolesław Bierut al que también le gustaba mucho su mujer. Hasta le había compuesto una canción.

Él le hacía preguntas sobre ella: cómo se habían conocido, dónde habían vivido. Le parecía lógico sentir curiosidad. Preguntó si otros también querían averiguar más.

Claro. Los hay muy insistentes.

Quiso saber cómo de insistentes.

Me piden detalles. Cómo se vestía. Cómo se desvestía. Qué ruidos hacía. La gente de por aquí es previsible. Hay alguno que piensa que él no. Pero también lo es.

Preguntó si les facilitaba esos detalles.

Y otros. Y se los cobro. Algunos detalles son caros.

Él aseguró que no lo dudaba. El resentimiento que sentía hacia el Gran Lago Amargo se contagió a sus involuntarios pobladores.

El hombre trajo una pizza con el borde quemado, un cuchillo y platos de cartón. Cortó la pizza en seis trozos y cogieron uno cada uno. El trozo restante se quedó en la bandeja.

Con la caída de la luz, la gran casa de madera se tornó una presencia borrosa. El visitante masticaba con la vista clavada en ella.

La he visto desde la carretera. La casa.

Claro, dijo la mujer. Se ve desde la carretera. De vez en cuando la gente se para.

El visitante quiso saber si era de ellos. Le explicaron que no. El dueño se había mudado a Alaska. Les dejaba vivir en su propiedad a cambio de hacer alguna reparación y de ejercer de guardeses. Era muy amable. Le estaban muy agradecidos.

¿Verdad que sí?, le dijo ella al hombre.

Muy agradecidos, respondió él sinceramente, mirando más allá de la casa de madera.

¿Qué le pasó al tejado?

Ni el hombre ni la mujer lo sabían. Fuese lo que fuese, sucedió antes de que ellos llegaran allí. El visitante les preguntó qué creían que sucedió, si entonces vivía gente en la casa y por qué nadie lo había reparado.

No tenían respuestas. De cuando en cuando, el viento arrancaba alguna teja, se limitó a decir el hombre, y él las recogía y las guardaba, aunque no sabía para qué.

Son de madera de cedro, dijo la mujer. De las de verdad. Ahora están prohibidas. Por los incendios.

El visitante los miraba incrédulo ante tamaña indiferencia.

¿Puedo ir al cuarto de baño?, preguntó.

Para que pudiera entrar en el remolque, el hombre se tuvo que levantar y apartar su silla, y también la mujer hubo de desplazar la silla de ruedas. El visitante se disculpó repetidas veces y dijo al hombre que no hacía falta que lo acompañara.

Voy a preparar café, respondió él.

El remolque estaba atestado. En un extremo había una cama que abarcaba toda la anchura de la vivienda. Debajo asomaban dos sacos de dormir y sendas colchonetas enrolladas. Había una cantidad sorprendente de objetos eléctricos: dos televisores, una consola de videojuegos, una cadena de música, un horno microondas, un aparato de masaje para los pies… La nevera hacía mucho ruido, como si el motor girara al triple de revoluciones de lo normal. El hombre adivinó lo que el desconocido estaba pensando: cómo se desenvolvía la mujer en silla de ruedas en tan poco espacio, pero la verdad era que se las apañaban bien. Todo estaba tan ordenado como las exiguas dimensiones del lugar lo permitían. Seguro que también se preguntaba dónde habían escondido los regalos de Navidad de los niños. Deduciría que los tenían guardados en la casa grande, entre polvo, telarañas y muebles apolillados, y estaría en lo cierto, pero eran buenos regalos, los niños estarían felices cuando los abrieran al día siguiente, en compañía de su madre.

Es ahí, dijo el hombre, indicando un habitáculo poco mayor que una cabina telefónica.

El visitante recibió una descarga de estática al tocar la manilla. Se le escapó una exclamación de susto. Miró abochornado al hombre.

Cuando salió del baño, el hombre continuaba ante la cocina, esperándolo.

Es mejor que te vayas.

El visitante se quedó inmóvil en mitad del gesto de secarse las manos en las perneras de los pantalones. El hombre no empleó tono de intimidación. Dentro del remolque parecía aún más robusto de lo que era, casi enorme.

Vete ahora mismo y no vuelvas a acercarte a mi casa ni a mi familia. Seas quien seas.

El visitante asintió y salió al porche. El hombre lo siguió.

El solitario trozo de pizza que quedaba en la bandeja había desaparecido. La mujer reconvenía al niño en voz baja.

Se me ha hecho tarde. Es mejor que me ponga en marcha.

La mujer se mostró decepcionada. Era una pena que no se quedara a tomar el postre. Tenían helado. Lo reservaban para ocasiones especiales, como cuando había visitas. A los niños les apetecía mucho.

Lo siento de veras. Deles el helado, por favor. Si no lo hiciera, me sentiría muy culpable.

Se lo daremos, por supuesto.

El visitante estrechó la mano a la mujer y dijo adiós a los niños, en español. La mujer le suplicó que no condujera esa noche hasta Los Ángeles. Era mejor que durmiera en San Luis Obispo. O más cerca, en San Simeón. Le pidió al hombre que le recomendara un motel al chico.

Deja que haga lo que quiera.

El visitante bajó la rampa del porche. El hombre lo acompañó un trecho. El visitante caminaba forzándose a no mirar atrás. Le temblaban las piernas.

El hombre lo vigiló hasta que llegó al coche. Vio cómo el visitante echaba un vistazo al buzón de correos, pintado de vivo color rojo y donde figuraba un nombre escrito: John Dunbar. Seguro que daría por sentado que así era como se llamaba él, pero era el

nombre del propietario de la casa grande, de quien dudaba que volviera por allí.

Al cabo de casi dos años en el Gran Lago Amargo recibió un telegrama donde se le informaba del fallecimiento de su madre. Poco después llegaron dos cartas, una de su padrastro y otra de un abogado. Venían a decir lo mismo. Había muerto de cáncer. Le dejaba la granja de cerdos. El abogado añadía que, si deseaba venderla, él podía adelantar algunas gestiones, pero en algún momento sería imprescindible que se personara.

El capitán del Melampus lo atendió con la tranquilidad de quien puede hacer poco y se halla libre de toda culpa. Sentado en su despacho, lo escuchó tomando sorbos de una copa de ginebra con angostura y corteza de limón. Dijo lamentar el fallecimiento de su madre y comprender su deseo de volver a casa. Informaría a la naviera, pero no podía prometer nada.

Patrick no entendía por qué se quería ir.

Desde que estamos aquí a unos cuantos se les ha muerto el padre o la madre o el perro, y siguen en su puesto.

A comienzos de 1969, el capitán del Melampus reunió en el comedor del carguero a lo que quedaba de su tripulación. En fecha próxima, los informó, el Melampus y el Agapenor, los dos barcos de la Blue Funnel, recibirían la calificación de pérdidas de guerra. Eso significaba que dejarían de pertenecer a la naviera y dependerían de la London War Risk Insurance Assurance. La situación del resto de barcos era similar. El plan era juntarlos en grupos de tres o cuatro para reducir aún más las tripulaciones.

El comedor se llenó de murmullos. ¿Entonces para quién trabajarían? ¿Les seguirían pagando el mismo sueldo? ¿Sabe usted cuántos volverán a casa, capitán? Esta era la pregunta que más

ansiaban ver respondida.

El capitán dijo que eso dependía de la compañía aseguradora. Él suponía que la mayoría podría irse.

Ese mismo día, el capitán le comunicó en privado que formaría parte del primer grupo en abandonar el carguero. Podía suceder en cualquier momento. Debía estar preparado.

La noticia del recorte de la tripulación les alteró los nervios como no lo había hecho la guerra. Nadie quería pensar en verse excluido. Si las navieras habían dejado de luchar por sus barcos, solo podía significar que no preveían la reapertura del canal. Las visitas a los demás cargueros cesaron por completo. Era mejor no alejarse del Melampus, por si la noticia de que podían partir llegaba con poca antelación.

Y así sucedió. Una mañana apareció un cúter y atracó junto al carguero inglés. El capitán sacó una lista guardada bajo llave y convocó a los nombres que contenía. Disponían de media hora para recoger sus cosas. El cúter los llevaría a tierra. Les deseó buena suerte. Se desató un tumulto, por las prisas de los que se iban y las quejas de quienes se quedaban.

Mientras se alejaban a bordo del cúter, todos contemplaban el Melampus, donde habían pasado encerrados cerca de dos años. Apenas había siluetas despidiéndolos desde cubierta.

Pensó en Patrick, a quien no había tenido oportunidad de decir adiós. Lamentó no tener alquilada ninguna foto de su mujer. Habría sido un buen recuerdo. Paseó la mirada por sus acompañantes, preguntándose si alguno llevaría una consigo, atesorada entre el exiguo equipaje.

Los hicieron subir a un autobús sin aire acondicionado. El viaje por carretera hasta El Cairo duró el resto del día. Los acompañó una escolta militar. Sin que les explicaran la razón, se detuvieron en

varias localidades, en todas las cuales los vecinos apedrearon el autobús. Cuando preguntaron a los soldados por qué lo hacían, les respondieron que los confundían con prisioneros israelíes.

Pasaron la noche en un hotel junto al aeropuerto y a la mañana siguiente embarcaron en un transporte militar que los depositó en Londres. En el aeropuerto de Heathrow había unos pocos periodistas y una cámara de la BBC, que se centraron en las escenas de reencuentro familiar. Él se escabulló hacia la parada de taxis.

Dos días después comió con su padrastro en un pub de Norwich. Solo se habían visto una vez. La voz del padrastro, tersa y baja, obligaba a escucharlo con atención. Se acariciaba las manos mientras hablaba. Le contó cómo fueron los últimos meses de su madre, pero, al notar su incomodidad, no se extendió. No albergaba resentimiento por que su mujer le hubiera dejado la granja y sus ahorros al hijo ausente, ni por que este quisiera vender la propiedad. Sugirió posibles compradores y le señaló una cifra por debajo de la que no debía aceptar ofertas.

El hombre le preguntó qué pensaba hacer ahora. El padrastro dijo que, con su pensión y unos ahorros propios, disponía de suficiente para vivir. Tenía un hermano, también viudo, en Warwickshire. Planeaba trasladarse allí. Pasearía por el campo y trabajaría en sus acuarelas. Se despidieron mediante un breve apretón de manos, sin mirarse a los ojos.

Visitó al abogado, que le presentó varios documentos para firmar, y volvió a Londres. Se alojó en un hotel en South Kensington. En cuanto entró en la habitación se metió en la cama. Había empezado a sentirse enfermo en el tren. Al día siguiente el gerente llamó a un médico, que le diagnosticó un ataque de fatiga complicado por una gripe. ¿Acaso se había olvidado del clima inglés?

Cuatro días después se sintió con fuerzas para salir. Recorrió las

librerías de Charing Cross Road. Iba al cine. Veía varias películas en una misma tarde, como si la ficción, mejor que la prensa, le pusiera al día de la actualidad. Vio *2001: Una odisea del espacio, Barbarella, Drácula vuelve de la tumba, Las sandalias del pescador…*

Cuando estuvo recuperado del todo llamó a una chica. Un camarero del hotel le proporcionó el número. Tenía los muslos gruesos y llevaba un abrigo corto, de piel sintética de color malva. Obtuvo más alivio que placer, como había previsto. Con la segunda disfrutó más. Convocaba al camarero a su habitación y lo invitaba a un cigarrillo. Él miraba por la ventana mientras el camarero, sentado en una silla, con la corbata aflojada, le describía su repertorio de chicas del East End.

En cuanto la venta de la granja quedó resuelta, compró un billete de avión a Los Ángeles.

Leyó un cuento a los niños. Los dos hermanos estaban acomodados en el suelo, en los sacos de dormir, con un calefactor eléctrico arrimado a los pies. La mujer escuchaba sonriente desde la cama. La silla de ruedas, plegada en un rincón. El revólver había regresado al joyero.

Cuando los niños se durmieron, también él se metió en la cama. Los pies le asomaban. Dormía con calcetines de lana. Abrazó a la mujer y la besó en los labios. Ella estaba ilusionada por ver a su hija a la mañana siguiente. Hablaban en susurros, pegados el uno al otro. La mujer le preguntó si podrían dejarle algo de dinero a su hija, otra vez. Tenía muchas necesidades. También se merecía alguna satisfacción después de haberse divorciado.

Todavía no me lo puedo creer, dijo ella.

El padre de los niños era de Hermosillo. En Los Ángeles había trabajado de agente inmobiliario. Una tarde se había ausentado del

trabajo para cortarse el pelo, con tan mala suerte que su jefe pasó por delante de la barbería y lo vio. Lo despidió de inmediato. Poco después su mujer solicitó el divorcio. Claro está, él antes había cometido más estupideces.

¿Te lo puedes creer? ¿Quedarte sin trabajo por ir a cortarte el pelo?

El hombre reconoció que no. Rompieron a reír. Él le tapó la boca con la mano a ella, y ella a él, para acallar las carcajadas, pero eso los hizo reír con más ganas aún.

Alzaban la cabeza para asegurarse de que los niños no se habían despertado. Cuando por fin se calmaron, él dijo que sí, que rascarían de algún sitio y que le dejarían a su hija el dinero que necesitara.

Retiraron las minas y la munición sin detonar, dinamitaron escombros, trocearon con antorchas de oxicorte los barcos hundidos y, en la primavera de 1975, el canal de Suez volvió a ser transitable. De los barcos atrapados en el Gran Lago Amargo, solo los alemanes, el Münsterland y el Nordwind, salieron de allí por sí mismos. Las máquinas de los demás se negaron a arrancar. El 24 de mayo, los dos cargueros alemanes llegaban por fin a su destino en el puerto de Hamburgo. Habían pasado cerca de ocho años desde que quedaron atrapados en el canal.

VIVEN MUCHAS PERSONAS AHÍ DENTRO

Sería la segunda vez que Abel cruzara las puertas de la casa. La perspectiva le angustiaba desde que su jefe le asignó el encargo. Por supuesto, no había compartido con nadie cómo se sentía. Actuaba igual que si se tratara de un trabajo más, sabedor de que su ansia era íntima y absurda, y de que seguramente lo conduciría a padecer una decepción. Aun así, no podía silenciar el deseo de volver a la casa y contrastar la realidad con los recuerdos.

La primera vez que estuvo allí era un niño. Jon lo había invitado a su cumpleaños. Lo cierto era que dudaba que Jon lo hubiera hecho por voluntad propia. Aun así, Abel atesoraba el recuerdo de aquella ocasión.

Entre los alumnos del colegio Nuestra Señora del Rosario, las fiestas de cumpleaños de Jon eran célebres. Su casa era grande y estaba rodeada por un terreno semisalvaje, abundante en peñascos, barrancos, árboles caídos, madrigueras de animales e incluso cuevas, de las que al anochecer alzaban el vuelo los murciélagos. Quienes la habían visitado así lo contaban, entusiasmados unos, un poco asustados otros. La casa se veía claramente desde el pueblo. Se podría decir que se exhibía a la par que se desligaba, que marcaba la distancia, alzada en la ladera de un macizo de piedra

caliza y con la ría interpuesta entre ella y los edificios del centro de Ribadesella.

Jon invitaba a pocos amigos a su casa. Abel no se contaba entre ellos. A los cumpleaños siempre asistía el mismo grupo de elegidos, con escasas variaciones de un año a otro. Sin embargo, hubo un caso en que Jon invitó a casi toda su clase. Quizá además del cumpleaños había otro motivo de celebración, alguna novedad o alegría o triunfo que la familia deseaba compartir con otras personas. Si fue así, Abel nunca supo qué festejaban realmente. O quizá los padres de Jon, por alguna causa que también se mantuvo reservada, querían ser especialmente dadivosos con él y creyeron que abriendo la casa a sus compañeros lo conseguirían.

Desde el piso meticulosamente limpio y ordenado, y aun así lóbrego, donde vivía con su madre, el Abel niño contemplaba la casa en la otra orilla de la ría. Cada noche se iluminaba con gran despliegue de luces. Todas las habitaciones parecían ocupadas. Más habitaciones y más luces, pensaba el Abel niño, de las que podían necesitar Jon y sus padres. En Navidad, a la iluminación iban a sumarse las guirnaldas en uno de los árboles de la finca, un abeto blanco cuya copa se elevaba por encima del tejado y que una cuadrilla de electricistas tardaba dos días en engalanar con bombillas de colores. Abel contemplaba el derroche de luces de la casa y su reflejo en la ría, y anhelaba ser uno de a quienes se les permitía traspasar su umbral.

Aquella única vez en que Jon lo invitó a su fiesta de cumpleaños —invitación formulada a la salida del colegio, a bocajarro y sin entusiasmo—, Abel volvió a su casa sin creerse lo que acababa de suceder. Su madre le había inculcado que la mejor forma de mantenerse a salvo de las decepciones era estrangular todo asomo de ilusión.

La encontró en la cocina, encorvada ante el fregadero. Su madre había vertido bicarbonato y zumo de limón en la parte inferior de una olla vieja y restregaba la grasa incrustada. Debía de llevar un buen rato haciéndolo. En la encimera había unos cuantos limones exprimidos. Abel la observó desde la puerta. También esa vez le sorprendió lo vieja que parecía. No iba nunca a la peluquería y sus manos estaban siempre enrojecidas y ásperas. Si le hubiera dedicado una caricia afectuosa, no habría sido agradable. Abel le contó lo de la invitación. Ella cesó de frotar. Con el dorso de la mano se apartó de la frente un mechón de pelo reseco, entreverado de canas. Lo miró por encima del hombro frunciendo los labios. Una invitación a un cumpleaños significaba tener que hacer un regalo.

Eligieron un volumen recopilatorio de Joyas Literarias Juveniles dedicado a Karl May. Era uno de los regalos que Abel había recibido las pasadas navidades. Estaba en suficiente buen estado como para pasar por nuevo. El papel con que lo envolvieron también procedía de los regalos de Navidad. La madre recortó los bordes para eliminar las roturas dejadas por la cinta adhesiva. A Abel le avergonzaba que se notara que era un regalo reutilizado, pero creía que aquellas historias de indios, cazadores de osos y estampidas de bisontes serían del agrado de Jon.

Luego no recordaría si el regalo le gustó o no. Ni siquiera recordaría si llegó a hablar con Jon durante la fiesta, que se celebró un viernes, después del colegio. Sí quedaría grabada en su memoria la merienda, servida en un comedor alumbrado por una gran lámpara de cristal que proyectaba destellos sobre la mesa repleta de comida. En un aparador había tantas botellas de refresco como en un bar o en las estanterías de un supermercado, y se podían beber todos cuantos se quisiera. Por la ventana se veían la ría y el pueblo y la casa de Abel, pero él no miró hacia allí en ningún momento.

Aquella merienda de cumpleaños era, pensó, como debían de ser las cenas de Navidad en las casas donde vivía mucha gente: la misma calidez, el mismo bullicio, la misma emoción, con las únicas diferencias de que todos los comensales eran niños y de que en lugar de consomé y cordero asado se servía empanada y tortilla de patata. En la cocina la madre de Jon y otras dos mujeres hablaban y reían mientras preparaban las fuentes que nunca dejaban de llevar al comedor. Las tres llevaban vestido y pendientes y collares y olían bien y hasta sus delantales eran elegantes. Abel fue el único que probó toda la comida que sirvieron y eso las puso aún más contentas y le revolvieron el pelo. Recordaría haces de sol entrando por cada ventana de la vivienda y que, aun así, todas las lámparas se hallaban encendidas. Recordaría que cuando, por culpa de todos los refrescos que bebió, tuvo ganas de hacer pis, lo guiaron hasta un cuarto de baño mucho más grande que su habitación, con las paredes azulejadas en negro. Los sanitarios eran verde esmeralda, de líneas rectas, voluminosos y muy profundos. Parecían pilas bautismales.

Después de la merienda los niños salieron a jugar. Cuando el abuelo materno de Jon construyó la casa, excavó terrazas en la roca del macizo para que el terreno fuera practicable. En la más extensa plantó limoneros. Las ramas se inclinaban hacia el suelo, repletas de frutos. Siguiendo las directrices de Jon, los invitados celebraron una batalla. Se dividieron en dos bandos y arrancaron limones, todos los que cada uno podía sostener en las manos o meterse en los bolsillos. Tomaron posiciones y se arrojaron a la carga una vez tras otra, se tendieron emboscadas lanzándose limones.

Al principio a Abel le preocupó que le rompieran las gafas, de alta graduación y sin las que no veía nada. Sin embargo, enseguida se olvidó de que las llevaba puestas. Recibió golpes, pero sus

proyectiles también dieron varias veces en el blanco. La batalla fue incluso mejor que la merienda. De su recuerdo quedaría borrado el dolor; sobrevivirían la excitación, el orgullo de sentirse miembro de un grupo y el olor embriagador de los limones.

Al anochecer, regresaron adentro arrastrando los pies, con la ropa manchada de hierba, tierra y zumo de limón, marcados por rozaduras y moratones. La madre de Jon dijo que seguro que volvían a tener hambre y los invitó a pasar de nuevo al comedor. Se les ofreció lo que había sobrado de la tarta de cumpleaños, y también comida preparada exprofeso para aquella segunda merienda, y volvía a haber tantos refrescos como se quisiera. Comieron en silencio, agotados. Luego, la madre de Jon y las otras dos mujeres, y también el padre, que había vuelto del trabajo en algún momento sin que Abel se percatara, repartieron a los niños en cuatro coches para devolverlos a sus casas; un coche iría a la playa, dos al centro de Ribadesella y el último haría un recorrido por los pueblos cercanos. Antes de montarse en el vehículo que le correspondió, Abel miró atrás. Los alrededores de la casa estaban cubiertos de limones. Nadie había reñido a Jon ni a ninguno de los demás. Nadie les había ordenado recoger los frutos arrancados. Los árboles continuaban tan pletóricos como antes de la batalla. El expolio era inapreciable.

La segunda vez que fue a la casa, años después, los limoneros seguían allí. En cuanto a lo demás, los cambios eran muchos. Ni Jon ni sus padres vivían ya en Ribadesella. Iban solo de manera esporádica; el padre con más frecuencia, la madre nunca, Jon únicamente en verano. Jon se había casado con una alemana y tenía dos hijos. Abel se había cruzado con ellos en un par de ocasiones, una paseando por la playa y otra en la plaza de la iglesia. No se

había atrevido a saludar a su antiguo compañero del colegio. Ahora Jon era escritor. Abel lo había visto en los periódicos. Tampoco Jon le había saludado. Abel no creía que se acordara de él. Nunca habían sido amigos. Antes de la fiesta de cumpleaños apenas habían hablado y después las cosas se mantuvieron igual.

Abel seguía viviendo en Ribadesella, en la casa de siempre, con su madre. No se había casado ni tenía pareja. Los estudios nunca se le dieron bien. Antes de terminar el instituto, un conocido de su madre, pintor de brocha gorda, lo sumó a sus ayudantes. Veinte años después, Abel continuaba en el mismo trabajo. Era el más veterano de la cuadrilla.

El padre de Jon solía ir a Ribadesella para cuidar de la casa. Deshabitada como estaba, el entorno tendía a su estado natural y en el interior se acumulaban los deterioros. Durante una de sus visitas, decidió que había llegado la hora de repintar la vivienda. Encargó la tarea al jefe de Abel, quien, de entre sus ayudantes, escogió a este y a otro más para el trabajo.

El primer día en la casa, Abel se reencontró con los limoneros, que seguían tan cargados de frutos como los recordaba, lo que le alegró íntimamente. El padre de Jon se hallaba presente, pero no tenía intención de quedarse. Solo volvería si surgía algún problema. Les dejó un juego de llaves.

Antes de que el padre de Jon se fuera, Abel le dijo que había ido al colegio con su hijo. También dijo que había estado una vez en la casa, invitado a una fiesta de cumpleaños. El padre se disculpó por no haberlo reconocido. Abel se atrevió a decir que en aquella ocasión le había impresionado el cuarto de baño con azulejos negros, tan brillantes que podías verte reflejado en ellos. Lo recordaba tan grande como un salón, dijo. No, como un templo. El padre de Jon negó con la cabeza. Hacía años que habían reformado

aquel cuarto de baño, dijo con tono de añoranza. A su mujer los azulejos negros le hacían sentir frío. Al despedirse, Abel pensó que el padre de Jon había quedado complacido con él, que se iba tranquilo, con la impresión de que dejaba la casa en buenas manos.

Los siguientes días Abel descubrió que sus recuerdos no eran cabales. La casa no era tan grande ni luminosa como en la imagen que había retenido de ella durante años. Sin embargo, allí estaban la pesada mesa de comedor, de patas torneadas, y el aparador de los refrescos, y la lámpara con lágrimas de cristal. Lo cubrió todo con plásticos poniendo gran mimo, para que no se manchara de pintura.

Cada noche regresaba a su casa deseando volver al trabajo a la mañana siguiente. Su madre era una anciana con la que no tenía nada de lo que hablar. Cualquier diálogo conducía, al cabo de pocas frases, a un intercambio de reproches. Abel se metía directamente en su habitación, sin pasar por la sala de estar. Antes de ir a la cocina o al cuarto de baño, abría la puerta una rendija e inspeccionaba el pasillo para asegurarse de que no se cruzaría con ella.

El segundo pintor se llamaba Leandro. Era más joven que Abel y tenía una expresión permanente de inquina. Hablaba entre dientes para sí mismo, lanzando miradas de reojo a derecha e izquierda, como si todo el mundo le debiera dinero. Siendo Abel el más veterano, era quien repartía la faena, y lo hacía de manera que cada uno trabajara en una parte diferente de la casa.

Para abreviar la jornada, comían allí mismo. Dentro de la casa olía demasiado a pintura, así que salían a la parte trasera. Leandro no se lavaba las manos. A menudo ensuciaba su bocadillo con huellas de pintura y aun así se lo comía.

Una tarde, después de comer, Leandro fumaba un cigarrillo mirando de reojo la casa. Dijo que no le gustaría vivir allí, que el

sitio le daba escalofríos. También que la casa era de un escritor y que a su mujer, una alemana, tampoco le gustaba ni pizca. Abel escuchaba como si no supiera nada de las personas de quienes le estaba hablando. Leandro siguió contando que, una vez, el escritor y su mujer estaban pasando allí unos días, los dos solos, y que él se tuvo que ausentar por algún motivo de trabajo. Sería un viaje rápido, pasaría fuera nada más que una noche. Ella no quiso saber nada de quedarse en la casa sola. La mera idea le aterraba. Se largó a un hotel.

Abel le preguntó si conocía a Jon, si él se lo había contado. Leandro respondió con sendas negativas. Se lo había dicho el jefe, que sí conocía a la familia, a Jon y a sus padres, y que hasta había tratado con el abuelo, el que construyó la casa. Leandro añadió que se contaban muchas historias sobre aquel sitio y dejó bien claro que, sin duda, no lo querría para él. Tiró la colilla al suelo y la enterró con la punta de la bota.

Al día siguiente, Leandro cayó enfermo. El resto de la cuadrilla estaba ocupado. Abel hubo de continuar la tarea en solitario. Se alegró. No era un fisgón, pero le gustaba disponer de la casa para él solo.

El padre de Jon les había dejado la llave del sótano para que guardaran la pintura y las herramientas. Al sótano se entraba por una puerta en la cochera. Constaba de dos espacios. El primero era de reducidas dimensiones. Había unas estanterías con pertrechos de pesca y una escalera de madera, vertical, que conducía a una discreta puerta en la planta baja de la casa. A un costado se abría un vano sin puerta por el que se accedía al segundo espacio. Este era mucho más amplio. En su origen se había acondicionado como bodega, pero ahora apenas quedaban unas pocas botellas cubiertas de polvo. La pared del fondo no era realmente una pared, sino la

roca viva sobre la que se asentaba la vivienda.

Concluida la jornada, una tarde Abel bajó al sótano. Se estaba quitando el mono cuando la puerta se cerró de golpe y, en el mismo instante, se apagó la luz. Pensó que una corriente de aire había empujado la puerta. La luz había fallado varias veces con anterioridad; debía de haber un cortocircuito en la instalación eléctrica.

Abel estaba al fondo de la antigua bodega, hasta donde no llegaba nada de luz. Sacó el móvil del bolsillo para alumbrarse con él, pero un manotazo le hizo soltarlo. El teléfono se rompió contra el suelo de terrazo. Otro manotazo le arrebató las gafas, dejándolo doblemente ciego y desencadenando el terror.

Luego le dirían que pasó más de seis horas encerrado en el sótano.

A su madre le extrañó que tardara tanto en volver a casa, tratándose de un día laborable. Lo llamó varias veces al móvil, sin obtener respuesta. Pasada la medianoche, y muy alarmada para entonces, llamó al jefe de su hijo. Fue él quien lo encontró.

Detuvo su furgoneta en la entrada de la casa y oyó a Abel gritar en el sótano. Más que gritos, eran graznidos o gemidos. A su empleado apenas le quedaba voz, a fuerza de desgañitarse pidiendo auxilio.

En cuanto su jefe abrió la puerta, Abel salió corriendo y se estampó de bruces contra él. Tenía cortes en las manos. La sangre le había manchado el mono de manera escandalosa. Tan alterado estaba que fue incapaz de explicar qué había sucedido. Solo quería alejarse de allí, pero sin sus gafas ni siquiera sabía hacía dónde dirigirse. Sí acertó a decir que dentro del sótano había alguien. Lo repitió en varias ocasiones: que allí dentro había más de una persona.

Su jefe lo acompañó a la furgoneta. En el vehículo llevaba un botiquín de primeros auxilios. Le vendó las manos para detener la hemorragia. Lo dejó en la furgoneta y volvió al sótano. Estuvo de regreso un momento después, con las gafas de Abel. Las había encontrado en un rincón. Por suerte no se habían roto. Su jefe dijo que lo llevaría a casa pero que antes irían al centro de salud para que le curasen las manos como es debido. También dijo que al día siguiente limpiarían el estropicio del sótano, que la luz se había encendido cuando pulsó el interruptor y que no había visto a nadie allí dentro.

Por la mañana, su jefe pasó a recogerlo y fueron juntos a la casa. El padre de Jon los esperaba en la cochera. El jefe de Abel le había avisado. Miró a Abel de la cabeza a los pies y, sin pronunciar palabra, hizo un gesto indicando que entraran en el sótano. El suelo estaba pegajoso. Mientras tanteaba en busca de la salida, Abel había hecho caer varias botellas de vino. También había volcado dos bidones de pintura de veinte litros, cuyo contenido se había esparcido por el suelo.

El padre de Jon miraba a su alrededor con las manos a la espalda. El jefe solo le había dicho que se había producido un corte de luz y que uno de sus empleados se había quedado varias horas encerrado en el sótano. El padre de Jon comentó que, aunque la llave estuviera en el lado de fuera cuando la puerta se cerró, por dentro había un pestillo con el que la podría haber abierto. Le extrañaba que Abel no hubiera acertado a llegar a tientas hasta allí. El sótano no era tan grande ni tan intrincado como para impedírselo. El jefe se volvió hacia su empleado a la espera de una explicación.

Abel tenía mala cara. No había dormido nada. Permanecía junto a la entrada, sin adentrarse en el sótano. Contó cómo la puerta se cerró de golpe, a la vez que se apagaba la luz. Dijo que luego

alguien le quitó el móvil y las gafas. Su jefe bajó la mirada y soltó un resoplido. El padre de Jon escuchaba atentamente.

A continuación, Abel contó que había varias personas en el sótano. Claro está, no había podido verlas, pero sí las había oído, las había oído durante horas, no sabía cuántas porque al final había perdido la noción del tiempo. Las personas no hablaban, solo respiraban, y Abel también las había oído moverse, no sus pisadas, sino un sonido susurrante, como de aleteo, que producían cuando iban de un lado a otro, interponiéndose en su camino, y entonces respiraban más fuerte, amenazándolo. Por eso no había podido llegar a la puerta. Había tirado las botellas, tropezado con los bidones y resbalado en la pintura. Al caerse se había desorientado. Había tanteado a su alrededor, cortándose con las botellas rotas. Acertó a dar con el interruptor de la luz y lo pulsó repetidas veces, pero la bombilla no se encendía. Las manchas de pintura, vino y sangre en el interruptor confirmaban estas palabras.

Su jefe preguntó quiénes eran aquellas personas. Abel dijo no saberlo. Varias. No siempre las mismas. Había alguna muy pequeña. También había alguna peluda, sí, cubierta de pelo. Por momentos había más personas, por momentos menos. Iban y venían. Y en cualquier caso no le permitían alcanzar la puerta. No le tocaron. Solo cuando le arrebataron el móvil y las gafas. Respiraban fuerte y así lo intimidaban, haciéndolo ir de un lado a otro. Zarandeándolo, pero sin ponerle la mano encima. Creyó que le iba a dar un infarto. Se fueron poco antes de que apareciera su jefe. A lo mejor lo oyeron llegar y se escaparon. Su jefe quiso saber por dónde se escaparon. ¿Por la puerta? Abel negó con convicción. Por allí, dijo, apuntando hacia el fondo del sótano, hacia la pared de roca viva. El jefe y el padre de Jon se acercaron adonde les indicaba. No supieron a qué se refería. A Abel no le quedó más remedio que aventurarse en el sótano para

mostrárselo. Los pies se le quedaban pegados en la pintura medio seca. Señaló una grieta en la roca, de milímetros anchura. Insistió en que las voces se habían escapado por allí. La grieta se las había tragado igual que un extractor de aire se traga el humo.

Su jefe le pidió que lo esperara fuera. El padre de Jon observaba la grieta.

El jefe se reunió con Abel poco después. Se había esforzado por explicarse en nombre de su empleado. Le había dicho al padre de Jon que Abel, además de cortarse con los cristales, había sufrido un golpe en la cabeza, que estaba claro que se había desorientado y que seguía confuso. Lo mejor sería olvidarse del asunto, que quedase entre ellos. El padre de Jon estaba de acuerdo, era comprensivo.

Abel hizo un amago de replicar, pero su jefe fue tajante: no hablarían con nadie de lo que había pasado. Los dueños de la casa eran buenos clientes y buena gente, poco amigos de las habladurías. Algún otro de la cuadrilla terminaría de pintar la casa. De todos modos, con las manos heridas, Abel no podría trabajar en varios días.

Cuando se reincorporó a la faena se encontró con que su jefe no había sido tan discreto como le había exigido a él. Mientras impermeabilizaban la fachada de un chalet en la playa, Leandro, al que siempre le regocijaba descubrir el punto débil de alguien, le preguntó qué había pasado en la casa de los vascos. Estaban presentes otros dos pintores de la cuadrilla, y a Abel no se le pasaron por alto las sonrisas y los guiños de complicidad entre ellos. Lo mejor era no mostrarse ofendido ni embarcarse en explicaciones. Era consciente de que, a ojos de los demás, había hecho el ridículo. El relato sonaba fantasioso, y él había sido testigo de cómo en el pueblo, con menos motivos, se tachaba de cuentistas, de cagonas y

hasta de afeminadas a personas que luego cargaban con el sambenito de por vida. Se encogió de hombros para restarle importancia. Dijo que había tenido un mal día. ¿A quién no le había pasado alguna vez? Los otros le dieron la razón, volviendo a intercambiar sonrisas y codazos.

Durante una temporada fue la comidilla de Ribadesella.

La madre de Abel falleció de un infarto mientras dormía. Él se alegró de que no hubiera sufrido y también de no haber tenido que cuidarla durante una larga enfermedad. Siguió viviendo en la misma casa. Su jefe pensó que se sentiría solo y le regaló un cachorro de perro de agua, una hembra. La llamó Ofelia. Después del trabajo volvía a casa sin entretenerse y la llevaba a pasear por la playa. En invierno, Ofelia rebuscaba entre las pilas de madera de deriva amontonadas por las riadas y Abel le lanzaba un palo una y otra vez para que se lo trajera de vuelta. El aire del mar le limpiaba la nariz de olor a pintura.

Tras la muerte de su madre, Abel empezó a ir de putas. Antes lo había hecho de manera esporádica, casi obligándose a sí mismo y lidiando con el sentimiento de culpa, pero luego le cogió el gusto y pasó a ir con regularidad, durante escapadas a Oviedo o Gijón. Escogía a las chicas a través de una web de citas eróticas. Su favorita era una colombiana un poco rellenita, con buenas tetas. Le enternecía su compañía. Al igual que él, era muy miope. Usaba unas gafas de estilo retro, con montura con forma de mariposa, que a Abel le parecían muy sofisticadas. La primera vez que estuvo con ella, le pidió que se las dejara puestas. La chica se lo agradeció porque sin las gafas estaba prácticamente ciega. Muchos clientes preferían que se las quitara. Abel dijo que no los entendía.

La chica paraba en Gijón por temporadas. El resto del tiempo

hacía un circuito por casas de citas de la mitad norte de la península. Abel chequeaba la web para saber si había vuelto a Asturias. Abandonó la lectura de los comentarios dejados por otros clientes cuando empezó a sentir celos, un sentimiento inédito para él y que no le gustó nada. Nunca había besado a la colombiana, pero a veces, mientras estaban en la cama, sus caras se acercaban tanto que las gafas de ambos entrechocaban y hacían clic, clic, clic.

Al jefe de Abel le llegó la edad de jubilarse. Propuso a su empleado más veterano quedarse con el negocio. Estaba seguro de que casi todos los integrantes de la cuadrilla querrían seguir trabajando para él. Abel no estaba tan convencido de esto y, en cualquier caso, no se veía como empresario. Agradeció a su jefe la confianza que le demostraba y declinó la oferta.

La idea de trabajar por cuenta propia tampoco le atraía. Unos años antes, otro miembro de la cuadrilla había montado un negocio de jardinería y mantenimiento de viviendas. Las cosas le iban bien. Durante el otoño y el invierno cuidaba de las casas vacías de los veraneantes; en primavera y verano se centraba en los jardines. Contrató a Abel, que no pasó a ganar más dinero, pero tampoco mucho menos, y el trabajo parecía más sencillo.

Se enteró de que Jon se había divorciado y, poco después, de que la familia había vendido la casa. Esta noticia le revolvió los recuerdos. Para entonces se había convencido de que lo que pasó en el sótano no fue más que una confusión pasajera, una pesadilla fruto de la intoxicación producida por los vapores de la pintura y el vino derramados. Llevaba años sin pensar en ello.

La propiedad de los vascos la adquirió Gallardo, un constructor de la zona que, como él mismo voceó ufano, tenía el proyecto de derribar la casa y levantar en su lugar una promoción de viviendas pareadas. No obstante, las obras no terminaban de arrancar y la

casa languidecía rodeada por una maleza cada vez más oscura y tupida.

Abel no había hecho cambios en el piso tras la muerte de su madre. Sabía que sería recomendable, que seguramente eso le haría sentir mejor, pero una vez tras otra postergaba las reformas. Lo cierto era que ni siquiera tenía claro qué cambios hacer. Se ponía como excusa para aplazar la decisión que, si alguna vez tenía pareja y vivían allí, a ella quizá no le gustara lo que él había hecho y entonces tendrían que embarcarse en una nueva obra y el gasto sería doble.

Tampoco hacía esfuerzos por encontrar pareja. No se imaginaba cómo podía ser la convivencia con una mujer, cómo se dividía el espacio en los armarios, cómo se repartían las tareas, en qué medida había que dar explicaciones de lo que se hacía y cuánto había que hablar al cabo del día y de qué. Y a lo mejor a ella no le gustaban los perros. Se agobiaba pensando en todo esto y se decía que, de momento, las putas le convenían más.

La mayor parte del tiempo no era consciente de su soledad. Tenía un par de amigos con los que hacía rutas en bici y quedaba para tomar unas cervezas. Se conocían desde hacía años, pero su amistad continuaba siendo superficial. Los tres coincidían en juzgar las preguntas personales como impertinencias.

Iba a correr por el paseo de la playa acompañado por Ofelia. Frecuentaba el polideportivo del pueblo, lo que le obligaba a pasar por delante de la antigua casa de Jon, cada vez más sumida en el abandono, y se ejercitaba en el gimnasio. De regreso en su casa, se contemplaba en el espejo con el torso desnudo.

Con la llegada del buen tiempo, frecuentaba las terrazas de la villa. Llevaba a Ofelia. Extendía su cazadora sobre el asiento de una silla y la perra se acomodaba encima. Abel explicaba a los camareros

que era por higiene, aunque lo hacía para que Ofelia estuviera más cómoda.

Le llegó la noticia de que el proyecto inmobiliario de Gallardo se había malogrado y de que el constructor había puesto la casa en venta. Poco después supo que Jon la había vuelto a comprar. Su intención era instalarse en ella de manera permanente, junto con su padre y sus dos hijos. Claro que antes debían volver a hacer habitable la propiedad. Cuando Abel paseaba con Ofelia o iba al polideportivo, veía movimiento de trabajadores y maquinaria de obra en la casa.

Finalizadas las reparaciones y las reformas en el interior, llegó la hora de ocuparse del terreno. Para la labor de desbroce contrataron al jefe de Abel, que asignó la tarea a este.

¿Qué problema podría haber?, se dijo Abel. Habían pasado muchos años. En realidad, no había sucedido nada, más allá de un accidente leve. Estaba olvidado. Además, para desbrozar el terreno no tendría que entrar en la casa.

El trabajo había de realizarse durante una semana en la que Jon y su padre se hallarían ausentes; uno estaría en Bilbao y el otro en Oviedo, resolviendo trámites antes de instalarse en Ribadesella. La mañana señalada para el inicio del encargo, Abel se reunió con su jefe en la entrada de la casa. Este disponía de las llaves de la propiedad.

Comenzaron por recorrer la finca a pie. La hierba les llegaba a las rodillas. Había sitios donde la maleza había crecido hasta volverse impenetrable. Abel se fijó en que habían talado los limoneros. El jefe le señalaba las zonas donde el terreno era lo bastante liso como para usar la segadora de peine. En las partes más accidentadas, desde la parte trasera de la casa hasta la cima del macizo, donde se hallaba la linde, no quedaría más opción que

emplear la desbrozadora manual.

Planificada la faena, de la que Abel se ocuparía en solitario, su jefe se encaminó a la cochera. Abel sintió una punzada de angustia cuando lo vio abrir la puerta del sótano. Su jefe le pidió que entrara con él. Para no tener que traer la herramienta a diario, la dejarían allí, junto con la gasolina y el aceite para la desbrozadora.

No quedaba rastro del olor a pintura y vino derramados. ¿Cómo iba a quedar? Todas las botellas habían desaparecido. El sótano estaba vacío. Solo olía a humedad. Al fondo, donde afloraba la roca viva, las grietas se habían ensanchado y habían aparecido otras nuevas.

Abel preguntó si no bastaría con dejar las cosas en la cochera. Su jefe prefería guardarlas bajo llave. Era poco probable que alguien rondara por allí, pero siempre era mejor evitar tentaciones a los amigos de lo ajeno. Abel miraba a su alrededor con recelo, ansioso por salir del sótano. Recordaba las respiraciones, cómo lo habían atosigado, cómo se habían mofado de él. Su jefe le preguntó si se encontraba bien. Abel asintió. Nunca había hablado con su jefe de lo que pasó allí dentro ni este dijo ahora nada al respecto, aunque Abel estaba seguro de que conocía la versión que corrió por Ribadesella.

La segadora estaba ocupada en otra finca. Abel empezaría con la desbrozadora manual. Su jefe le hizo entrega de las llaves con un gesto que daba a entender: «No quiero saber nada hasta que hayas terminado».

Cuando se quedó a solas, se cambió de ropa; no en el sótano, que se apresuró a cerrar, sino en la cochera. Se puso un peto y espinilleras de protección. El casco tenía una careta de rejilla bajo la que podía usar sus gafas.

Abrió sendas en bolsas de maleza que debían de llevar décadas intocadas. Recorría los escenarios donde se había celebrado la

batalla de limones más de treinta años atrás. Aprisionados entre raíces y enredaderas, encontró juguetes viejos, supuso que de Jon, perdidos cuando jugaba allí de niño.

Hacía un día soleado. La ropa se le iba empapando de sudor. Se concentró en el trabajo, esforzándose por no mirar hacia la casa, cuya presencia agazapada sentía a su espalda.

Al mediodía hizo una pausa. Posó la desbrozadora en los escalones que llevaban desde la puerta trasera de la casa hasta el antiguo gallinero y se desprendió del arnés. Había ido guardando en los bolsillos los juguetes que encontraba. Los dejó en un escalón, formando un montoncito. Parecían una ofrenda. Se sentó a examinarlos. Había un puñado de soldaditos de plástico, piezas de Lego, la cabeza de un Geyperman, cochecitos que habían perdido las ruedas… Estaban manchados de tierra y descoloridos. Mientras los miraba, aliviaba la sed con el agua de una botella. Vertió un poco sobre la cabeza del Geyperman para lavarla. Impactó entonces contra él una oleada de odio procedente de la casa. Sintió como si muchas bocas le gritaran ordenándole que soltara lo que tenía en las manos y se alejara. Pero gritaban sin producir ningún sonido, como si la casa emitiera una alarma silenciosa. Se asustó tanto que salió corriendo. Mientras bajaba la rampa de adoquines que conducía a la entrada de la finca, sentía las voces mudas increpándole. Salió a la carretera y se alejó a zancadas sin volver la vista atrás.

Llegó a su casa. Ofelia salió a recibirlo. Abel se arrodilló en el recibidor y abrazó y acarició a la perra hasta que empezó a calmarse. Luego bebió una cerveza. La mano le temblaba.

Esa tarde no reunió valor para volver a la casa. Confió en que su jefe no fuera a comprobar la marcha del trabajo. Antes de ir a la cama, se tomó medio calmante. Una hora después se levantó a tomar la otra mitad. Aun así, no pegó ojo. Lo único que le

tranquilizaba era alargar la mano y encontrar el tacto cálido y lanoso de su perra.

A la mañana siguiente cruzó el puente y se presentó en la casa de los vascos. De nuevo hacía un día cálido y luminoso. La casa estaba en silencio. Mientras subía la rampa, solo oyó cantar a los tordos.

La desbrozadora, el arnés y los guantes seguían donde los había dejado. Los juguetes habían desaparecido. Para entonces casi había logrado convencerse de lo absurdo que era lo que sintió la víspera. No habría sabido explicárselo a nadie. No sin parecer un enajenado o un histérico. Había tenido la impresión clara y clamorosa de que la casa estaba llena de gente. Pero allí dentro no había nadie. Eso lo sabía todo el mundo. La casa estaba vacía.

Era cierto que los juguetes habían desaparecido. Sin embargo, seguro que había una explicación sencilla. Los había cogido alguien. Su jefe no había ido por allí, pues él habría guardado la desbrozadora y luego le habría llamado para echarle la bronca por dejarla abandonada. Habría sido el padre de Jon, que vivía en Oviedo, a menos de una hora en coche. En cualquier caso, ¿qué importancia tenía? Solo eran unos juguetes viejos, de los que nadie se acordaba desde hacía décadas.

Rellenó el depósito de la desbrozadora y la arrancó con saña, resuelto a que el estrépito del motor acallara sus pensamientos. Ese día no sucedió nada. Al final de la jornada, guardó la desbrozadora en el sótano. Fue a buscar a Ofelia y la llevó a pasear por la playa.

Al día siguiente la segadora de peine volvía a estar disponible. Delante de la casa el terreno descendía en un plano inclinado libre de árboles, desde la cochera hasta la carretera. Por la parte inferior, un seto de pitósporo cerraba la propiedad. La pendiente era tan acusada que la segadora estaba siempre a punto de volcar. Abel

tenía que poner el triple de atención y de esfuerzo de lo habitual para que la máquina no rodara cuesta abajo. No obstante, no podía ignorar una sensación incómoda. Varias veces tuvo la impresión de que alguien lo observaba. Acabó por parar la segadora. Miró a su alrededor. No pasaba nadie por la carretera. Todas las ventanas de la casa tenían la persiana echada.

Mientras se enjugaba el sudor de la frente le pareció ver, de reojo, a alguien en la más alta de las dos terrazas de la casa, la que recorría la fachada a la altura de la planta superior. Fue muy fugaz. Cuando giró la cabeza, ya no había nadie.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo desde la punta de los pies hasta la coronilla. Luego se detendría a pensar qué fue lo que más le asustó: si haber visto a aquella persona o el modo como desapareció, de repente, como un efecto especial en una película de Georges Méliès. Durante la fracción de segundo en que se expuso a sus ojos, Abel vio a un anciano de cabello gris y complexión robusta, que permanecía muy erguido, en el centro de la terraza, con ambas manos posadas en la barandilla, mirándolo fijamente.

A media tarde, su jefe se presentó en la casa. Dijo que iba a echarle una mano, aunque Abel sospechó que su verdadera intención era vigilarlo. La aparición en la terraza le había alterado tanto que le parecía imposible que los demás no se percataran de su estado, que no lo vinieran notando desde hacía años, como si la perturbación que padecía en esos momentos se propagara en el tiempo, avanzando como una nube oscura hacia el pasado, contaminando la opinión que de él tenían los vecinos de Ribadesella. Aun así, su jefe se comportó de manera natural. Mientras Abel pasaba la segadora de peine, él cogió la desbrozadora. Abel agradeció la compañía. Concluida la jornada, el jefe cargó la segadora en un furgón. Todo lo que se podía hacer con ella ya

estaba hecho. Al día siguiente, Abel volvería a trabajar solo.

No se sacaba de la cabeza a aquel anciano. Cuanto más pensaba en él, con más claridad lo veía. Llevaba traje oscuro y camisa blanca, abotonada hasta el cuello. La ropa parecía de otra época, como la que usa la gente en las fotos antiguas, aunque no habría sabido especificar qué le llevaba a pensarlo. Del bolsillo del pecho asomaba un pañuelo plegado.

Fue a recoger a Ofelia e hizo unos recados. Necesitaba distraerse con algo cotidiano e inofensivo. Llamó a sus amigos y les propuso quedar a tomar algo, pero ninguno estaba disponible. Volvió a su casa, se puso ropa de deporte y salió a correr. Si hacía ejercicio hasta agotarse tal vez luego pudiera dormir. Se llevó a Ofelia.

Mientras corría por la playa, se preguntó si Jon y su familia sabían lo que pasaba en la casa. Era imposible que no fuera así al cabo de tres generaciones. Seguramente la habían vendido para escapar de las presencias que la preñaban. A lo mejor, siempre de un modo muy discreto, habían tratado de *limpiar* la vivienda. A lo mejor también, durante breves temporadas, incluso creyeron haberlo logrado. Pero las presencias, pues eran muchas, siempre terminaban por retornar, por abrirse paso de un modo u otro e imponer su potestad. La familia se había rendido, había huido, se había deshecho de la casa.

No obstante, habían regresado, la habían comprado de nuevo, continuó Abel, cada vez más abismado en sus pensamientos. ¿Por qué? ¿Acaso empujados por un sentimiento de responsabilidad, de obligación autoimpuesta? ¿Quizá por ser víctimas de una suerte de chantaje, de una perspectiva de castigos y humillaciones si no retomaban su papel de custodios, de criados, de acompañantes forzosos? ¿Cuál era la naturaleza de la convivencia bajo el techo de aquella casa? La familia no podía cumplir su labor obedeciendo tan

solo a amenazas, también debía obtener algo a cambio. ¿Qué recompensa se le había prometido a Jon, qué necesidades habría de ver satisfechas que pudieran justificar no solo su retorno, sino que trajera consigo a sus hijos, nada más que unos niños?

Se le ocurrió que era urgente medir la casa por dentro y por fuera, y comparar los resultados en busca de discrepancias reveladoras de habitáculos ocultos, de angostos corredores entre tabiques, de falsos techos, de túneles que comunicaran la vivienda con cavidades recónditas del macizo cárstico sobre el que se hallaba construida, como si la casa fuera un tapón que impedía la salida de lo que se agazapaba bajo ella, pero un tapón viejo, agrietado, incapaz de impedir que escaparan filtraciones y vahos.

Concluyó asimismo que él era el único sabedor de lo que sucedía, al margen de la familia. Sin embargo, no podía contarlo. Lo tomarían por un perturbado. Jon y su familia no lo respaldarían, bien por voluntad propia, bien porque no les estaba permitido hacerlo. ¿Pero qué sucedería si no ponía sobre aviso a los vecinos acerca de los habitantes de la casa, de sus dueños verdaderos, quienes se podían hallar a la espera de algo, quienes podían venir urdiendo un plan desde hacía décadas, quienes a la postre podían suponer un peligro para toda la villa?

Ya era suficiente, se censuró. No podía pensar así. Solo conseguiría hacerse daño. Dejó de correr. Ofelia, que se había quedado atrás, lo alcanzó. La perra venía con la lengua fuera.

En momentos como ese, le gustaría tener una pareja. Tal vez no se atrevería a compartir con ella lo que se le pasaba por la cabeza, pero seguro que su compañía lo llevaría de vuelta a cuestiones terrenales, le recordaría el correcto orden de las prioridades. Además, contar a su lado con una mujer sería como disponer de un pasaporte para ir a lugares a los que no se veía yendo solo. Podrían

ir de vacaciones, pasar tiempo lejos de Ribadesella e incluso vivir en otro sitio. Podrían hacer planes, algo en lo que Abel carecía de experiencia.

Esa noche durmió mejor de lo que había esperado. Por la mañana lo atribuyó a la compañía de Ofelia y pensó que tal vez la presencia de la perra también le serenaría en el trabajo.

Llevó a Ofelia a la casa. La ató a un árbol, de manera que pudiera verla mientras trabajaba. A medida que iba progresando con la labor, trasladaba a Ofelia de un árbol a otro. Cuando se sentía observado, alzaba la vista y allí estaba ella, mirándolo y meneando el rabo. Trabajó a buen ritmo. Si seguía así acabaría antes de lo esperado. La perspectiva le animó aún más.

Se le había olvidado llevar un cuenco donde servir agua a la perra. La soltó para darle de beber del grifo que había en la fachada trasera. En cuanto Ofelia sació la sed irguió la cabeza como si hubiera oído algo. Un instante después bajaba a la carrera las escaleras de piedra que descendían por un costado de la casa. No obedeció cuando Abel le ordenó que volviera.

La encontró en la cochera. Olfateaba con ansia la rendija bajo la puerta del sótano. Abel la agarró por el collar y tiró de ella, pero la perra se resistió a despegarse de la puerta. Arañaba el suelo como si pretendiera ensanchar la rendija. Abel le preguntó qué estaba haciendo. La respuesta llegó en forma de susurro desde el otro lado de la puerta. Abel se quedó paralizado y Ofelia aprovechó la ocasión para zafarse y redoblar su empeño, a la par que gemía y olfateaba. Del interior del sótano llegó un nuevo sonido, como si algo royera la madera, sumando sus esfuerzos a los de Ofelia.

Abel levantó a la perra y se alejó sujetándola con fuerza. La ató a un árbol. Ofelia tensó la correa. Miraba con las orejas alzadas hacia las escaleras por las que se iba a la cochera. Ignoró las caricias

de su amo y las peticiones para que se calmara.

Ese día trabajaría hasta que se hiciera de noche, decidió Abel. Terminaría la faena y no se acercaría a la casa nunca más.

Cuando un rato después hizo un descanso, descubrió que Ofelia se había soltado. La llamó sin obtener respuesta. Bajó a la cochera. Tampoco estaba allí. Se acercó a la puerta con recelo. Al otro lado no se oía nada. Llamó a su perra. Prosiguió el silencio. Sacó del bolsillo la llave que su jefe le había dejado. Le temblaban las manos. Abrió la puerta. Llamó a Ofelia. Encendió la luz y pasó adentro. Muy lentamente avanzó hasta el fondo de la antigua bodega. Esperaba que la puerta volviera a cerrarse en cualquier momento y que la bombilla se apagara. Apenas le salió la voz cuando se acercó a las grietas en la roca viva y dijo: ¿Ofelia? ¿Cariño? ¿Amor mío?

Pasó el resto de la tarde buscando a su perra por la finca. La llamó hasta quedarse ronco. No tenía la llave de la casa. De todos modos, no sabía si se habría atrevido a entrar.

Cuando la oscuridad le impidió seguir buscando, llamó a su jefe. Al principio este no entendió de qué le hablaba. Luego le pidió a Abel que lo esperara en la casa.

Llegó enseguida. Para entonces era noche cerrada. Abel repitió que su perra había desaparecido. Contó lo que creía que había sucedido: que la casa había secuestrado a Ofelia porque él sabía demasiado. Su jefe endureció la expresión y le ordenó callar. Fue firme. Le advirtió de lo que podría suceder si continuaba por ese camino, acusando a buenos clientes con historias inventadas. Abel lo podría pagar muy caro, sobre todo teniendo en cuenta sus antecedentes.

La desaparición de Ofelia se produjo un jueves. El viernes Abel no trabajó en la casa. Su jefe le asignó un nuevo encargo. Otro

empleado terminaría de desbrozar el terreno de los vascos.

Después del trabajo, recorrió los alrededores de la casa en busca de Ofelia, sin aventurarse en la propiedad. También fue a los sitios por donde acostumbraba a pasear con la perra. El sábado hizo lo mismo.

La tarde del domingo recibió una llamada de Jon. Este acababa de llegar a la casa con sus hijos y habían encontrado a la perra. Estaba perfectamente. Abel podía ir a recogerla. Ya estaba anocheciendo. Caía una lluvia fina y cerrada. Abel le preguntó si le podría traer a Ofelia a la villa. Jon tardó en responder. Entremedias Abel se percató de que no reconocía la voz de su antiguo compañero del colegio. Hacía treinta años que no le oía hablar. No sabía cómo hablaba el Jon adulto. No le era posible llevar a Ofelia a la villa. Lo sentía mucho. Estaba con sus hijos y no quería dejarlos solos. Les daba un poco de miedo. Jon se rio brevemente; algo a medio camino entre una risa y un suspiro. Repitió que Ofelia estaba bien. Abel podía ir a por ella cuando quisiera. Pero era mejor que fuera en ese mismo momento, antes de que se hiciera demasiado tarde.

La lluvia iba acompañada por bruma o caía tan apretada que parecía bruma. Desde la casa de Jon no se veía Ribadesella, apenas unas luces bajas de forma que no permitían apreciar la disposición ni las dimensiones de la villa, que a Abel le pareció más lejana de lo que estaba.

Llamó al timbre de la puerta principal, en la planta baja de la casa. La vivienda se encontraba prácticamente a oscuras.

Hola, Abel. Cuánto tiempo.

Jon estaba muy delgado. Se había dejado barba. Le habían salido canas.

Vengo a por mi perra.

Lo sé. Pero pasa, pasa. No hace una noche para esperar fuera.

Del recibidor de la planta baja partía la escalera de madera que llevaba a la planta superior. En lo alto había un aplique que emitía un halo de luz escueto y cremoso. De algún sitio de la planta de arriba llegaban ladridos y risas. Los ladridos eran alegres. Cualquiera se daría cuenta.

Jon sonrió.

Están jugando.

Explicó que habían encontrado a la perra acurrucada ante la puerta. Empapada, sucia y temblando. Cuando se perdió debió de alejarse más allá de la linde de la propiedad, por la cima del macizo. Allí era fácil desorientarse. Hacía años que nadie limpiaba la zona. Era una selva. Habían bañado a la perra y le habían dado de comer. No había manera de saciarla. Ahora estaba bien, repitió Jon. El jefe de Abel le había explicado lo sucedido, así había sabido de quién era el animal.

Se llama Ofelia. ¿Me la puedo llevar ya?

Por supuesto. Están jugando, repitió. ¿Quieres venir?

Mejor espero aquí.

Como prefieras.

Jon subió las escaleras sin apresurarse. Al llegar a lo alto giró a la izquierda. Abel oyó alejarse sus pasos por el pasillo. También oyó ladrar de nuevo a Ofelia y luego unos susurros, como si Jon discutiera con alguien pero no quisieran alzar la voz.

Al cabo de lo que a Abel le pareció mucho rato, Jon reapareció en el halo del aplique. Sostenía en brazos a Ofelia, que parecía muy relajada.

Sube, Abel. Ven a por tu perra. Tendrás muchas ganas de verla.

Abel empezó a subir las escaleras. Tuvo que apoyarse en la barandilla. Había tan poca luz que no distinguía los escalones. A mitad de camino se detuvo. Jon había dicho algo.

¿Qué?

Digo que siento mucho lo que ha pasado.

Abel no supo a qué se refería. Habían pasado muchas cosas.

¿Qué?, repitió.

Lo de tu perra, dijo Jon mientras acariciaba a Ofelia. Lo siento mucho.

No hay problema.

Otra cosa, Abel…

Volvió a detenerse. Jon lo miraba desde lo alto de las escaleras. El aplique estaba a su espalda. Su rostro quedaba oculto por las sombras.

¿Has hablado con alguien de lo que ha pasado? Además de con tu jefe.

No. Con nadie.

¿No le has dicho a nadie que has perdido a tu perra? La habrás estado buscando. Habrás preguntado a alguien si la ha visto.

Bueno, sí…

Has hablado con alguien.

Sí.

¿Has ido por ahí diciendo que tu perra…?

Se llama Ofelia.

¿Has ido por ahí diciendo que Ofelia se había perdido en esta casa?

No. Eso no.

No has mencionado la casa.

No.

¿Estás seguro?

Ya he dicho que no. ¿Me das a mi perra?

Enseguida. Me alegro de que no hayas mencionado la casa porque, en realidad, no había razones. ¿No crees?

De nuevo, Abel no supo qué le quería decir.

Un perro que echa a correr y se pierde, dijo Jon, no tiene nada de extraño. Puede suceder en cualquier sitio. En esta casa han desaparecido muchos perros, de una manera u otra. Has tenido suerte de recuperar el tuyo.

Abel asintió.

Mucha suerte, subrayó Jon. Así que no es necesario airear nada, ¿verdad? Lo digo pensando en ti. No te convendría.

¿Por qué?

Imagino que no te gustó que te encargaran desbrozar nuestro terreno. Que no querías volver aquí, después de lo que pasó hace años. Cuando te quedaste encerrado en el sótano.

Abel no respondió. Continuaba aferrado a la barandilla.

Aun así, aceptaste. Querías demostrar que no tuvo importancia. Que no merecía la pena pensar en ello. Querías acallar los rumores que seguían circulando sobre ti. Me gustaría haberte evitado el mal trago. Haberte evitado revivir, aunque fuera en el recuerdo, lo que pasó. Pero no sabía que la faena te la iban a encargar a ti. Y mi padre tampoco. ¿Comprendes por qué siento tanto lo que ha pasado?

Abel asintió otra vez.

¿Me puedo llevar ya a Ofelia?

Claro que sí. ¿No has venido para eso? Sube. Toma a tu perra.

Terminó de subir las escaleras. En lugar de tenderle a la perra, Jon retrocedió unos pasos y dejó al animal en el suelo.

Ve con tu amo.

Abel alargó los brazos hacia Ofelia, pero la perra corrió por el pasillo y se metió en la habitación que había en el extremo. La puerta estaba entornada, no permitía ver el interior. De inmediato la perra rompió a ladrar de alegría. Dentro hubo un pequeño tumulto:

risas, exclamaciones de sorpresa y sonido de arrastrar de muebles, como si varias personas se hubieran puesto súbitamente en pie empujando sus sillas.

Jon se rio igual que había hecho por teléfono, como si le costara esfuerzo hacerlo o como si hubiera perdido la costumbre.

Parece que tu perra no se quiere ir. Lo estaban pasando muy bien. Tranquilo. Iré a por ella.

Una vez más, Jon le preguntó si quería acompañarlo y Abel volvió a decir que lo esperaría. Jon recorrió el pasillo, entró en la habitación del fondo y cerró la puerta.

Abel se quedó solo. Olía mucho a pintura. Las paredes estaban desnudas. Los cuadros habían sido retirados. Se sintió confuso. El olor a pintura lo retrotraía a cuando él pintó la casa, una ocasión que sentía muy cercana, como si hubiera sido la víspera, aunque habían transcurrido años desde entonces. El pasado y el futuro se plegaban sobre el presente, lo comprimían con todo su peso y no dejaban respirar a Abel. Lo sobresaltó un ruido procedente del fondo del largo pasillo, no de la habitación donde Jon había entrado, sino en el extremo opuesto, donde estaba la cocina. Sonó como si algo pesado hubiera caído al suelo. ¿Había alguien allí? Jon le había dicho que estaba solo con sus hijos. ¿O tal vez el sonido procedía de fuera de la casa? Aguzó el oído. La luz de la cocina estaba apagada.

Ya estamos aquí.

Dio un respingo.

Jon se encontraba junto a él, con Ofelia en brazos. Abel lo miró como si no lo reconociera y se volvió hacia la cocina.

Estamos haciendo reformas. Ahora la casa será más cómoda para todos. Incluso podrá vivir aquí más gente que antes. Conservando la intimidad de cada uno. La intimidad es importante. La valoramos mucho. ¿A ti te gusta la intimidad?

Abel le arrebató a Ofelia y huyó escaleras abajo.

En su casa, Abel examinó a Ofelia. No encontró lesiones. Nada parecía dolerle. Sin embargo, no se comportaba de manera normal. Lo olfateaba todo como si fuera la primera vez que estaba allí. Por la noche se negó a dormir en la cama de Abel. Dos veces, él la oyó gemir, se levantó a ver qué le pasaba y la encontró junto a la puerta de la calle. Al final la tomó en brazos y se sentó con ella en el salón. La acarició hasta que Ofelia se calmó, y él con ella.

El lunes, después del trabajo, llevó a Ofelia a pasear. En la playa, la perra se zafó de él, echó a correr y se perdió de vista.

Los días siguientes, Abel anunció a su jefe que dejaba el trabajo, acudió a una agencia inmobiliaria y puso en venta su piso, se deshizo de pertenencias personales, suyas y de su madre, informó a sus vecinos de que se iba de Ribadesella y a uno de ellos le dejó la llave de su buzón para que le recogiera el correo.

Dio todos los pasos sin apresuramiento. Quienes trataron con él los días previos a su partida afirmaron que parecía sereno e incluso ilusionado ante la perspectiva de irse, como si se hubiera quitado un peso de encima. Dijeron también que les extrañó no verlo en compañía de su perrita, de la que antes no se separaba nunca.

RECORDATORIO

I

Desde el primer día, en la central nuclear se dirigieron a él por su apellido. Llegaría a pensar, un tiempo después, que las personas con las que trabajaba ignoraban cómo se llamaba, al igual que él ignoraba el nombre de pila de casi todas ellas.

Había pasado por varios empleos tras salir de la Escuela de Ingenieros, en empresas muy diferentes, en cargos técnicos y de otros géneros, en España y en el extranjero. No obstante, era el más joven en la Oficina Técnica de Mantenimiento de la central nuclear de Ascó. A lo mejor por ese motivo juzgó de paternalista la actitud de su jefe cuando, el primer día, este le preguntó si tenía familia, si vivía cerca, si necesitaba algo. Había alquilado un apartamento en L'Hospitalet de l'Infant, en la costa. Para ir a Ascó tenía que conducir cincuenta kilómetros por una carretera a la vera del Ebro, sinuosa y frecuentada por vehículos de gran tonelaje. Su jefe le planteó compartir coche con alguien de la central. Él sabía de un par que podrían estar interesados.

Por la tarde se presentó con ellos junto a su mesa.

Rivera, estos son Castro y Gies. Viven los dos en Hospitalet. Te puedes fiar de ellos.

Eran mayores que él. Castro iba vestido de calle. Seguramente creía que su estilo era juvenil. Seguramente hacía pesas. Sentó un muslo en el borde de la mesa y dejó claro cuál sería la rutina.

Esta semana venimos en mi coche. La siguiente, en el de Gies. La siguiente, te toca a ti.

Intercambiaron direcciones y números de teléfono.

Mañana te recogemos a las siete.

Gies debía de hallarse próximo a la jubilación. Bajo y enjuto. Tenía una mirada dura. No abrió la boca. Saludó y se despidió con un gesto del mentón. Las manos no las sacó de los bolsillos de la ropa de faena.

Castro y Gies conducían rápido. Más nervioso el primero; con más temple el segundo, pero rápido los dos. Llevaban años haciendo el mismo trayecto. En la nuclear, una vez cruzado el detector de metales y el de explosivos, los tres se separaban y no se volvían a ver hasta la hora de salir.

Fuera del trabajo, Rivera se cruzaba con Castro en el gimnasio al que iba en Hospitalet, un local húmedo, con suelo de cemento y techo bajo. Intercambiaban saludos y redoblaban la concentración en sus rutinas de ejercicio. Con Gies no se encontraba nunca. Que él supiera, Castro y Gies tampoco se veían fuera de la central. No eran amigos. Su relación se ceñía a compartir vehículo para ir a trabajar. Sin embargo, Rivera pronto pensó que sabía más sobre Castro y Gies que sobre la mayoría de las personas con las que había tratado en su vida. Por la mañana, uno conducía y los otros dos dormitaban o guardaban silencio, pero por la tarde, de vuelta a casa, y en particular los viernes, estaban mucho más locuaces.

Antes de trabajar en la nuclear, Gies había pasado veinte años navegando en petroleros de la BP. Dejó la mar cuando enviudó. Se instaló en L'Hospitalet de l'Infant con su hija; los dos seguían

viviendo juntos. Hablaba poco sobre su trabajo en la central. Trabajaba en Mantenimiento Mecánico. Al parecer, estaba especializado en válvulas. Al parecer, redactaba procedimientos para su montaje y desmontaje.

Castro se estaba formando para el puesto de supervisor de operadores de sala de control. Practicaba a diario en el simulador de alcance total, una réplica exacta de la sala de control de la nuclear. Estaba casado y tenía dos hijas. Rivera nunca conoció a ninguna de ellas ni supo sus nombres. Castro se refería a ellas como la mujer, la mayor y la menor. Rivera necesitó poco tiempo para concluir que Castro se consideraba el más preparado, el más exitoso y, como consecuencia, el líder natural del grupo.

En uno de los primeros viajes, Rivera fue interrogado sobre lo que había venido a hacer a la central. Lo habían contratado para revisar las rutinas de mantenimiento preventivo. Su objetivo era optimizar el tiempo y los recursos dedicados a ese fin. Trabajaba solo, no tenía experiencia en centrales nucleares y el programa informático del que todo el proyecto dependía había sido diseñado para el mantenimiento de equipos aeronáuticos. Ni Castro ni Gies hicieron más preguntas. No creían que la labor de Rivera fuera útil, y él mismo opinaba igual. Su intención era abandonar la nuclear en cuanto concluyera el encargo, sin perder un segundo.

Cuando se sentía en la obligación de amenizar los desplazamientos, recurría a anécdotas de pesca submarina. Había entrado en la nuclear en septiembre. Los turistas desaparecieron poco después y las zonas de baño volvieron a ser aptas para la pesca. Le gustaban las calas de Alfama. El clima otoñal no suponía ninguna disuasión. Tenía un traje de buceo de siete milímetros de espesor, comprado para pescar en el Cantábrico, que lo protegería de las temperaturas del Mediterráneo incluso en pleno invierno.

Castro y Gies tocaban temas personales. La hija mayor de Castro estaba acomplejada por el acné. Según él, mejor haría en comer menos dulces; su culo sí que era para acomplejarse. La menor sufría ataques de asma. La mujer quería dejar de usar el DIU hormonal. La hija de Gies era cocinera en un hotel de Salou. Tras pasar un tiempo separada, recientemente había vuelto con su pareja, que también trabajaba en la nuclear. Gies visitaba con asiduidad a una prostituta ucraniana. Los fines de semana bajaba con ella al Delta del Ebro y la invitaba a comer anguilas.

El mal tiempo dificultó los viajes al trabajo. La cercanía del Ebro provocaba nieblas matutinas. Comenzaron las heladas. Conducían atentos a indicios de hielo en la carretera; aun así, a Rivera le parecía que Gies y Castro seguían yendo muy rápido. En dos ocasiones sufrieron pinchazos. Una mañana atropellaron un perro. Durante una tromba de agua que desbordó los ríos de la comarca, tardaron tres horas en volver a Hospitalet por caminos vecinales, retrocediendo cada vez que se topaban con la calzada inundada.

Si iba en el coche de cualquiera de los otros, Rivera se sentaba en el asiento trasero, lo que le hacía sentir como un crío. Si le tocaba llevar su coche, intentaba conducir tan rápido como sus compañeros. En esas ocasiones prefería que los otros hablaran. Si callaban, pensaba que cuestionaban su destreza al volante. El viernes, después de dejar a Castro y Gies en su casa, lavaba el vehículo a conciencia, por fuera y por dentro. Encontraba restos dejados por sus compañeros: mondadientes usados tirados en el suelo, pañuelos de papel, pelos en los reposacabezas…

Fuera del trabajo, iba a pescar y hacía ejercicio. Empezó a asistir a clases de conversación en inglés. La profesora vivía en Cambrils. Era de su misma edad. En el gimnasio contrató a un entrenador personal. Compró un juego de mancuernas para entrenar también

en el apartamento. Después de las clases, la profesora no tenía prisa por despedirse. Se quedaban hablando un rato más, ya en castellano. Ella estaba divorciada. Rivera hacía dieta. Cocinaba. Llevaba su propia comida a la central para evitar los menús abundantes en grasas del comedor. Un sábado fue a cenar con su profesora. Lo propuso ella. Luego fueron a su casa. El lunes, dejó un mensaje a la profesora para comunicarle que no seguiría con las clases. Rivera nunca había estado más en forma. Se ejercitaba hasta acabar rendido y se dormía sin darle vueltas a la cabeza. Fue a pasar la Navidad a Oviedo, con sus padres. Durante semanas estuvo anhelando el momento de alejarse de la nuclear, pero regresó a L'Hospitalet de l'Infant dos días antes de lo planeado.

En su último día de vacaciones fue a pescar. Rondó el emisario de agua de refrigeración de la nuclear de Vandellós. Allí la temperatura del mar era unos grados más alta y proliferaban los peces. Nadie comía las capturas de la zona; él solo quería practicar la puntería. Disparó con el fusil a sargos y dentones hasta que se aburrió. Los arrancaba del arpón sin contemplaciones, desgarrándolos, sacándoles las tripas, y los abandonaba en el agua. Los restos atraían a más peces.

Hizo una última inmersión para curiosear en una cueva. Al acercarse, una morena le plantó cara. Surgió de la cueva, metro y medio de morena, y bajo el agua todo parece más grande, los ojillos fijos en él y la boca abierta, amenazadora, preparada. Nunca había tenido un encuentro semejante. Disparó sin pensarlo. Si apuntó, fue de manera inconsciente. La cola del pez anguiliforme no había salido todavía de la cueva. Le alcanzó en el cuello, bajo la abertura branquial. La morena se enroscó en el arpón, muy viva, manifestando más vigor que cuando se hallaba ilesa.

Sin arrancarla del arpón, nadó a tierra. El pez se retorcía con

tanta fuerza que creyó que doblaría el metal.

Salió del agua en la playa de L'Almadrava. Dejó caer la morena y tomó asiento en una roca, agotado. El pez hacía exhibición de brío. Seguía debatiéndose. Estar fuera del agua no pareció afectarle. El cuerpo mucoso quedó rebozado de arena.

Estaba anocheciendo. La playa se volvió gris; el mar, negro. No había nadie a la vista. Oía zumbar el tráfico en la autovía del Mediterráneo a su espalda. Continuó sentado mientras la luz decaía, observando a la morena. Si se quedaba quieta, la azuzaba con la punta del pie y el movimiento arrancaba de nuevo. Al restregarse contra la arena, el pez producía un sonido como el de un motor al ralentí. El arpón tintineaba contra las piedras.

Desenvainó el cuchillo que llevaba sujeto a la pierna y cortó el hilo del arpón. Inmovilizó a la morena pisándole el centro del cuerpo. A través del escarpín, sintió contraerse los cordones de músculos. Recuperó el arpón haciéndolo pasar a través de la morena. La varilla quedó cubierta de sangre y mucosidad.

De camino al aparcamiento miró a su espalda. En la playa desierta, un borrón negro se contraía y se dilataba, empecinado en enroscarse sobre un arpón que ya no estaba allí.

Gies y Castro escucharon la historia con atención. Era el primer viernes después de las vacaciones. Estaban regresando a casa. Conducía Gies.

Las morenas atacan rara vez, dijo este.

Me pareció que tenía malas intenciones.

Si hubieras retrocedido, se habría vuelto a encuevar.

Gies hablaba con dureza. Le lanzaba miradas por el retrovisor. Rivera se sintió censurado.

¿Por qué te quedaste mirándola en la playa?

No lo sé. ¿Qué quieres decir?

Si le hubieras sacado el arpón nada más salir a tierra, podrías haberla echado de vuelta al mar. Las morenas son bichos duros. Habría salido adelante.

Rivera guardó silencio. No se le había ocurrido devolver el pez al agua.

Quita, quita. El chaval hizo bien. Son traicioneras. Y tienen una mordedura muy fea, dijo Castro, que no era pescador.

Rivera apretó los dientes.

Gies detuvo el coche ante su casa.

El lunes abrígate bien, dijo.

¿Qué?

Eso, que vayas bien abrigado, respondió Castro, y soltó una risita boba.

Se alejaron dejando a Rivera confundido y todavía más rabioso.

El lunes le tocaba llevar el coche. Para entonces no se acordaba de lo que le habían dicho el viernes, y ninguno lo volvió a mencionar. Hicieron el viaje a la nuclear en silencio.

A media mañana sonó una alarma por el sistema de megafonía. Rivera preguntó qué pasaba. Sus compañeros de la Oficina Técnica de Mantenimiento se levantaban sin prisa y se ponían anoraks, bufandas, guantes y gorros de lana.

Tranquilo. Solo es un simulacro de emergencia.

¿Qué hay que hacer?

Tranquiiilo. Ven con nosotros.

El personal se fue concentrando en el aparcamiento, el punto de reunión en caso de una emergencia real.

¿Y ahora?

Esperar hasta que nos dejen volver a entrar.

Todo el personal no indispensable había sido evacuado. Dentro de la central, los operadores de la sala de control practicaban los

protocolos de emergencia. La tarea se podía prolongar varias horas. En teoría, el simulacro se había de efectuar por sorpresa, pero hacía días que todos estaban enterados, menos Rivera.

Vio cómo los demás sacaban del maletero de los vehículos termos con café, fiambreras, mesas y sillas plegables y estufas de camping. Algunos iban abrigados con ropa de esquí. La temperatura era de un par de grados bajo cero. Se organizaron partidas de mus y una pachanga de fútbol.

Rivera se metió en su coche. Seguía teniendo frío y era el único que había buscado refugio. Volvió a salir.

No te has abrigado bastante.

Gies y Castro tomaban café apartados de los demás.

Ten, dijo Castro. Hay de sobra.

Sacó un termo de una mochila y le sirvió café en un vaso de cartón.

¿Azúcar? Hasta galletas tenemos.

No, gracias, dijo calentándose las manos con el vaso. ¿Pasa algo?

Estaban muy serios. Cuando Rivera los vio, Gies estaba contando algo con expresión abatida y Castro negaba con la cabeza, incrédulo.

¿Todo bien?, insistió.

Pues me temo que no, respondió Castro, tras lo que calló y miró a Gies, a la espera de que este prosiguiera, pero Gies contemplaba el suelo, esforzándose por que las comisuras de sus labios llegaran lo más abajo posible.

Gies tiene un marrón en casa, explicó Castro. Con Paz, su hija.

No. El problema es con ese hijoputa.

Si ella no hubiera vuelto con él, ahora no tendrías problemas con ninguno. Está bien, está bien. No me mires así, joder. Ya se nos ocurrirá algo.

No te lo he contado para que se nos ocurra algo, pero si no me desahogo reviento.

Hablaban en voz baja, y Castro prosiguió en el mismo tono al contar a Rivera que el hijoputa ese había vuelto a dejar tirada a Paz. La había llevado a hacerse ilusiones a la pobre y luego se había desentendido de ella, otra vez. Y dejándole una deuda, además, un dinero que ella le había prestado para comprar una parcela de frutales y que era difícil que la hija de Gies fuera a recuperar.

Eso a mi hija no se lo hace nadie, dijo Gies. *Nadie.*

Rivera intercalaba comentarios para mostrar comprensión, poco más que monosílabos. Aun así, era la conversación más larga que mantenía con los otros fuera de un coche. Gies arrugó su vaso de cartón y lo lanzó a un lado. Se sonó ruidosamente la nariz. Castro observaba a su compañero frunciendo el ceño, sin dejar de negar con la cabeza y de resoplar entre dientes. A Rivera se le pasó por la cabeza que había algo de impostado en el comportamiento de Castro, como si quisiera hacerles pensar que lo sucedido le airaba más que a Gies.

Tú descuida, que algo pensaremos para arreglarlo. Y añadió dirigiéndose a Rivera: Mira. Allí lo tienes. Por si quieres ponerle cara. En aquel grupo a tu derecha. El del anorak de color yema de huevo.

Rivera miró disimuladamente. El hombre al que Castro se refería era alto, estaba en la frontera entre la corpulencia y la gordura, y rondaría los cuarenta años.

Ese es Ariza. Trabaja en la sala de control.

Castro añadió que era un enchufado, que trabajaba allí gracias a su padre, que fue uno de quienes construyeron la central.

Uno de los pocos que valían algo. Murió hace un par de años, de un infarto, aquí mismo, en el aparcamiento.

El grupo con el que estaba Ariza tenía una radio que sonaba muy

alto y se reía a voz en cuello.

Te rehúye la mirada el hijoputa, le dijo Castro a Gies.

Ojalá fuera así. Cuando me lo cruzo, me mira con una sonrisita que me da ganas de romperle la boca.

Varios guardas de seguridad los avisaron de que podían volver adentro; el simulacro había concluido. Rivera, Castro y Gies se separaron, cada uno de regreso a su puesto de trabajo.

Se reencontraron al cabo de la jornada, otra vez en el aparcamiento. Como solía acostumbrar cuando conducía, Rivera guardó silencio. Los otros dos también. Castro iba en el asiento del acompañante y Gies en el trasero. Rivera los vigilaba, a uno de reojo, al otro por el retrovisor. Gies parecía haber digerido la amargura de la mañana. Iba con los ojos cerrados y la nuca apoyada en el reposacabezas. Castro se revolvía en el asiento y, cada pocos kilómetros, se le escapaba un gruñido. Rivera lo miraba, creyendo que era un aviso de que iba a decir algo, pero Castro continuaba callado.

Estaban entrando en Hospitalet cuando por fin lo soltó.

Tenemos que darle un escarmiento.

Hizo una pausa y añadió: Se lo merece.

Gies abrió los ojos. No dijo nada.

¿No crees que se lo merece?, preguntó Castro.

Seguramente. Pero no sé.

¿Qué no sabes?

Gies volvió a su mutismo hasta que el coche se detuvo frente al chalé donde Castro vivía con la mujer, la mayor y la menor. Era una vivienda amplia, de dos plantas, y el seto joven que la rodeaba dejaba entrever una piscina, pero las calles de la urbanización estaban sin asfaltar, repletas de baches encharcados, y el alumbrado público era muy inferior a lo deseable.

Ya te he dicho que solo me quería desahogar.

Castro se apeó. Antes de cerrar la puerta del coche, se asomó al interior y dijo: Piensa en tu hija.

A lo largo de esa semana, Castro abordó el tema en cada desplazamiento, de forma más insistente en cada ocasión y con mayor detalle, hasta presentar un plan concreto. Había trabajado con Ariza en la sala de control. La labor de los operadores era muy relajada; se parecía poco al encadenamiento de simulacros de emergencia al que se debían enfrentar durante su riguroso proceso de formación. En un día normal, vigilaban los paneles, estudiaban procedimientos nuevos y charlaban. Llegaban a saber mucho sobre sus compañeros, afirmó Castro.

Ariza vivía a las afueras de Móra d'Ebre, a veinte kilómetros de la nuclear, en una masía reformada que había pertenecido a su familia materna. Era un sitio aislado, rodeado de olivares y huertos de frutales, al que se accedía por un camino vecinal que no usaba nadie más que el susodicho. Esto también lo sabía Gies; su hija había vivido allí una temporada, hasta que Ariza la echó.

Lo que solo sabía Castro, porque se lo había oído contar a Ariza en la sala de control, era que su madre estaba ingresada en una residencia de ancianos en Tarragona, y que él la visitaba todos los domingos y pasaba el día con ella.

Lo esperamos cuando vuelva a casa el domingo y le damos un escarmiento.

¿Dónde lo esperamos?, preguntó Gies.

Hablaba con frialdad, como si se dirigiera a un crío fanfarrón, pero lo práctico y concreto de sus preguntas aguijaba a su compañero.

En el camino.

Irá en coche.

Hacemos que baje.

¿Cómo?

De cualquier forma. Es fácil.

Castro hacía esfuerzos por contener el enfado, como si la ultrajada fuera una de sus hijas. Gies no terminaba de concederle la razón, así que Castro seguía aportando razones para darle su merecido a Ariza: las muchas veces que se había beneficiado de que su padre fuera jefe de turno; los robos reiterados de los que era culpable en la nuclear, desde material de oficina al por mayor a costosos juegos de herramientas con aislamiento eléctrico que luego vendía en los polígonos industriales de Tarragona; su maña para urdir bulos, para escurrir el bulto, para hacer lo mínimo y publicitarse como alguien indispensable.

Hablaba en plural: «podemos», «tenemos que», «vamos a», sin precisar a quiénes se refería, y Rivera escuchaba sin tomarse en serio su propuesta. Estaba acostumbrado a oírle hablar de los empleados de la central en tono altanero, cuando no abiertamente despectivo.

¿Y tú qué? ¿Tampoco dices nada?

Rivera se quedó mudo. Quería responder, pero no le salieron las palabras.

¿Para qué tanto gimnasio y tantas pesas y tanta hostia?, prosiguió Castro.

Deja tranquilo al chaval, dijo Gies. Esto no va con él.

¿Cómo que no?, respondió Castro. Somos amigos y los amigos están para lo que hace falta. ¿O no es así?

Es así, dijo Rivera.

¡Pues claro!, exclamó Castro, como si hubiera logrado una victoria importante. Y tú no me digas que no te ibas a quedar muy a gusto, le dijo a Gies.

Al cabo de unos segundos el mayor de los tres respondió: Lo cierto es que sí. Muy a gusto.

Castro se arrellanó en el asiento, satisfecho, asintiendo para sí mismo.

Desde la mañana del simulacro, Rivera se había cruzado con Ariza en dos ocasiones. La primera, en la Oficina Técnica de Mantenimiento, adonde Ariza había ido a por un juego de planos actualizados; llegó, recogió los planos, entró al despacho del jefe para saludar y se fue. La segunda, en el comedor; Ariza esperaba en la fila ante los mostradores de comida con una bandeja en las manos. Ambas veces, Rivera percibió en su comportamiento petulancia y vulgaridad.

¿Hasta dónde vamos a llegar?

La pregunta de Gies tomó a los otros por sorpresa.

¿Qué quieres decir?, preguntó Castro.

En la paliza. Porque de eso va el asunto, ¿no? ¿Hasta dónde vamos a llegar?

Pues no lo sé, dijo Castro, con menos seguridad que antes. Lo decidiremos sobre la marcha. Tú mandas.

Era viernes. A los tres les pareció bien hacerlo ese domingo.

El sábado por la mañana, Rivera fue a Alfama a pescar. Antes, se tomó un antiácido. El agua salada que se colaba por el tubo le producía ardor de estómago, y tenía intención de pasar unas cuantas horas pescando, hasta acabar agotado. Al salir del agua, se encontró con Gies esperándolo junto al coche.

¿Cómo sabías que estaría aquí?

En el gimnasio no estabas. Quería hablar contigo de lo de mañana, sin que nos oiga nadie.

Rivera abrió el maletero y dejó dentro las aletas, el fusil, las gafas y el cinturón con los plomos. La pesca la metió en una nevera

de camping.

Adelante.

Se apoyó en el coche sin quitarse el traje de neopreno. No se iba a cambiar delante de Gies.

¿Sabías que Ariza se presenta al mismo puesto que Castro? Los dos se están formando para supervisor de sala de control.

Rivera no lo sabía.

Falta poco para las pruebas de supervisor, continuó Gies. Si Ariza coge la baja, es posible que no se pueda presentar. Eso no le garantiza el puesto a Castro, pero tendrá menos competencia. Te lo digo para que tengas claro que lo de mañana no lo haremos solo por mí. Alguien más obtendrá un beneficio, o una satisfacción. Tienes que saberlo antes de decidir. Luego puede que alguien tenga remordimientos, eso ya es cosa de cada uno, pero es mejor que no haya lugar para reproches. Si no estás de acuerdo con la situación y prefieres quedarte al margen, por mí no hay problema. Tienes mi palabra. A lo mejor Castro no se lo toma igual de bien, pero ¿a quién le importa lo que diga ese?

II

El domingo al mediodía fueron a inspeccionar el terreno. Castro les aseguró que Ariza ya habría salido de casa. A su madre le gustaba que la llevara a tomar un vermú antes de comer.

Pasaron ante la masía sin detenerse. Castro había pedido prestada la furgoneta de su cuñado. Si Ariza veía el vehículo, no lo identificaría como uno de los que frecuentaban el aparcamiento de la nuclear. Continuaron hasta donde el camino de ripio cruzaba una riera y se detuvieron. Caminaron en silencio hasta la masía. Un

portón metálico cerraba el paso a la propiedad, rodeada por un seto tupido, de más de dos metros de alto y sin podar. Diferentes especies lo parcheaban donde el arbusto original se había secado. Al otro lado del camino había una extensa y pulcra parcela de almendros. La casa más cercana se encontraba a trescientos metros. Habían pasado ante ella de camino hacia allí. Gies quería verla con detenimiento.

Era un taller de alfarería con una vivienda aneja. No había ningún vehículo y las ventanas estaban cerradas con postigos. Gies opinó que se encontraba demasiado cerca. En ese momento el taller y la casa parecían desiertos, pero por la noche podría haber alguien. Si Ariza gritaba pidiendo ayuda, lo oirían.

Castro restó importancia a esos temores. Si jugaban bien la baza de la sorpresa y eran contundentes, Ariza no tendría oportunidad de gritar. Además, esa noche no pasarían por delante del taller de alfarería. Llegarían por el otro lado del camino, tras dar un rodeo por la depuradora de aguas de Móra d'Ebre, y se largarían por la misma ruta.

Volvieron despacio a la casa de Ariza. A su izquierda tenían el almendral; a la derecha, más plantaciones de árboles: melocotoneros y cerezos. Castro dijo que varias de aquellas parcelas eran de la familia de Ariza.

Rivera llevaba las manos en los bolsillos del anorak. Le sorprendía lo tranquilo que estaba. Miraba a su alrededor buscando indicios de actividad: gente que trabajara en las parcelas, vehículos, perros…

Lo haremos aquí.

Gies y Castro escucharon atentos.

Exactamente aquí, dijo Rivera.

Estaban a menos de cien metros de la casa. A la derecha del

camino, a su misma vera, se hacinaba un grupo de chumberas y aloes. Las ramas que crecían hacia el camino habían sido macheteadas para que no rallaran los vehículos. Seguramente lo había hecho el mismo Ariza. A la izquierda, la primera fila de almendros y su línea de riego por goteo discurrían a un paso de donde empezaba el ripio. Rivera dijo que si colocaban allí un obstáculo, Ariza no lo podría sortear por ninguno de los costados. No le quedaría otra opción que detener el coche y salir a retirarlo. Entonces lo sorprenderían. Podrían esperar escondidos detrás de las chumberas y los aloes.

Bien pensado, dijo Castro.

Por la expresión de Gies, no se podía saber si estaba de acuerdo con el plan. Su semblante, desde que se encontraron esa mañana, era de enfado contenido, lo que a los otros les parecía entendible. Observaba el camino, los cactos, la casa, como si ponderara los elementos del lugar, o como si lidiara con alguna duda de última hora.

¿Qué hacemos con la furgoneta?, preguntó Castro.

Rivera contestó que la volverían a dejar en la riera. Cuando terminaran, llegarían a ella en cuestión de segundos.

O yo puedo acercar la furgoneta y recogeros, dijo Gies.

¿No vas a participar?, preguntó Castro sorprendido.

Gies respondió que Ariza lo reconocería. Que fueran cubiertos con pasamontañas, como habían decidido hacer, y que no llevaran ropa ni calzado que usaran habitualmente no cambiaría nada.

Ese hijoputa sabría quién soy aunque me tapara con una sábana como un fantasma. Os esperaré en la furgoneta.

Entonces, te lo vas a perder, dijo Castro; parecía crecido tras la declaración de su compañero. ¿No te gustaría verlo?

Solo me importa el resultado. ¿Os las apañaréis vosotros dos?,

preguntó mirando a Rivera.

Claro que sí, dijo Castro.

¿Y tú qué me dices?

Nos las apañaremos, respondió Rivera, echando a caminar hacia la masía.

Lo vieron detenerse ante el portón y pulsar el timbre que había a un lado.

¿Pero qué hace ese marica? ¿Es que nos quiere joder?, preguntó Castro.

Hizo un amago de correr hacia Rivera, pero se detuvo, indeciso. No sabía si quedarse donde estaba o alejarse de la casa a la carrera. Gies no hizo nada. Miraba a Rivera, que volvió a pulsar el timbre, con más insistencia que antes.

No respondió nadie.

La casa está vacía, dijo Rivera reuniéndose con los otros.

¿No te lo había dicho yo?, preguntó Castro. La voz le temblaba de enfado y, asimismo, de desconfianza. ¿A qué ha venido eso?

Respondió Gies: Había que asegurarse.

Rivera añadió que, aunque Ariza se hubiese ido, podía haber alguien más en la casa: algún pariente, una asistenta, otro ligue…

Vale, vale, dijo Castro. Está bien ser precavidos.

Como si sus propias palabras hubieran provocado que se le ocurriera, añadió: Por eso esta noche, si alguien tiene que hablar, mejor que seas tú, le dijo a Rivera. Si lo hago yo, seguro que reconoce mi voz. Hemos coincidido en la sala de control. En realidad, lo mejor sería que nadie dijera nada.

Esa tarde, a las cinco, Rivera esperaba en el portal de su edificio a que pasaran a recogerlo, como cuando iban a trabajar. Según Castro, Ariza no volvería hasta que fuera de noche, pero no sabían a qué hora exactamente, y querían ir con tiempo suficiente para

prepararse. Conducía Castro, otra vez al volante de la furgoneta de su cuñado. Rivera no preguntó qué explicación habían dado los otros en su casa antes de salir, si habían dado alguna. Hicieron el trayecto hasta Móra d'Ebre en silencio. Rivera se había puesto unos pantalones vaqueros negros y unas botas de monte que no usaba nunca. La víspera, había ido a Tarragona, donde compró una parka negra en una tienda de ropa de segunda mano y unos guantes de esquí. En un bolsillo de la parka llevaba un pasamontañas. Castro también iba vestido con ropa oscura. En cuanto a Gies, su indumentaria era como la de cualquier día.

Se detuvieron en el cruce del camino de ripio con la riera. Aún era de día. Esperaron en la furgoneta tomando el café que Castro había llevado en un termo. También había llevado bocadillos, pero ninguno tenía hambre.

Cuando anocheció, Rivera se acercó a pie hasta el taller de alfarería, donde no había luz. Tampoco la había en la casa de Ariza, pero volvió a tocar el timbre, por si acaso.

Parece que tenemos vía libre.

¿La tenemos o solo lo parece?, preguntó Castro.

La tenemos.

Gies y Castro se apearon. Rivera se puso los guantes de esquí y el pasamontañas, y Castro lo imitó. Rivera se sintió ridículo, aunque, al mismo tiempo, lo que estaba sucediendo adoptó un cariz más real. Ya no había vuelta atrás.

Joder, dijo Castro. Hace un frío que pela. Espero que el hijoputa no tarde o se nos van a helar los cojones.

De la parte trasera de la furgoneta descargaron un tramo de valla enrejada que Castro y Gies habían robado en una obra. Castro también cogió un mango de pico. Él y Rivera llevaban un espray de gas pimienta cada uno.

Esperad, dijo Gies. Cuando acabéis, hacedle una foto, para saber cómo ha quedado.

¿No prefieres venir y verlo tú mismo?, preguntó Castro con un retintín retador.

La foto no es para mí. Es para mi hija.

Castro se metió el mango del pico bajo el brazo y agarró un extremo de la valla. Vamos, le dijo a Rivera. Tú coge por ahí.

Se detuvieron en el punto del camino elegido esa mañana.

¿Pero qué hostias es eso?, exclamó Castro, y repitió la pregunta, pero esta vez susurrando. ¿Por qué no nos habías dicho nada?

Antes no estaba, respondió Rivera, tan sorprendido como él.

Donde planeaban colocar la valla, en el centro mismo del camino, yacía el cuerpo de un jabalí.

¿Pero de dónde ha salido? ¿Está muerto? Ten cuidado.

Rivera había posado la valla y se había acercado al jabalí. Lo tocó con la punta de una bota. El animal no se movió.

¿Está muerto?

Pues eso parece.

Joder. ¿Y tenía que venir a morirse precisamente aquí?, dijo Castro. ¿Qué hacemos ahora?

Rivera miraba alrededor en busca de alguna explicación para la presencia del jabalí. No halló ninguna. Hacía una noche serena y despejada. Las estrellas se distinguían claramente. Dijo que estaban de suerte. El cuerpo del jabalí obligaría a Ariza a detenerse. La valla le podría despertar sospechas, mientras que el jabalí seguro que no. Ariza se sorprendería, igual que les había pasado a ellos, y se apearía para ver de cerca al animal e intentar apartarlo.

Ya no necesitaban la valla. La tiraron a un lado del camino y se emboscaron tras los cactos. Más para acallar los nervios que por verdadera necesidad, Castro repasó cómo iban a proceder. Rivera le

dio la razón punto por punto y sugirió que guardaran silencio. La quietud de la noche producía la impresión de que sus susurros se oían a gran distancia.

Acuérdate de que, si hay que hablar, lo haces tú, recalcó Castro.

Esperaron en cuclillas. Rivera vigilaba el camino a la altura del taller de alfarería, por donde debía llegar Ariza. Oía a Castro gruñir de frío y cambiar de postura. A él también se le estaba entumeciendo el cuerpo.

Media hora después los faros de un vehículo asomaron por el camino. Los dos se pusieron en tensión. Un BMW Serie 1 se detuvo a unos metros del jabalí. Rivera sintió una punzada de angustia al caer en la cuenta de que no conocía el coche de Ariza. Se irguió para mirar por encima de los cactos. De reojo vio a Castro blandir el mango de pico con las dos manos. Los faros del BMW alumbraban al jabalí, que ahora parecía más grande; su presencia, más dramática, iluminada con dureza, proyectando una sombra prolongada y densa. La puerta del coche se abrió y alguien se apeó cautelosamente. Rivera seguía sin estar seguro de si era Ariza. Se dijo que esperaría a que se acercara al jabalí y los faros lo iluminaran.

Castro no esperó. Salió corriendo de detrás de los cactos, listo para golpear con el mango. Ariza —porque era Ariza, ahora Rivera lo veía bien— retrocedió unos pasos, sin comprender qué estaba pasando. Por instinto, alzó las manos ante la cara en gesto de protección, pero, repentinamente, cuando estaba a punto de golpearlo, Castro se detuvo. Recordó el espray de pimienta. Con torpeza, metió una mano en el bolsillo del anorak para cogerlo, dando a Ariza ocasión de reaccionar. Golpeó a Castro en un lado de la cabeza, con la mano abierta. Ariza pesaba veinte kilos más que su atacante. Fue un golpe desmañado pero fuerte. Castro se tambaleó, dejando caer el mango de pico. Ariza se agachó a cogerlo.

No lo consiguió. Rivera llegó a la carrera y lo detuvo con una patada en la cara. El corpachón de Ariza se derrumbó de espaldas, mitad en el camino, mitad en el campo de almendros. Rivera se le lanzó encima. Aterrizó con una rodilla en la entrepierna de Ariza y encadenó tres puñetazos: derecha, izquierda, derecha, en el estómago, enorme y blando. Le pareció que los puños se hundían hasta la muñeca. Ariza no había dicho nada, ni siquiera había emitido una exclamación de sorpresa, miedo o dolor, pero Rivera le tapó la boca con una mano enguantada y acercándose mucho a su cara le dijo que si decía una palabra iba a ser muchísimo peor. Para remachar la advertencia le asestó otro par de puñetazos.

De repente estaban sumidos en una oscuridad total. Rivera surcaba la nada a bordo del fofo corpachón de Ariza. Castro había apagado las luces del coche, tal y como habían planeado. Un segundo después también él parecía querer subirse encima de Ariza y le lanzaba un chorro tras otro de espray de pimienta a los ojos, desde un palmo de distancia.

Ya vale, hostia, dijo Rivera, apartándolo de un empujón.

Mientras retrocedía, Castro siguió lanzando chorros de espray. Uno alcanzó de refilón a Rivera, que se puso en pie de un salto.

Sintió el espray de inmediato. Empezó a lagrimear y moquear. Le costaba enfocar la vista.

En el suelo, Ariza se retorcía, restregándose los ojos con ambas manos y emitiendo sonidos estrangulados, como si se ahogara.

Lo levantó y lo echó sobre el capó del coche.

He dicho que a callar.

Le dio un puñetazo en la cara. Ariza se calló de repente y miró a su alrededor sin ver nada, cegado por el espray, con expresión aterrada.

Castro había recogido el mango de pico y señalaba con él a Ariza

de manera insistente. Más tarde, Rivera caería en la cuenta de que intentaba decirle que le quitara el móvil a Ariza, como habían acordado, pero él estaba absorto en lo que tenía entre manos.

Se olvidó de que era la primera vez que golpeaba a alguien. Se olvidó de lo largamente teorizado. Lanzaba puñetazos sin que Ariza hiciera nada por defenderse. Golpeaba, retrocedía un paso, escogía entre la cara y el estómago, decidía si emplear la mano izquierda o la derecha, y golpeaba de nuevo. Entre puñetazo y puñetazo tenía que enderezar a Ariza, que no cesaba de caerse sobre el capó del coche. Le daba cachetes para despabilarlo. Ariza lloraba y balbuceaba por efecto del espray y los golpes. Rivera tenía que parpadear con fuerza para enfocar la mirada. Se aclaraba la garganta y escupía sin mirar dónde iba a parar el gargajo. Perdió la noción del tiempo. Sentía la cara de Ariza más blanda, más embadurnada, menos cargada de fanfarronería. Con cada golpe se acercaba a la frontera luminosa del daño irreversible, que no buscaba cruzar, solo continuar aproximándose a ella, poco a poco a poco, hasta el borde mismo.

Ya es suficiente. Enciende las luces.

Ariza cae sobre el capó y se desliza al suelo y esta vez Rivera no lo levanta.

Que enciendas los faros del coche. Hay que hacerle la foto.

Castro obedece. Y Ariza ve lo que ha hecho. El que está tirado en el camino ha cambiado. Ya no es la persona que se lo hizo pasar mal a la hija de Gies. Castro suelta una exclamación de espanto. Se olvida de su propósito de no hablar. Rivera busca en los bolsillos del que está en el suelo. Encuentra el móvil y lo lanza entre los almendros. Saca el suyo, se acerca, apunta con tiento y hace unas cuantas fotos.

Han acabado. Hay que apagar las luces del coche e irse. Oye

gruñidos. Quiere enjugarse los ojos con litros y litros de agua, y hundir las manos en hielo. Piensa que es Castro el que los emite, los gruñidos, pero de reojo lo ve retroceder de un brinco. Es el jabalí. Se está levantado. Él se aparta también. El animal se incorpora, las patas temblorosas, atontado. Da unos pasos inseguros. Se acerca al que está en el suelo, lo olfatea y se espabila de golpe. Recula lanzando un guarrido. Ha sido el espray de pimienta. Restriega el hocico en el ripio. Corretea en círculos sin salir del espacio que delimitan los faros del coche. De pronto se detiene, mira fijamente los faros, como si hubiera quedado deslumbrado. Resopla y se abalanza a la carrera, ahora en línea recta, hacia el coche. Impacta contra el parachoques. Sale rebotado al almendral y se aleja entre los árboles, más espabilado con cada zancada, hasta perderse de vista.

III

Yago Rivera estaba muy cambiado. Se le habían ensanchado la espalda y los hombros. La camisa, remangada por encima de los codos y con los dos botones superiores abiertos, le ceñía los bíceps. Ahora se afeitaba la cabeza, a modo de contrataque frente a la calvicie. No le quedaba mal. Estaba moreno. Salía a correr todos los días. A Jon le costaba reconocer a su antiguo compañero de la Escuela de Ingenieros de Oviedo.

Estaban sentados en la terraza de la casa de Ribadesella. Yago solo había aceptado un vaso de agua. Ya no bebía alcohol, ni nada con azúcar. Llevaba largo rato hablando. Hizo una pausa y contempló el paisaje de la ría y la villa en la orilla opuesta, con una media sonrisa relajada, como si lo que acababa de contar careciera

de relevancia y su recuerdo no menoscabara el disfrute de la vista.

Jon aún no se había formado un juicio sobre el relato de Yago. Observaba, perplejo, al que había sido su amigo en la Escuela de Ingenieros. Entonces se habían apoyado mutuamente. Habían sobrellevado, hombro con hombro, los rigores de un centro que, por su ambiente y su nivel de exigencia, desmesurada, intransigente y engarfiada en modelos del pasado, guardaba más semejanza con una academia militar o un seminario que con una universidad moderna. También iban juntos a practicar la pesca submarina.

Tras finalizar los estudios, habían tomado caminos diferentes. Si coincidían de paso por Asturias, quedaban para beber unas cervezas. Hablaban por teléfono un par de veces al año. Cuando Jon abandonó la ingeniería, su trato se redujo aún más. En su obstinación por dar la espalda a aquella época y a todo lo que guardaba relación con ella, se distanció definitivamente de Yago Rivera. Fue un comportamiento injusto a todas luces, como reconoció al cabo de poco tiempo; sin embargo, no hizo nada por enmendarlo. Se justificaba diciéndose que nunca encontraba la ocasión propicia. Por eso, cuando Yago Rivera lo llamó por teléfono al cabo de varios años sin tener noticias de él y le dijo que quería ir a visitarlo, Jon respondió afirmativamente, de inmediato, sorprendido y aliviado. También, no obstante, sintió cómo se reavivaba un regusto de tiempos menos gratos.

En el último curso de la Escuela de Ingenieros oyó una historia sobre Yago Rivera. Durante una práctica de campo, Yago visitó un pozo de carbón en Mieres. Fueron con él otros tres alumnos de la asignatura de Laboreo de Minas, en el coche de uno de estos. La visita transcurrió sin incidentes.

Llegada la hora de volver a Oviedo, el que había llevado el coche les propuso hacer una parada a mitad de camino. Era su cumpleaños

y lo quería celebrar. Le habían recomendado un prostíbulo cerca de allí. Él invitaba.

Para organizar las prácticas de campo, el profesor de la asignatura había tomado la lista de alumnos, donde estos figuraban por orden alfabético, y la había dividido en grupos de cuatro personas. Dio la casualidad de que los otros tres eran amigos. Al margen de coincidir en las clases, Yago Rivera no tenía ninguna relación con ellos. Aun así, el conductor insistió en invitarlo también a él, haciendo oídos sordos a la oposición de Yago, que se encontraba en minoría, pues los dos restantes aceptaron de inmediato. Luego Yago se enteró de que, por supuesto, todo se había organizado de antemano, sin contar con él. Seguramente habían dado por supuesto el repudio que el plan le produciría, lo que para ellos sería un motivo de diversión adicional. Si a él no le apetecía, le espetaron, podía esperarlos en el bar del prostíbulo, o en el coche. Lo que estaba claro era que no iban a perder la oportunidad de echar un polvo.

Jon había oído distintas versiones de lo que pasó, coincidentes en lo esencial y complementarias en los detalles, suponía que divulgadas por los otros tres del grupo; y si las versiones de la historia habían llegado hasta él, que, al igual que Yago Rivera, pisaba la Escuela de Ingenieros lo menos posible, eso quería decir que habían llegado a todo el alumnado.

El local había sido un restaurante de carretera. Tenía dos pisos; en el de abajo estaba el bar, y en el de arriba, las habitaciones. El conductor vaciló al verlo. Le habían dicho que había un aparcamiento discreto, en la parte trasera, y no era así. Tendría que dejar el coche a la vista, y era el de su padre, pero ahora no iba a ser él quien se echara atrás.

La decoración del bar consistía en cintas de espumillón. Tres

chicas se calentaban frente a una estufa de butano. Cuando los vieron entrar se desprendieron del abrigo; debajo iban en ropa interior; en los pies, zapatillas de estar en casa. El hombre que atendía la barra llamó a una cuarta chica, que bajó del piso de arriba con cara de recién despertada.

Tomaron unas cervezas, aunque el conductor les advirtió de que a eso no los invitaba. Luego él y sus amigos escogieron a una chica cada uno.

¿Tú qué haces?

Yago Rivera subió al piso de arriba con la chica restante, la que tenía cara de dormida, que no había dejado de bostezar mientras ellos bebían.

Todas las versiones que llegaron a oídos de Jon concordaban en que, minutos después, alguien llamó a la puerta de la habitación donde había entrado el conductor. La chica preguntó qué pasaba; ya estaba desnuda, en la cama, igual que su cliente. La puerta se abrió y entró Yago Rivera. Parecía descompuesto, a punto de echarse a llorar. Se quería ir a casa, balbuceó. El conductor replicó de malas maneras. No pensaba irse sin terminar lo que ya había empezado a hacer.

En ese punto, las versiones diferían. Según una de ellas, Yago Rivera se había sentado en una silla en un rincón del cuarto, donde se quedó encogido y llorando, hasta que su compañero hubo terminado. Según otra, Yago se había sentado en la silla y se había limitado a esperar con la vista clavada en el suelo, como un niño que cumpliera un castigo. Según la última, Yago había esperado en la silla, pero mirando lo que pasaba en la cama.

Él y Jon nunca habían hablado de lo que pasó, y Jon no estaba seguro de cuál de las versiones se hallaba más cerca de la verdad.

Yago Rivera seguía contemplando la ría.

¿Seguro que no quieres nada más?, preguntó Jon. Hay cerveza sin alcohol. A mi padre le gusta.

Su amigo, o conocido, respondió que no. Jon había concluido que su silencio contemplativo no denotaba desapego hacia lo narrado, sino que, sencillamente, le estaba concediendo un receso para asimilarlo. Lo que aún no alcanzaba a comprender era qué había empujado a Yago a contárselo.

¿Qué pasó después?, preguntó Jon.

Al día siguiente fueron a trabajar como cualquier otro lunes, respondió Yago Rivera. Aquella semana le tocaba a Castro llevar el coche. Hicieron el trayecto a la nuclear muy callados. Por una vez, Rivera lo lamentó. Le habría gustado contrastar pareceres. La única mención a lo sucedido la víspera la hizo Castro cuando se detuvieron en el aparcamiento: Y ahora, ni una palabra a nadie.

Rivera no vio a Ariza ese día. Dio por sentado que no había ido a trabajar. Estuvo atento a las conversaciones de los otros empleados, pero no oyó nada sobre Ariza.

A la salida del trabajo, se encontró con Gies en el aparcamiento y quiso saber si él había oído algo. Gies se limitó a negar con la cabeza. La víspera, mientras volvían de Móra d'Ebre a L'Hospitalet de l'Infant, Rivera le había enviado una de las fotos de Ariza con la cara desfigurada y bañada en sangre, mocos y lágrimas. Le preguntó si se la había enseñado a su hija.

No es asunto tuyo, respondió Gies con aspereza.

Nunca más hablaron de la foto de Ariza.

¿Cómo te sentías?, preguntó Jon.

Yago Rivera se tomó un momento antes de contestar, no porque le costara encontrar las palabras para hacerlo, sino porque aún no había llegado a explicarse lo que sintió en los días siguientes a la paliza.

No tenía remordimientos, dijo. Pero tampoco sentía calma.

Continuó diciendo que vio a Ariza pocos días después. La noticia de que había sido víctima de una agresión ya había circulado por la nuclear. Respecto al motivo, había opiniones diversas; la más extendida: que fue un ajuste de cuentas, lo que al fin y al cabo era cierto. Por lo visto, había mucha gente que quería mal a Ariza.

Estaba de baja. Había ido a la nuclear para resolver un trámite en el departamento de Personal. Rivera se cruzó con él en el control de acceso de la recepción. Ariza tenía la cara hinchada y cubierta de cardenales. Había un corro de empleados a su alrededor, escuchando su relato del ataque.

Al verlo, sí sentí algo, dijo Yago Rivera. Sentí regocijo. Luego, en el coche, mientras volvíamos a Hospitalet, Castro me recriminó por haberme quedado mirando fijamente a Ariza. ¿Es que quieres atraer la atención?, me dijo. Todos lo miraban. ¿No te has dado cuenta?, respondí, y él no volvió a abrir la boca durante el resto del viaje.

Yago Rivera tomó un sorbo de agua.

Falta poco para que termine la historia.

Jon guardó silencio, deseoso de que continuara.

También sentí algo más, añadió con un ensombrecimiento del tono. Sentí que iba a pasar algo. Lo que habíamos hecho traería consecuencias. Estaba seguro de que el escarmiento a Ariza desencadenaría una serie de hechos, y que estos desembocarían en un castigo para Gies, para Castro y para mí. En primer lugar, temí, y creo que esto fue una consecuencia de mi ausencia de arrepentimiento y del pasmo que me causaba, temí que Castro o Gies sí se arrepintieran y eso los llevara a confesar. Luego temí que se aliaran en mi contra, que se compincharan y urdieran un testimonio según el cual toda la culpa recaería en mí. También se me ocurrió, por supuesto, que Ariza nos había reconocido y nos

había denunciado. O que, aunque no supiera quiénes éramos, los datos que facilitó a los Mossos d'Esquadra les bastarían para identificarnos. Y pensé también que Ariza nos había reconocido, pero que, en lugar de acudir a los Mossos, actuaría como habíamos hecho nosotros, buscando aliados que lo ayudaran a administrarnos nuestro merecido. O peor aún, se podía cobrar venganza con la hija de Gies, si pensaba que la idea surgió de ella.

Al cabo de una pausa, Yago Rivera añadió: En una película, la paliza que le dimos habría conducido a algo así. No habría sido más que el comienzo de algo. Sin embargo, no fue eso lo que pasó.

¿Qué pasó?, preguntó Jon.

Nada. O, más bien, nada de lo anterior.

Ariza no se presentó a las pruebas para supervisor de sala de control. Castro obtuvo la plaza. En su nuevo puesto trabajaría a turnos; su horario no iba a coincidir con el de Gies y Rivera, así que no seguiría compartiendo coche con ellos. Cuando se lo anunció a los otros, Gies respondió que, a partir de entonces, él prefería ir al trabajo por su cuenta, lo que obligaba a hacer lo mismo a Rivera, que no se sintió hecho de menos.

En uno de los últimos viajes que hicieron los tres juntos, Gies dijo que su hija se mudaba a Barcelona. Le habían ofrecido trabajo en un restaurante del Puerto Olímpico.

Lo ha decidido sin consultarme. Aquí tiene un buen trabajo y una buena casa, pero eso no le basta. Después de todo lo que he hecho por ella.

Al cabo de unas semanas, Ariza regresó a su antiguo puesto en la nuclear. Rivera lo veía en el comedor. Volvía a ser el de siempre. La transformación de la que Rivera había sido testigo, cuando Ariza yacía en el camino vecinal, alumbrado por los faros del BMW, se había desbaratado. Vio a Ariza reírse como antes. Lo vio

fanfarronear. Un sábado, mientras paseaba por la Rambla Nova de Tarragona, vio a Ariza en la terraza de un bar, acompañado por una mujer. Se estaban haciendo arrumacos; los dos achispados o encaminados a estarlo.

Yago Rivera dijo a Jon que fue fácil conseguir que alguien del trabajo le diera el número de móvil de Ariza. Si se le pasó por la cabeza que eso podría orientar hacia él una hipotética pesquisa, no lo tuvo en consideración.

¿Qué pesquisas iba a haber? Habían pasado meses desde la paliza y no había sucedido nada.

Añadió que, eso sí, para dar el siguiente paso tomó precauciones. Buscó plataformas *online* para envío de SMS anónimos. Escogió una que ni siquiera exigía registro, pensando que así reducía las posibilidades de rastreo. Envió a Ariza una de las fotos hechas aquella noche.

¿Entonces sí pasó algo?, preguntó Jon.

Rivera dijo que adoptó la rutina de enviar periódicamente alguna foto de las que había hecho. No dejaba que entre dos envíos transcurriera más de un mes, y nunca menos de una semana.

Al cabo de medio año, cesó de ver a Ariza en la nuclear.

Seguía coincidiendo en el gimnasio con Castro. Un día, Rivera se hizo el encontradizo en el vestuario y le preguntó si Ariza ya no trabajaba en la central. Castro respondió como si le hubiera preguntado por cualquier persona, alguien con quien ellos no tuvieran nada que ver. En efecto, Ariza había dejado la nuclear. Cuando Rivera insistió, preguntándole si sabía la razón y dónde trabajaba ahora, Castro respondió con sequedad que no tenía ni idea.

¿Por qué me tendría que importar? ¿Y a ti?

Rivera se encogió de hombros, sin achantarse.

Solo por saber.

Castro relajó el tono.

Conociendo al hijoputa, seguro que está en un buen sitio. Es de los que siempre caen de pie. Mejor que te olvides.

Castro cambió de tema diciendo que quien estaba de maravilla era Gies. Se había jubilado recientemente.

Sigue con la puta aquella, a la que llevaba al delta a comer anguilas.

Rivera preguntó por Paz, la hija de Gies.

De esa no sé nada. Su padre no habla de ella.

Rivera ya se había dado media vuelta cuando Castro añadió: Sí me enteré de que Ariza le devolvió el dinero que le debía por la parcela de frutales.

La prudencia se impuso a la curiosidad y Rivera no volvió a la casa de Ariza para averiguar si aún vivía allí. Tampoco hizo indagaciones entre los empleados de la central por temor a despertar sospechas. Pero siguió enviándole fotos. Suponía que Ariza no las miraba, aunque eso era irrelevante. Bastaba con que las recibiera. Ariza sabría que había alguien que recordaba lo sucedido, alguien para quien aquello fue importante. Eso haría que tampoco él se olvidara, que no tuviera oportunidad de restarle valor.

Pero era inevitable que enviando las mismas fotos una vez tras otra, explicó Yago Rivera, el impacto que producían se viera rebajado. Por eso, coincidiendo con el primer aniversario de la agresión, introdujo un cambio. Ariza recibió una foto de un mango de pico y de unos guantes de esquí con los nudillos manchados de sangre.

Sobraría decir que Rivera, Gies y Castro se habían deshecho, la misma noche del ataque, del mango de pico, de los guantes, de los espráis de pimienta y de todo cuanto los pudiera incriminar. Para la

foto, Rivera compró un mango de pico y un par de guantes iguales a los empleados aquella noche. La sangre provino de un hígado de ternera adquirido en la carnicería. Envió la foto dando por sentado que Ariza deduciría lo que había hecho: que no conservando el arma agresora ni los guantes, se había tomado la molestia de hacerse con otros idénticos, lo que le asustaría más que si los hubiera guardado.

Concluyó su encargo de revisión de rutinas de mantenimiento y entregó un informe. Ninguna de las propuestas recogidas en el mismo se llegó a implementar. No le podría haber importado menos. Siguió trabajando en la nuclear. Compró un piso en L'Hospitalet de l'Infant. Seguía yendo a pescar. A Castro aún lo veía en la central. Se limitaban a saludarse, a no ser que pudieran evitarlo. En el gimnasio ya no coincidían. Con su puesto de supervisor, Castro ganaba más que antes y se podía permitir algunos lujos. Ahora iba a otro gimnasio, más moderno y sin moho en las duchas. En cuanto a Gies, Rivera le había perdido la pista. Dudaba que aún viviera en Hospitalet.

¿Y Ariza? ¿Has vuelto a saber de él?

Yago Rivera respondió negativamente.

¿Le sigues enviando fotos?

No. He dejado de hacerlo. *Sentí* que había llegado el momento. Por otro lado, ya le había prestado demasiada atención al tema. Tenía que dejarlo atrás.

Jon asintió, coincidiendo en su parecer.

¿Cuándo le enviaste la última foto?

Yago Rivera inspiró hondo, poniendo a prueba la resistencia de los botones de su camisa, y soltó el aire largamente.

Hace poco. El día en que te llamé para autoinvitarme a tu casa.

Guardaron silencio. Estaba cayendo la tarde y con ella la temperatura. Yago Rivera no daba muestras de sentir el fresco.

Cambió de postura, acomodándose aún más en la silla. Jon recordó cómo era su amigo en la Escuela de Ingenieros: un chico dueño de una formalidad natural, nunca forzada, aunque sí ridícula, que provocaba el rechazo de los compañeros y la aprobación de los profesores de mayor edad, un chico siempre con un paquete de pañuelos de papel a mano, presa de resfriados en los meses de frío y de alergias en los de calor. Jon se preguntó en qué medida contar aquella historia le había supuesto sacudirse un peso de encima.

Yago Rivera dijo que ya bastaba de hablar de él. Preguntó a Jon si estaba trabajando en un nuevo libro. Había leído un par de los anteriores y le habían gustado. Hablaron de ellos. Yago Rivera declaró que le parecía asombroso lo que Jon hacía: sentarse a diario, durante meses y meses, para escribir historias inventadas.

Los interrumpió una explosión de actividad en el interior de la casa: un portazo, carreras, gritos, sonido de mochilas dejadas caer al suelo. El padre de Jon había llegado con sus nietos. Los niños iban a montar a caballo dos tardes a la semana. El padre de Jon los llevaba en coche y esperaba en un chigre cercano, tomando una botella de sidra, hasta la hora de recogerlos. El padre se asomó a la terraza para reprocharles haberse pasado la tarde hablando y no haber preparado la cena. Él apañaría algo, pero que luego no se quejaran. Los niños habían ido a ducharse.

Se volvieron a quedar solos. Jon pensaba en el momento en que Ariza recibió el mensaje final de Rivera, un Ariza que podía estar viviendo en cualquier lugar, en otro país, que podía estar casado, que, cuando el móvil emitió el aviso, podía estar cambiando el pañal a un hijo, o atendiendo a una madre anciana y dependiente, o tomando una copa al cabo de la jornada de trabajo, rodeado de amigos, o paseando con orgullo entre sus frutales, o haciendo el amor, o que se podía hallar impedido en la cama, víctima de alguna

enfermedad, o que podía estar muerto. En cualquiera de los casos, salvo en este último, el mensaje anónimo no le produciría una impresión sensiblemente diferente a la de los anteriores, pues no sabía que se trataba del último, y tal vez nunca llegara a tener la certeza de que lo fue.

Mirando de reojo a su antiguo amigo, Jon dudó que aquel mensaje fuera el recordatorio definitivo de lo que unos hombres cubiertos con pasamontañas le hicieron a Ariza una noche, años atrás.

EXPERIENCIA NO FÍSICA

… nada en ti congenia más conmigo
que tu no existir.

GIORGIO MANGANELLI, *AMORE*

No sé qué pensar. Después de tanto tiempo buscando, de los ahorros invertidos y de los viajes por todo el país y por el extranjero, el caso que será el decisivo, de un modo u otro, aparece aquí al lado, a menos de una hora de donde vivo. Me siento como un neófito. Parece como si, en lugar de haber empezado a investigar hace años, lo hiciéramos hoy. El largo historial de decepciones se ha borrado. El tiempo se ha contraído y reescrito. Es reconfortante. Me gusta cuando lo subjetivo da un paso adelante, agita la ambigüedad y todo se vuelve prometedor.

Seguramente H no opina igual. No ha abierto la boca desde que subimos al coche. Aunque no lo ha reconocido, no quería venir. Ha perdido la convicción. También yo, es cierto. Sin embargo, mientras que a mí la duda me impulsa a intentarlo con más ahínco, al menos por una última vez, él preferiría quedarse en su casa, donde no tiene

nada que hacer.

Me concentro en el paisaje. El cielo reluce. El sedimento del verano sobrevive, pero no se pueden negar el frío que despunta, el acortamiento de la luz y su carácter oblicuo, los colores herrumbrosos. Los mejores días del invierno son los primeros del otoño, cuando la estación fría se manifiesta solo como augurio.

El dueño de la finca nos espera a la entrada del pueblo. No se fija en nosotros hasta que paramos junto a él. Está concentrado en hablar solo, señalando con el dedo, en gesto de amonestación, a alguien que no está ahí, o a quien no vemos. H por fin abre la boca. Resumiendo: decepción y desconfianza.

Calza zapatillas de estar en casa. Se protege del sol con una gorra manchada de grasa y sudor, tan calada que la visera le oculta los ojos. Para mirarnos, en lugar de levantar la gorra, echa la cabeza atrás y el cogote se le pliega como un fuelle. El bigote, estrecho, despeinado y sucio, parece un exceso de vello nasal. Conozco bien esa mirada. Resumiendo: decepción y desconfianza. También él. Le parecemos demasiado jóvenes y poco profesionales. Sin uniforme. El coche de H no tiene distintivo. Pregunta si somos con los que habló por teléfono. Le digo que habló conmigo y le doy una tarjeta.

H & A
AGENCIA DE INVESTIGACIÓN PARANORMAL
Documentación histórica
Exploración *in situ*
Informes detallados
Total confidencialidad

Pregunta por el nombre de la agencia. Una vez más, explico que

son nuestras iniciales. Nuestro trabajo causa desconcierto. Algunas personas se sienten amenazadas. Mejor no dar los nombres completos. No sé si ha entendido algo. Digo que la universidad nos aconseja obrar así. Pregunta si venimos de la universidad. Asiento, cargando de gravedad el gesto. Esto sí lo entiende. No pregunta qué universidad. Percibo la incomodidad de H. Es cierto que estamos a sueldo de la universidad, pero nuestro trabajo no guarda ninguna relación con el que hemos venido a hacer aquí. En realidad, en la universidad desconocen nuestra agencia y, tal y como están las cosas, a H le humillaría que llegaran a saber algo.

Guarda la tarjeta. Dice que podemos ir a la cueva. Tiene aquí el Land Rover. Ha dejado el bastón colgado del retrovisor. Nos hace una seña para que lo sigamos.

Cruzamos el pueblo, apenas media docena de casas. Tomamos un camino que sube una ladera. El equipo de acampada y los maletines con el material se zarandean. Le pido a H que conduzca con cuidado. No responde.

El dueño de la finca se detiene, abre una cancela, entramos y la vuelve a cerrar. Sube otra vez al Land Rover. Continuamos. El camino empieza a llanear. Hemos entrado en una garganta de doscientos metros de ancho, encajada entre paredes de roca caliza. Bordeamos brezales en flor y grupos de manzanos silvestres y de quejigos.

Paramos de nuevo. Asomando el bastón por la ventanilla del Land Rover, apunta hacia una pared. Dice que él espera fuera, si no nos importa. A mí no me importa. En realidad, me gustaría estar completamente solo, ocuparme de todo, que nadie lo estropee. Mi falta de convicción queda revocada. Qué injustificada estaba. La de H sigue siendo un estorbo.

Nos pregunta si vamos a entrar con las manos vacías. Creía que traeríamos algún aparato. H dice que tenemos muchos aparatos. Él

es el de los aparatos. Pero la primera inspección siempre es visual. Y yo: No se vaya, por favor. Tenemos que hacerle unas preguntas.

La cueva es artificial. Un anacoreta comenzó a excavarla en la época visigótica y los ocupantes posteriores se encargaron de ampliarla. La entrada está a un metro y medio del suelo, para que los animales no se cuelen dentro. A los costados hay unas entalladuras donde debía de encajar la puerta. Nos ayudamos uno al otro a subir. H me da la mano, tira de mí y me suelta la mano con rapidez. Le doy las gracias. Ni me mira a los ojos.

El techo es abovedado y bajo. No podemos erguirnos. El humo de las hogueras lo ha ennegrecido. Encendemos las linternas. Inspeccionamos sin tocar nada. De las dos estancias de que dispone la cueva, la primera es la más amplia. En una pared hay una hornacina de medio metro de alto, unos treinta centímetros de ancho y otros tantos de fondo destinada a alojar una imagen.

Pasando por una abertura tan estrecha que nos obliga a ponernos de costado, entramos a la otra habitación. Tiene menos de dos metros cuadrados y ningún respiradero. En las paredes quedan marcas de cincel e inscripciones hechas por los ocupantes. Habrá que hacer fotos. Filtraciones de agua corren por la roca. La humedad es muy alta. Cuesta llenar de aire los pulmones. Admiro la capacidad de sacrificio de los que aquí vivieron. La robustez de su fe.

Vuelvo a la primera estancia. En la base de la hornacina, algún anacoreta excavó una cavidad para el agua bendita: circular, con los bordes redondeados y el fondo pulido. Imagino el instante en que el artífice dio por finalizada tan mimada obra, vertió en ella el agua bendita de una calabaza hueca, mojó las yemas de los dedos índice y corazón, y se santiguó por primera vez haciendo uso de su pila privada. La humedad. El frescor. Diferentes a como lo son para todos los demás. Evidencias de lo intangible y lo superior.

¿Hablamos con el noble señor de estas tierras?, pregunta H. Su voz suena demasiado alta. Este sitio no está hecho para hablar. Para orar sí. Para susurrar. Para canturrear arrullándose a uno mismo.

Cerca hay dos cuevas más. Una, cegada por un derrumbe. La otra, tan alta que haría falta una escalera para alcanzarla. El dueño de la finca nos dice que no nos molestemos, que es muy pequeña y no tiene nada que merezca la pena. Lo que nos interesa está ahí, al pie de la pared.

Apoyada contra la roca veo una losa. La tumba que cubrió antaño se encuentra a unos pasos, vacía desde hace siglos. En este tramo de la pared, la roca se proyecta hacia fuera a la altura del suelo, como una zapata que la sustentara. La tumba está excavaba en el saliente. En un principio debió de tener forma antropomórfica. Ahora los bordes están erosionados y se encuentra medio cegada por sedimentos arrastrados por el viento. Si no fuera por la presencia de la losa, costaría adivinar la función original del agujero.

Aquí lo vi, dice. H pone en marcha la grabadora. Me gusta venir por las mañanas, antes de que amanezca, con la escopeta. Pregunto si estamos en temporada de caza. Me mira como si hubiera dicho una necedad. Esta tierra es de mi familia desde siempre. Hago lo que quiero. H pregunta qué pasó.

Hace dos semanas, el dueño de la finca oye algo por esta parte y se acerca a ver. A veces se cuela gente para hacer cosas raras.

Le interrumpo otra vez. ¿Iba solo? Dice que sí. ¿Sin perro? Él no caza con perro. Es una pena. La reacción del animal podría haber sido relevante. H quiere saber si podemos seguir.

Suena como alguien quejándose. No distingue palabras. Solo quejas o gemidos. Le parece que salen de la cueva, pero se da cuenta de que vienen de la tumba o de cerca. Suelta un par de

gritos, por si hay alguien escondido. Ya no se oye nada. Se queda un rato vigilando. Está a punto de irse cuando ve esa cosa: una especie de columna de niebla que sale de la tumba, a chorro y girando muy rápido, igual que un tornado. Es muy raro porque esa mañana no hay niebla ni viento. Además, la niebla de la tumba es roja.

¿Qué pasó después? Pues qué va a pasar, dice, que echo a correr. No había corrido igual desde que tenía quince años. Miro atrás y dentro de la niebla roja hay una luz, como una de esas farolas redondas, un globo de luz, flotando, y por si acaso sigo corriendo.

¿Cómo puede ser que lo haya visto? ¿Por qué él sí? ¿Acaso es digno?, me pregunto, y me exaspera que saliera huyendo, que no se quedara hasta las últimas consecuencias, que ni siquiera se fijara bien en lo que estaba pasando.

En realidad, lo que necesito saber es por qué yo no soy digno. ¿No me he mostrado lo bastante receptivo? ¿No he buscado lo suficiente? ¿Tal vez no soy un papel tan blanco y resistente como para que se grabe en mí el mensaje? ¿Carezco de la pureza que sí poseen los verdaderos creyentes y los seres simples, como los niños y los animales?

H pregunta si en la tumba yacía un anacoreta. El dueño de la finca asiente. Cuando alguno moría lo enterraban aquí mismo. Antes había más tumbas, pero ya no queda nada, ni agujero ni losa. Mi abuelo tenía en el despacho un cráneo que usaba de pisapapeles. Lo encontró aquí.

La luz, pienso: orbe. La niebla: espíritu desencarnado. Son hipótesis recatadas, pero el torbellino de niebla roja me recuerda a la entrada en escena de la Malvada Bruja del Oeste en *El mago de Oz,* y visualizo lo sucedido de tal guisa, en un decorado rabiosamente iluminado por focos; las paredes de roca, de cartón

piedra; el cielo, un fondo pintado; árboles, hierba y flores, artificiales y en parterres, las flores tan grandes como una cabeza humana para que se vean bien; el remolino de niebla roja surgiendo de una trampilla disimulada entre las tablas del suelo; el dueño de la finca huyendo a saltitos como cualquier otro munchkin, con una levita malva y rubor de maquillaje; en los tonos saturados y brillantes del tecnicolor, como si todo estuviera hecho de caramelo.

Nos pregunta cuánto le va a costar lo que hagamos. Los de la televisión le dijeron que le pagarían algo, pero ahora no contestan al teléfono. H dice que no se preocupe por eso. Somos investigadores. No estamos aquí para hacer negocio. Ha perdido la convicción y aun así suena convincente. Esta parte se le da mejor a él. Escuchamos sin prejuicios, dice. Nos impulsa el espíritu de ayuda, dice.

Espero que luego ustedes no…, ya saben, que no lo vayan contando por ahí. H le asegura que la confidencialidad es absoluta. Voy a poner la finca en venta y las historias raras ahuyentan a los compradores. La gente es supersticiosa. Lo sabemos, asegura H. ¿Ha oído ruidos extraños antes o visto algo parecido a esa niebla roja? Dice que nunca. ¿Ha venido alguien más a investigar? Solo los de la televisión. Pero no investigaron nada. Para nosotros es importante saberlo. Podría afectar a nuestros resultados. Digo la verdad. Entonces no ha venido nadie. Niega con la cabeza. De momento, eso es todo, dice H. Y yo: Necesitaremos la llave de la cancela. Hasta que hayamos terminado, que no venga nadie por aquí.

Montamos las tiendas de campaña. Una para cada uno. H me pregunta si hay que montar también la de la médium. Mejor esperamos a que ella diga dónde la quiere.

Tomamos unas mediciones preliminares. Barremos la cueva y los

alrededores con medidores de campos magnéticos y de ultrasonidos. Tomamos fotografías. Situamos grabadoras y cámaras de visión nocturna en la cueva y junto a la tumba, pero aún no las ponemos en funcionamiento. La única cámara termográfica que tenemos, la colocamos apuntando a la tumba.

H dice que casi es la hora. Me pregunta si lo acompaño a buscarlos. Es mejor que me quede vigilando el equipo, respondo. En realidad, quiero estar un rato a solas, y estoy seguro de que H también prefiere ir por su cuenta al pueblo, donde hemos quedado en recoger a la médium y al asistente. Se mete en su tienda. Sale llevando una camisa limpia. Me pregunta qué tal está. Digo que bien. Pone cara rara. ¿He dicho algo malo? Sube al coche y se larga sin contestar.

Lleva así desde el verano. Para mí el viaje a Inglaterra también fue un desengaño. Iba a ser nuestras vacaciones y un viaje de trabajo. Al final no fue ni una cosa ni la otra. Solo gastamos más dinero del que nos podíamos permitir.

En Londres queríamos visitar la casa encantada del número 50 de Berkeley Square, en Mayfair. La encontramos cerrada. Palpamos la puerta en busca de grietas por donde se filtrara la energía maléfica que palpita en su interior. Fuimos a Hampton Court Palace, residencia de Enrique viii, para oír los lamentos de Catherine Howard, La Rosa sin Espinas, quinta esposa del rey. La cháchara del grupo de turistas con que compartimos la visita guiada no nos dejó oír nada. Alquilamos un coche para emprender un *tour* parapsicológico por la isla, desde el antiguo aeródromo de la RAF de East Kirby, en Lincolnshire, y su torre de control habitada por un espíritu maligno, hasta la carretera A229, en Kent, que recorrimos varias veces, en ambos sentidos, durante una noche interminable, en busca de la autostopista fantasma que allí se manifiesta.

Al cabo de dos semanas, volvimos a Londres, desde donde volaríamos de regreso a casa. Esa última noche en la ciudad, H me dejó claro que estaba harto. Escuché pacientemente. Cómo no iba a sentirse así, después de las casas encantadas con tienda de regalos y de los cementerios y los campos de batalla donde nuestros equipos de grabación solo registraron acoplamientos con los de otros investigadores, negligentes e irrespetuosos. Los contactos con esa gente fueron una decepción añadida, como siempre sucede. No les interesa la búsqueda de evidencias. Escribir artículos insignificantes, sí. Enzarzarse en debates espurios en los podcasts, también. Eso les encanta. A falta de experiencias propias y auténticas, acaban hablando de novelas y películas de terror. Dan lástima y vergüenza. H es el único investigador serio que conozco.

Escuché sus quejas. Encajé cada reproche. Acepté su mutismo durante el viaje de vuelta. Fui comprensivo. Me sentía igual que él. Mis dudas eran acaso mayores. El desengaño no venía causado solo por el viaje. Desde que inauguramos la agencia no hemos descubierto ninguna evidencia indiscutible de actividad paranormal, ni una sola. Y yo necesito pruebas. Soy un científico.

H no dijo que quisiera renunciar. Yo sí lo estaba considerando. Pero antes de que pudiera decir nada, una tarde, mientras veo la televisión, me encuentro con un testimonio esperanzador, al lado mismo de casa, en un emplazamiento que nadie ha procesado todavía. Lo interpreto como una señal.

Deseo, con más fuerza que nunca, que demos con una prueba, porque si no es así, si tampoco esta vez conseguimos nada, abandonaré la agencia.

No se lo he dicho a H. Ni siquiera pienso en ello. Debo concentrarme en el caso y en nada más. El estado de ánimo del investigador influye en su trabajo. Que esté cansado o poco

receptivo, o que sea escéptico, puede provocar un resultado negativo. Por otro lado, me preocupa el efecto que mi decisión puede tener en H. Lo último que quiero es que mi pérdida de fe ocasione también la de mi compañero.

Me siento en la entrada de la cueva con las piernas colgando sobre el borde. Imagino cómo será contemplar desde aquí la salida del sol o la descarga de una tormenta.

Una bandada de gorriones vuela a ras de suelo, una nube nerviosa que se posa, se revuelca en el polvo del camino y se vuelve a alzar, una y otra vez. Observo a los pájaros hasta que la bandada se dispersa como si estallara. Tan repentina y enérgica es la división que deja un vacío pendiendo en el aire.

Abro mi cuaderno para poner por escrito las impresiones del día.

Envuelta en cirros de niebla roja, la cabeza emerge de la tumba. Gira a gran velocidad sobre sí misma, como un personaje de dibujos animados que acabara de recibir una bofetada iracunda, o como la hélice de un avión de antaño, necesitada de un enérgico impulso manual para ponerse en movimiento. Los grasientos tirabuzones de la cabellera se erizan por la suerte de fuerza centrífuga que en su plano de existencia actúe. El orbe alrededor de la cabeza amplía su radio para que ni la punta de un solo cabello asome fuera del abrigo lumínico.

Pone fin al giro la cabeza de repente, sin deceleración ni mareo. Superado el trámite de la inercia, los tirabuzones cuelgan pesados. El orbe se encoje hasta su tamaño habitual. Los ojos reconocen el entorno. La nariz larguísima olfatea. Asoma la punta de la lengua entre unos labios que en algún momento fueron carnosos.

La niebla roja se disgrega a su alrededor y la cabeza se apresura, ora en una dirección, ora en otra, zigzagueando en el aire, a engullir las hilachas, cada vez menos rojas y cada vez más rosáceas, antes de su completa desaparición. Los bocados del desayuno gaseoso son expulsados por la faringe cercenada a semejanza de un tubo de escape, tras haber depositado en el interior de la cabeza quién sabe qué principio nutricio.

Tras el primer alimento de la vigilia, recupera su lucidez la cabeza, momento siempre infausto, pues con él sobreviene el recuerdo de zozobras del alma añejas y copiosas, excluidas las causas, pero aun así avivando remordimientos y confusión.

Para de nuevo olvidar, vuela la cabeza con los gorriones, juega como si fuera en parte niño, en parte animal, lo que no significa cachorro. Las guedejas de cabello se estiran hacia atrás y se sacuden a modo de cilios, como si estiramiento y sacudidas no fueran secuelas del vuelo sino sus motores. El orbe luminoso se dilata de nuevo. Los gorriones se prestan al juego del olvido, simulan espanto y huida. Un ave se demora. Se deja caer hasta la altura de la cabeza, vuelve hacia ella la emplumada testa, le dedica un guiño y, acaso, una sonrisa, pese a que su pico no haya evolucionado para tal fin.

Cesa la diversión cuando, saltándose una regla tácita, la cabeza irrumpe en el centro de la bandada haciéndola explotar.

La médium es baja y de rasgos aniñados. Nos mira apuntándonos con la barbilla, como con un arma. Me estrecha la mano blandamente, todo lo contrario que el asistente, enorme y sobrado de confianza en sí mismo.

Ya casi es de noche. Hace frío. La médium lleva unos pantalones cortos de tela vaquera y una blusa del mismo tejido. Tiene erizado el

vello de los muslos. Parece que no le interesa lo que digamos. Va directa a la tumba, antes de que yo le diga dónde está. Imagino que H se me ha adelantado. Va a la cueva. Se alza de puntillas para asomar la cabeza. Vuelve junto a nosotros sin decir nada.

H se disculpa con el asistente. Solo hemos traído una tienda de campaña para él y para la médium. No hemos pensado si ellos dos… A lo mejor prefieren… Si hay algún inconveniente, él les cede su tienda y duerme en el coche.

La médium dice que prefiere dormir sola. Es la primera vez que abre la boca y parece enfadada. El asistente la invita a contemporizar. Ella insiste. No quiere compartir la tienda con nadie, y en especial con él. H reitera su ofrecimiento, pero el asistente lo interrumpe. No es necesario. Y hablándole a ella: Hemos venido a ayudar. No a causar problemas. ¿No es cierto?

Ella se aleja. Para tener las piernas tan cortas, pisa con fuerza. El asistente menea la cabeza. Le estampa a H una palmada en el hombro. Gracias de todos modos, dice. ¿Solucionamos la parte desagradable?

H me mira. Entrego el sobre al asistente. Verifica el contenido. Le parece correcto. Yo estaba seguro de que sería así. Mi continuidad en la agencia depende de este caso. No quiero reprocharme no habérmelo jugado todo para obtener una evidencia real del otro plano.

El asistente se va cargando con la tienda de campaña. Junto a las nuestras hay sitio, pero les gusta la intimidad. H pregunta si deberíamos ayudarles a montarla. No sé si le interesa mi opinión o solo piensa en voz alta. Me parece que, por lo que he pagado, bien la pueden montar solos.

H quiere saber cuánto dinero había en el sobre. No debe preocuparse. Corre de mi cuenta. La médium pasó por el Laboratorio

Veritas de la Universidad de Arizona. Es una de las personas sensitivas más capacitadas del mundo. Le he pagado por dos sesiones. Celebraremos la primera a medianoche.

Mientras cenamos a la luz de un farol de gas, H responde a las preguntas del asistente. Inauguramos la agencia hace cinco años, pero nos conocemos desde mucho antes. Cuando estábamos en el instituto, los sábados por la noche nos colábamos en psiquiátricos abandonados e iglesias desacralizadas con una grabadora y una cámara de vídeo. Está parlanchín. Se dirige a los dos, pero la médium no le hace caso.

No le oigo hablar tanto desde la última noche en Londres. Ahora se muestra comprometido, para impresionar a la médium y al asistente, salta a la vista. Sin embargo, entonces remachó que estaba harto. No quería dormir en más pensiones miserables. No quería oír ni una palabra más sobre fantasmogénesis, desdoblamiento involuntario, lluvias de materia viva ni las diferencias entre fenómenos psi-gamma y psi-kappa. Lo de la agencia había estado bien al principio, pero ahora prefería divertirse de otras maneras. No se quería convertir en alguien como yo, que nunca he tenido pareja, que vivo en un piso que fue de mi abuela, del que ni siquiera he cambiado los muebles, que solo he atiborrado de libros, porque, al margen de investigar, lo único que me interesan son los libros. Si fuera físicamente posible follarse un libro, yo lo haría, dijo.

El asistente comenta que acaban de finalizar una gira de sesiones. El otro lado está en ebullición. Ha sido agotador, pero todo ha ido de maravilla.

¿De verdad? ¿A ti te parece que ha ido de maravilla? *¿Todo?,* pregunta la médium. Deja caer el plato y se va a la tienda de campaña. Pregunto si se encuentra bien. El asistente responde sin

dejar de masticar. Claro que sí. Se está preparando para la sesión.

Con la caída de la noche, la cabeza cambia la dialéctica agramatical de las aves por la de los murciélagos. Su orbe, apenas visible al sol, reducido a la condición de receptáculo esférico, versátil y opalescente, se manifiesta en la oscuridad con todo su brillo, si bien no se proyecta este hacia fuera, no alumbra paredes calizas ni manzanos silvestres, sino hacia el interior exclusivamente. Su fulgor no puede tocar nada ni a nadie, más allá de la cabeza. Se halla esta asoleada por los años vividos a la intemperie. Ni siquiera lo siglos de no vida han hecho mella en la piel tostada, como si fuera la cabeza de un faraón egipcio.

No recuerda ni se interroga. Desconoce por qué solo es cabeza y desde cuándo. Ignora su nombre, pese a que, en las etapas que integraron su vida, dispares entre sí y algunas de ellas antagónicas, en la medida de irreconciliables, fueron varios los apelativos que ostentó. No le preocupa la razón por la que, durante sus vuelos, no es capaz de elevarse más allá de la altura que alcanzaba cuando un cuerpo la sostenía, ni por la que tiene vetado ir más allá de los extremos de la garganta calcárea, que incesantemente inspecciona, como la carpa el fondo del estanque.

Sí siente y reacciona. Las sensaciones surgen, en realidad, de recuerdos, pero, como hemos dicho, no recuerda, y al sentir y no saber por qué siente, reacciona de modos que, la mayoría de las veces, no aportan alivio a su sentir. Algunas sensaciones son reminiscencias de un cuerpo despiezado hace siglos por las alimañas, los huesos quebrados a pedradas por los alimoches para robarles hasta el último grumo de tuétano.

Cuando sus deambulaciones la llevan hasta el monumento megalítico al fondo de la garganta, la cabeza se detiene. La parada

no se debe tan solo a que las ciclópeas losas en equilibrio sean un hito que señala la frontera de sus movimientos, sino al impulso de santiguarse, como gesto de prevención, ante tamaña manifestación de paganismo, más antigua que la fe a la que la cabeza se entregó en la etapa postrera de su vida.

Asimismo, la lleva a detenerse, en varias ocasiones cada día, una comezón donde estuvo su entrepierna. Se inclina entonces, confundida, para mirar donde nada hay, a lo sumo una pelusa de diente de león o una moscarda que, casualmente, prestan una referencia del punto donde nace el agradable picor, pero del que no son la causa.

Unos minutos antes de la medianoche nos reunimos junto a la tumba. Los medidores, las cámaras y las grabadoras están funcionando. El asistente nos asegura que no afectarán a la sesión.

Siguiendo sus instrucciones, nos sentamos en el suelo. La médium se queda de pie. Ojos y labios cerrados con fuerza. Cada vez hace más frío. Sin embargo, no se ha abrigado. Respira agitadamente. Con cada inspiración, se le hincha la blusa. H no le quita ojo.

El asistente nos susurra que en breve nos tomaremos de las manos. Entonces ella invocará a su espíritu guía, con el que mantiene un contacto íntimo, para que la ayude a comunicarse con quien aquí habita. Su presencia es muy poderosa. Hasta yo la percibo, dice.

¿Quieres callarte?, dice ella.

Guardamos silencio. Al cabo de un momento, la médium se sienta con las piernas cruzadas y empieza a murmurar una cantinela ininteligible. No se parece a nada que yo haya oído en otras sesiones, con otros médiums. Me esfuerzo por concentrarme. Debo

abrir la mente y mostrarme receptivo.

Es como si la médium participara en una conversación de la que solo oímos la parte dicha por ella, y que sigo sin entender. Ni siquiera reconozco el idioma que emplea. Entre palabras, jadea y gime. Se le marcan los tendones del cuello. H la observa fascinado. El asistente, con alarma. Interpreto esto como una señal prometedora.

La médium se lanza sobre H, sorprendiéndonos a todos. Caen al suelo. Agarra a H por el pelo y le restriega los pechos contra la cara.

¡Me cago en Dios! El asistente sujeta a la médium y la separa de H, que está paralizado de terror. El asistente la sacude hasta que vuelve en sí. Ella mira a su alrededor como si no supiera dónde está. Con la voz temblorosa, pregunta qué ha pasado. El asistente se quita la cazadora y se la echa a ella sobre los hombros. Nos pide que los disculpemos y acompaña a la médium a su tienda de campaña.

Pregunto a H si se encuentra bien. Asegura que sí mientras se sacude la ropa. ¿Por qué no miras si las cámaras han grabado algo?, digo. ¿Seguro que estás bien? Me responde de malos modos. Ocuparse del equipo siempre le ayuda a tranquilizarse.

Dejo pasar unos minutos antes de acercarme adonde el asistente y la médium han plantado su tienda. Los oigo discutir. El asistente sale apresuradamente. Se sorprende al verme. Dice que lo siente mucho. Por esta noche no podemos seguir. Ella está muy alterada. Nunca le había pasado algo así.

Y yo: ¿Ha establecido contacto? No hablaba con el espíritu guía, ¿correcto?

Niega con la cabeza. Hay una presencia poderosa aquí. Tal vez varias. Nunca habían estado en un sitio con una actividad tan evidente.

No puedo dejar de darle la razón. Estoy emocionado.

El asistente me dice que mañana volveremos a intentarlo. Ahora ella tiene que descansar. Vuelve a entrar en la tienda. No le gusta dejarla sola cuando está así.

Vuela la cabeza de punta a punta de la garganta a velocidad tal, perturbada por la voz que oye y no comprende, que el orbe no lo vemos como una esfera, sino como un óvalo.

Trata de escapar, zaherida por la jerigonza. Vuela hasta que la energía que en cada nuevo despertar le es concedida se consume y los ojos se le cierran y cae al suelo, donde rebota una, dos veces, sin alzar polvo ni espantar a ratones ni topillos, antes de rodar, sin que lo pretenda ni sea consciente de ello, de regreso a la tumba, como el salmón adulto retorna al remanso fluvial donde nació.

Me levanto para ver la salida del sol. Con una taza de café, me acomodo en la entrada de la cueva. Los demás duermen o no han salido de las tiendas.

La garganta presenta una suave inclinación de extremo a extremo. La parte más baja, donde está la cancela de la finca, desemboca en una llanada desangelada. En la más alta hay un dolmen que debo visitar. La orientación de la garganta es este-oeste, con el extremo más elevado apuntando hacia levante.

El sol asoma sobre bloques de roca desprendidos de las paredes y marañas de maleza. La luz se vierte, generosa, risueña, por la garganta, como agua en una acequia. Camino hasta el centro para recibir de frente el baño matutino.

H sale de la tienda. Señalo con la taza hacia el sol naciente. Es una invitación para que lo contemplemos juntos. Bostezando, va a por café, pero no viene conmigo. Sigue enfurruñado. Anoche los

equipos no registraron nada. No todas las manifestaciones son susceptibles de ser registradas.

También la última noche en Londres estaba enfurruñado. Insistió para que nos olvidáramos de las investigaciones por una vez y cenáramos en un restaurante de verdad. Durante el viaje nuestra dieta había consistido en sándwiches de supermercado y comida pakistaní comprada en puestos callejeros. Me dejé convencer. Fuimos a un italiano en el Soho. Cuando el camarero nos llevó el postre, H le preguntó si sabía de algún buen sitio donde tomar unas copas. El camarero era mulato y su acento sonaba a brasileño. Nos pidió que esperáramos. Volvió un momento después con la tarjeta de un club. Ahí lo pasaréis bien, chicos.

Por el camino, H se empeñó en entrar en un par de pubs para tomar unas pintas. Estaba de mejor humor. Incluso propuso que, de vuelta al hotel, diéramos un rodeo por Whitechapel y visitáramos los sitios donde Jack el Destripador cometió sus crímenes.

Para cuando llegamos al club, era más de medianoche. El portero nos abrió el pesado portón metálico y entramos a un recinto atestado donde atronaba un tema de la época *Sex* de Madonna. El local no tenía ventanas. Estaba tan oscuro que nos costó localizar la barra. La clientela era exclusivamente masculina. Varias parejas bailaban muy juntas, mirándose a los ojos y siguiendo coreografías ensayadas. H estaba furioso. ¿Por qué el camarero nos había mandado a un sitio así? Insistió en volver al hotel, sin tomar una copa, ni allí ni en ninguna otra parte. Por supuesto, no fuimos a Whitechapel. En cuanto entramos en la habitación, me soltó que era hora de olvidarnos de la agencia.

Despierta entre madejas de niebla roja, que consume con rapidez rutinaria, y vuela al centro de la garganta, donde gusta de

contemplar la salida del sol.

Esta mañana hay un cambio. Es una suerte de contorno erguido en el aire, la base apoyada en el suelo, recibiendo de frente el sol que asoma, contorno impreciso pero que adquiere detalle y consistencia gradualmente, nunca bastante de uno ni de lo otro. La cabeza se acerca con la curiosidad y el recelo instintivo con que un perro hambriento se acercaría a un fantasma. No asocia la talla ni la forma de lo que tiene delante con los que ella poseyó en vida, cuando disponía de cuerpo, ni con los de las personas a las que admiró, deseó, lisonjeó, suplicó, vejó y repudió. Nosotros sí reconocemos que ese remedo de ectoplasma, generado con los materiales que hay a mano, reproduce la forma de un hombre adulto.

Lo componen briznas de hierba, polvo, polen, tierra, pellizcos de musgo, arena de río, pétalos de chiribita, nervaduras de hojas, élitros de insecto, ápices de cola de lagartija, esquirlas de piedra, sedas de telaraña, huesecillos de roedor, que penden en el aire, rozándose, empujándose, formando una carcasa corroída, un bosquejo de escultura. Tan livianos son los materiales que se requiere un aporte incesante. Desde las cuatro direcciones, llegan líneas de suministro serpenteando por el aire, capeando el viento, mercancías a espaldas de una columna de hormigas volantes, afanosas e invisibles.

Si la cabeza conservara la memoria y el pensamiento asociativo, tal vez hallaría alguna relación entre ese elemento nuevo en la garganta y la jerigonza que la noche pasada le atormentó hasta descabalarla y la fustigó hasta que huyó, siendo la extenuación y el sueño la única escapatoria posible, como si la jerigonza le hubiera agrandado el sentido de la visión, retirado un velo, tal vez de los ojos, tal vez de la mente.

Contempla con necia estupefacción cómo, alcanzada una asaz solidez el contorno exterior, las líneas de suministro de materiales penetran por el sumidero del ombligo y acometen la creación de órganos y conductos internos. Cuando cada uno de estos logra un estadio satisfactorio de formación, se colma de una luz coloreada, intensa no tanto en brillo como en tonalidad, y de una densidad próxima a lo cremoso. Cada órgano se hincha, palpita, con un color diferente al de los órganos que lo rodean, para mejor distinguirlos y que el mérito de su complejidad pueda apreciarse. A diferencia del orbe que envuelve a la cabeza, de donde la luz no escapa, el recubrimiento discontinuo de cada órgano y conducto sí permite que su luz salga. Así existen franjas donde la luz de un órgano y la del aledaño se interpenetran, y esta superposición cromática actúa como un pegamento que confiere cohesión al conjunto.

Obedeciendo a un comportamiento instintivo, como la carpa al dar con un mendrugo hinchado flotando en el estanque, la cabeza prueba el ectoplasma antes de proceder a devorarlo, igual que hace con la niebla roja cada mañana. Comienza por mordisquear el contorno, que encuentra insípido y reseco. Seguidamente, introduce boca, nariz, ojos, la cara entera, como si atravesara una cortina de cuentas, que se cierra tras ella, y bucea por el collage *antropomorfo. La luz de las entrañas entra por la boca de la cabeza y sale por la faringe. A diferencia de la niebla matinal, no se agota, de inmediato se reproduce. La cabeza come y respira dentro del contorno humano. Remonta extremidades. Se revuelca en las vísceras del torso, donde mayor es la densidad de la luz, más de manteca que de líquido limoso. Asciende y la cabeza se instala en el interior de la cabeza. El orbe opalescente, visible solo para nosotros, envuelve a ambas. La cabeza mira a través de ojos ajenos, se voltea para lamer, mordisquear, sorber sesos, globos oculares, la musculosa raíz de la*

lengua. Sentidos adormecidos desde hace siglos se desperezan. Rastrea los sabores más fuertes y las texturas menos sutiles. Aspira por los conductos nasales como por pajitas, cata con la punta de la lengua la vesícula biliar, hurga con la nariz en el intestino grueso.

Mientras baja y sube y baja y sube, descubre la cabeza el modo y el compás que mejor dilatan el gozo. Hace suyos el respeto, la rigurosidad y la devoción del lavador de cadáveres. Ya no solo la anima un afán alimenticio. Musita y gime sin saberlo, pero al igual que la luz del orbe no sobrepasa el orbe, las palabras y sonidos surgidos de la cabeza no pueden ir más allá de la responsable esfera. Cada parte del ectoplasma tiene su propio gusto. Aplicar nariz y boca sobre algunas de ellas, penetrarlas con la lengua, despierta la comezón que la cabeza experimenta donde antaño estuvo su entrepierna. Perseverando, la comezón se enardece, revienta y, cálidamente, se disipa.

Ayer el tiempo se contrajo. Hoy se dilata. Al mediodía sube la temperatura. La médium y el asistente se refugian en su tienda. Aparecen solo a la hora de comer. Me gustaría conocer sus impresiones sobre lo ocurrido la noche anterior, pero comen en silencio. Si los interrogo, dan respuestas escuetas y evasivas. Por el dinero que he pagado, deberían aportar más información. Engullen los últimos bocados y desaparecen llevándose unas botellas de agua y algo de fruta.

H se tumba a leer a la sombra de un manzano. Cada vez que lo miro disimuladamente, lo descubro con la vista perdida y el libro abandonado sobre el pecho. Mato el tiempo escribiendo en mi cuaderno.

A media tarde, H se despereza. Revisa los equipos. Viene a decirme que los medidores siguen sin captar nada, pero que los ha

dejado donde están. Me pregunta si me parece bien. Si tú crees que es lo correcto, a mí me parece bien. Y digo asimismo que me gustaría comentar mis notas con él, por si he pasado algo por alto. Responde que prefiere dejarlo para otro momento, si no me importa. No, por supuesto, no me importa.

Poco después lo veo encaminarse hacia la tienda de la médium y del asistente. Han elegido el abrigo de un sotillo, a la vera de una pared de la garganta. H desaparece tras los árboles.

Anochece. H no ha vuelto. Preparo la cena. Cuando lo tengo todo listo, H sigue sin aparecer. Tampoco la médium y el asistente. Lo llamo. No responde. En la garganta hay poca cobertura. Tal vez sea la razón.

Voy a la tienda de la médium y el asistente. Me detengo a unos metros. La tienda tiene la cremallera echada. Delante hay colillas y latas de cerveza vacías. Oigo hablar a la médium. Me siento molesto.

Estoy a punto de decir algo para anunciar mi presencia cuando la cremallera se abre y el asistente asoma la cabeza. Me pregunta qué pasa, como si los estuviera molestando. Pregunto si están bien. La cena está lista. Me dice que están bien, que no tienen hambre, que ya han comido algo, y que nos vemos luego, en la sesión. Le recuerdo que será a medianoche, en punto. Sí, lo sabe. Vuelve a meterse en la tienda. Antes de que cierre la cremallera, pregunto si han visto a mi compañero. Me responde desde dentro. Hace un rato. Andaba por ahí. Dijo algo sobre ir a dar un paseo.

Mientras me alejo, oigo reírse a la médium.

No hay un ectoplasma. Hay cuatro. Cada uno tiene su gusto propio. Todos alivian la comezón. Está ahíta la cabeza. Incluso el orbe crepita de gusto. Ha volado todo el día de un ectoplasma a otro. La satisfacción que le proporcionan se extingue antes de zambullirse en

el siguiente.

La energía concedida por esa jornada llega a su término de súbito, mientras la cabeza se abalanza hacia otra inconsistente figura humana que camina por la garganta. Ya dormida, impulsada solo por la inercia, la atraviesa, cae y retorna rodando a la tumba.

Es medianoche y no ha venido nadie. No estoy molesto con la médium y el asistente. Tampoco preocupado por H. Estoy furioso por la falta de profesionalidad de todos. Que nadie viniera a cenar no importa. Llegar tarde a la sesión es otra cosa muy distinta. Hago el enorme esfuerzo de esperar un poco más. Vuelvo a llamar a H. Su móvil está apagado o fuera de cobertura.

Delante de la tienda de la médium y del asistente hay dos mochilas tiradas en la hierba. También útiles de acampada y ropa, todo en desorden, como sacado apresuradamente para hacer sitio, y más colillas y latas de cerveza, y una botella de vodka. Dentro, un farol de butano proyecta sombras chinescas sobre la tela. Oigo a la médium, al asistente, que se ríe como un bobo, y a H. La médium gime. Me pone los pelos de punta.

Retrocedo. Piso una lata de cerveza. En la tienda todos se callan.

¡Eh! ¿Has comprado entrada para el espectáculo?

Es ella.

¿No te unes a la fiesta? Tu amigo te echa de menos. Y luego: Vamos, tú no te distraigas.

Suena como una orden dada a un perro bien amaestrado.

Apenas se ha alzado el sol y la cabeza ya ha visitado a los cuatro ectoplasmas. Ha aprendido a pausar, a demorar el gusto. Ahora flota boca arriba en el centro de la garganta. A su alrededor, la brisa agita

la hierba larga y dura. Con los párpados entornados, contempla el fluctuar de las nubes.

Sobre ella, sostenido por una corriente estable, un azor otea presas. Cuando el aire arrecia y el ave deriva, no pudiendo o no deseando conservar el oteadero, deriva asimismo la cabeza, manteniéndose a la par, como el niño que juega a imitar los gestos de otro niño hasta provocar la queja y el escarmiento.

De esta manera, siguiendo los desplazamientos del azor, sin mirar nada más que la W invertida en el cielo, va a parar la cabeza a la cueva. Rebotando en las paredes como una bola de billar, penetra hasta la estancia del fondo. Confusa, en guardia, se posa en el suelo donde antaño durmió. Fuera, el azor aletea y desaparece. Bien podemos imaginar la media sonrisa sardónica.

La nuca se apoya en la fría piedra y se despiertan recuerdos que la cabeza no alcanza a comprender. Allí se tendía, noche tras noche, cuando la cueva tenía puerta, que dejaba abierta, y una hoguera encendida, para meditar en los versículos de la anunciación de María. Veía la paloma con rostro de doncel y tirabuzones castaños descender sobre Nazaret y sobrevolar la humilde casa del carpintero José, de la estirpe de David, hasta que partió, como cada día, hacia su taller, y atravesó entonces la paloma una ventana y penetró, sin aviso ni permiso, enteramente en María, y desde la cámara de resonancia de su vientre llevó a cabo el anuncio, y las palabras mismas fueron semilla. El ave con testa de doncel aleteó para que el aire añadiera impulso a las palabras semilla y llegaran estas mejor al recoveco de la sierva del Señor, y cada palabra y cada aleteo fueron placer inédito y ya nunca superado para la niña virgen.

Así pasaba las noches enteras, alternando oración y sueño, delirio y desvanecimiento, hasta despertar a la salida del sol, con el vientre y los muslos cubiertos por un delantal de semen seco. Antes

de asomar de la cueva, se humedecía los dedos en la pila de agua bendita y se santiguaba con su simiente diluida y santificada. Le asaltaba entonces una angustia repentina que lo llevaba a recorrer la garganta de extremo a extremo, temeroso de haber sido visto, de que la puerta abierta hubiera sido tomada como invitación y la hoguera como guía. Nervioso empuñaba, a modo de cachiporra, un fémur humano, tal vez de su predecesor como morador y señor de la cueva.

Esta mañana se queda en la cueva, agazapado, a la espera de la visita de alguno de los ectoplasmas, allí donde antaño únicamente gozó en soledad.

No he dormido en toda la noche. He paseado. He dado patadas a las piedras. En mi cabeza los he llamado traidores, profanadores y falsos.

Ahora estoy sentado en la entrada de la cueva, como si fuera el legítimo propietario. Nadie aparece hasta media mañana. Los primeros, la médium y el asistente, cargados con las mochilas, cuchicheando. No me miran. Suben al coche y esperan.

H llega detrás. Recoge sus cosas. Las carga en el coche. Viene a preguntarme si voy con ellos. No quiero verlos nunca más. Y H: ¿Qué vas a hacer? ¿Cómo volverás a casa? Le lanzo la llave de la cancela. La necesitaréis para salir. Y H empieza a decir algo, pero yo: Vete de una vez. Resopla, mira alrededor. No sé qué hacer con el equipo, dice. Y yo: Lo que quieras. Y H: Entonces te lo dejo. Y yo: Si es lo que quieres.

El coche se va. El contacto con la piedra me ayuda a recuperar la calma. Es sorprendente lo rápido que el enfado se apaga.

No he encontrado la prueba que buscaba, pero eso no significa que no exista. El convencimiento de que está al alcance de mi mano

arde dentro mí como nunca lo ha hecho. No importa que los demás crean que la búsqueda es inútil, prescindible en beneficio de placeres vulgares. No necesito a nadie. El rechazo me espolea. Lava las dudas. Deja la fe inmaculada. Dispongo de los medios, los conocimientos y la disciplina de carácter. Ya nada ni nadie me impediría ser partícipe de una genuina experiencia no física.

UN FIN DE SEMANA LARGO

Tony volvió al colegio el lunes y Nailles
fue a trabajar (drogado), y todo volvió
a ser tan maravilloso, maravilloso,
maravilloso, maravilloso, como había
sido antes.

JOHN CHEEVER, *BULLET PARK*

I

La llegada de Emilia a Ribadesella no fue como la había imaginado. Ella y Jon habían esperado el momento durante años. Fantasear con él, juntos y por separado, más a menudo por separado, había sido un bálsamo en los momentos difíciles, una fuente de energía cuando creyeron que ya no podían más y un incentivo a la hora de tomar decisiones penosas. Emilia había proyectado una y otra vez la película en su cabeza: las presentaciones, las sonrisas, el padre de Jon dudando entre estrecharle la mano o darle dos besos, formal, cohibido, amable, los hijos de Jon, guías autodesignados en el primer recorrido por la casa, todos con alguna prenda nueva de

ropa, cómoda y favorecedora, y, por supuesto, el sol, la pleamar en la ría, la atmósfera limpia por el viento del nordeste.

En el último momento había surgido un problema en la refinería y Emilia había salido tarde del trabajo, y luego el viaje en coche desde Muskiz a Ribadesella. Estaba cansada y se sentía sucia. El pelo le olía a hidrocarburo. Ya era noche cerrada. Los estaba obligando a esperarla para cenar, o a lo mejor ya lo habían hecho y cada uno estaba ocupado en sus quehaceres previos a acostarse. El ansia o la curiosidad con que la podían haber estado aguardando habrían expirado, quedando reducidas a indiferencia, quién sabía si a fastidio, no en el caso de Jon, aunque tal vez sí en el de su padre y los niños.

Se dijo que exageraba, claro que era incapaz de evitarlo; también ella sentía ansiedad y curiosidad, y asimismo zozobra. Se recordó que solo era jueves, que había pedido el día siguiente libre en la refinería, que tenía un fin de semana largo para enderezar las cosas. Su hijo estaba bien atendido por su expareja. No tenía nada de lo que preocuparse.

Entró en la villa. Mientras cruzaba el puente sobre la ría, miró hacia la casa. Vio ventanas iluminadas tras las ramas de los árboles, al fondo de una pesada bolsa de negrura. La realidad se resistía a dejarse comparar con lo que Jon le había descrito de manera tan detallada y con lo que ella había imaginado. Aún no podía adivinar las formas de la vivienda, la magnificencia inflada y abrillantada por los relatos, las dimensiones del terreno donde se alzaba, las huellas, los cambios, las posibilidades.

Tras el puente, giró a la izquierda, pasó ante la cueva rupestre de Tito Bustillo y se detuvo por fin frente a la casa. El portón de la propiedad estaba cerrado. Dudó un momento. Tocó el claxon. Sonó estruendosamente alto. De inmediato, se sintió observada.

Muchas cosas habían sucedido allí. Jon le había contado historias felices, pero también otras trágicas, acerca de personas que habían desaparecido para siempre —como Markel, el primo de Jon— e incluso de misteriosos objetos volantes, tachonados de luces de colores, que descendían del cielo, historias que ella no terminaba de creer, juzgándolas exageradas en virtud de la querencia de Jon por la fabulación, pero, en cualquier caso, historias que eran una parte importante del pasado de él y que, además, y esto suponía una nueva causa de desazón para Emilia, se hallaban ligadas de manera íntima e inquebrantable al recuerdo de Katharina, su exmujer y madre de sus hijos. Aunque el fin de semana de tres días que tenía por delante estuviera a la altura de cuanto ella había anhelado, ¿dejaría en la memoria de Jon una estampa comparable a la de aquellas historias? ¿Se hallaba en su mano la posibilidad de que eso llegara a suceder?

El portón se abrió, accionado a distancia. Hizo avanzar el coche y se encontró de frente con la cueva de la que tanto había oído hablar y que, aun así, no llegaba a concebir, una cueva privada, lo bastante profunda como para servir de garaje a varios vehículos. Y también estaba allí la rampa de adoquines que subía por la ladera del macizo cárstico, a mitad de la cual se encontraba la casa, de volúmenes y líneas ahora sí discernibles, y que, para su alivio, encajaban con lo que Emilia tenía en mente. Y el niño y la niña bajaron corriendo la rampa, seguidos por un perro que ladraba, contagiado por su alegría —sabría pronto que era una perra, perdida y adoptada por la familia —, y seguidos también por Jon, él caminando, y a una de las terrazas de la casa se asomó el padre, que descansó las manos en la barandilla, guardando la distancia por el momento.

Salió del coche justo a tiempo de recibir el abrazo de los niños. Se habían visto en varias ocasiones. Ella, Jon y los niños habían

pasado unas vacaciones en los Estados Unidos. Sin embargo, para Emilia, más que un reencuentro, era como si volvieran a conocerse, pues era mucho lo que había sucedido desde entonces. Después del viaje por California y Nevada, ella había dejado a Jon y vuelto con su expareja, con quien había tenido un hijo, que ya había cumplido dos años, y ahora Emilia había regresado con Jon. Su temor por los juicios y las preguntas que los niños pudieran albergar se desvaneció ante semejante recibimiento. Le sorprendió cuánto habían crecido; el niño ya tenía doce años; la niña, siete. Tiraron de ella rampa arriba. Apenas le permitieron detenerse para saludar a Jon, que le dio un beso tímido, ante tantos ojos como había mirándolos, y le dijo que él subiría el equipaje. Le franqueó la entrada a la casa el padre, de espaldas anchas, un poco encorvado, y aun así más alto que su hijo, y, tal y como Emilia había imaginado tantas veces, él dudó entre estrecharle la mano y darle dos besos, y acabó haciendo ambas cosas, y allí estaban también la formalidad, la cohibición, la amabilidad. Nadie había cenado aún.

Cuando acabaron, sacudieron el mantel por la ventana de la cocina. Al otro lado había una zona allanada en la ladera, cubierta de hierba y hortensias. Los niños arrojaron también los trozos de pan sobrantes.

Se los comen todos. Los pájaros.

No importa cuánto eches. Por la mañana no queda nada.

Aita dice que en vez de pájaros parece que hay cerdos.

Cerdos no hay. Pero jabalíes sí.

Los niños habían animado la conversación durante la cena, llenando con preguntas y pareceres hasta el menor asomo de silencio.

Su abuelo dio un golpe suave en la mesa con la mano abierta, como si cerrara un libro de muchas páginas.

Es hora de ir a la cama, dijo, y los niños dieron las buenas noches.

Jon y Emilia fregaron los platos. Se miraban de reojo y sonreían. Los niños habían revelado que él llevaba varios días nervioso por la visita de ella. Picajoso, especificaron. La casa se fue quedando en calma.

Fueron al salón. La chimenea estaba encendida. Jon sirvió whisky para ambos. De la fatiga que Emilia había sentido durante el viaje no quedaba rastro, gracias a la cena y, ahora, al fuego. En realidad, no hacía tanto frío como para encender la chimenea. Dedujo que Jon lo había hecho para que la casa pareciera más acogedora, para redondear la escena.

Él había llevado un trozo de pan —un trozo que los pájaros no podrían devorar— y alternaba pequeños bocados con sorbos de whisky. A Emilia le gustaba ese hábito, que Jon reservaba para cuando estaba a solas o acompañado por alguien a quien estimara de la mayor confianza.

Uno de los leños que ardían en la chimenea produjo un chasquido, tan fuerte que Emilia se sobresaltó y derramó un poco de licor.

La madera está húmeda, dijo Jon. Tendría que haber esperado a que se secara.

Explicó que la había recogido la víspera y que entonces había sucedido algo curioso.

Bueno, no estoy seguro. Ni siquiera sé si es digno de mención. Pero me molestó. Debo reconocerlo.

Le dio un mordisco al pan y masticó despacio.

¿Qué fue lo que te molestó?, quiso saber Emilia.

Jon le contó que la playa estaba cubierta de madera arrastrada por las riadas del invierno. Los vecinos acopiaban leña antes de que

los operarios del Ayuntamiento la retiraran dentro de unos días. La arena debía quedar limpia para la Semana Santa, fechas en que se celebraban carreras de caballos en la playa. Jon había ido caminando desde la casa, con una carretilla y una motosierra. Le acompañaron los niños y la perra. Él cortaba la madera y los niños la amontonaban en la carretilla. Había árboles enteros, desarraigados por las riadas. Varias motosierras bramaban a lo largo de la playa.

Jon dijo a los niños que fueran a la casa de Adelina y le preguntaran si necesitaba leña. Adelina, jubilada, viuda y sin hijos, vivía sola en uno de los chalés del Arenal, con vistas al puerto deportivo. Sí, llevaos a la perra. Daos prisa. Él volvió al trabajo.

Al cabo de un rato, los niños no habían regresado aún. No le extrañó. Adelina siempre estaba deseosa de compañía. Les habría ofrecido algún dulce para retrasar su marcha. Jon dejó la motosierra sobre la leña apilada y empujó la carretilla hasta el chalé de Adelina. Abrió con confianza la portilla del jardín y llevó la carretilla hasta la puerta de la vivienda. Se fijó en que el césped estaba crecido y en que nadie había barrido el sendero de acceso desde hacía mucho tiempo. Los cristales de las ventanas precisaban de una buena limpieza. ¿Adelina estaba enferma y no podía cuidar su casa con el esmero por el que era célebre en la villa?

Llamó al timbre. Le abrió la puerta un hombre más o menos de su edad. Llevaba una camisa vaquera azul, muy usada, a la que el sudor y el roce continuado con el cuerpo le habían prestado un tono verdoso, y un pantalón de chándal. Si se hubiera peinado con cuidado podría haber disimulado que se estaba quedando sin pelo.

Hola, dijo Jon. ¿Están aquí mis hijos?

Han venido dos niños. Supongo que serán ellos, dijo el hombre mascullando las palabras.

Permaneció bloqueándole el paso. Miraba a Jon con los ojos

entrecerrados; era difícil resolver si porque lo observaba con interés o por hallarse embotado, como si el timbre lo hubiera sacado de un largo sueño narcótico. Por fin se apartó para dejarlo pasar.

Están en el salón.

Jon conocía el camino. Los encontró repantigados en el sofá, con un plato de galletas en el regazo y el televisor encendido en un canal de dibujos animados. En el suelo, la perra daba cuenta de unas sobras de comida, servidas directamente en un túper.

¿Por qué no habéis vuelto? ¿No está Adelina?

Los niños no supieron a quién iba dirigida la segunda pregunta, así que no respondieron ninguna de las dos. Volvieron a mirar la pantalla.

A la decoración del salón, de por sí recargada, abundante en cuadros con aparatosos marcos dorados y en figuras de Lladró, se superponía el desorden de una mudanza a medio culminar. Había cajas apiladas contra las paredes, un amontonamiento de ropa de mujer en un sillón, y un ordenador desconectado, una impresora vieja y un revoltijo de cables polvorientos sobre una mesa. A todo ello aún se venía a sumar el fárrago fruto de la presencia de un bebé, aunque Jon no vio ni oyó a ninguno. En lugares donde entorpecían el tránsito, había un corralito repleto de juguetes blandos y una trona con pegotes de papilla.

¿No está Adelina?, repitió.

El hombre respondió que no. Hacía un mes que Adelina había ingresado en una residencia de ancianos en Gijón.

¿Pero se encuentra bien?

Sí, muy bien. Bueno, supongo que sí.

¿Has hablado con ella?

No. Hace años que no hablamos.

¿Eres pariente?

¿De quién?

De Adelina, dijo Jon, despacio.

Soy su sobrino. Bueno, sobrino nieto. ¿No quieres sentarte?

Nos vamos ya. ¿Te has instalado aquí? ¿Te ha dejado la casa?

El hombre infló los carrillos y miró la sobreabundancia de objetos como si no estuviera seguro de si se estaba mudando o no.

Más o menos. Le vamos a cuidar la casa mientras está fuera.

¿Eres del pueblo?

No. Pero venía de vacaciones cuando era crío. Aquí, donde Adelina.

El niño se levantó del sofá y se dirigió al pasillo.

¿Adónde vas?, preguntó Jon.

Al baño. Sé dónde está.

No estás en tu casa. Hay que pedir permiso.

¿Puedo ir al baño?

No me lo preguntes a mí. Pregúntaselo a él.

El niño no repitió la pregunta, limitándose a mirar al hombre.

Bueno. Supongo. Si tienes que ir.

Entonces, has venido con tu familia a vivir aquí, dijo Jon, no porque le interesara la vida de aquella persona, sino para llenar el silencio hasta que su hijo regresara del baño. ¿Estás bien?

El hombre se había llevado una mano al vientre y apretaba los labios en gesto de dolor. Tardó unos segundos en responder.

Creo que sí. No sé qué ha sido. ¿Te importa si nos sentamos? Yo me voy a sentar.

Apartó una silla de la mesa donde estaban el ordenador y la impresora y tomó asiento. Jon hizo lo mismo. El hombre se masajeaba la barriga.

¿Qué me habías preguntado?

Si has venido a vivir aquí con tu familia.

Eso es. Ha sido curioso, respondió, y guardó silencio. Se quedó pensativo antes de decir: Primero los sueños. Luego lo de Adelina.

Como el hombre volvió a quedarse callado, Jon se vio forzado a preguntar: ¿Los sueños?

Soñaba con Ribadesella. Hacía años que no pensaba en este sitio. Y, de repente, empecé a soñar con la villa todas las noches.

¿Qué soñabas?, preguntó Jon, a medias con interés y a medias irritado por los balbuceos de aquel hombre.

Con el pueblo. ¿No me he expresado bien? Con sitios del pueblo. Con historias. Todas las noches. Hasta que nos llamaron para decirnos lo de Adelina y que la casa quedaba vacía. Entonces dejé de soñar con Ribadesella.

El niño regresó del cuarto de baño, se dejó caer en el sofá y subió el volumen del televisor.

¿Qué haces?, preguntó Jon demasiado alto, dejando salir de golpe un enojo del que no había sido consciente.

La niña se puso en pie, sobresaltada. El niño siguió sentado.

Estáis hablando. No se oye.

Esperadme fuera. Llevaos a la perra. Y más os vale no tocar la motosierra.

Los niños obedecieron. Jon se levantó, dispuesto a salir también de allí. Vio unos montones de libros que no habían encontrado sitio en las estanterías del salón, atiborradas de bagatelas. Estaban manoseados, con esquinas dobladas y puntos de lectura asomando entre las páginas. Reconoció dos escritos por él.

Miró al hombre, dudando si debía presentarse o no. ¿Lo había reconocido? Su editorial no incluía una foto del autor en la solapa de los libros. Se dijo que era mejor no decir nada; eso podría dar pie a que la conversación se prolongara.

El hombre hizo un amago de levantarse de la silla, pero de

nuevo se llevó la mano al vientre y se volvió a sentar. Se le había ido el color de la cara.

¿Seguro que estás bien?

No hay nada de lo que preocuparse. De verdad. Siento que tengas que verme con este aspecto. Y añadió: Es curioso. ¿No te lo parece?

¿El qué?

Cuando llegué… Cuando llegamos, me encontré con que Ribadesella no era como en los sueños. Se parece muy poco. Te lo digo porque a lo mejor a ti te parece digno de mención.

Eso le hizo pensar a Jon que sí lo había reconocido. Aunque a renglón seguido se le ocurrió que aquel hombre quizá le habría dicho lo mismo a cualquiera que hubiera llamado a la puerta de su casa, y eso aumentó el rechazo que sentía hacia él.

¿Es mejor o peor?, dijo, prometiéndose que, fuera cual fuera la respuesta, no haría ni una pregunta más.

Mejor. La Ribadesella de verdad es mejor. Pero menos interesante. Por lo tanto, quizá, en realidad, es peor. Me gustaría saber qué piensas tú.

Jon se quedó perplejo. Las superficies del salón estaban cubiertas de polvo. Olía a humedad y vejez. La tarde caía y por la ventana entraba una luz gris. Sus hijos ya habían salido. ¿Por qué continuaba allí? Y además aquel hombre al que no conocía de nada le interrogaba acerca de lo que opinaba sobre sus sueños.

Lo siento, tengo un poco de prisa.

El hombre asintió como si no hubiera esperado otra respuesta. Jon se despidió y se encaminó a la puerta.

No hace falta que me acompañes.

Dudó un momento y añadió: Descansa.

El hombre no se había levantado. Se sujetaba con una mano al

borde de la mesa. Parecía que le costara mantener el equilibrio.

Por cierto, no necesito leña, dijo farfullando de nuevo.

Jon salió a la calle con la sensación, siempre vejatoria, de haber hablado demasiado, y deseando pasar un rato en silencio. Cualquiera que lo forzara a hablar en ese momento no haría sino provocar su mal humor. Sin embargo, sus hijos le esperaban, y querrían saber, pues siempre había algo que querían saber.

¿Todavía estás enfadado?, le preguntó su hija.

No estoy enfadado.

Nos has gritado, dijo ella. Llevas enfadado todo el día.

Él reiteró que no era así.

Está nervioso porque viene su novia, dijo el niño.

Caminaron en silencio hasta que Jon le preguntó a su hijo: Cuando fuiste al baño, ¿viste algo raro?

¿Raro como qué?

No lo sé, reconoció Jon.

Con Adelina siempre estaba muy ordenado. Ahora olía un poco mal.

Jon hizo un alto. La carretilla pesaba. Se arrepintió de no haber ido en coche.

Se parecía un poco a ti, dijo la niña.

¿Quién?

El hombre.

¿Ah, sí? ¿En qué?

Es verdad, dijo el niño. Os parecéis.

A él le cuelgan los mofletes y tiene menos pelo, pero sí que se parece a ti.

¿En qué?, volvió a preguntar el padre, que no había distinguido semejanza de ninguna clase.

En la forma de mirar, dijo la niña.

¿De mirar qué?

A la gente.

¿Cómo miro a la gente?

Como si no estuviera. Te preocupa más lo que dices que la persona que te escucha.

Y también os parecéis en la forma de hablar.

Yo no hablo como ese hombre. Eso seguro.

Sí, cuando dices algo pero estás pensando en otra cosa, dijo el niño.

Jon no acusó el comentario. No estaba dispuesto a reconocer parecido alguno con el hombre que ahora vivía en la casa de Adelina, pero estaba orgulloso de la perspicacia de sus hijos.

¿Por qué no me ayudáis? Coged un par de leños cada uno. Sin tocar la motosierra.

Mientras Jon le contaba a Emilia lo sucedido, la madera no había dejado de chascar en la chimenea. Los dos tenían el vaso vacío. Emilia seguía dándole vueltas al suyo, pensativa. Había escuchado la historia con atención.

En la mesa baja ante el sofá, estaba el regalo que ella había llevado, junto a los restos del envoltorio. La elección no había sido fácil. En un primer momento, con la intención de complacer a todos los habitantes de la casa, había pensado en hacer un regalo a cada uno, pero había recapacitado; obrando así parecería ansiosa por ganarse su favor. Sería más adecuado llevar un único regalo, y el modo para que todos quedaran satisfechos sería que estuviera destinado no a ellos, sino a la propia casa. Se había decidido por una antigua escribanía de plata, con una pareja de tinteros, salvadera, soporte para la correspondencia y abrecartas.

¿Más whisky?, ofreció Jon.

Solo un poco. Gracias. Sí que es curioso.

¿De veras?

Contar la visita a la casa de Adelina había barrido todo cuanto antes había visto de particular en ella. Sin embargo, ahora era Emilia quien se hallaba interesada.

¿Crees que esa mujer, Adelina, está en una residencia de ancianos?

Nunca me dijo que planeara irse. No teníamos tanta confianza. Pero está mayor y un poco torpe… Ese chalé es grande para ella…

¿Y crees que ese hombre es pariente suyo?

¿Por qué dudarlo?

¿Lo recuerdas de cuando eras niño?

No. Dijo que venía en verano. Y en verano Ribadesella siempre ha estado llena de gente. ¿Adónde quieres llegar? No creo que ese hombre haya ocupado la casa.

Pero él te pareció raro.

Jon reconoció que así había sido.

Y también es extraño, insistió Emilia, que, no conociendo a los niños, los invitara a pasar y les ofreciera galletas.

Jon se rio.

Eso no tiene nada de extraño. Ya sabes cómo son. Seguro que le dijeron que conocían a Adelina y que ella siempre les daba algún dulce. A lo mejor, hasta se sirvieron ellos mismos.

¿No le preguntaste cómo se llamaba?

Él respondió negativamente. Dijo que no le interesaba y que había tenido prisa por salir de allí.

¿Por qué?

Jon resopló.

Estaba tenso, y encontrarme con alguien así lo empeoró.

Antes de que Emilia volviera a preguntarle por la razón, él admitió que le había molestado que hubiera alguien así en

Ribadesella, como si ella, inevitablemente, lo fuera a conocer. Quería que todo fuera perfecto.

Emilia asintió. No continuaron hablando de aquel hombre.

Apagaron las luces, taparon a los niños, que, en sueños, se habían destapado a patadas, dejaron un vaso de agua en la mesilla, reconocieron el olor de la pasta de dientes del otro, gestos propios de la cotidianidad, por ello tan apetecidos, a los que el entorno de la casa prestó una cualidad superior, como superior se puede pensar que es el valor de los rezos pronunciados en una catedral.

Esa noche, Emilia pasó mucho tiempo despierta, escuchando los sonidos de la vivienda, semejantes a los que produce una persona mientras duerme, alguien mayor, acaso torpe por la edad avanzada, pero sano y agudo, y atenta asimismo a los ruidos del exterior: susurros, chirridos, acaso exclamaciones de sorpresa, cuyo origen no acertaba a adivinar. En algún momento, mientras se interrogaba al respecto —señalemos que serena, sin miedo, con curiosidad—, se durmió profundamente.

A la mañana, todos se levantaron temprano. Era viernes, había colegio. La casa miraba al este; el sol matutino y las voces de los niños le insuflaban el primer aliento del día. Emilia levantó la persiana y contempló la vista. Había unas pocas nubes, sonrosadas todavía, deshilachadas por un viento procedente del sur. Disfrutarían de un día templado. La marea estaba alta. Amarrada a la orilla, frente a la casa, se encontraba la Mirentxu II, la lancha del padre de Jon. Desde el extremo de la proa, una garceta escrutaba el agua. Emilia la vio zambullirse. Regresó a la superficie entre los carrizos de la orilla, alzó el cuello para engullir alguna presa y, con un breve vuelo, regresó a su atalaya. Emilia se sintió repleta de energía.

Jon no estaba de buen talante. Había recibido un email de la editorial para la que recientemente había traducido una novela. Le

pedían unas correcciones de última hora, con carácter de urgencia; el texto debía ir a imprenta esa misma tarde. Él había planeado tomarse el día libre y pasarlo con Emilia, pero ahora tendría que dedicar unas horas a la traducción.

No te enfades, dijo ella. No hay motivo.

Tras la reforma de la casa, el antiguo despacho del padre de Jon se había convertido en el lugar de trabajo de este. Los manuales técnicos, la colección de minerales y las muestras de carbonato cálcico pulido habían desaparecido de las estanterías, ahora ocupadas por diccionarios, cuadernos y ejemplares de los libros escritos o traducidos por Jon. Él estaba sentado ante el ordenador, releyendo con el ceño fruncido las demandas de la editorial.

Yo saldré a dar un paseo. Luego podemos comer juntos. Me llevas a un buen sitio, por haberme dejado sola toda la mañana.

Él estaba demasiado contrariado para apreciar su sentido del humor.

El abuelo llevaría a los niños al colegio. Entraron al despacho para despedirse.

¿Esto qué es?, preguntó la niña.

Jon había colocado la escribanía en su mesa de trabajo. La niña señalaba la salvadera.

Servía para guardar arena o polvo de conchas trituradas, le explicó su abuelo. Antes, cuando se escribía con pluma, se echaba sobre el papel un poco de arena. Así la tinta se secaba más rápido.

El abuelo examinó las piezas de la escribanía elogiando su buena factura. Emilia quiso ver afán de posesión en el modo como las sopesaba.

Es un regalo para todos, aclaró.

El abuelo gruñó y volvió a dejar la escribanía sobre la mesa. Los niños opinaron que quedaba bien. Emilia salió, complacida, a pasear.

Se encaminó hacia la playa sin contemplar otros destinos posibles, como si antes de hacer nada más, debiera presentar sus respetos. Recorrió el paseo admirando los palacetes de indianos de la primera hilera de viviendas. La madera de deriva acumulada producía una impresión de entorno salvaje, efecto subrayado por el viento sur, que levantaba rociones de arena. Varias personas troceaban los troncos de mayor tamaño con motosierras. Llegó a la Punta del Pozo y dio media vuelta. El viento le había revuelto el pelo como un adulto se lo revuelve a un niño, en muestra de orgullo, en gesto de reconocimiento y saludo, en invitación al juego. El olor a algas y salitre le hizo desear otro café.

Al pasar frente al palacete de los Uría Aza vio a una mujer sentada en un banco del paseo. Le estaba dando el pecho a un bebé. Al mismo tiempo, intentaba protegerlo del viento. En la arena, un par de motosierras competían entre sí en estruendo. Cuando Emilia se acercó, vio que la mujer estaba llorando.

Le preguntó si se encontraba bien. La mujer la miró sin hacer nada por disimular el desconsuelo. Tenía mechones de pelo pegados a la cara, mojada por las lágrimas. El bebé, inquieto, se soltó del pezón y lloriqueó. El carrito estaba junto al banco. Una ráfaga de viento más violenta que las anteriores lo empujó, alejándolo. La mujer alargó un brazo en vano. No sabía qué hacer, si levantarse a por el carrito, si consolar al bebé, si ponerlo al socaire, si es que algo de eso era posible…

Emilia recuperó el carrito y le puso el freno. Se ofreció a sostener al bebé. El viento se le colaba a la mujer por debajo del grueso jersey de lana, inflándolo como un globo.

Arréglate. Yo te lo sujeto.

Una motosierra aceleró para abrirse paso a través del duramen de un tronco especialmente grueso. La mujer continuaba llorando.

Aún no había pronunciado palabra.

Emilia acunó al bebé. Iba muy abrigado, también con un jersey de lana, y una trenca austriaca.

Creo que tiene calor, dijo Emilia.

No sabía que habría viento sur, dijo la mujer. Yo también estoy sudando.

Puedes quitarte el jersey, dijo Emilia como si se dirigiera a una niña, pese a que aquella mujer tenía algún año más que ella.

No, no puedo.

¿Por qué?

Debajo llevo la chaqueta del pijama. He salido corriendo de casa. Solo me he vestido a medias.

La motosierra aminoró el estrépito, petardeó y aceleró de nuevo.

¿Por qué no nos vamos de aquí?, preguntó Emilia.

Sin esperar la respuesta de la mujer, colocó al bebé en el carrito. Antes lo liberó de la trenca austriaca.

A mí me pasaron cosas así cuando nació mi hijo. Es inevitable.

¿De verdad?

Por supuesto.

La mujer empujó el carrito. Emilia señaló hacia una bocacalle, pensando que entre edificios el viento se padecería menos. Dijo que tenía un hijo de dos años y que, al principio, ella lo había pasado mal, pero que luego todo había mejorado, antes de lo que se podría imaginar, añadió exagerando un poco. Siguió hablando, pues parecía que eso serenaba a la mujer. En el carrito, al bebé se le cerraban los ojos.

¿Cómo se llama?

Vega. Es una niña. Toda la ropa que me han dado es de niño. Pero ella es niña.

Llegaron al Arenal, frente al puerto deportivo.

¿Te puedo invitar a un café? Es lo menos que puedo hacer.

El bebé se había dormido. Emilia respondió que no era necesario, pero la mujer insistió.

Por favor, quédate un momento. Hace mucho que no hablo con nadie. Vivo aquí mismo.

A Emilia se le aceleró el pulso al ver un chalé con el césped sin cortar y los cristales sucios.

La verdad es que no tengo prisa.

Desde que Jon había estado allí, nadie había ordenado ni limpiado la casa.

Perdona el desbarajuste. Siéntate donde puedas.

No te preocupes. ¿Te ayudo en algo?

Hablaban en susurros para no despertar a la niña. La habían dejado en el carrito, que la madre había aparcado en el recibidor.

Lo tengo todo controlado, dijo la mujer. Por cierto, me llamo Marina.

Emilia. Encantada.

¿Ya estás de vuelta?

En la puerta del salón, el hombre las miraba con desconcierto. Su apariencia coincidía con la descripción hecha por Jon.

Habla más bajo. Vega está dormida. ¿No ibas a salir?, preguntó Marina, asimismo contrariada.

Me he entretenido.

Emilia se presentó. Él dijo que se llamaba Abraham.

Marina y Abraham, repitió Emilia en su cabeza, acariciando los nombres con el pensamiento, tanteando su solidez y posibilidades.

El encuentro con su pareja parecía haberle quitado a Marina las ganas de hablar, así que tuvo que ser Emilia la que explicó que se acababan de conocer.

Marina se quitó el jersey, demostrando que en efecto llevaba

debajo una chaqueta de pijama, a la que no le habría venido mal un lavado. Murmuró que iba a hacer café y abandonó el salón.

En el ambiente persistía la hediondez de una discusión reciente. Emilia pensó que a lo mejor esa era la causa de las lágrimas de Marina, y de que hubiera huido de casa a medio vestir.

Abraham despejó de ropa arrugada y de libros un sofá y la invitó a sentarse. Ella miraba a su alrededor sin disimulo. Buscaba auspicios, indicios e incluso pruebas de que allí estuviera sucediendo algo, de la existencia de una historia singular que luego ella pudiera contarle a Jon y en la que, quién sabía, acaso pudieran verse implicados. Eso dotaría al fin de semana de una entidad superior y duradera.

¿Os acabáis de mudar? ¿A qué os dedicáis?

Abraham dijo que, hasta hacía poco, él había tenido una academia de idiomas en Gijón. Habló de la caída del número de alumnos, de un socio desleal… Mascullaba las palabras. A Emilia le costaba entenderle. Abraham no la miraba al hablar, sino que refugiaba la vista en rincones grises donde no había nada que ver. La academia había echado la persiana por razones numerosas, todas ajenas a él, a su control y, al parecer, también a su responsabilidad. En cuanto a Marina, había dado clase en la academia, de francés y de alemán. Pero, bueno, ahora, al menos, ella tenía la baja por maternidad. Era una suerte que su tía abuela hubiera dejado disponible la casa.

Continuaba hablando en susurros para no despertar a su hija, pero Emilia sospechó que, aunque su hija no hubiera estado presente, él tampoco habría alzado la voz. Seguro que a Marina no le agradaría oír lo que estaba diciendo.

Abraham había decidido probar suerte en Ribadesella. En la villa no había ninguna academia de idiomas. Para empezar, podrían

impartir las clases allí mismo, en casa, cuando se acabaran de instalar. Emilia contempló el desorden, que tan insignificante hacía parecer el salón, pero no dijo nada.

También espero tener más tiempo para escribir, añadió él.

¿Qué escribes?, preguntó ella.

Su interés cohibió a Abraham, que se replegó, arrepentido de haber hablado.

Nada importante. Relatos. Pero no he publicado nada. Tampoco pretendo hacerlo. En realidad, nadie me ha leído.

Marina regresó al salón a tiempo de oír las últimas palabras. Posó en una mesa baja, con cierta brusquedad, una bandeja en la que solo había dos servicios de café. Continuaba llevando la chaqueta sucia del pijama. A Emilia le molestó un poco que no se hubiera cambiado de ropa.

¿Ella tampoco te ha leído?

No, ella tampoco, dijo Abraham en tono asertivo, sin inflexiones que apuntaran a los posibles motivos por los que su pareja no había leído ninguno de sus relatos, como si este fuera un hecho más allá de cualquier debate posible.

¿Ya te ha dicho que quiere dar clase aquí? *Aquí*. Y antes de que nadie respondiera, Marina añadió: No creo que podamos trabajar en casa. Aunque estuviera en condiciones.

Abraham hizo amago de contestar, pero se contuvo. Sin duda, era un tema que habían abordado en repetidas ocasiones, sin llegar a un parecer común.

Supongo que es posible, opinó Emilia. Mi pareja trabaja en casa. Aquí, en Ribadesella. También él escribe, y traduce.

Dijo quién era su pareja.

A Marina, que estaba sirviendo el café, el nombre pareció no decirle nada. Por el contrario, la reacción de Abraham fue imposible

de pasar por alto.

Tú… ¿Estáis juntos?

Sí. No vivo en Ribadesella. Pero estamos juntos.

¿Qué pasa?, preguntó Marina. ¿Lo conoces?

He leído alguno de sus libros. Y estuvo aquí el otro día.

¿Cómo? ¿Por qué?

Marina parecía molesta. Emilia se preguntó si la razón del disgusto era la presencia de Jon en aquella casa o que Abraham no lo hubiera mencionado hasta ese momento. Marina había elevado el tono. El bebé rompió a llorar en el carrito.

Joder, lo que faltaba, dijo ella.

Abraham había cerrado los ojos. Apretaba los párpados.

¿Te importa cogerla? Mientras nos tomamos el café. ¿Qué te pasa?

Abraham se había llevado una mano al vientre.

¿Te duele algo?

Llevo un par de días sintiéndome regular.

No me habías dicho nada, respondió ella, en tono de no dar crédito a sus palabras. Deja, ya cojo yo a la niña. ¿Pero qué es? ¿Qué te duele?

El estómago.

Bueno. Ya se te pasará. Y tú deja de llorar. No es nada. A nadie le pasa nada, dijo Marina acunando al bebé con exceso de brío, sacudiéndolo casi.

Emilia tomó un sorbo de café. El hombre sí parecía sufrir algún dolor. Sin embargo, no hacía nada por aliviarlo, no pedía ayuda, ni siquiera, aunque fuera solo por recato, se retiraba a otra habitación. La mujer, sin dejar de acunar a la niña, lo miraba fijamente. En la expresión de ella, Emilia identificó un catálogo de emociones abrasivas, cuya mera enumeración se hacía agotadora: había tedio,

había vergüenza, había provocación a que él dijera algo más, a que la continuara sorprendiendo negativamente, a que con sus palabras la hiciera sentir aún más sola y, a la vez, responsable, en lo material y en lo emocional, de dos criaturas, lactante una, adulta la otra, a que le demostrara hasta dónde era él capaz de llegar como fuente de desencanto, y había petición de cuentas, exigencia, más bien, de una explicación de por qué la había llevado hasta allí, de por qué le había hecho promesas a sabiendas de que no podría cumplirlas, de por qué nunca era él quien consolaba los lloros del bebé, de por qué había embotado la capacidad de ella para ilusionarse, una capacidad que era antes tan viva, tan cuantiosa, tan presta, de por qué la había embotado hasta el extremo de que mudarse a una casa amplia, luminosa, que nada necesitaba, salvo un poco de orden, lustrar la plata ennegrecida, retirar los tapetes de ganchillo, encerar el suelo, para convertirse en un hogar apetecible donde vivir juntos y criar a su hija, le parecía la más lúgubre de las condenas.

Viendo a aquel hombre y a aquella mujer, cómo ella lo miraba a él, una mirada bajo cuyo peso el hombre se encogía más y más, como si fuera esa, y no otra, la causa de su dolor, Emilia pensó, y en cuanto el pensamiento asomó a su mente, aún sin concretarse, tuvo que posar la taza de café por temor a derramarla, pensó que se estaba viendo a sí misma y a Jon, tal y como habrían sido si hubieran obrado de manera diferente a como lo habían hecho, si ella hubiera cedido a la tentación que sintió tras el nacimiento de su hijo y vuelto entonces con Jon, sin demora. Él habría estado dispuesto, habría asumido la responsabilidad de la mujer y del hijo recién nacido. No lo dijo nunca con palabras, pues eso habría sido una suerte de apremio, tal vez incluso la habría empujado hacia la disuasión, pero se lo dio a entender con su actitud, cada vez que ella encontraba un resquicio en su vida familiar para que pudieran verse.

Él le había hecho saber, sin sobrepasar los límites del comedimiento, de la transigencia y de la paciencia, que deseaba que ella volviera, aunque trajera consigo al hijo de otro, que este sería un precio bajo por recuperar su intimidad, por volver al vaso de agua en la mesilla de noche, al olor de la pasta de dientes; no, un precio no, un orgullo. Pero habría sido un error, otro, que habría ido a apilarse sobre los anteriores. Emilia lo había intuido entonces, y ahora, contemplando a la pareja, la intuición cobraba una solidez incontestable.

De igual manera, distinguió lo que había de injustificado, y acaso de insensato, en su deseo de que aquellos días que iba a pasar en Ribadesella «sucediera algo» que fijara su recuerdo e hiciera que, en el futuro, merecieran ser narrados. Porque, si tal era el objetivo, que «sucediera algo» ¿no habría de significar que «sucediera algo malo», que un drama inesperado y rocambolesco viniera a perturbar sus vidas, y quizá también las de quienes los rodeaban, que nada semejante se merecían? ¿Y acaso lo merecían ellos, ella y Jon? Hasta ese momento, su historia en común había transitado un camino jalonado de impedimentos que limitaban el disfrute o lo postergaban: la pareja de uno, la pareja del otro, el hijo de Emilia… Se preguntó, sufriendo una punzada de culpa, si los escollos no habían sido tantos que la convivencia con los mismos había terminado por convertirse en un hábito. Y ahora que los impedimentos dejaban de serlo, ¿el hábito la llevaba a buscar otros nuevos?

El alivio que sintió de súbito, saneado de toda culpa, la hizo ponerse en pie. Lo repentino del gesto atrajo las miradas del hombre y de la mujer. Abraham y Marina. Emilia ya casi había olvidado sus nombres, que, un momento antes, tan importantes le habían parecido: los protagonistas de un capítulo singular en su vida.

Creo que es mejor que me vaya. Gracias por el café.

Por supuesto, dijo la mujer. Te he entretenido. Seguro que tienes otras cosas que hacer.

Se despidió de Emilia por encima del hombro, mientras se llevaba su decepción a otra habitación de la casa.

El hombre acompañó a Emilia a la puerta.

Gracias, dijo ella.

Él la observaba con atención, como si esperara que añadiera algo más, pero Emilia recorrió a paso ligero el sendero a través del jardín descuidado. Decidió regresar a casa. A lo mejor Jon ya había terminado de corregir la traducción. Si no era así, ella se entretendría viendo viejos álbumes de fotos.

Desde la calle, miró atrás. El hombre continuaba en la puerta, con una mano apoyada en el vientre.

II

Viernes, 28 de marzo

La vi alejarse hacia una casa donde seguro que no hay problemas, y donde los que puedan surgir serán nimios, afrontados por personas con decisión, que se ayudarán entre ellas sin anteponer la crítica ni el reproche. Ella no trabajará hoy y no sentirá remordimientos. Pasará el día haciendo lo que quiera, rebuscarse con la lengua restos de comida deliciosa entre los dientes, mirar álbumes de fotos.

Marina ha ido a hacer la compra. Me ha dejado a la niña. Por suerte se ha dormido. Marina me ha dicho que termine de abrir las cajas de la mudanza, pero, si abro cajas, haré ruido y la niña se despertará. Es mejor que escriba. La niña ha pasado mala noche —

otra—, necesita descanso.

No entiendo por qué se ha disgustado Marina. Yo sabía que no le iba a gustar, pero esperaba que valorara el gesto, aunque solo fuera por hablar de algo que no sea la mudanza ni la niña. Sabía que no le iba a gustar porque no tiene imaginación. Hoy lo ha vuelto a demostrar. Pero eso no es lo malo. Nadie tiene la culpa de nacer sin imaginación, igual que nadie tiene la culpa de nacer daltónico o con un brazo blando y delgado como un espagueti. Su problema es que desprecia la imaginación, y la desprecia porque le asusta.

Yo sabía que no le iba a gustar, pero esperaba que, en alguna medida, por pequeña que fuera, le complaciese. ¿No me pregunta siempre por lo que hago? ¿No se ofende cuando no le permito leer lo que escribo? ¿Luego no se pasa horas mirándome de reojo, con sospecha y superioridad, con ese gesto inquisitorial que tanto ha llegado a refinar? Es cierto que esta mañana no me ha preguntado nada, pero todos hemos dormido mal —yo por culpa de la niña y de este dolor de estómago que no se va— y estábamos en la cocina, preparando el café, tostando el pan de ayer, sin decir palabra, los dos sin energía, y pensé que alguien tenía que decir algo, lo que fuera y con urgencia. Por eso hablé del relato. Se lo conté. No era nada más que un punto de partida, una forma de romper el hielo. No hablamos de nada últimamente. A mí también me cuesta hacerlo. Hablé del relato porque de eso me resulta fácil. Sé lo que tengo que decir. Pero, de veras, mi intención era que luego habláramos de algo más, de lo que ella quisiera, importante o no. Podríamos haber desayunado juntos, charlando. No habría hecho falta resolver nada. Solo hablar, poner otra cafetera, disfrutar del sol que entraba por la ventana y comentar que cuando los cristales estén limpios será todavía mejor. Habría sido una forma de empezar a hacer nuestra esta casa.

He de reconocer que tenía el relato muy presente. Ayer lo revisé de nuevo. Puede que me dejara llevar por la presunción, aunque, lo reitero, no fue esa mi razón primera.

Lo que le conté a Marina

Que llevo meses trabajando en un relato.

Que pienso que es lo mejor que he escrito nunca.

Que se titula «El alquitrán», aunque antes se ha titulado «El tratamiento» y «Para sus legítimos dueños».

Que transcurre en una isla, cuyo nombre nunca se llega a mencionar, donde el clima es benigno y las aguas invitan al baño. La isla es pequeña. Una persona puede recorrer su costa, a pie, en el transcurso de un día y una noche. Crecen pinos y olivos. Todo indica que se encuentra en el mar Mediterráneo.

Que transcurre en un futuro cercano. La tecnología y la ciencia están más avanzadas que las que hoy conocemos. No obstante, los pocos habitantes de la isla, que viven todos en una única población, subsisten humildemente mediante labores propias de hace siglos: la pesca de bajura y el cultivo de la alcaparra.

Que en otro punto de la costa hay una clínica de bienestar para millonarios. La dirigen el Doctor y la Doctora. Están casados. Él es mayor. Ella, joven. Los une la vocación por su trabajo.

Que la clínica ofrece un tratamiento exclusivo.

(Reparaba en que me dirigía a mí mismo más que a ella. Comprobaba la consistencia del relato reduciéndolo a su esqueleto, lo mismo que ahora hago.)

Que el Doctor y la Doctora invitan a los pacientes a tomar una infusión de origen natural, de ingredientes secretos, de sabor

nauseabundo.

Que seguidamente los pacientes han de retirarse a la intimidad de sus habitaciones hasta que la infusión haga efecto.

Que en el cuarto de baño de cada habitación hay un bidón de plástico de veinte litros de capacidad, provisto de cierre hermético.

Que al cabo de poco tiempo de haber ingerido la infusión, los pacientes experimentan unas náuseas incontrolables.

Que los bidones sirven para recoger el vómito de los pacientes, copioso, denso, negro y más nauseabundo aún que la infusión que lo provoca. Recuerda al alquitrán o al meconio de un recién nacido, y su expulsión es prolongada y agotadora.

Que no basta una única ingesta de la infusión para disfrutar de los beneficios del tratamiento.

Que el vómito de cada paciente se acumula en su bidón y este permanece siempre en el cuarto de baño. El bidón es de plástico traslúcido y cuenta con una escala de medida, para que pueda saberse cuánto alquitrán se ha purgado.

(Antes de llegar a este punto, Marina ya me estaba mirando mal. Me preguntó si el relato era muy largo. Me preguntó si acababa bien. Es impaciente. Es intransigente con cuanto no se amolda a sus gustos. Siempre reclama explicaciones. Es incapaz de vislumbrar nada más allá de la literalidad. ¿No son estos rasgos indicativos de una personalidad infantil?

Me dijo que iba a ver cómo estaba la niña. Yo le dije que la niña estaba tranquila y que la dejara así. Le pedí que se volviera a sentar. Le dije que acabaría pronto. ¿No debía ella mostrar un poco de respeto por mi trabajo?)

Que al cabo de varias ingestas de la infusión, el paciente experimenta una cuantiosa mejora de su estado anímico. Los motivos de desvelo, los miedos inconfesos, las rémoras del alma, los

aborrecimientos se ven rebajados a un ruido de fondo, tolerable y trivial, en comparación con la estridencia perenne padecida antes.

Que tras recibir el tratamiento, los pacientes permanecen un tiempo más en la clínica, bajo la observación atenta del Doctor y la Doctora. Disfrutan, ahora sí, pues antes sus males se lo imposibilitaban, del clima bonancible de la isla. Exponen sin pudor su cuerpo desnudo. Toman el sol. Los hombres vuelven a tener erecciones firmes. Gozan de nuevo del sabor del vino y de los alimentos, que algunos habían llegado a olvidar.

(En atención a Marina, me detuve en los efectos benéficos del tratamiento. Añadí pinceladas de color local a la descripción de la isla. Que ella piense que solo soy capaz de comunicar lo negativo no nos ayudará.)

Que, sin embargo, el tratamiento no es perfecto. Su efecto no es permanente. Transcurridos unos meses, los males de cada paciente regresan, el ruido de fondo aumenta de volumen y se hace más tiránico que antaño.

Que el Doctor es el creador del tratamiento. Lleva años buscando el medio para aumentar su durabilidad. Agotadas las ideas, buscó un colaborador. Así conoció a la Doctora. Poco después se casaron.

Que la Doctora es ambiciosa. Admira a su marido, pero, en privado, opina que es demasiado conservador en sus procedimientos.

La niña lleva un rato llorando. Marina volverá en cualquier momento.

Viernes, 28 de marzo, más tarde

Después de comer hemos abierto cajas. No hemos progresado mucho. Marina iba de habitación en habitación con un cuadro o con

una lámpara, sin encontrarle un sitio adecuado. Antes de poner algo, hay que quitar algo. Adelina acumulaba muchas cosas. Marina quiere tirarlas, pero no podemos, así que las arrinconamos. No hacemos más que redistribuir el desorden, a la vez que abarrotamos aún más la casa.

Marina ha salido a pasear con la niña.

Sigue: Lo que le conté a Marina

Que la ambición de la Doctora es mayor que el respeto que siente por su marido.

Que la Doctora cree haber dado con la solución para que los beneficios del tratamiento sean permanentes.

Que la Doctora, trabajando a espaldas de su marido, ha concentrado el alquitrán purgado por los pacientes y fabricado grageas con él.

Que para ganarse la aceptación de la isla, el Doctor y la Doctora practican revisiones médicas gratuitas a los habitantes.

Que durante las revisiones, la Doctora administra las grageas a los isleños. Les dice que son vitaminas.

Que cada isleño tiene asignadas las grageas procedentes de un paciente en concreto.

Que el residuo de desasosiego que los pacientes padecían se extingue.

Que para agotar las reservas de alquitrán, la Doctora aumenta la cantidad de pastillas administradas a cada isleño.

(Marina se revolvía en su silla. Quería que el relato terminara. Abrevié.)

Que el malestar ajeno consumido por los isleños, sumado al propio de cada uno de ellos, se torna insoportable.

Que una noche los isleños emprenden la marcha hacia la clínica, tambaleándose, balbuceando. Obran como autómatas, guiados por el malestar ajeno que alojan.

Que asaltan la clínica.

Que el malestar ajeno orienta a cada uno hacia su legítimo dueño.

Que los pacientes sanos se han vuelto indolentes y confiados, y son fáciles de atrapar.

Que cada isleño devuelve el malestar ingerido, asimismo en forma de vómito negro, a su dueño verdadero.

Que a continuación los isleños se desquitan incendiando la clínica.

Que la Doctora paga por su ambición y el Doctor por su ceguera.
Le pregunté a Marina qué le parecía. Respondió que no sabía qué decir. Me miraba otra vez a su manera inquisitorial. Debería añadirlo a su currículum, entre las aptitudes. A lo mejor le ayuda a encontrar trabajo. No me importó. Al menos había escuchado hasta el final. Le pregunté si ahora ella quería contarme algo. ¿El qué? Lo que sea. Negó con la cabeza. No se puede ser más previsible.

Lo que no le conté a Marina

Que el relato lo escribí mientras ella tenía a la niña.

Que cuando la pediatra me dijo que había que practicar una cesárea, una enfermera me condujo a una sala de espera donde no había nadie más.

Que yo nunca había tenido tanto miedo.

Que para distraerme saqué el cuaderno que llevo siempre encima.

Que en cuanto posé la punta del bolígrafo sobre la página, el relato se presentó en mi cabeza.

Que lo escribí de principio a fin, sin detenerme ni un segundo, como si alguien me lo estuviera dictando.

Que jamás me había pasado algo parecido.

Que cuando puse el punto final, tenía un relato y una hija.

Que se me había olvidado por qué estaba en la sala de espera de un hospital.

Que desde entonces no he escrito nada más, salvo este diario. Reviso el relato una vez tras otra.

Viernes, 28 de marzo, cerca de la medianoche

El dolor de estómago no me deja dormir. He bajado al salón. He contemplado el puente, por el que a estas horas no transita nadie, y la villa, en la otra orilla de la ría, igualmente serena. ¿Para qué me has llamado? ¿Me quieres bien o me quieres mal? ¿Ha de ser esta mi heredad?

No debo ser impaciente con Marina. Ella lucha su propia batalla con la resignación y ha elegido hacerlo sola.

Hoy no ha sido un buen día. Sin embargo, esta noche, cuando la niña se ha dormido, Marina ha tenido un gesto hacia mí. Estábamos en la cama. Yo buscaba una postura en la que el estómago me molestara menos. Entonces ella me ha abrazado y, despacio, puede que albergando la esperanza de un rechazo por mi parte, ha bajado una mano hacia mi polla. No ha dicho nada. Tampoco me ha besado. La sentía respirar contra mi cuello. Cuando ha visto que mi polla respondía, ha retirado las mantas, me ha bajado el pantalón del

pijama y se ha arrodillado entre mis piernas. Ha seguido con la paja. Una vez ha acercado la boca a la polla, pero ha cambiado de idea. Ha continuado solo con la mano, hasta el final. Yo había descartado que aquello significara una reconciliación; a lo sumo, una tregua; quizá, una estrategia para quién sabe qué fin.

Al terminar, me ha limpiado con un pañuelo de papel, me ha dedicado una caricia que no permite sacar conclusiones y se ha acurrucado contra mí. Desde que nació la niña, no he conseguido nada más de ella. Todavía no hemos vuelto a follar. Si yo intento acariciarla, me aparta la mano, con un rictus que le quitaría las ganas a cualquiera.

Cuando ella se ha dormido, me he levantado. En vano, he recorrido la casa en busca de familiaridad. He acabado mirando por la ventana del salón, sin alcanzar ninguna respuesta. Al cabo de un rato, me he masturbado. Me ha sorprendido poder hacerlo. No gran cosa, pero mejor que lo de antes.

Si al hablar fuera admisible recurrir a las mismas palabras usadas al escribir, si los demás pudieran recibirlas con naturalidad, todo sería más fácil.

Acritud. Encarnizarse. Inclemente. Irredento.

Tengo sueño. El estómago me duele menos. Debería subir, tumbarme junto a mi mujer y dormir. No me conviene que ella se despierte para dar la toma a la niña y que se encuentre sola.

Retraso el momento. Mientras escribo, me siento como debe hacerlo un pájaro que vuela sin urgencia bajo la lluvia mansa de la primavera.

Volver de la escritura es volver a sentirse extranjero.

Sábado, 29 de marzo

Una mala noche para todos. En cuanto me acosté, regresó el dolor de estómago, más fuerte que nunca. Fui al baño e intenté vomitar. Solo bilis. El dolor no menguó. Mis idas y venidas revolvieron a Marina y a la niña.

Por la mañana, Marina me ha dicho que, si de verdad me pasa algo, vaya al médico. Ella tiene soluciones fáciles para todo. Sus opiniones son indisputables, como escritas en piedra.

Le he dicho que esperaré un poco, a ver si el dolor se pasa por sí solo. Lo he hecho por ganar tiempo. Cerca del amanecer, he dormido un par de horas y me he despertado con una idea en la cabeza. Al principio me ha parecido un despropósito, el fruto grotesco de otra noche sin haber descansado lo suficiente. Ahora no sé qué pensar. Tal vez poniéndolo por escrito pueda concretar un juicio.

Con la disculpa de que tomar el aire podría hacerme sentir mejor, he salido de casa. He venido al paseo de la playa y me he sentado a escribir en un banco.

Me empezó a doler el estómago cuando Jon Bilbao vino a casa en busca de sus hijos. Entonces no relacioné los hechos. Creí que era una casualidad. Sin embargo, últimamente me han salido al paso varias casualidades. En primer lugar, los sueños con Ribadesella, que en sí mismos no creo que fueran ninguna casualidad, pero sí lo fue, sin duda, que cesaran en cuanto me comunicaron que la tía Adelina se iba a la residencia y que podíamos disponer de la casa si precisábamos de ella, y claro que lo hacíamos, más que nunca. La tía se fue justo a tiempo. Otra casualidad más. No creo que Adelina decidiera irse a la residencia ni que, si ya lo tenía decidido, adelantara el traslado, solo por ayudarnos.

Y también está la visita de la mujer de ayer, la pareja de Jon Bilbao. Y que mientras ella estaba en casa, aumentara mi dolor de estómago. En aquel momento no lo asocié con ella. Creo que la

presencia de Marina me confundió. También lo que había pasado antes, cuando le hablé del relato y ella salió de casa a toda prisa. Pero esta mañana la relación entre los hechos se ha presentado ante mí. Aunque es más preciso decir la presunta relación. ¿Hipotética? ¿Posible?

¿De veras?

Esto no está funcionando.

Al escribirlo, solo consigo que lo que me ronda la cabeza parezca más irracional.

El ruido de las motosierras no me deja pensar con claridad.

Sábado, 29 de marzo, un poco más tarde

He vuelto a casa y me he encerrado en el cuarto de baño. Marina no ha dicho nada.

He pensado que debo registrar en este diario cuanto pueda ayudarme a dar con una explicación para lo que me sucede.

Hace un año, asistí en Gijón a la presentación de un libro de Jon Bilbao. Me dedicó un ejemplar, me estrechó la mano, me dio las gracias por haber ido. A todos quienes le pedían una dedicatoria, les estrechaba la mano y les daba las gracias.

Antes de dedicarme el libro, corrigió de su puño y letra una errata. «Hay más, pero esa es fea», dijo. Me agradó el gesto. Hizo que leyera el libro con predisposición a que me gustara, y lo hizo, si bien no en la medida que esperaba. Antes de ayer, cuando estuvo en casa, no me reconoció. Estoy seguro.

Sábado, 29 de marzo, más tarde

Entre Marina y yo hemos sacado nuestras cosas de las cajas y hemos metido en estas las de Adelina. Las hemos trasladado al

garaje. Marina ha dicho que allí huele tanto a humedad que da ganas de llorar. También que duda que las cosas de Adelina se conserven bien. Yo he respondido que nos ocuparemos de eso más adelante. Lo prioritario es que nos sintamos cómodos nosotros. Creo que le ha agradado oírlo. He añadido que la primavera está a punto de empezar, que mejorará el tiempo, que la humedad se notará menos.

Nos hemos animado. También han ido a parar al garaje una mesa camilla con su juego de sillas, un par de alfombras y un montón de fotos enmarcadas de gente a la que no conozco o de la que no me acuerdo.

Durante la comida no hemos hablado mucho, lo que es comprensible; estábamos cansados. Yo he comido mientras sostenía a la niña en brazos. He sugerido otros muebles que podemos arrumbar y Marina me ha dado la razón en todos los casos.

Puede que hayamos vivido el principio cauto y sensato que tanto necesitábamos.

No he dicho nada por miedo a hacerlo trizas.

Ahora Marina está descansando.

Sábado, 29 de marzo, más tarde

Hemos salido a pasear por la playa, los tres. Nos hemos encontrado con Jon Bilbao y con Emilia.

Estaban sentados en la terraza del local que hay en el centro del paseo. Emilia nos ha saludado con la mano, sin levantarse. Creo que Jon no nos ha visto. Estaba distraído, hablando con el propietario del local, que se había acercado a su mesa. Yo he respondido al saludo de ella. Marina ha simulado no darse cuenta. Ha seguido adelante, empujando el carrito de la niña, como si no los hubiera visto. Luego

no hemos hablado de ellos.

Viéndolos, se podría pensar que la primavera ya ha llegado. Estaban relajados, sin niños alrededor. Disfrutaban del sabor del whisky, del peso del vaso, del sol en la cara. Hasta se habían abierto un botón de la camisa y de la blusa para broncearse.

Cuando el propietario del local ha regresado a la barra, Jon ha apoyado una mano en el regazo de Emilia y retomado la conversación dejada a medias. Hablarían de algo que no les haría daño ni a él ni a ella. Jon proseguiría con las anécdotas sobre los antiguos dueños de los palacetes. Le contaría, tal vez, que el marqués de Aledo, cuando compraba una gabardina, se la dejaba a su chófer durante unas semanas, para que la prenda perdiera el apresto y cobrara garbo.

La anécdota la oí un verano, en la casa de Adelina, siendo yo un crío. Es cuanto recuerdo de aquellas vacaciones.

Me habría gustado estar en el lugar de Bilbao, ser yo el que saboreaba el licor, el que recibía las caricias de una mujer que me escuchaba con cortesía y que decía cosas que despertaban en mí un interés espontáneo. Si yo hubiera sido él, habría querido que alguien me hiciera una foto junto a aquella mujer, para luego poder recordar el momento. Sin embargo, soy yo el que les hace una foto; yo, que para ellos no significo nada; ahora, cuando el momento ha quedado atrás; y sirviéndome de palabras, que seguramente desvirtúan la imagen y no alcanzan a plasmar el sentir de aquellas dos personas.
Se me ocurre que Jon Bilbao se siente bien en la misma medida en que yo me siento mal.

Más tarde

A la secuencia de casualidades se podría sumar la escritura del

relato. Si no fue algo casual, sí fue anómalo. Me sentí como si alguien me lo transmitiera frase a frase. Ningún titubeo. Ningún tachón.

Es extraño también que desde entonces no haya podido escribir nada.

Las casualidades guardan relación con Bilbao. Apuntan hacia él, como si propiciaran nuestro encuentro.

Me pregunto si también el relato guarda relación con él.

Más tarde

Me gustaría disponer de calma para poner por escrito lo que pienso, pero en esta casa no hay más que interrupciones. Además, tengo que escribir a escondidas, si no quiero despertar preguntas impertinentes.

Lo que pienso

Que entre Bilbao y yo existe alguna clase de vínculo.

Que el relato posee una importancia que, hasta ahora, no he acertado a apreciar.

Que en el relato puede residir la clave de lo que está sucediendo. Voy a hacer una pausa para releer «El alquitrán», frase a frase, como si no lo hubiera escrito yo.

Más tarde

Sigue: Lo que pienso

Que yo estaba en lo cierto.

Que Bilbao se siente bien gracias a que yo me siento mal, al igual que los pacientes de la clínica se sienten bien gracias a que los isleños se sienten mal.

Que Bilbao me ha traspasado su malestar y que ahora, como sucede en el relato, el malestar ansía retornar a su legítimo dueño.

Que ha sido el malestar de Bilbao lo que ha propiciado las casualidad y, también, lo que ha dictado el relato.

Que, por lo tanto, en realidad, el relato no es mío. Es obra del malestar de Bilbao o, en última instancia, del propio Bilbao.

Que Bilbao me ha engañado haciéndome creer que yo había escrito algo que merecía la pena.

¿Cómo das crédito a semejantes ocurrencias? No vuelvas a abrir este diario hasta dentro de unas cuantas horas. Descansa. Ocúpate de los tuyos. Deja, consigue, haz que las insensateces se borren de tu cabeza.

Más tarde, mientras Marina prepara la cena

Sigue: Lo que pienso

Que aunque nada sea cierto (no lo es), al menos se trata de una historia que, esta vez sí, me pertenece solamente a mí. Por lo tanto, ¿por qué detenerme? ¿Por qué no seguir fabulando?

Más tarde, cuando Marina y la niña se han dormido

Tranquilidad por fin, aunque no haya traído consigo el descanso. He bajado al salón. Me vuelve a doler el estómago.

Es el malestar de Bilbao. El dolor empezó cuando él vino a casa a buscar a sus hijos. Se agitó dentro de mí, como un perro que menea el rabo y hace cabriolas cuando ve llegar a su amo.

No escribo esto porque lo crea, sino para deshacerme de ello. Escribir es llegar a una cumbre desde donde puedes divisar lo que se extiende al otro lado.

¿Cómo se infiltró en mí el malestar de Bilbao? ¿Cuál fue la gragea negra?

¿Mi asistencia a la presentación de su libro? ¿El momento en que me estrechó la mano?

Pero había más personas en la presentación y a muchas les estrechó la mano.

Fue el libro.

La gragea son los libros. Los utiliza para deshacerse de su malestar. Unos lectores reciben mucho; otros, poco; otros, los más afortunados, nada. Por eso Bilbao se puede sentar a beber al sol, en buena compañía, sin sufrir angustia por tener que volver luego a su casa.

Por eso yo no permito que nadie lea lo que escribo.

Pero otras personas leyeron el libro. Aquel y otros.

¿Por qué no hay docenas, cientos de personas, rondando la casa de Bilbao, ansiosas por restituirle aquello con lo que él, de manera subrepticia, los ha obligado a cargar?

¿Acaso la aflicción se distribuye de modo que solo una pequeña porción, baladí, inapreciable, vaya a parar a cada receptor?

En ese caso, una vez más, me pregunto, ¿por qué me siento yo como me siento?

Es posible que Bilbao y yo nos parezcamos más de lo que imagino. La semejanza provocó que su malestar me eligiera como su nuevo anfitrión. Halló en mí un refugio familiar. Por eso me

correspondió una porción de angustia mucho mayor que a todos los demás lectores.

Pero, si mi malestar es el malestar de otro, y pugna por salir de mí y retornar a quien es, al mismo tiempo, su progenitor y su presa (en cualquier caso, su fuente de vigor), ¿por qué no lo hizo cuando Bilbao estuvo aquí, en mi presencia, tan cerca que me habría bastado alargar la mano para tocarlo?

Quizá yo tenía que hacer algo que no acerté a hacer.

Quizá el malestar necesitaba un poco más de tiempo para llevar a cabo su traslado. En tal caso, la tarea que me correspondía era la de retener a Bilbao.

«El alquitrán» es una suerte de manual de instrucciones. El malestar de Bilbao me habla a través del relato. Debo hacer lo que me ordena. Quién sabe cuáles pueden ser las consecuencias si no obedezco.

Todo se puede resolver si vuelvo a estar en presencia de Bilbao, esta vez el tiempo suficiente. Espero que, llegado el momento, el malestar sepa qué hacer y asuma el control, como lo hizo cuando me obligó a escribir el relato.

Me tengo que morder los labios para dominar las carcajadas. No quiero despertar a la niña.

Las causalidades son solo casualidades.

Mi malestar es mío y solo mío. Soy fuente, cauce sinuoso y sumidero.

No obstante, ¿quién no querría pensar que sucede algo más, algo fuera de lo racional, que escapa de lo cotidiano, de lo burdo, del olor a pañal sucio, de la lavadora funcionando a todas horas?

Si fuerzo otro encuentro con Bilbao y no sucede nada (no sucederá nada), luego solo tengo que volver a casa.

¿Cómo encontrarme con Bilbao?

Necesito una excusa que provoque su interés o su curiosidad. ¿Cuál?

Queda descartado esperar a que se dé un encuentro casual. Podría tardar demasiado en producirse. Podría suceder en el sitio inadecuado. Podría haber testigos. Podrían estar presentes sus hijos, su pareja o, lo que sería aún peor, Marina.

Debo ser yo quien orqueste el encuentro. ¿Dónde tendría lugar? No puede ser en un espacio público. O sí, pero a una hora en que no haya nadie más. Tampoco puede ser en un sitio atípico; despertaría las sospechas de Bilbao.

¿En la playa, por la noche?

Aunque se me ocurra cómo responder estas preguntas, ¿qué disculpa le ofreceré a Marina para ausentarme de casa, a una hora inusual, sin avivar su suspicacia, que ya está a flor de piel?
Es demasiado complicado, propio de un telefilm de sobremesa.

Basta por hoy. No me molesta tanto el estómago.

Creo que Bilbao se merece no solo que le devuelva, con creces, su malestar, sino también un castigo por lo que está haciendo.

Domingo, 30 de marzo

Ha sucedido algo. Ahora veo claramente que el curso de los acontecimientos me aboca a un final inevitable. Sea lo que sea lo que vaya a suceder, yo nada puedo hacer por impedirlo.

Esta mañana, mientras Marina estaba en la ducha y yo cuidaba a la niña, he oído ladridos en la puerta de casa. Era la perra de Bilbao. No había nadie más. Me miraba meneando el rabo. Supongo que quería sobras. Le gustó lo que le di el otro día y ha vuelto a por más. La he dejado pasar.

He cerrado la puerta justo a tiempo. Por la ventana he visto aparecer a los hijos de Bilbao. Iban por la calle llamando a la perra. Estaban angustiados. Me he dado prisa en llevar al animal a la cocina y le he dado de comer. En cuanto se ha puesto a zampar, ya no han importado los gritos que llegaban de fuera.

Cuando Marina ha salido de la ducha, le he dicho que la perra se había presentado en nuestra puerta, que se debía de haber perdido, que a lo mejor se había asustado con el ruido de las motosierras y había echado a correr. Le he dicho que me sonaba haberla visto por el paseo de la playa con su dueño.

A ella no le gustan los animales. Me ha ordenado encerrar a la perra en el garaje.

Marina quiere que salgamos. Necesita ver gente, dice.

Más tarde

Marina, la niña y yo hemos estado en el pueblo. Pasamos por delante de la iglesia cuando salían los feligreses de la misa del mediodía. La plaza se ha llenado de corrillos y de críos que corrían entre ellos. Ha sido la mayor animación de la que hemos sido testigos desde que llegamos a Ribadesella.

Le he contado a Marina que Adelina asistía a misa sin falta y me obligaba a acompañarla. Luego me llevaba al café Las Vegas. En deferencia a mí, Adelina y sus amigas se sentaban en la mesa más cercana al vivero de centollos y langostas, que a mí me gustaba mirar. En Las Vegas también había una colección de botellas de licor en miniatura, expuesta en estanterías que ocupaban una pared tan alta y tan larga como una pantalla de cine.

Los corrillos se han disuelto. La gente iba a tomar el vermú. De manera natural, nos hemos sumado. Las Vegas sigue abierto. El

vivero ha desaparecido, pero la colección de botellitas continúa en su sitio, y me ha complacido ver que es tal y como la recordaba; solo está más cubierta de polvo.

Me he esforzado por rescatar más recuerdos de Ribadesella y se los he ofrecido a Marina, contándole solo la parte favorable. Quiero que Marina sienta que poseo (y en consecuencia, ella también) un vínculo con este lugar, algo que, en alguna medida, facilite nuestra presencia aquí.

Me ha escuchado con atención y ha hecho alguna pregunta. Sin embargo, sé que ella habría preferido que no le hablara del pasado, sino del presente, en términos concretos, prácticos y cuantificables, que le hablara de riesgos y beneficios económicos, que le hablara de una mejora de nuestro bienestar a corto plazo.

Lo que no le conté a Marina

Que el tedio que padecía cuando Adelina me ordenaba acompañarla a la misa era tan violento que yo sentía deseos de gritar.

Que el aliento fétido del cura se proyectaba como el haz de luz de un faro.

Que el contacto de los bancos de madera contra mis muslos era ofensivo, lo mismo que las nucas de los feligreses que tenía delante.

Que la fetidez del cura residía en sus palabras y en el tono, sentencioso y fatuo, con que las recitaba.

Que yo absorbía aquel hedor a través de los oídos y se me acumulaba en la cabeza.

Que el parloteo de Adelina y de las gallinas cluecas de sus amigas en Las Vegas no era más soportable.

Que, ahora, todo lo concreto, práctico y cuantificable que ella

tanto anhela es para mí una fuente de tedio aún mayor que las homilías del cura.
De regreso en casa, he dicho a Marina que saldría en busca del dueño de la perra. Me ha respondido que me lleve a la niña.

Más tarde

He ido al local del paseo, donde ayer estuvo Bilbao con su pareja. Le he explicado al propietario que he encontrado a la perra, que la he reconocido porque la había visto varias veces con su dueño. Le he pedido el número de Bilbao. Me ha mirado con desconfianza, pero me lo ha dado. Empujar un carrito con un bebé aporta credibilidad. Me ha dicho que, en efecto, la perra se había perdido. Un rato antes, los hijos de Bilbao habían estado allí preguntando por ella.

Más tarde, al anochecer

Escribo antes de ir a devolver la perra. Escribo para serenarme.

He esperado hasta media tarde para llamar a Bilbao. Le he dicho lo mismo que al del local de la playa. No he mencionado que soy el que vive en la casa de Adelina.

Quería venir de inmediato a por la perra. Sus hijos estaban preocupados. Se les había escapado a ellos. He respondido que en ese momento me era imposible: un asunto familiar, aburrido, largo de explicar… Le he propuesto que nos veamos esta noche en el paseo de la playa. He pensado que a esas horas no solo el paseo estará desierto, sino que será improbable que Bilbao vaya acompañado de sus hijos, por muy preocupados que estén. Mañana es lunes y hay colegio. Le he tranquilizado asegurándole que la perra se encuentra perfectamente.

Él ha hecho otra propuesta. Ha dicho que le lleve el animal a su casa. Yo he preguntado si no será muy tarde. He dicho que no me gustaría molestar a su familia a esas horas. Según Bilbao, no habrá problema. No será necesario que yo suba a la casa. Me estará esperando en la entrada de la propiedad. Dejará el portón abierto.

Me ha parecido bien. Conozco la casa. Es solitaria. Allí es aún menos probable que nos vean.

Se lo he explicado a Marina. Únicamente he tenido que mentir a medias. Le he dicho que ha sido el dueño de la perra el que ha propuesto que nos veamos a esa hora, en su casa. Ella no ha querido saber quién es el dueño. No le interesa.

Hemos cenado sobras. Yo apenas he comido. Marina me ha preguntado si me sigue doliendo el estómago. He respondido que sí, aunque en realidad han sido los nervios lo que me ha quitado el apetito. Ella también ha cenado poco. Ha estado bien que se interesara por mí. Le he asegurado que, si mañana me sigue doliendo, pediré cita con el médico. Me ha dado un beso y ha subido a dormir a Vega.

Parece que la niña no tiene ganas de dormir. Todavía la oigo. Si subo a despedirme, la revolveré más.

Casi es la hora.

III

Cerca de las once de la noche, Abraham ató al collar de la perra un trozo de cuerda que encontró en el garaje. El animal lo miraba a la espera de más comida.

Vamos, dijo Abraham, tirando de la correa improvisada.

El animal era reacio a irse.

Vamos, he dicho.

El cielo estaba cubierto. La temperatura, templada durante todo el fin de semana, había descendido. La casa de Jon se encontraba a menos de un kilómetro. No merecía la pena coger el coche. Abraham tomó la carretera del Pico, siguiendo la orilla de la ría. Empezó a llover. Hombre y perra caminaban encogidos, lanzando miradas amilanadas en derredor. Por la carretera no pasaban vehículos. Dejaron atrás el barrio del Tocote y la cueva rupestre de Tito Bustillo. Doblaron una curva de la carretera y se toparon con la casa, semioculta por los árboles y la lluvia.

El portón de la finca estaba abierto de par en par. La floja luz de las farolas de la carretera apenas sobrepasaba la entrada. Abraham solo veía masas de oscuridad. Al otro lado del portón, la ladera del macizo sobre el que se hallaba la casa tenía forma de pared vertical. Al pie, una negrura más densa y opaca: una cueva; cinco metros de alto en la boca, y una profundidad imposible de adivinar.

Estoy aquí.

Abraham dio un respingo. No veía a nadie y nadie se dejó ver. Si era la voz de Jon, ¿su perra no debería haber gemido de ansiedad, no tendría que tirar de la correa en dirección a la voz?

¿Dónde?

Aquí dentro.

Jon salió de la cueva, donde se había refugiado de la lluvia. Se detuvo en el umbral. Llevaba las manos en los bolsillos de un impermeable.

¿Está bien la perra?

Perfectamente.

Abraham hizo una pausa. Le dolía el estómago. Añadió: Aquí la tienes.

Tendió la correa de cuerda. Así Jon tendría que acercarse a

tomarla.

Jon no se movió, como si no le apeteciera abandonar el abrigo de la cueva. En el tono de las pocas palabras que había pronunciado no se traslucía una preocupación sincera por su perra, ni mucho menos alivio y agradecimiento por que alguien la hubiera encontrado y se la hubiera llevado a casa. Más bien parecía molesto y a la defensiva, una actitud que terminó de manifestarse cuando, al tomar por fin la correa, reconoció a Abraham.

Eres el de la casa de Adelina.

Abraham no respondió. Estaba concentrado en el malestar de su estómago, que no había experimentado ninguna alteración ante la proximidad de su legítimo dueño. ¿Acaso no se trataba más que de nervios? ¿Era posible?, pensó con alivio.

¿Te encuentras bien?

No hubo respuesta. Abraham lo miraba fijamente, esperando que el malestar decidiera qué hacer.

Gracias por tomarte la molestia de venir hasta aquí, dijo Jon. Querrás volver a tu casa. Es tarde.

Abraham no salió de su mutismo.

¿Quieres llevarte mi impermeable?

Abraham retrocedió como si acabara de ser víctima de una amenaza.

¿Te encuentras bien?, repitió Jon, de nuevo con más fastidio que preocupación.

No vengo a devolverte solo a la perra.

Fue Jon el que ahora guardó silencio. No se movió. Observaba a aquel hombre del que la lluvia chorreaba. Esta era la reacción ansiada por Abraham; le permitía deducir lo que más le convenía y, por encima de todo, ganar tiempo para que el malestar amazacotado actuara o le indicara qué hacer.

Tú y yo nos conocemos, dijo Abraham.

Ya lo sé.

¿De veras?, preguntó Abraham; la bola de angustia había dado un salto y se abría paso esófago arriba.

Estuve en tu casa el otro día.

¡No! Nos conocemos de antes. No finjas. A mí ya no me engañas.

No sé de qué hablas. Creo que es mejor que te vayas. Gracias por traer a…

¡Un momento! ¡Espera!

Y más calmado, si bien con la angustia escalando rumbo a la garganta, añadió: Estuve en la presentación de uno de tus libros. Hace un año.

No lo recuerdo, dijo Jon.

Leí el libro.

La angustia llegó a la garganta de Abraham, donde se agigantó, dificultándole añadir nada más, y, por un instante, le cortó la respiración. Se debatió para decir: No me has preguntado mi nombre. Has estado en mi casa. He atendido a tus hijos. Te he traído a tu perra. Y no me has preguntado cómo me llamo.

Jon retrocedió unos pasos hacia la cueva y Abraham rompió a llorar. Se le escapó un gemido, acompañado de un rictus de dolor, y, de súbito, llegaron las lágrimas. Se cubrió la cara con las manos. El gesto apenas disminuyó el volumen de los sollozos, desgarrados, propios de alguien que acaba de padecer un daño gigantesco, capital e incurable. Con la espalda encorvada y las rodillas flexionadas, a punto de derrumbarse, alternó lloros y unos alaridos que, más que servirle de desahogo, parecían renovar la energía de la que se nutría el llanto.

¿Qué está pasando?

Desde la rampa de adoquines que llevaba a la casa, Emilia añadió: Jon, ¿dónde estás?

Su plan había sido regresar a Bilbao esa tarde, pero el extravío de la perra le había hecho cambiar de idea. Los niños estaban tristes. Se sentían responsables de la pérdida del animal. También Jon estaba disgustado; el incidente les había aguado el fin de semana. Emilia no quería irse dejando en la casa tal estado de ánimo. Decidió que se quedaría en Ribadesella hasta que la mascota estuviera de nuevo con los niños. Ella madrugaría a la mañana siguiente e iría directamente al trabajo.

Aquí, dijo él, volviendo a salir de la cueva.

A sus pies, la perra se revolvía, atemorizada por los berridos de Abraham.

¿Qué está pasando?, repitió ella.

Abraham apartó las manos de la cara. Las lágrimas, la lluvia y la oscuridad apenas le dejaban ver nada. El dolor que antes padecía en el estómago se había trasladado a la cabeza. Le zumbaban los oídos. Alargó un brazo hacia la mujer. Ni siquiera él supo si lo hizo en ademán de súplica o de prevención.

Jon se adelantó.

¡Apártate de ella!

De forma tan repentina y caudalosa como lo habían hecho las lágrimas, se produjo el vómito.

Abraham se dobló por la mitad y se vació violentamente. Los zapatos de Jon quedaron salpicados. En los descansos entre descarga y descarga, Abraham gemía y tosía.

Por fin se irguió, con los ojos llorosos.

¿Te encuentras mejor?, preguntó Emilia.

No lo sé. Creo que sí.

Abraham hurgó con la punta del pie en el charco que tenía ante

él.

¿Esto es todo?, le preguntó a Jon. ¿Es todo?, insistió.

Por supuesto que esto es todo, respondió Jon, indignado. Ya te estás largando de aquí.

Jon, dijo Emilia, este hombre no puede volver solo a su casa.

Abraham seguía contemplando el vómito.

Sí. Ya está. Ya está.

Se le escapó una risa nerviosa y pidió perdón.

Estoy mejor.

Toma a la perra, dijo Jon a Emilia, y subid a casa. Yo me encargo de él. Cuando vuelva limpiaré esto.

Emilia se despidió de Abraham, aunque él no pareció oírla. Un momento después, Jon detenía su coche frente al chalé de Adelina. No había dicho nada durante el trayecto. Apretaba los labios en gesto de asco.

En el asiento del acompañante, Abraham miraba tranquilamente por la ventanilla. Había dejado de llover. Cuando se pararon y se volvió hacia Jon para despedirse, agachó la cabeza, presa de un súbito ataque de arrepentimiento.

¿Y cómo estás tú?

Jon lo miró incrédulo.

¿Yo?

Sí. ¿Estás bien?, dijo Abraham, y añadió: Lo siento.

Jon no se dignó contestar.

Quiero pensar que, si las cosas hubieran sido de otro modo, dijo Abraham, podríamos haber sido amigos. Siento de veras que eso no vaya a pasar.

Se bajó del coche y entró en el chalé. Tenía que consignar en su diario todo lo que había sucedido en la casa de Jon Bilbao, con el mayor detalle posible. Sin embargo, estaba demasiado cansado. El

diario podía esperar hasta el día siguiente. Lo único que quería hacer era meterse en la cama y dormir. El estómago ya no le dolía.

Procurando no hacer ruido, se quitó la ropa salpicada de vómito y la metió en la lavadora. Se enjuagó la boca en el fregadero de la cocina. Cuando se disponía a subir al dormitorio, se fijó en que el carrito de la niña, que siempre aparcaban en el recibidor, no estaba allí.

Arriba no había nadie. Faltaba ropa de Marina y de la niña, y la bolsa de pañales. Recorrió varias veces el chalé, sin encontrar ni una miserable nota con una explicación.

CONVERSACIÓN EN UN GALLINERO

I

Emilia sintió curiosidad por saber qué había sido aquel sitio en el pasado: los restos de una caseta de ladrillo, de planta rectangular, ni escasa ni muy amplia, en la parte trasera de la vivienda, un limonero ubérrimo a un lado, un tendedero al otro. Sobrevivían nada más que el suelo de baldosas de barro, una pared, levantada contra el macizo calcáreo, para el que servía de muro de contención, y, en ángulo recto con esta, parte de otra pared, demolida al bies, convertida en contrafuerte que ayudaba a la primera a impedir el deslizamiento de la ladera; un vestigio con forma de triedro, una reliquia funcional destinada a fines varios, también una suerte de escenario para representaciones caniculares, livianas, conectado con la vivienda mediante un breve sendero y tres escalones de piedra por donde habrían de entrar y de hacer mutis los intérpretes entre aplausos comedidos, un poco condescendientes. En el centro, una mesa de forja y cuatro sillas a juego, asiento y respaldo acolchados por almohadones que era obligatorio guardar cada noche si no querías que amanecieran fofos, rezumando humedad, incluso en agosto, como era el caso. Sobre la mesa, tazas de café, platos con migas de tostadas y manchas de mermelada, libros, periódicos y limones

maduros, caídos del árbol y usados como pisapapeles. Jon leía. Emilia, el rostro expuesto al sol, las piernas desnudas, los pies descansando en otra silla, conjeturaba sobre el pasado de aquel suelo y de aquella pared y media.

¿Qué había aquí? ¿Por qué no lo derribaron por completo y levantaron una verdadera obra de contención, en lugar de fiarlo todo a una pared y parte de otra, con grietas resanadas y arabescos de moho? En la pervivencia de estos restos, ¿cuánto hay de temeridad, cuánto de confianza desproporcionada en lo que es originario y propio, cuánto de reminiscencia?

En el suelo, al pie de la pared completa, maceteros con geranios; al pie de la otra, leña cortada, cubierta por una lona, de debajo de la cual salía alguna que otra avispa que sobrevolaba la mesa antes de posarse junto a los restos de mermelada.

Y Emilia: ¿Qué había aquí? ¿Te importa contármelo? Pero no me ofrezcas nada más que una respuesta escueta, prosaica, que por mí misma alcanzo a imaginar: una caseta para las herramientas de jardín, el sitio donde guardabais patatas y manzanas… Tampoco fabules en exceso. No te doy pie para que falsees lo que esta ruina fue, para que tergiverses y bruñas su pasado hasta volverlo cautivador e inverosímil. He tardado en llegar aquí. Me gusta estar aquí. Sopla el nordeste, se lleva las migas de las tostadas que con gusto acabamos de comer y los gorriones las recogen del suelo. No necesitas seducirme con un relato. Tampoco hacerme sentir parte de una ficción, el último personaje en incorporarse a una saga familiar, al que hay que arropar, hacer un hueco, y también aguijar para forzarlo a salir de la timidez y el comedimiento iniciales. Yo solo quiero un poco más que la verdad, no demasiado.

Y Jon, cerrando el libro, marcando la página con el índice, como si su intención fuera proseguir en breve la lectura: A este sitio

siempre lo hemos llamado el gallinero.

Y ella: Ya está. Ya está. Eh ahí, la primera frase. Apenas contiene nada. No permite prever la extensión ni la relevancia ni el tono de lo que a continuación vendrá. Sin embargo, esa primera frase, una primera frase, es siempre, en sí misma, algo definitivo.

Y él: Incluso ahora, sigue siendo el gallinero.

Y ella: Si un hombre de ciencia lograra hender el velo de nuestra realidad, su triunfo no radicaría en abrir una puerta que permita el libre tránsito, ni siquiera una mirilla a la que aproximar el ojo para atisbar lo que se agita al otro lado, sino en la apertura inicial, microscópica, por donde se filtraría un único rayo de luz, el cual no informaría de la existencia de algo al otro lado, ni de si lo que allí existe es merecedor de desvelos, pero sí confirmaría la existencia de otro lado. El logro mayor es corroboración y es promesa.

Y ella de nuevo: ¿Desde cuándo está aquí?

Y él: Cuando mis abuelos maternos vendieron el caserío de Berango y vinieron a Ribadesella, construyeron esta casa y, al lado, construyeron un gallinero.

Y él de nuevo, con una convicción mayor, abismándose en el relato: ¿Cómo sería dejarlo todo atrás y asentarse en la Ribadesella de finales de los años sesenta? ¿Mis abuelos lo verían como un progreso, como adelantar un pie, con cautela, hacia la modernidad? A lo mejor este gallinero nos dice algo al respecto. ¿Lo construyeron y lo llenaron de gallinas, y también de conejos, obedeciendo a nada más que una inercia del pasado: antes teníamos animales y ahora también? No creo que esa fuera la única razón. ¿Los conejos y las gallinas que vivieron aquí fueron, en cierto modo, los mismos que vivieron en el gallinero y la conejera del caserío, y con sus huevos, su carne, sus cloqueos, su suciedad contribuyeron al consuelo, a que mis abuelos pensaran que no todo lo habían dejado atrás?

Y él de nuevo, posando el libro en la mesa, entrelazando los dedos y dejando las manos descansar en el regazo: Puede que no estuvieran seguros de si el negocio que los había traído aquí sería capaz de proveerlos de sustento. Si la cantera que mi abuelo había comprado no les procuraba dinero bastante, al menos el gallinero les daría carne y huevos. Y si suficiente roca caliza era dinamitada, molida, cribada y vendida a buen precio, mis abuelos, aun así, no tendrían la necesidad forzosa de acudir al mercado del pueblo, donde, quizá, no supieran con qué se iban a encontrar. No olvidemos que, allí de donde venían, disponían de todo cuanto necesitaban para subsistir, salvo aceite, azúcar y sal. Todo dentro de los límites de su propiedad. Cruzaban la puerta del caserío, caminaban unos pasos y lo tomaban con sus manos. Tenían frutales, maíz, trigo, miel. Cuando la recogida de los productos era trabajosa, contaban con la ayuda de un burro y de un caballo. Tenían vacas y cerdos. Hombres y mujeres sabían pescar. Los muebles de las habitaciones estaban fabricados con madera comprada y traída a casa por marinos de la familia, gente de confianza que recorría los galpones del puerto de La Habana en busca de partidas idóneas de caoba, madera que en virtud de la travesía del Atlántico y del paso por las manos de un ebanista de Berango, asimismo de confianza, se convertía en propia, en todos los sentidos.

Y él de nuevo, tras comprobar que contaba con la atención de ella: Los huevos y la carne del gallinero, y las fresas y las lechugas plantadas por mi abuela, reducirían los viajes al mercado donde sí sabían lo que iban a encontrar en las cestas y en las cajas, en los ganchos del carnicero y en el mostrador del pescadero. Lo que desconocían era la disposición, los interrogantes con que serían recibidos. En cualquier caso, el gallinero no garantizaba la autosuficiencia, pero ayudaba a la misma, a no desprenderse de

dinero a cambio de una carne y unos huevos que no eran los mismos que los del caserío.

Emilia observaba la ladera que la pared del gallinero ayudaba a contener. Más arriba, un cable electrificado impedía el descenso de los jabalíes; más arriba, racimos de latas vacías de cerveza colgaban de las ramas de los árboles, también como medida disuasoria contra los jabalíes; más arriba, finalizaban las terrazas excavadas en el terreno y este se volvía escarpado, apenas transitable, traicionero, peligroso en caso de dar un mal paso o sufrir un resbalón; y más arriba, en la cima del macizo, a lo largo de la linde de la finca, una apretada fila de eucaliptos, zarandeados por el viento del nordeste, a la vez bandera y empalizada.

Y él: Tengo un recuerdo vago de los animales. Las gallinas estaban ahí, señalando la pared completa. Los conejos, allí, señalando una de las paredes desaparecidas. Mis padres se deshicieron de ellos en cuanto mis abuelos murieron. De repente daban demasiado trabajo. Una vecina de Ardines los compró todos. Los conejos los usó para criar. Eran buenos conejos, al parecer. Luego en el gallinero se guardaron herramientas de jardín, también patatas y manzanas.

Jon guardó silencio, no volvió a abrir el libro, y Emilia esperó, a sabiendas de que no había terminado; como mucho, había concluido la parte de verdad solicitada por ella. Quedaba algo más por decir.

Y él: Cuando yo era niño, este monte ardía con frecuencia. En alguna de las parcelas que hay más allá, señalando la empalizada de eucaliptos, el propietario quemaba rastrojos y, si soplaba el viento, el fuego bajaba. Alguna vez ocurrió mientras estábamos mi madre y yo solos en casa. Primero llegaba el olor, luego asomaba el humo, luego las llamas entre los eucaliptos. Mi madre llamaba a mi padre, le decía que volvía a haber fuego, que ya lo estábamos viendo. La

cantera estaba lejos. Él podía tardar una hora en presentarse. Alguna vez trajo a uno o dos obreros para que le echaran una mano. Llegaban apurados, cubiertos de polvo de la cantera, ansiosos por hacerse cargo de todo. Pero hasta entonces solo estábamos mi madre y yo, las herramientas que se guardaban en el gallinero y la manguera con que regábamos las hortensias. Yo sofocaba el fuego azotándolo con una pala o pisoteándolo con las zapatillas de estar en casa. Corría de un lado a otro, más entusiasmado que preocupado, arremetiendo contra las avanzadas del fuego sin atender a mi madre, que me gritaba que tuviera cuidado, mientras ella empuñaba la manguera.

Algún vecino de la villa que había visto el fuego podía aparecer para ayudar, o la guardia civil, pero no era lo habitual. Tampoco sé de nadie que se responsabilizara de los incendios. El fuego era algo que sucedía y cuyos efectos había que sobrellevar, igual que una tormenta o una gripe, que alguien te ha contagiado, sin que puedas saber quién.

Hubo una vez en que el monte ardió por la noche. Lo recuerdo como el mayor de todos los incendios, aunque a lo mejor solo es así porque en la oscuridad las llamas se veían más. Soplaba viento del sur. Mi padre estaba en casa. Esa vez fue él quien corrió de un lado a otro, afanado en azotar, en pisotear. No me dejó prestarle ayuda. Yo miraba desde la puerta trasera de la casa, en pijama y bata. Mi madre sí ayudó. Se encargó de la manguera, como era habitual, aunque no con el afán que ponía cuando el fuego se presentaba estando ella y yo solos, me pareció a mí entonces, o así es como lo recuerdo. Mi padre desahogaba la angustia gritándole. Apunta ahí con la manguera. ¿Es que no puedes subir más arriba? ¿Se puede saber qué te pasa? Ella obedecía no tan rápido como a mí me parecía que podría hacerlo, con una torpeza exagerada, inoportuna,

que cabría interpretar como desgana o despreocupación.

Mi padre dijo que, si el fuego llegaba al gallinero, ella y yo nos fuéramos, que dejáramos la casa. No, no recojas nada. Os vais como estáis, con el niño en pijama. Pero todavía no. Ahora ven a ayudarme. ¡Vamos, mujer!

Lo que a ella se le pedía era que, llegado el caso, sencillamente, se subiera al coche conmigo y se fuera. Nadie especificó ni nadie quiso saber adónde debía dirigirse. Yo supuse que los dos tenían claro cuál había de ser el destino de mi madre y el mío, el lugar donde más tarde, cuando mi padre por fin se hubiera dado por vencido o puesto a salvo todo cuanto hubiera estado en su mano, él se reuniría con nosotros.

El fuego se consumió o mi padre logró apagarlo. En cualquier caso, no alcanzó el gallinero.

Mi madre y yo nos fuimos a dormir. Mi padre pasó la noche despierto, subido al tejado del gallinero, vigilando que el incendio no se reavivara. Cuando me levanté por la mañana, aún seguía en casa, lo que era inusual en extremo. Acostumbraba a salir hacia la cantera antes del amanecer.

En el colegio me miraron raro, como cuando alguien volvía a clase después de que se le hubiera muerto un abuelo o una abuela. La maestra se sorprendió al verme. Me preguntó si estaba bien, si lo estaban mis padres. Al principio, no entendí el reparo de mis compañeros ni la extrañeza de ella. Tardé en comprender que se debía al fuego. Pero había habido otros fuegos, y de todos se habían ocupado eficientemente mis padres, al igual que hicieron con cuantos hubo más adelante. Varias veces, las llamas llegaron a estar muy cerca del gallinero, pero nunca lo alcanzaron. La casa siempre salió ilesa, más allá de alguna tiznadura en la fachada.

Además de la maestra, el único que dijo algo sobre el fuego fue

uno de los repetidores que había en la clase y al que todos debíamos sufrir, dos años mayor que nosotros, un homúnculo modelado con sebo de cerdo y mierda, vestido con vaqueros elásticos, camisetas de Metallica y de Kiss y zapatillas de deporte compradas en mercadillos.

¡A punto has estado de quedarte sin casa!

Eso dijo, riéndose como un caballo, con las comisuras de la boca blancas de saliva, mirando a los costados para comprobar si alguien lo secundaba. ¡A punto has estado de quedarte sin casa! Igual que se habría mofado si yo hubiera sufrido un tropezón y me hubiera caído de bruces al suelo. De hecho, como se reía cada vez que me ponía la zancadilla. ¡Casi te caes!, o ¡Qué haces ahí tirado! Nos lo decía a todos a cuantos nos hacía lo mismo, mientras pasaba por encima de nosotros y aprovechaba para pisarnos como por descuido, una mano, la espalda o la cabeza.

Y él de nuevo, después de una pausa pensativa, cuando Emilia ya creía que no iba a añadir nada más: Lo que recuerdo más vivamente es la lentitud de mi madre cuando manejaba la manguera, cómo insistía en remojar un punto donde el fuego se había extinguido hacía rato, mientras que, por los costados, las llamas avanzaban sin trabas hacia el gallinero, atenta no al fuego, sino a algo aún más perentorio, a una voz que sonaba en su cabeza y la instaba a ser audaz, a aferrar la oportunidad ofrecida por una conjunción de circunstancias *a priori* adversas, el viento del sur, la noche, la desesperación de mi padre, el fuego. Sería una voz desafinada, ronca la mayor parte del tiempo, chillona cuando pretendía colmar de énfasis sus palabras, sembrada de gallos, inesperados e incontrolables, que le aconsejaba reservar las fuerzas para más adelante, cuando las llamas por fin envolvieran el gallinero, que en su imaginación ardería con saña, como una paca de paja

empapada en gasolina, concediéndole a ella libertad para soltar la manguera, meterme en el coche a empujones y escapar de la casa. Ni siquiera debería pasar por el trámite engorroso de decidir qué llevarse y qué abandonar a las llamas. Tampoco por el de presenciar cómo estas se aproximaban a la casa, la rondaban y, como un niño goloso ante un pastel, escogían el lugar más apetitoso por donde empezar a devorarla. Que disfrutaran del espectáculo los vecinos de la villa. Ella no lo necesitaba. Que lo comentaran a la mañana siguiente, los tenderos con sus clientes, los padres y las madres que llevaran a sus críos al colegio, los ociosos acodados en la barra de los bares desde la primera hora del día. Entonces ella estaría lejos. No le importaría lo que dijeran porque nunca volvería a cruzarse con ninguno de ellos.

Sería una voz fanfarrona, que se las daba de saber mucho más de lo que realmente sabía, que buscaba la complicidad con el solo fin de acceder a los puntos débiles de aquel a quien hablaba, la voz de un intrigante nato, que en el momento más inesperado podía sorprenderte actuando de manera cruelmente dañina: la voz del homúnculo que se rio de mí al día siguiente.

Me lo imagino encaramado al hombro izquierdo de mi madre, como los diablillos en los dibujos animados, pero sin que en el hombro derecho hubiera ninguna figura positiva que rebatiera los consejos egoístas y las falsas promesas que vomitaba en la oreja de ella. Me lo imagino como un fantasma gaseoso y hediondo que envolvía a mi madre, que apoyaba una mano intangible sobre la mano con que ella sostenía la manguera y le impedía orientarla hacia el fuego. Me lo imagino como un gusano con rostro humano que se arrastraba por las circunvoluciones del cerebro de mi madre, dejando tras de sí un rastro de excrementos que palpitaban, se hinchaban y se transformaban en más gusanos, todos con la misma

cara arrasada de acné de su progenitor.

Claro está que no lo imaginé así a la mañana siguiente del incendio. Durante mucho tiempo lo olvidé todo, salvo el hecho de que el monte ardió una noche con llamas más vivas que en otras ocasiones, o así me lo pareció a mí. El recuerdo ha emergido siendo yo un adulto, un recuerdo prolífico, como si el barro oscuro donde pasó décadas enterrado lo hubiera provisto de una suerte de fertilidad y esta invitara a cavilar sobre lo que entonces pasó por la mente de unos y de otros. Asimismo, invita a vincular partes separadas del recuerdo, dotándolo de cohesión, a imaginar al homúnculo como la nauseabunda voz de la flaqueza de mi madre, de su enfermedad. También a resignificar a aquel preadolescente, hijo de padres desatentos, sufridor de quién sabe qué ponzoñas, contradicciones y pavores secretos, imponiéndole una utilidad y un significado, doblegándolo para ponerlo al servicio de mi relato.

II

Y Emilia: ¿Tu madre no quería vivir aquí?

Y Jon: Ahora tendré que contar la historia, y volver a contármela a mí mismo. La historia de por qué estamos aquí sentados, en las ruinas de un gallinero, en vez de en otro sitio, que no alcanzo a imaginar y que no deseo imaginar. ¿Se ha acabado el café?

Y ella, después de entrar en la casa y de volver a salir llevando una bandeja con dos tazas humeantes, prestando atención a los irregulares escalones de piedra del gallinero, con los que no estaba familiarizada todavía: ¿Prefieres no contármelo?

Y él: Mis abuelos maternos vendieron el caserío de Berango, donde eran autosuficientes. Primero los terrenos y por último el

caserío. Con lo que les pagaron, compraron una cantera en Asturias.

Y él, después de tomar un sorbo de café: No lo estoy contando bien. Voy demasiado rápido. Me salto partes de la historia. Voy a lo esencial pensando que el resto se sobreentiende, pero no es así. Es imposible que sea así cuando desconoces los lugares, a las personas, el orden en que todo sucedió.

Y ella: Cuéntamelo como prefieras.

Y él: Me pide que lo cuente como yo prefiera. ¿Cómo prefiero hacerlo? ¿Cómo sé hacerlo? Si me detengo a pensarlo, a discernir entre lo que prefiero decir y lo que no, entre lo que conozco y aquello de lo que apenas tengo una noción imprecisa, entre lo que se apoya en evidencias y lo que surge de mi imaginación, y entre lo que sé expresar y lo que no, nunca contaría nada.

Y él de nuevo: Mi abuelo siempre se dedicó a las canteras. Su primer trabajo fue en un arenero en las Peñas de Santa Marina, en Urduliz, de donde extraía arena para fabricar moldes de fundición. Empezó siendo un empleado más. El propietario era el padre de su mujer, o el padre de quien más adelante se convertiría en su mujer. No sé cuál era la relación entre mi abuelo y mi abuela cuando él llegó al arenero, ni si para entonces ya existía alguna relación. En cualquier caso, y sintetizando, él comenzó trabajando para el padre de su mujer. No puedo dejar de señalarlo. Quizá el hecho no alberga ningún significado para el conjunto de la historia, quizá a la postre no explica nada. Júzgalo tú misma, una vez lo hayas oído todo.

Y ella: Eso haré. Pero ¿por qué no puedes dejar de señalarlo?

Y él, dubitativo; también un tanto avergonzado: Por una querencia propia del que vive de contar historias; ficciones, en su mayoría. Por el regocijo, y también por el alivio, más incluso por el alivio, de toparme en el ámbito de lo real, imbricado en un encadenamiento de vidas y sucesos reales, con un recurso que la

ficción ha empleado hasta la saciedad. Por el impulso de decir, ¿Veis cómo sucede de veras? ¿Veis como no es solo un truco barato? Pero me estoy adelantando. ¿Quieres que siga o te estoy aburriendo?

Y ella: Sigue.

Y él: Puede que mi abuelo no viera futuro al arenero, o puede que no le satisficiera depender de las decisiones de su suegro, no lo sé. No abandonó la explotación de las Peñas de Santa Marina, pero comenzó a dar pasos para convertirse en jefe de sí mismo. En Berango, cerca del caserío, instaló una planta de molienda donde trituraba la arena de su suegro. También otros materiales que él mismo se encargaba de buscar y adquirir. Compraba roca a canteras, la molía y la vendía. Calcita. Cuarcita. Fluorita.

El siguiente movimiento fue obvio: hacerse con sus propias canteras para abarcar todo el proceso. Compraba una pequeña explotación y al cabo de un tiempo la vendía y adquiría otra que prometía una rentabilidad mayor. He visto fotos de aquella época. Mi abuelo apoyado garbosamente en el guardabarros de un camión GMC, abandonado por los americanos en África tras la Segunda Guerra Mundial y traído a España de estraperlo, mi abuelo con boina y camisa a cuadros, más joven de lo que yo soy ahora, pero, a mis ojos, más viejo, con la vejez forzosa en un abuelo, y detrás de él obreros que miran a cámara, aprovechando la ocasión para hacer una pausa en la faena, todos con camisa a cuadros y boina o sombrero de paja. Vivía atento al rumor, al soplo del yacimiento sin explotar, del yacimiento esperanzador pero mal gestionado, del propietario al que le urgía el dinero y estaba dispuesto a malvender, del barrenista eficiente pero descontento con su capataz, del mecánico que acortaba ejes de camiones para hacerlos más maniobrables. Se agenciaba bajo mano muestras de yacimientos ajenos, que le entregaban en bares, en casas de comidas, en

habitaciones de hostales, puñados de piedras envueltos en un pañuelo sucio o escondidos en una caja de puros, pagando con discreción, siempre al contado, escupiendo sobre las muestras, frotándolas con la yema del pulgar, partiéndolas con un martillo de geólogo para asomarse al interior y vertiendo sobre ellas unas gotas de ácido clorhídrico y, si ese examen preliminar era juzgado de favorable, llevando las muestras a un laboratorio para someterlas a un análisis detallado.

Además de moler el material bruto de sus propias explotaciones, siempre pequeñas, continuaba moliendo lo que compraba en canteras de otros. Eso lo llevó a entablar relaciones con Asturias. Fletaba cargueros de mineral que zarpaban de Ribadesella y descargaban en el puerto de Bilbao. Al cabo de un tiempo, la mayor parte del producto con el que trabajaba procedía de Asturias. Con el fin de ahorrarse los fletes, decidió trasladar aquí la planta de molienda. Vendió las pequeñas explotaciones que tenía en propiedad. No sé en qué momento ni en qué circunstancias se desligó del arenero de las Peñas de Santa Marina, pero supongo que, para cuando vino a Asturias, hacía mucho que el negocio de su suegro había salido de esta historia.

Y ella: ¿Fue entonces cuando compró la cantera que luego fue de tus padres?

Y él: No. Todavía no. Empezó con una nueva nave de molienda, aquí, en Ribadesella, adonde trajo los molinos que estaban en Berango.

Y ella: ¿Por eso vendieron el caserío?

Y él: No. Todavía no. Mi abuela seguía allí, y también mi madre. A mi madre aún no la hemos mencionado, aunque para entonces formaba ya parte de la historia. Disfrutaba del caserío. Vivía rodeada de animales con nombre propio y buenos sentimientos. Estimaba la

leche, la miel, el trigo y todo lo demás que se producía en su propia tierra. Estudiaba. Dibujaba retratos de animales. Pintaba acuarelas. Claro está, hay aquí una doble idealización; en primer lugar, en lo que ella me refirió a mí; y en segundo, en cómo yo te lo cuento a ti. En su recuerdo, el caserío era una arcadia donde no había sucedido ninguna desgracia, al menos ninguna que hubiera afectado a mi madre.

Y ella: ¿Y tu padre? ¿Para entonces también era ya parte de la historia?

Y él: Todavía no. Si esto fuera una obra teatral y él uno de los actores principales, en estos momentos estaría viniendo hacia el teatro a paso ligero, mirando el reloj. En algún momento a lo largo de lo que te voy a contar, entrará por la puerta de artistas y permanecerá entre bambalinas, al lado a mi madre, tomados de la mano, mirándose de reojo, los dos con una sonrisa tensa, a la espera del pie para salir juntos a escena.

Perdona, se me ha olvidado decir que había otras personas que también vivían en el caserío, parientes que no es necesario enumerar para no recargar la narración, y de los que prefiero no hablar, a los que yo nunca conocí. Hablar de alguno de ellos es complicado. Pero retomemos el hilo. Mi abuela gestionaba el caserío. Mi abuelo trabajaba aquí y vivía en una pensión.

Como había hecho en Bizkaia, mi abuelo aguzó el oído para averiguar dónde había yacimientos que pudiera adquirir, cuyo material molería en su planta. Así fue como llegó a comprar una explotación de caliza en el alto de Ortiguero, en Cabrales, una explotación de pequeñas dimensiones, igual que todas las que había tenido hasta entonces. Pero solo igual en apariencia. ¿Te has perdido con tantas idas y venidas, compras y ventas?

Y ella: Te sigo.

Y él: La caliza de Ortiguero era de buena calidad. Lo bastante como para vendérsela a las empresas de cristalería, que pagaban bien y necesitaban un suministro abundante y continuo de materias primas; sus hornos no se apagaban nunca.

Discretamente, mi abuelo indagó por los alrededores y descubrió que el yacimiento de caliza era mayor de lo que creía, que excedía la parcela donde lo explotaba. Y los terrenos por donde se extendía la caliza nunca habían sido denunciados. Estaban a su disposición.

Y ella: ¿Se hizo con ellos?

Y él, asintiendo: Por supuesto.

Y ella: ¿Y aquel material lo transportaba a la planta que tenía aquí, en Ribadesella?

Y él: No. Nunca llegó a hacerlo. No fue necesario. El yacimiento de caliza no solo era mayor de lo imaginado, mucho mayor, en realidad, sino que a su misma vera había unas instalaciones para tratar mineral de cobre.

Y ella: Ahora sí me he perdido. ¿Esas instalaciones tenían algo que ver con la explotación de tu abuelo?

Y él: No. Fue una casualidad que estuvieran allí. La empresa propietaria tenía una concesión del gobierno para fabricar casquillos de munición militar. Extraía el mineral de cobre cerca de allí, en la mina Delfina, hasta que pasó a importarlo de África. Entonces cerró la planta de Ortiguero.

Es decir, mi abuelo se encontró con un yacimiento de caliza de buena calidad y de grandes dimensiones, y, justo al lado, una planta provista de molinos, silos, tolvas, taller, cerrada un par de años atrás, donde la herrumbre no había hecho mella aún. Fue entonces cuando mi abuelo, del que nos cabe imaginar que estaría cansado de vivir en una pensión, que echaría de menos a su familia, la cual también le echaría de menos a él, pensó: Esta vez sí. Esto es lo que

estaba buscando. Por esto merece la pena venderlo todo y venir aquí, traer a la familia, a todos los que quieran venir. No *aquí*, a la montaña, donde hace demasiado frío y vive poca gente, sino a la costa, a Ribadesella, y construir una casa, con terreno alrededor, con animales, con una huerta, no en la villa, no con vecinos a un lado y al otro, mucho menos con vecinos arriba y vecinos abajo, eso no, eso nunca.

Y ella: ¿Es necesario que me cuente esto para responder mi pregunta? Yo solo quería saber si a su madre no le gustaba vivir aquí. ¿Busca hacerme sabedora de su historia familiar, a la que yo acabo de sumarme? ¿Pretende entretenerme, informarme o advertirme de algo, de esa tragedia venidera, venidera dentro del relato, y que ya se ha insinuado? ¿Pretende darse a conocer a mí a través de la historia de su familia, sin omitir lo feo, lo reprochable, ni aquello sobre lo que caben interpretaciones diversas, contradictorias e irreconciliables? Si su intención, en efecto, es la de darse a conocer, sin vedar nada, pero teniendo la deferencia de plantar carteles de advertencia, barandillas de seguridad y barreras quitamiedos, yo, proclive como soy a nunca dejar de saber, a hurgar con las uñas en la herida si es necesario, a sacar a puñados el pus y la carne podrida, se lo agradezco, pero haré uso de mi derecho a ignorar las advertencias, a forzarlas, a derribarlas si acaso a patadas, un derecho que nunca dejaré de reivindicar. Te lo advierto. Te lo advierto. Te lo advierto.

Y ella de nuevo: Tu abuelo compró la planta de cobre de Ortiguero y denunció los terrenos calizos. ¿Las máquinas que tenía en la nave de Ribadesella se las llevó allí?

Y él: No. Todo lo que había en la nave lo vendió. Eran molinos con muelas de piedra. Maquinaria del neolítico. Quería empezar a trabajar a gran escala y para ello hacían falta equipos nuevos.

También gente nueva, joven, con estudios especializados, que supiera más de lo que él había llegado a aprender gracias únicamente a la experiencia.

Y ella: Ahora sí vendió el caserío.

Y él: Para comprar la planta de cobre. También para comprar este terreno, que pertenecía a la marquesa de Argüelles, y levantar esta casa, adonde trajo a su familia.

Y ella, girando la cabeza para recibir el sol de frente, palpándose las mejillas para comprobar si estaban demasiado calientes y recolocándose el flequillo: Y ahora, por fin, tu madre y tu padre entran en escena.

Y él, regodeándose de mirarla: Así es. Por fin. Te queda muy bien el pelo corto. Me gusta ese tic nuevo de arreglarte el flequillo.

III

Y Jon: Así es. Ha llegado el momento en que mis padres entran en escena. Hasta ahora, contar esta historia ha sido fácil. Lo que sigue es terreno traicionero.

Yo tenía tres años cuando mi abuelo materno murió. No guardo recuerdos de él. Ignoro la clase de hombre que era. Mis padres me han referido datos, lugares, fechas, ahora estaba aquí, luego estaba allí, todo ello fiable, en gran medida. A partir de esa ristra de informaciones, puedo inferir algunos rasgos de su carácter, los mismos que sería capaz de deducir cualquiera con acceso a los testimonios que yo he escuchado: determinación, carácter independiente; certidumbres que bien se pueden calificar de firmes, pero que asimismo resultan insípidas, triviales, por lo limitado y nítido de su fuente de procedencia.

A mis padres los conozco mejor. Es mucho mayor y más diversa mi biblioteca de recuerdos dedicada a ellos. Algunos son confusos, incitan a la duda y, seguidamente, al engaño. Otros son dolorosos, incitan a la edulcoración o a la elusión circunspecta.

También son lastimosos los vacíos existentes en esa biblioteca reservada al conocimiento sobre mis padres, baldas completas ocupadas por nada más que polvo acumulado durante tantos años como he vivido, huecos de los que el único responsable soy yo mismo, que no he tenido la curiosidad o el valor de llenar. ¿Por qué no le he preguntado a mi padre si alguna vez ha admirado a alguien, si hay algo de lo que se arrepienta, si se siente solo? Me excuso diciéndome que se molestaría si lo sometiera a un interrogatorio de esa índole. Pienso que quizá no le abochornaran las respuestas que tuviera que dar, sino el hecho de no haberse planteado nunca tales cuestiones. Mis preguntas, que, en caso de atreverme a formularlas, serían hechas sin ninguna mala intención, ¿lo empujarían a una conclusión incómoda acerca de sí mismo?

Pero, realmente, ¿estas sospechas surgen de creer que mi padre no piensa tanto en él como yo lo hago en mí? ¿Surgen de dar por sentado que mi padre acarrea tantos motivos de arrepentimiento como yo, pero que él, sin embargo, ha sido capaz de silenciarlos, de atravesarles el corazón con una estaca y de enterrarlos en un cruce de caminos apenas adquirieron forma en su conciencia? ¿Surgen de suponer que él no ve entorpecida cada una de sus labores cotidianas por el ruido de fondo permanente de una enrevesada vida interior? ¿Surgen, en definitiva, de mi anhelo por que él sea lo que yo anhelo ser: alguien práctico, con los pies firmemente asentados en el suelo, alguien irreflexivo en el mejor de los sentidos posibles?

Tanto los recuerdos incompletos como los dolorosos y, por supuesto, los vacíos de información son trampas irrevocables. Te

atraen con reclamos imposibles de desoír, y apenas las tocas, activas un resorte que dispara la imaginación en direcciones imprevistas, apartando el relato de lo que realmente sucedió.

A fuerza de pisar por descuido tales trampas, de rozarlas cuando pensabas que las podrías eludir, o de arrojarte sobre ellas con abandono premeditado, mi padre, al que ahora mismo oigo trajinar dentro de casa, preparándose para podar, trasplantar, barnizar, enlucir, se va rodeando de una cohorte de dobles idénticos a él pero en desfase con él, que reproducen sus movimientos, pero con un leve adelanto o un breve retraso, cada uno generado por una de las trampas disparadas por mí, cada uno con un pasado y con un carácter sutilmente distintos a los de los restantes. El conjunto forma una suerte de estela o secuencia de padres, como si los mirara a través de un prisma deformante, o como si yo estuviera borracho y me fuera imposible distinguir al verdadero de los demás, al padre que me engendró a mí, de los padres, múltiples, incontables, engendrados por mí. Se intercambian de posición, se solapan total o parcialmente, se confabulan en mi contra, hasta que ya no sé de cuál de ellos estoy hablando.

Por supuesto, con mi madre sucede lo mismo. Hablaré poco de ella, pero es o, mejor dicho, *son* una turbamulta.

IV

Y Jon: Decíamos que mi padre y mi madre entran por fin en escena. Él aún la estaba cortejando. Mi madre ya vivía en Ribadesella. Mi padre trabajaba en La Reineta. Era el gerente de un lavadero de mineral de hierro. Recuperaba lo que fuera posible recuperar de las antiguas escombreras del valle de Trápaga. La empresa propietaria

le había encargado estudiar la rentabilidad de la instalación. Mi padre había calculado que el lavadero debía operar desde el lunes a las seis de la mañana hasta el sábado a las dos de la tarde, sin interrupción. A continuación, la empresa le ofreció la gerencia a él, y mi padre aceptó, quedando preso del horario implacable decretado por él mismo.

Vivía en Axpe. Para ir al lavadero tenía que tomar un tren, cruzar el Nervión en un transbordador, tomar un segundo tren y, por último, el funicular de La Reineta. Ir y volver a diario quedaba descartado. Vivía en la oficina donde trabajaba. Prefiero no imaginar en qué condiciones, en qué medida desatendió la higiene.

Algunos fines de semana conducía hasta Ribadesella para ver a mi madre durante unas horas. Para entonces, él llevaba dos años en el lavadero. El trabajo no le complacía. Se creía capacitado para algo más ambicioso y estaba en lo cierto. A mi abuelo le gustaba mi padre. Es fácil imaginar que, en alguna visita a Ribadesella, este hablara de la frustración que le producía su ocupación en el lavadero. Sobra decir que no empleó la palabra *frustración;* dudo que formara parte de su vocabulario, y el desconocimiento del término implica el desconocimiento del sentimiento, al menos en su plenitud. No se quejaría, ni renegaría, ni pronunciaría críticas contra los propietarios del lavadero. Necesitaba un trabajo y aquello era un trabajo. Apreciaba la confianza depositada en él y apechugaba con la parte que no le gustaba.

Mi abuelo siempre había explotado yacimientos pequeños, nada que ver con la cantera de Ortiguero. La antigua planta de tratamiento de cobre contaba con equipos aprovechables, pero era imprescindible llevar a cabo adaptaciones, también adquirir maquinaria nueva. Las reformas y las compras se iban haciendo sobre la marcha, con la cantera en funcionamiento, a medida que mi

abuelo conseguía líneas de crédito. El dinero obtenido con la venta del caserío lo había gastado en construir esta casa y en comprar la cantera. Mi abuelo se veía superado. Necesitaba ayuda. Aunque me atrevo a aventurar que él no lo reconocería con tanta claridad. Tampoco era su estilo. En cualquier caso, le ofreció a mi padre ser su segundo en la cantera.

Y Emilia, un tanto sorprendida, como si lo que estaba oyendo no guardara relación con la realidad que ella conocía, como si los personajes no fueran los mismos: ¿Y aceptó?

Y él: Sí. Aceptó. ¿Comprendes a lo que me refería antes? ¿Comprendes por qué no podía dejar de señalarlo?

Y ella: La repetición. Tu abuelo materno trabajó para el padre de su mujer. Luego tu padre trabajó para el padre de su mujer, que era tu abuelo materno.

Y él: Eso es. Mi padre ni siquiera había aceptado la propuesta todavía. Antes de dar una contestación, debía hablar con mi madre.

Atesoro fotos de mi madre hechas en aquella época. Joven, guapa. En la mayoría aparece ante esta casa. En realidad, parecen más bien fotos de la casa, en diferentes estadios de su levantamiento: cimientos, estructura sin revestir, vivienda concluida, y mi madre nada más que alguien a quien se le ha pedido que pose delante para servir de referencia y que las dimensiones de la construcción puedan apreciarse.

Incluso en las fotos donde la casa está terminada, la impresión es la propia de un lugar nada hospitalario. Se debe al entorno. Para erigir la casa fue necesario desnudar la ladera, retirar los árboles y el recubrimiento vegetal, dejar la roca expuesta. Había que perforar cimientos, sótano, fosa séptica. Había que excavar terrazas por las que se pudiera caminar sin riesgo de resbalar y partirse el cuello, donde se pudieran plantar lechugas, poner un columpio o construir

un gallinero. Había que habilitar una subida para vehículos.

En las fotos, la casa se alza en el centro de un yermo de piedra desmenuzada. Lleva a pensar en un lugar donde cumplir trabajos forzados, en un recinto natural para confinar a los prisioneros de una guerra de la antigüedad; en el mejor de los casos, lleva a pensar en una cantera. No había tierra para plantar fresas, lechugas, perejil. No había hierba para que pastara ningún animal.

Al irse a vivir a Ribadesella, un traslado sobre al que a ella nunca se le preguntó su parecer, mi madre había dejado atrás amistades, una vivienda y una vida de su agrado. Se aferraba a una esperanza: cuando se casara con mi padre, se marcharía de Ribadesella. No podría volver al caserío, pero sí a algún sitio cercano.

La oferta de trabajo de mi abuelo amenazaba esa esperanza. Ella y mi padre lo debatieron. Intuyo que ella se enfadó, que fue vehemente. Pero tal vehemencia no sirvió de nada, pues él ya había tomado una resolución, que defendió con un buen argumento y una mejor coartada.

Para comprar una casa en Bizkaia, donde empezar de cero, donde ser ellos quienes tomaran las decisiones, necesitaban ahorros. Él los podía conseguir trabajando en la cantera. La experiencia que adquiriera le facilitaría encontrar otro trabajo cuando se fueran. Mientras tanto, podrían vivir juntos en Ribadesella. Eso era mejor que lo que tenían en ese momento, ¿no? Ella reconoció que llevaba la razón, pero ¿cuánto tiempo deberían quedarse aquí? Mi padre expuso entonces la coartada. Poco. Unos años. Hasta que él ya no fuera necesario. El trabajo que le ofrecía mi abuelo no era para toda la vida, tenía una fecha límite.

Y ella, al ver que Jon callaba y torcía el gesto, tal vez cansado, tal vez arrepentido: ¿Qué fecha límite?

Y él: He llegado a una parte difícil, repleta de trampas. Es mucho

lo que no sé y que me invita a especular, a llenar los espacios en blanco con material de mi propio cuño, a limar y amoldar lo poco que conozco para que la historia no se quede atascada ni se desbarate. Sinceramente, me inspira respeto continuar. También me inspira miedo. Dudo de mí mismo. No sé de dónde van a proceder mis siguientes palabras, si de la memoria o de la imaginación.

Imagino a mi memoria como una mujer enjuta, fibrosa, de pechos casi inexistentes, pálida, con una melena larga, canosa y enmarañada. Por el contrario, mi imaginación es una mujer lozana, de cuerpo lleno, eternamente preñado. Tiene dos pares de robustos brazos, igual que la diosa Kali, y en su boca se apelotonan tres lenguas que siempre quieren hablar al mismo tiempo. Si la vieras de lejos, pensarías que se oculta tras un reluciente antifaz de pedrería, pero no es así. Son ojos. Un racimo de ojos. En las cuencas oculares, sobre los pómulos y el tabique nasal hay ojos. También donde deberían estar las cejas. Por los costados, abarcan hasta las sienes. Están amontonados, tangentes unos con otros, y los hay que se intersecan. Cuando mi imaginación duerme, no cierra todos sus ojos. Más de la mitad permanecen abiertos. Descansan por turnos.

Memoria e imaginación tienen la misma edad, pero la segunda se conserva mucho mejor. Son dos hermanas mal avenidas, envidiosas de todo cuanto la otra posee. Ambas abundan en rasgos censurables, son veleidosas y antojadizas. No pudiendo apropiarse de lo que anhelan, se enrabietan y tratan de destruirlo, prefieren que nadie lo tenga. Viven en el fondo de una cueva, desde donde me hablan. El mayor problema es que las dos hermanas tienen la misma voz; las múltiples lenguas de imaginación también poseen voces indiferenciables. Cuando alguna me habla desde la oscuridad de su cueva, no puedo saber quién es.

En este momento, las imagino peleándose. Se revuelcan por el

suelo polvoriento, se tiran del pelo, se pellizcan las tetas. Cuando se producen estas refriegas, imaginación suele salir vencedora en la mayoría de las ocasiones. Con sus cuatro manos tapa la boca de memoria y habla haciéndose pasar por esta, sofocando las risas que le provoca tal engaño, o bien, recurriendo a quién sabe qué índole de amenazas, obliga a memoria a pronunciar las palabras que le susurra al oído.

Además, lo que memoria ha de decir esta vez es doloroso. Eso la cohíbe y debilita, restándole posibilidades de victoria. No obstante, yo no dejo de confiar en ella. Sus magras extremidades son más poderosas de lo que parecen, y en otras ocasiones ha terminado imponiéndose cuando ya parecía derrotada.

Mi madre tenía un hermano. Era una de las personas que vivían en el caserío de Berango y cuya mención he omitido. En el momento en que mis padres decidían qué responder a la oferta de mi abuelo, él, el hermano de mi madre, estaba estudiando en Madrid. Iba a ser ingeniero. Aprendía todo lo necesario para dirigir la cantera de Ortiguero. Quizá acariciara otras aspiraciones. El «quizá» es una señal de que memoria e imaginación continúan debatiendo; ninguna ha salido vencedora aún. Aprovecharé la oportunidad que me conceden. Quizá viera la cantera como una ocupación pasajera, donde ganar experiencia y malearse en la justa medida, a semejanza de lo que mi padre pretendía hacer. Quizá mi abuelo fuera consciente de que su hijo ambicionaría algo más que una cantera que aún tenía todo por demostrar. Sin embargo, dejando los «quizá» a un lado, es fácil imaginar que mi abuelo viera a su hijo como su futura mano derecha en el negocio y, luego, como su sucesor.

La coartada expuesta por mi padre fue que, en cuanto el hermano de mi madre obtuviera el título de ingeniero, para lo que

faltaban pocos años, ellos dos serían libres. Dispondrían de ahorros. Comprarían o construirían la casa que ellos quisieran, donde ellos quisieran. Tendrían su propia familia. De hecho, para esto último no era necesario esperar.

Mi madre accedió. Mi padre aceptó el ofrecimiento de mi abuelo. Quizá la aceptación fuera acompañada de la condición explícita de que cuando el hermano de mi madre se convirtiera en ingeniero, mi padre dejaría el puesto. Mi padre y mi madre se casaron, y él vino a vivir a esta casa. Había espacio de sobra. Por no mencionar que se daba por supuesto que todos vivirían bajo el mismo techo. ¿Por qué otra razón había construido mi abuelo una casa encaramada a una ladera, a semejanza de un fortín, desde donde juntos podrían defenderse de cuanto el futuro les deparara?

V

Y Emilia, mirando la casa: Hay algo curioso en ella.

Y Jon: ¿En quién?

Y ella: En esta casa. Parece más grande de lo que es.

Y ella de nuevo, insatisfecha con sus palabras: No me he expresado bien. La equivocación no surge mientras la observas, como ahora estoy haciendo. No es un efecto fruto de su diseño, ni un truco de perspectiva. La impresión se produce cuando piensas en ella. Entonces, la casa se presenta más grande de lo que es en realidad.

A veces, cuando estoy en Bilbao y pienso en ti, en ti en esta casa, acompañado por tu padre y los niños, os veo muy pequeños, diminutos, perdidos en el corazón de un laberinto de estancias de dimensiones palaciegas. En la memoria, la casa se agranda. No. No

se agranda. Se despliega. Le brotan habitaciones nuevas. Los pasillos se ramifican. Se puebla de recovecos. Los cuartos y pasillos están siempre en penumbra, como si fuera de noche o como si la mayoría de las habitaciones fueran ciegas. Hay lámparas encendidas, pocas, en rincones absurdos. La luz es amarillenta y no alcanza los techos. Es porque estos, al desplegarse la casa, se han elevado, pero también porque es una luz pulposa, más densa que el aire, que se sedimenta en la parte baja de las habitaciones. Hay espacios desocupados, cuya función se me escapa. Hay hornacinas en las paredes. Hay pasillos que llevan a un distribuidor del que nacen nuevos pasillos. Casi todo está vacío. Las estancias se han multiplicado; los muebles no. Y vosotros os movéis sin extrañeza por esa vastedad bajo techo. La luz pobre, apelmazada, no menoscaba vuestra desenvoltura. Te he visto leer un libro en mitad de un pasillo, donde nadie leería un libro y donde no llegaba ni un rayo de luz. Os desplazáis por esos lugares, pero sin interactuar con ellos, sin formar parte de ellos, como sucedía en las películas antiguas de Disney, donde los personajes animados se movían sobre un fondo pintado.

Y él, con asombro y alivio, asaltado por el prurito de pedirle que trazara un plano de esa versión desplegada de la casa: Cuéntame más.

Y ella: Das por sentado que hay algo más que contar.

Y él: Sí.

Y ella: A veces, tengo una impresión parecida estando aquí. Sucede si me despierto por la noche. También durante el día, si estoy concentrada en algo, leyendo o cocinando. Me asalta la impresión de que, si quisiera salir de la casa, tendría que recorrer un trayecto mucho más largo e intrincado del que sé que existe en realidad. La sensación continúa mientras permanezco a oscuras o con la vista baja, sin dejar de leer o de cocinar, y se disipa en cuanto

enciendo una luz o levanto la mirada. Vuelvo a ver las habitaciones luminosas, la ría al otro lado de las ventanas, los muebles nuevos, y no encuentro en ello nada, absolutamente nada, que me remita a lo que de manera tan vívida se ha presentado en mi cabeza. La casa se trasmuta cuando le das la espalda o apagas la luz, y le basta un parpadeo para recuperar su aspecto habitual.

Y él, mirando la casa con un gesto a medio camino entre la sonrisa y la desaprobación, como haría con un hijo díscolo, pero de cuyo temperamento y personalidad se siente orgulloso: ¿Eso cómo te hace sentir?

Y ella: No lo sé.

Y él: ¿Te asusta?

Y ella, categórica, como si tal posibilidad nunca se le hubiera pasado por la cabeza: No.

Y ella de nuevo, con más calma, expresando algo que hasta ese momento no se había detenido a concretar en palabras: Puede que me asustara si fuera la casa de otros, si no vivierais en ella tú, tu padre y tus hijos. No acierto a expresar lo que siento, pero, sin duda, no es miedo. Supongo que me intriga.

Y él: Es una casa con méritos y deméritos. Unos reales; otros, la mayoría, atribuidos. Puede que sea esto, la parte atribuida, lo que la hace parecer mucho mayor de lo que es.

Cuando yo era niño, la planta de abajo no la utilizábamos casi nunca. Nos bastaba con la de arriba. Bajar las escaleras era como colarse en la vivienda de otras personas. Me fascinaba y me asustaba, por no saber con qué me podría encontrar, como si todo pudiera haber cambiado desde mi última visita. Tengo el falso recuerdo de haber recorrido la casa una noche mientras mis padres dormían. No había nada que se apartara de lo cotidiano. Sin embargo, el aspecto más llamativo, lo que de manera perenne ha

quedado dentro de mí, es la duración de aquel deambular sin propósito. Horas y horas. Una duración disparatada, desmesuradamente mayor de la necesaria para recorrer esta casa, por muy cortos y cautelosos que sean los pasos.

También cuando era niño, imaginaba que en la casa vivían otras personas al mismo tiempo que mis padres y yo, y que nunca nos cruzábamos con ellas. Esas personas tenían sus propias habitaciones, todas ciegas, a las que se accedía por puertas y trampillas disimuladas en las paredes. Se desplazaban, caminando de costado, por huecos entre los tabiques, o arrastrándose sobre los falsos techos. No sé cómo llegué a pensar en algo así. La idea no me asustaba. Me recreaba en ella figurándome cómo sería la vida de aquellas personas. Saldrían de sus escondrijos cuando nosotros no estábamos en casa o mientras dormíamos. Estaban muy delgadas y pálidas, y eran perfectamente sigilosas. La madera del suelo no crujía cuando la pisaban. La cisterna del inodoro descargaba sin producir ruido. Hacían de la casa el mismo uso que nosotros. Cogían comida de la nevera y de la despensa, pequeñas cantidades siempre, de manera que la sustracción no despertara sospechas. Usaban nuestros platos y cubiertos. Los fregaban y volvían a dejarlos en la alacena. Por las noches, cuando yo apagaba la luz, pensaba que muy cerca, al otro lado de la pared contra la que estaba mi cama, podía haber una de esas personas, leyendo, mirando el reloj con impaciencia, deseosa de que yo me durmiera para salir a estirar las piernas o usar el cuarto de baño. A la mañana, cuando mi madre me servía el desayuno, yo pensaba que, poco antes, otros labios se podían haber posado en el borde de la taza donde tomaba la leche. Buscaba manchas en platos y cubiertos, fruto de tener que fregarlos a oscuras y con cautela infinita. Si un vaso se les resbalaba de entre los dedos y se hacía añicos contra el

suelo, no haría ruido, en virtud del poder silenciador que aquellas personas tenían sobre cuanto manipulaban, pero cabía el riesgo de que mi madre lo echara en falta.

Y ella: ¿Quiénes eran?

Y él: No lo sé. No hay nada que saber.

Y él de nuevo, al cabo de una pausa: Por alguna razón, me venía con frecuencia a la cabeza la imagen de una mujer muy mayor, con el pelo blanco y un delantal gris, cocinando. Movía los labios sin que se oyera lo que decía, como si rezara de corrido. De la misma manera que del falso recuerdo de mi paseo nocturno por la casa subsiste su duración, de la fantasía de las personas ocultas, persiste esa anciana. También una sensación de rechazo, de asco, al pensar en sus dedos silenciosos, a oscuras, toqueteándolo todo. A las demás personas no llegué a ponerles cara. Eran muchas, tantas que no podían salir todas a la vez. Vivían hacinadas detrás de las paredes, con su propia jerarquía, con sus debates internos, con sus asuntos pendientes.

Y ella: ¿Cómo se te ocurrió algo así? ¿De veras pensaste todo eso cuando eras un crío, con ese grado de detalle?

Y él, sorprendido en falta: Casi todo lo pensé siendo niño. Respecto a cómo se me ocurrió, no sé qué decirte. A veces desaparecían cosas y nunca las volvíamos a encontrar.

Y ella: Pasa en todas las casas.

Y él, sopesando lo que Emilia había dicho: Tienes razón. Seguramente, aquí no sucedía con más frecuencia que en otros sitios, pero era extraño.

Y ella: ¿Por qué? Dame detalles. Pero no los inventes.

Y él: Sucedía de improviso. No te hablo de un objeto que al cabo de mucho tiempo de haberlo usado por última vez no pudieras recordar dónde estaba, sino de cosas que habías tenido en las

manos hacía unos segundos. Las posabas en la mesa, apartabas la vista y, cuando volvías a mirar hacia donde las habías dejado, habían desaparecido. Una vez, estaba yo hojeando un álbum de cromos en la cocina. Entonces teníamos allí el teléfono, en la pared, al lado de la ventana. El teléfono sonó, dándome un susto. Solté el álbum. No llegó a tocar el suelo. Cuando miré hacia abajo, no estaba.

Y ella, divertida: ¿Un álbum de cromos?

Y él: De *Superman II.* En ese sitio de la cocina me pasó lo mismo otra vez, con un juguete, un muñeco. Años después, mis padres remodelaron la cocina. Quise estar presente cuando desmantelaron los muebles viejos, para comprobar si el álbum de cromos y el muñeco, de alguna manera, por alguna rendija, habían ido a parar debajo de alguno, pero solo había polvo y suciedad. No recuerdo si las desapariciones fueron el origen de la fantasía de las personas ocultas o si esta fue anterior y las desapariciones solo la reforzaron. Lo más desconcertante era la clase de objetos que desaparecían. Vanos y absurdos. El álbum de *Superman II,* un envoltorio de celofán arrugado, unas peladuras de mandarina o una figura de plastilina que yo acabada de modelar.

Y ella, sin saber qué decir al respecto: ¿Me sigues contando lo de tus padres?

VI

Y Jon, al ver que su padre acababa de salir de la casa, vestido con unos pantalones de faena, una camiseta sucia, una gorra y una faja lumbar, con la cara brillante de crema solar mal extendida: ¿Vas a trabajar, *aita*?

Y el padre: Esos niños llevan horas viendo la televisión. ¿No

pensáis sacarlos de casa?

Y Jon, mirando a su padre y pensando que detrás de él se escondía la larga estela de padres, todos ellos poseedores de alguna diferencia particular, todos ellos un poco encorvados para ocultarse tras el padre que estaba en la puerta de la casa, enfundándose unos guantes de jardinero, sabedor, Jon, de que, en cuanto retomara la narración, la estela se volvería a desplegar, pensando también que cada vez que su padre había aparecido en la historia, había sido un padre distinto, nunca el que tenía ahora ante sus ojos: ¿Esa camiseta no habría que lavarla?

Y el padre: Mañana. Pasado mañana. Recuerda que tienes hijos.

Y Emilia, amablemente: ¿Vas a hacer algo en el jardín?

Y Jon, viendo que su padre se alejaba hablando entre dientes, respondió, pero no a Emilia, sino a la casa, como si esta le hubiera preguntado «¿Qué plan tienes para mí esta mañana?, ¿cómo vas a seguir cuidándome?»: El hermano de mi madre nunca se puso al frente de la cantera. Cuando le faltaba poco para concluir la carrera de ingeniería, falleció en un accidente de tráfico.

Y Emilia: ¿Por eso tus padres no se fueron, como habían planeado?

Y él: No, no fue por eso. Mi abuela, a la que hasta ahora apenas he mencionado, le dijo a mi madre, sobreponiéndose al dolor, que lo sucedido no debía alterar sus planes, que ella y mi padre tenían que irse, buscar su propio camino. Mi abuelo dirigiría la cantera en solitario. Cuando ya no lo pudiera hacer, el negocio se vendería. ¿Te lo imaginas? Una madre que acaba de perder a un hijo y que, aun así, invita a su otra hija a irse, a ceñirse a su propósito, a no quedarse enfangada en la tristeza.

Y ella: ¿A tu abuela tampoco le gustaba vivir aquí?

Y él: Lo desconozco. No sé casi nada de ella. Si te dijera algo,

sería la imaginación quien hablara, quizá con la deferencia de limitarse a unas pocas palabras verosímiles.

Y ella: Aun así, tus padres no se fueron.

Y él: Era lo que pensaban hacer, pero lo postergaron. ¿Cómo podía ella abandonar a sus padres en un momento así? Mi abuelo ni siquiera era capaz de ir a trabajar. Mi padre debía ocuparse de la cantera.

Y ella: ¿Cuánto postergaron la partida?

Y él: Lo que postergaron fue su decisión final. La partida no se produjo nunca.

Y ella: Sí, lo entiendo. Pero ¿cuánto tiempo?

Y él: Cuatro años.

Y ella: Dios mío.

Y él: Sí. Mucho tiempo. Lo bastante, entre otras cosas, para que yo naciera.

Y ella: Te incorporas a la historia.

Y él: Sí, aunque no pinto nada. No soy más que una tarea adicional, una distracción en los mejores momentos, para mi madre y mi abuela.

Y ella: ¿Tu abuelo volvió a trabajar? ¿Ellas estaban solas en la casa, contigo?

Y él: Quizá él fuera algunos días a la cantera. Imagino que mi padre lo mantenía informado de la marcha del negocio, que no tomaría decisiones importantes sin su beneplácito. Quizá la pérdida del hijo lo hundió. Sí sé que iba a pescar. Tenía una lancha, la Mirentxu, que amarraba en la ría, delante de casa. Quizá así se distrajera. Quizá de ese modo encontraba alivio para el dolor. No te puedes imaginar el escrúpulo que me produce decir esto, la importancia capital que tienen todos y cada uno de los «quizá».

Y ella, respetuosa a su vez: Lo comprendo.

Y él: Por la noche, cuando mi padre volvía de la cantera, llenaba el depósito de la Mirentxu, comprobaba el nivel de aceite y dejaba los aparejos preparados. Así, por la mañana, mi abuelo podía zarpar en cuanto la marea se lo permitía.

Su estrategia para afrontar el dolor fue la soledad. Quizá pensara que, sacando su dolor de la casa, facilitaba las cosas a quienes se quedaban aquí. O quizá solo pretendía huir del dolor que se respiraba entre estas paredes. El pescado que traía al cabo de la jornada no era una contribución, sino un quehacer más. También una medida fría y resbaladiza del tiempo durante el que él no había estado presente para ayudar a mi abuela y a mi madre. En un año, pescó doscientos kilos de lubina.

A él le fue concedido abandonar el trabajo y refugiarse en el consuelo de la soledad y de una tarea de su agrado, mientras que su mujer y su hija hubieron de seguir haciendo lo mismo de siempre, a la vez que lidiaban con su propio pesar.

Me he olvidado de los «quizá», y lo lamento. Debería comenzar cada frase con uno. Debería intercalarlos entre palabra y palabra. Debería incrustarlos a martillazos. En este momento, debería ser capaz de amordazar y maniatar a mi imaginación, o al menos tener el buen criterio de ignorar cuanto sale de su boca.

Y ella: Podemos seguir en otro momento. Vamos a la playa con los niños.

Y él: Enseguida. Antes terminaré la historia. Queda poco.

Mi abuelo pasaba el día en la mar. Solía suceder que mi padre llegaba de la cantera y encontraba a mi abuela y a mi madre alarmadas porque mi abuelo aún no había vuelto a casa. Él subía al faro o al monte Corbero. Para esas ocasiones, guardaba unos prismáticos en la guantera del Land Rover. Escrutaba la mar hasta dar con la Mirentxu. Regresaba a casa y decía a las mujeres que no

había por qué preocuparse. El abuelo estaba en racha o esperando la marea para entrar en la ría.

Mi padre ayudaba a mi abuelo como pensaba que debía hacerlo, sin hablar de lo que sentían, dando por supuesto que cada uno tenía que apechugar con lo suyo. No veía nada malo en que mi abuelo pasara los días pescando. También a él le gustaría hacerlo, replicaba a las mujeres. ¿Qué preferían ellas, que se pasara el día en los bares de la villa, que se quedara en casa rumiando sus cuitas? ¿No era mucho mejor lo que hacía? Así pronto recuperaría el ánimo de trabajar.

Mientras tanto, él se ocupaba de la cantera. Aceptaba la carga sobre sus hombros y consideraba, quizá, quizá, *quizá,* que, a modo de compensación, se podía tomar la libertad de hacer algunas cosas a su manera. Mi abuelo era un hombre de opiniones inamovibles, poco dado a aceptar consejos y adoptar métodos modernos, pero, estando en la mar, se hacía oír menos.

Una tarde, mi padre regresó de la cantera y encontró la Mirentxu frente a la casa; no amarrada sino embarrancada en la orilla. Mi abuelo había sufrido un infarto mientras pescaba. Había logrado volver a duras penas. ¿Imaginas lo que debió de ser? Regresar a la costa. Embocar la desembocadura de la ría. Navegar a lo largo del paseo de la Grúa y luego del puerto, donde habría gente pescando con caña, paseando, desenredando redes, pasar bajo el puente, a la vista de más personas, deseando llevarse la mano derecha al pecho, pero no pudiendo hacerlo porque la necesitaba para manejar la caña del timón, la mano izquierda muerta, todo el brazo izquierdo. Me pregunto si se le pasó por la cabeza pedir ayuda, hacer un gesto en solicitud de auxilio, empotrar la Mirentxu contra algún barco del puerto, confiando en llamar la atención de alguien. Quizá no. Seguramente no. Solo pensaría en volver a su casa. ¿Te lo imaginas?

Y ella: No. No puedo.

Y él: Le gustaba pescar a cacea. A finales de la primavera, los alevines de salmón bajaban el río y salían al mar. Los bancos de lubinas se acercaban a la costa para alimentarse de ellos. Mi abuelo, y otros pescadores, largaban sedales con cebo artificial por el costado de su embarcación y navegaban derechos hacia la playa, siguiendo el mismo rumbo que las lubinas, con las olas rompiendo por popa. Hacía falta maña para virar. Apuraban al máximo, antes de quedar varados en la arena. Esperaban a que rompiera una ola a popa y viraban ciento ochenta grados. Había que ser rápido, para recibir la siguiente ola de proa. Y había que esquivar las otras embarcaciones que hacían lo mismo. Y si la lubina picaba en el momento de virar, todo se complicaba aún más.

No puedo evitarlo. La imaginación me empuja, igual que las olas que rompían contra la Mirentxu. Imagino que el infarto sobrevino en aquel preciso instante, cuando la playa ya estaba a pocos metros, pero la ola no acababa de romper por popa, y, por supuesto, con una lubina de tres kilos dando tirones para zafarse del anzuelo.

Llegó a casa. Supongo que mi madre y mi abuela lo verían desde alguna ventana. Entre las dos lo sacarían de la lancha y lo subirían desde la orilla hasta su cama. Sobrevivió. Pero cuando unos días después sufrió otro ataque, no le quedaban fuerzas para afrontarlo.

Y ella: Entonces tus padres se quedaron aquí definitivamente. ¿No había otra opción?

Y él: Claro que la había. Podían vender la cantera y la casa. Podrían haber vuelto a Bizkaia. Mis padres, mi abuela y yo. Mi abuela habría estado dispuesta a acompañarnos.

Y ella: ¿Pero?

Y él: Era una época de recesión económica. La crisis del petróleo afectaba a todo el sector industrial. Si vendían la cantera en ese

momento, perderían dinero. Mi padre opinó que era mejor esperar a que cambiaran las tornas. Eso lo decidió todo.

Y ella: La cantera la heredó tu madre.

Y él: Pero en la práctica era mi padre quien la dirigía.

Y ella: Y le gustaba ser jefe.

Y él: Lo ha sido durante casi toda su vida. Volvía a casa y continuaba siendo jefe, un semidesconocido que los fines de semana se sentaba en el salón y daba órdenes desde detrás del periódico, y a quien no se le podía molestar porque estaba cansado o porque tenía muchas cosas en la cabeza. Quizá lo que siempre ha querido hacer es nada más que su voluntad.

Y él de nuevo: Yo no soy así. Nunca he querido decir a los demás lo que tienen que hacer. No me gusta dar órdenes. Tampoco que me las den a mí.

Y ella: Porque también tú quieres hacer nada más que tu voluntad. En eso sois iguales. Y dar órdenes te encanta. ¿No escribes por esa razón? ¿Para obligar a tus personajes a que hagan lo que te venga en gana?

Y él, asintiendo: Quizá también por falta de confianza en mí mismo, por creer que no estoy legitimado para dar órdenes a personas reales. O porque no estoy dispuesto a asumir las consecuencias que tales órdenes pueden acarrear. Porque sobre el papel siempre hay un modo de enmendar los errores, de mitigar sus efectos y, en especial, de ofrecer justificaciones. Por eso vuelvo a recurrir al paralelismo del que hemos hablado: mi abuelo trabajó para el padre de su mujer y mi padre hizo lo mismo: una armoniosa simetría estructural, una imposición de las convenciones de la narrativa, de la que escapar era imposible. Eso determinó lo que sucedió. Por esa razón, y no por otras, mi padre no se planteó nunca vender la cantera, por eso siguieron viviendo en Ribadesella y por

eso nosotros estamos ahora aquí, sentados en lo que queda de un antiguo gallinero.

VII

El niño y la niña se querían bañar donde no hubiera nadie. Jon y Emilia los llevaron al pedral de la Atalaya. Desde allí bordearon el monte Corbero, subiendo y bajando los bloques caídos de la pared negra, limados por las olas, trepando, saltando, distanciándose de la gente. Dejaron que la perra los acompañara. Se subía a una piedra y miraba a su alrededor nerviosa, meneando la cola, mientras decidía por dónde seguir. Los niños la animaban sin cesar. La confundían, la llamaban para que fuera por aquí, no, por aquí.

Doblaron un tajamar de roca pizarrosa y no se vio a nadie.

Jon y Emilia se sentaron en una piedra tras el baño. No habían llevado agua ni nada de comer, ni reloj, ni teléfono, ni siquiera calzado adecuado para la travesía de las rocas.

Y la niña: *Aita*…

No respondió. Quizá no fuera importante.

Y la niña: ¡Aita!

Había perdido el colgante. La estrella de mar que le regaló su madre. El de plata. Estaba nadando y ya no lo tenía.

Y Jon: No tendrías que haberte bañado con él.

Y la niña: Me tendrías que haber dicho que me lo quitara. ¿Es que no me miras?

Y el niño, orgulloso de ayudar, con las gafas de bucear subidas a la frente: Está ahí. Se ve. Pero muy abajo. Yo no llego. ¿Llegas tú?

Una pareja de estratos de pizarra asomaba del Corbero, dos espigones paralelos que, junto con la base del acantilado, formaban

una piscina natural, con un costado abierto al mar.

Y el niño de nuevo, señalando junto a una de las paredes y tendiéndole las gafas: Ahí.

Saltó al agua. Vio destellar el colgante de plata. Era cierto que muy abajo.

Le dolieron los oídos. Hacía años que no bajaba tanto. Quizá solo fueran cinco metros, o seis, pero había que bajarlos. Tener localizado el objetivo le animaba. Recordó cómo moverse bajo el agua, con calma, para reducir el consumo de oxígeno. El colgante había caído en una zona cubierta de caparazones de cangrejos y conchas de almejas y mejillones. Un pulpo debía de tener su madriguera cerca.

Recuperó el colgante. Le quedaba aire para unos segundos. Se ancló abrazándose a una roca y observó la zona donde el estrato de pizarra se hundía en el lecho de guijarros. Localizó al pulpo en la entrada de una grieta. Le devolvía la mirada. El pulpo no hizo nada por ocultarse. Se quedó inmóvil, exhibiéndose en su totalidad.

Cuando Jon pescaba, había apresado pulpos a los que les faltaban uno o dos tentáculos, perdidos en lances con depredadores. Aunque también entraba dentro de lo posible que se hubieran comido sus propios apéndices. Lo hacían si no hallaban otro alimento.

Al pulpo que tenía delante le quedaba un solo tentáculo.

Y Jon: No puede haber perdido los otros siete evadiéndose vulgarmente de atunes o cormoranes. Se alimenta de sí mismo. ¿Acaso no encuentra nada de comer? Los restos diseminados frente a su refugio lo desmienten. Quizá prefiere su sabor al de las presas disponibles, un sabor, el propio, intensificado, valorado en grado sumo por el coste que supone. Tal vez interpreta la automutilación como un signo de superioridad, de denuedo, de hallarse dispuesto a

apurar hasta la hez.

Imagino el momento en que ese pulpo, en su madriguera, acuciado por el hambre, aunque no el hambre usual, y por la curiosidad y acaso por el aburrimiento, probó su primer tentáculo, sabedor de que la pérdida apenas sería digna de lamentar, disponiendo de otras siete extremidades. El resto de criaturas marinas, necias ellas, ni siquiera se percatarían; a muchos pulpos les falta un apéndice. Me pregunto si se detuvo a elegir un tentáculo en particular; seguramente uno de los seis que empleaba a modo de brazos, y no uno de los dos que le servían de patas, para empujarse cuando se desplazaba por el fondo marino. Me gustaría saber si el tentáculo obedeció voluntariamente o si los demás hubieron de tirar de él hacia el pico de loro, duro y afilado, con el que hasta entonces despedazaba cangrejos y al que, en comparación, le debió de resultar sencillo desgarrar el músculo, las ventosas y el cordón neuronal, ramificación directa del cerebro del que partió la orden.

Imagino también el momento, aún por llegar, en que el pulpo coma su último tentáculo. Entonces quedará varado, reducido a una cabeza que mirará en derredor, confusa, plagada de dudas, con sus horizontes limitados a los arreones de corto alcance que el sifón le permita.

Demora la ocasión. Prefiere mostrarse como lo hace ahora, tentando a los depredadores con su debilidad, invitándolos a probar lo que tan sabroso debe de ser. Y mientras se despliega ahora ante mí, si es que esto se puede decir de semejante ejemplar, quizá barrunta las primeras dudas. A lo mejor sus automutilaciones no despiertan curiosidad, ni mucho menos admiración, sino que, por el contrario, son motivo de rechazo, de lástima y, al cabo, de desprecio. Quizá se cuestiona si su sabor era tan exquisito como había pensado, si no ha sido víctima de un engaño, si acaso ha incurrido

en desacierto al no escoger un alimento más convencional y a la vez mejor.

De repente sospecha, sabe, teme que ya nadie desea devorarlo, pues ya nadie comprende lo que es, y ahora no se puede aducir como razón la necedad de las criaturas marinas. Ninguna ha visto nada semejante. No saben si es comestible o no, peligroso o no, si su ingesta les causará daño o no. Y si finalmente es devorado, quién puede ser entonces el depredador, alguien que no tenga en consideración ninguna de las dudas anteriores, alguien que igualmente, y quizá con una satisfacción mayor, podría engullir una piedra, un bocado de arena, un cadáver agusanado o un anzuelo que lleve prendido algún cebo insípido.

El pulpo fundió a negro los pensamientos de Jon. Descargó su tinta. Entre el nubarrón de color petróleo, Jon vio una pupila rectangular en el centro de un iris de color azafrán, que lo observaba con fijeza, y el ojo se encogió hasta una mota y desapareció cuando el pulpo, mediante una descarga del sifón, se alejó, con su único tentáculo ondulando detrás, como un espermatozoide grueso y parduzco.

Jon emprendió el ascenso. Antes recordó comprobar que seguía teniendo el colgante. La tinta se deshacía en hilachas y colaba haces de sol. Quizá no fueran seis metros de profundidad sino más. Arriba le aguardaban sus hijos y Emilia. No distinguía sus caras, pero las actitudes eran incontestables: el niño con las manos en la cintura, presto a zambullirse en su ayuda; la niña, abrazada a la perra; Emilia con una mano en la frente, a modo de visera, escrutando el agua, preocupada; sus siluetas rodeadas de destellos, deformadas por las ondulaciones de la superficie y hermosas. Disminuyó la velocidad a la que subía, ignorando el apremio de los pulmones, para verlos así unos instantes más, antes de rasgar el velo de la

superficie.

PRIMERA NOCHE

o

El regreso de Markel

(A modo de epílogo)

Después de meses sufriendo molestias, el padre de Jon por fin había accedido a operarse de la próstata. La intervención se había llevado a cabo esa mañana, en una clínica de Gijón, y todo había ido bien. Solo tendría que permanecer ingresado una noche, dos a lo sumo. Emilia había pedido un par de días de vacaciones en la refinería para quedarse con los niños y que Jon pudiera acompañar a su padre.

Durante todo el día, Jon no había dejado de llamarla. Emilia, medio en serio, medio en broma, le había regañado por preocuparse más por ellos que por su padre. No había habido ningún incidente; el niño y la niña se habían portado de manera irreprochable; y ella se desenvolvía casi como en su propia casa, aunque solo pasaba en Ribadesella los fines de semana que se lo permitía su calendario de custodia compartida.

Sin embargo, mientras fregaba los platos de la cena, con los niños todavía sentados a la mesa de la cocina, donde estaban

terminando el postre, experimentaba un apremio creciente. Tal vez, pese a lo reiterado a Jon, sí había padecido una intranquilidad de la que, por estar concentrada en atender a los hijos de su pareja, no había sido consciente. Ahora que se acercaba el final de la jornada, le aguijaba la urgencia de que los niños se fueran a la cama. Necesitaba un momento de soledad y calma antes de acometer la siguiente prueba: pasar su primera noche en la casa sin la compañía de otro adulto. Sofrenó el ímpetu con que manejaba el estropajo. Se dijo que el único motivo por el que eso le despertaba aprensión era la responsabilidad de velar por los niños. Ella también había crecido en una casa grande; más vieja que aquella. En Ribadesella estaba a gusto. Le habían bastado unas pocas visitas para familiarizarse con la vivienda. Cuando estaba en Bilbao, contaba los días que faltaban hasta que pudiera volver. Jon le había propuesto que la próxima vez llevara a su hijo. En algún momento tenía que dar ese paso, ¿no? ¿A qué estaba esperando? Y Emilia le daba la razón, aunque, en su fuero interno, la perspectiva le atemorizaba un poco, como si la casa y su entorno no supusieran ninguna amenaza para ella, pero sí pudieran serlo para su hijo.

Enfrascada en sus pensamientos, no advirtió que los niños, que no habían dejado de parlotear durante la cena, se habían quedado mudos. El sonido de los cubiertos había cesado también. Solo se oían los gemidos de la perra al pie de la mesa, mendigando comida.

¿Qué es eso?, preguntó el niño a media voz.

¿Es normal?, dijo la niña, con un temblor de miedo.

Emilia se volvió. Los niños miraban hacia la ventana. La perra gimoteó de nuevo. Nadie le hizo caso.

Secándose las manos con un trapo, Emilia se acercó a la ventana.

Solo es niebla. Terminad el flan y recoged los platos.

Los niños no se movieron. Tampoco ella dejó de mirar hacia fuera. En efecto, el único cambio en el exterior era la niebla, pero esta no entraba desde el mar, como acostumbraba a hacer en Ribadesella. Lo habitual era que lo primero en cubrirse fuera el monte Corbero y seguidamente la villa. Luego la niebla remontaba la ría, en dirección a la casa, desde donde se la podía ver aproximarse como un frente cerrado detrás del que se disolvían las líneas y las luces de Ribadesella.

Esta niebla descendía del macizo donde la casa se encontraba. Era espesa, se pegaba al suelo y parecía tener la consistencia de un líquido. Como tal, más que caer, se derramaba por la ladera, como si en la cumbre del macizo hubiera una máquina de niebla artificial, como las utilizadas en los rodajes de las películas de terror, pero una máquina gigante, en la que se estuviera derritiendo hielo seco por toneladas.

Los niños se pegaron a Emilia, uno a cada lado. Juntos vieron descender la niebla como una avalancha a cámara lenta. En lo alto de la ladera, de la hilera de eucaliptos que señalaba la linde de la finca, solo los ápices asomaban de la masa blanca, por encima de la cual la luna llena brillaba en el cielo despejado. La niebla llegó al rellano que la ladera formaba ante la ventana de la cocina, se tragó el columpio, un arriate de hortensias y alcanzó la fachada de la casa, contra la que se arremolinó, como una ola al golpear un malecón.

Segundos después, toda la casa quedó enterrada. Emilia imaginó que la niebla proseguía descendiendo la falda del macizo, que rebasaba el seto de pitósporo que cerraba la finca, que saltaba a la carretera, que se derramaba a la ría e iniciaba el avance hacia la villa, en sentido contrario al habitual.

¿Hacemos algo?, preguntó la niña.

Emilia respondió que terminar de cenar, ponerse el pijama y

cepillarse los dientes. Si querían, podían ver un rato la tele antes de ir a la cama.

¿Y la niebla?

Solo es niebla. Mirad. Ya no es tan espesa.

Se empezaba a entrever la silueta de los árboles más cercanos y también la del columpio, aunque este se encontraba a solo unos pasos de la ventana. La perra volvió a gimotear y se alzó, apoyando las patas delanteras en la pared, como si ella también quisiera mirar hacia fuera. Emilia la empujó suavemente para que se bajara.

Todo lo que había al otro lado de la ventana se iluminó por un potente fogonazo. Los niños dieron un respingo. También Emilia. La perra se encogió en el suelo. Duró apenas una fracción de segundo, tras la que regresó la oscuridad. También dentro de la casa estaban a oscuras. Se había ido la luz.

Por su trabajo en la refinería, Emilia sabía bien lo que era un accidente en una subestación eléctrica. Supuso que había sucedido algo similar. Seguramente el fogonazo no había sido muy grande, pero la niebla había multiplicado su efecto, creando la impresión de que la luz provenía de todas partes, como si hubiera sido la propia niebla, cada una de las partículas que la componían, la fuente del destello. Esta asociación de ideas la llevó a pensar, solo en un primer momento, puesto que la deducción carecía de base racional, que el fogonazo se había producido en la cima del macizo, por el mero hecho de que la niebla también había llegado desde allí.

¿Dónde guarda vuestro padre las linternas?

El niño y la niña compitieron por ser el primero en responder.

Más despacio. Repítemelo, por favor. Solo tú, dijo Emilia al niño.

Había dos linternas en un armario de la cocina. Las dos tenían pilas. Emilia se quedó con una y les dio la otra a los niños.

Esperadme aquí.

Fue a comprobar el cuadro eléctrico. Rearmó el automático, pero continuó sin haber luz. Pegó la nariz al cristal de una ventana que daba a la parte delantera de la casa. No vio ningún atisbo de claridad. Las farolas de la carretera también estaban apagadas. La niebla no era tan densa como para ocultar su luz por completo. El fallo eléctrico no se limitaba a la vivienda. Lo único que podían hacer era esperar.

El suelo era mullido. Estaba cubierto por capas y capas de hojas caídas. Respiró hondo. La humedad del aire y el fuerte olor a tierra y a madera mojadas le acabaron de despertar. Así se sentía, como al cabo de un sueño largo y placentero, con el cuerpo entumecido, reacio a moverse.

Estaba en pie. Flexionó los dedos, reconoció su camisa, sus pantalones, los zapatos. Sabía quién era. Se frotó la cara con las manos para despabilarse. Hacía poco que se había afeitado, pero no recordaba cuándo ni dónde. Tampoco cómo había llegado allí, y la niebla no le permitía saber dónde estaba.

La desorientación, no obstante, no era motivo de inquietud. Tampoco la ausencia de respuestas, dado que ni siquiera había empezado a formularse preguntas. La sensación que primaba era el alivio.

Se sentía como debían de sentirse los cangrejos con los que jugaba en la playa cuando era niño. Entonces le divertía explorar las charcas que se formaban en los roquedales al bajar la marea. Atrapaba cangrejos con las manos. Llevaba un cubo de plástico donde guardar sus presas, siempre pequeñas. Los cangrejos grandes le daban miedo.

Siempre albergaba planes ambiciosos para sus cangrejos: observar su desarrollo durante un tiempo, ofrecerles alimentos

inopinados, obligarlos a convivir con especies ajenas a su entorno natural. Disfrutaba convirtiendo el fondo del cubo en un remedo de tal entorno, con arena, unos guijarros y algas arrancadas de las rocas expuestas por la bajamar.

Sin embargo, nunca hizo realidad sus planes. Paseaba el cubo por la playa, mareando a las capturas, o lo dejaba junto a la toalla y se olvidaba de él mientras jugaba en la arena o se bañaba una y otra vez. Llegado el momento de volver a casa, el desánimo caía sobre él. De pronto, los cangrejos le parecían aburridos. Meditaba que investigarlos, convivir con ellos, sería trabajoso y seguramente inútil. Y los días en que se decidía a intentarlo, se topaba con la negativa firme de los adultos que lo acompañaban a la playa. De un modo u otro, terminaba arrastrando los pies hasta la orilla y devolviendo la libertad a los cangrejos.

Si al obrar así sufría alguna decepción, esta expiraba con rapidez. La verdadera emoción residía en el hostigamiento y en la captura de las presas, y, en una medida menor, en el deleite de sentirse amo de aquellas criaturas, con control pleno sobre su destino, aunque solo fuera por un rato.

Ahora, en el bosque, sentía, por encima de todo, alivio, igual que los cangrejos recién liberados cuando se apresuraban a regresar al agua, a lo que les era familiar.

Sabía que estaba en un bosque porque la niebla retrocedía, despejando un claro circular, cuyo centro ocupaba él. Era más bien un bosquecillo, un soto. Las palabras acudían a su cabeza a medida que la pereza mental se retiraba, simultáneamente a la niebla. Sabía que los árboles eran castaños. Sabía que la zanja en el suelo, a unos pasos de donde estaba, eran los restos de un antiguo horno de cal. Reconoció el lugar. Estaba en Ribadesella. Cerca de la casa de Jon.

Tuvo un sobresalto. De entre la niebla, desde diferentes lugares,

llegaron ruidos. Vegetación sacudida, ramas partidas, hojarasca pisoteada. También gruñidos.

El niño repitió que había oído algo fuera. Su hermana y él seguían pegados a la ventana, apuntando al exterior con su linterna.

Emilia había dejado la otra linterna, encendida, sobre la encimera de la cocina y retomado sus tareas, como si no sucediera nada a lo que mereciera la pena conceder atención. Había terminado de recoger la mesa y estaba secando los platos.

Yo no he oído nada. ¿Tú has oído algo, cariño?, preguntó a la niña.

No. Pero ahora hay menos niebla.

¡Escuchad! Lo he oído otra vez, dijo el niño. En el monte.

Emilia miró hacia fuera. No vio ni oyó nada. Giró la manilla de la ventana.

¡No abras!, dijo la niña.

¿Por qué? No pasa nada.

Si abres, entrará la niebla.

Estaba asustada de verdad.

De acuerdo, dijo Emilia. No pasa nada, repitió. Me voy a asomar a la puerta. Vosotros esperadme aquí.

Cogió su linterna y fue a la puerta trasera de la casa. En cuanto la abrió, la niebla se derramó sobre sus pies, cubriéndolos, le subió hasta los muslos, se extendió por el recibidor y se dividió. Una parte continuó de frente y resbaló por las escaleras, camino de la planta baja; otra, dobló hacia la derecha y siguió el pasillo hacia las habitaciones; y una tercera, tomó el pasillo de la izquierda, a cuyo extremo estaba la cocina. Los niños la vieron acercarse. Retrocedieron de espaldas, sin dejar de apuntar a la niebla con su linterna, como si fuera un animal al que se pudiera deslumbrar. Se

esparció sobre los azulejos. Ellos siguieron reculando y entraron en la despensa. Se encaramaron al arcón congelador. Subieron también a la perra. La niña la abrazó con fuerza. La niebla los siguió hasta allí dentro y el suelo de la despensa quedó cubierto por un lecho blanquecino de un palmo de espesor. No llegó más arriba. El arcón congelador estaba junto a una ventana que daba a la parte trasera de la casa. Miraron hacia fuera, donde vieron el haz de luz de la linterna de Emilia escrutar la niebla.

Los ruidos se alejaron. No llegó a ver qué los producía. La niebla retrocedía, pero los ruidos lo hacían a mayor velocidad.

El alivio no era ya la sensación preponderante. Había dejado de serlo en cuanto supo dónde estaba, y que bastaba con que saliera del bosquecillo, pasara sobre el murete de piedra seca que discurría al pie de la hilera de eucaliptos y bajara la ladera para llegar a la casa de Jon y Katharina.

Los sentimientos que ahora asfixiaban a todos los demás eran el reproche y la aversión. Experimentarlos fue, asimismo, volver a un lugar familiar, donde había residido el último periodo de su vida, rumiando el perjuicio causado por aquellos dos, manteniéndolo vivo e íntegro en el recuerdo, agigantándolo incluso, y anhelando la oportunidad de reencontrarse con ellos para ajustar cuentas.

Emilia refrenaba las ganas de llamar a Jon. ¿Había alguna justificación para hacerlo, más allá de mendigar consuelo? ¿Qué le diría? ¿Le explicaría lo que estaba pasando y le preguntaría si entre todas las cosas que habían sucedido en la casa, o que él afirmaba que habían sucedido, existía algún precedente? Y él respondería: ¿Precedentes de qué? ¿De niebla? ¿De apagones? Y ella no sabría

qué decir, y se sentiría avergonzada, y se arrepentiría de haberlo alarmado sin motivo, porque él, aunque en ese momento no se lo echara en cara, dudaría de su competencia para encargarse de los niños. Es más, quizá, de pronto, dudaría de toda ella, de cada una de sus cualidades, incluyendo su integridad y su compromiso. Le surgirían interrogantes acerca de la medida en que podía confiar en su pareja.

Apuntaba con la linterna hacia la niebla. Al principio no distinguió nada, pero al cabo de un momento la luz llegó al gallinero. Luego, más allá.

La niebla se retiraba con rapidez, como había llegado. Sobrevivían hilachas prendidas a la base de los árboles.

Un crujido en la parte alta de la ladera, cerca de los eucaliptos, la sobresaltó. Apuntó hacia allí con la linterna, sin distinguir nada. ¿Era eso lo que el niño había oído?

A su derecha, el haz de otra linterna bailaba en la ventana de la despensa. Los niños pegaban la cara al cristal.

Otro crujido, más cercano. Y de inmediato, un segundo y un tercero, más cerca también, y gruñidos.

En un primer instante no supo qué eran, ocultos por la oscuridad, la maleza y los residuos de niebla. Parecían rocas que rodaran por la ladera, dando botes, hacia la casa, como una técnica de asedio primitiva. Hacían quiebros repentinos, entrechocaban, se revolcaban y continuaban bajando, grandes y pequeños. Sin suministro, el pastor eléctrico tendido por el padre de Jon, no sirvió de nada. Los jabalíes lo arramblaron sin frenar su carrera.

Había media docena de adultos, aunque la oscuridad y la confusión causaban que parecieran muchos más. Los jabatos eran incontables. A medias trotaban, a medias bajaban rodando.

Cuando llegaron al gallinero, la estampida se dividió en dos para

evitarlo y cada grupo desapareció por un costado de la casa. Solo quedó algún rezagado.

Un jabato tropezó mientras trataba de esquivar el gallinero, cayó dando vueltas por un costado e, incapaz de detenerse, se estampó contra la casa, a escasos dos metros de Emilia, que le apuntó con la linterna. El jabato se puso en pie y se alejó cojeando.

La madre del jabato sí esquivó el gallinero. Temiendo que su cría se hallara amenazada, arremetió contra Emilia.

Si estaba al lado mismo de la casa de Jon y Katharina, ¿por qué no habían salido a recibirlo? ¿Es que no les interesaba lo que tenía que contarles? ¿Habían tardado tan poco en olvidarse de él? ¿Se habían vuelto a acomodar en su vida fácil, regalada, en sus cuchicheos, en su falsa modestia, detrás de la que no había nada más que arrogancia y un egoísmo rayano en lo monstruoso?

Esta vez no se librarían de él tan fácilmente. Estaba resuelto a decirle a Jon lo que le tenía que decir, cuál era su propósito, cuál su legitimidad. En esta ocasión, sin rodeos ni miramientos. No se volvería a ir de la casa sin lo que quería.

Echó a caminar. La claridad de la luna le ayudó a encontrar el camino.

En la hilera de eucaliptos se detuvo y miró hacia abajo. Las luces de la casa estaban apagadas. No vio más que destellos detrás de una ventana, como si dentro alguien se moviera con una linterna. También llegó hasta él, en la quietud de la noche, un estrépito de rotura de objetos.

No sabía qué estaba pasando, pero eso no le hizo variar de intención.

Al pasar por encima del murete que corría parejo a los eucaliptos, cogió una piedra que parecía hecha a la medida de su

mano, con aristas afiladas.

No tuvo tiempo de cerrar la puerta. Saltó a un lado justo antes de que el jabalí entrara en tromba. El animal impactó contra una pared, bajo un espejo que se tambaleó con el golpe. Aturdido, resopló y giró sobre sí mismo, decidiendo hacia dónde dirigirse. El recibidor estaba en el centro del pasillo. En un extremo, los dormitorios; en el otro, la cocina.

No, por ahí no, por ahí no.

Emilia no supo si lo pensó o si lo dijo en voz alta.

Vamos, sal, sal de aquí.

¿Qué pasa?, preguntó la niña desde la despensa, y seguidamente llegó una ráfaga de ladridos de la perra.

¿Voy? ¿Te ayudo?, preguntó el niño, gritando para hacerse oír.

¡No!, gritó a su vez Emilia. ¡No os mováis de ahí!

Espantado por los gritos y los ladridos, el jabalí corrió hacia las habitaciones. Emilia no perdió ni un segundo. Se apresuró a regresar a la cocina, donde se subió de un salto a la mesa. Antes de llegar, oyó un fuerte golpe a su espalda, aunque no por eso se detuvo. El jabalí había embestido contra una puerta y, a juzgar por el ruido, debía de haberla sacado de los goznes.

¿Estáis bien?

Sí.

Yo también.

La perra no dejaba de ladrar, revolviéndose en brazos de la niña.

No la sueltes. Agárrala fuerte.

¿Ha entrado un jabalí?, preguntó el niño, asustado. ¿Dónde está?

Desde donde se encontraba, Emilia veía toda la extensión del pasillo y también la despensa, donde los niños seguían sobre el

arcón congelador.

¡No bajéis de ahí! ¡Pase lo que pase no bajéis de ahí!

¿Por qué?, preguntó la niña. ¿Qué va a pasar?

Emilia no respondió. Jadeaba de pura inquietud, mirando hacia la habitación del fondo. Llegaban sonidos de impactos y de rotura. En el pasillo y en el suelo de la cocina quedaban restos de niebla, revueltos por las carreras.

¿Dónde está?, quiso saber la niña. Emilia, por favor, dinos algo.

En tu habitación.

La niña soltó una exclamación de espanto. Lo que oía era su cama, su mesilla, su lámpara, su armario, sus juguetes al romperse, pisoteados por las pezuñas del jabalí, duras como el hierro.

¡No os mováis!, los amenazó Emilia, desahogando la angustia con los niños.

En la habitación se hizo el silencio. De pronto, lo único que se oía eran los ladridos de la perra, a la que era imposible callar.

Emilia dio un respingo cuando sonó su móvil. A punto estuvo de dejar caer la linterna. Era Jon. No respondió la llamada. Vio al jabalí salir de la habitación de la niña y entrar en la del niño.

¿Qué pasa?, preguntó el niño. ¿Ha hecho algo?

Está en tu habitación.

Al niño le bastó oírlo para saltar del arcón congelador, coger la escoba que había en un rincón y salir de la cocina dando voces.

Espantada, Emilia lo vio correr por el pasillo y detenerse en el recibidor. Con la linterna en una mano y la escoba en la otra, el niño gritó: ¡Sal de mi casa!

Mirando por la ventana de la cocina, se preguntaba quiénes eran aquellas personas. En un primer momento, pensó que la mujer era Katharina, pero cuando el haz de una linterna le iluminó la cara vio

que no.

¿Dónde estaban Jon y Katharina? ¿Aquella mujer y aquellos niños tenían alguna relación con ellos?

También le enojaba que no le prestaran atención, pese a lo ocupados que estaban.

Decidió esperar antes de entrar en la casa; la puerta trasera estaba abierta de par en par. Los observaría un poco más, tal vez obtuviera alguna pista acerca de quiénes eran.

En cuanto a prestarles ayuda, no se le pasó por la cabeza hacerlo. Fueran quienes fueran, no debían estar allí.

Quedó a la espera de lo que fuera a pasar, sin soltar la piedra.

La perra se zafó de los brazos de la niña, saltó al suelo y corrió detrás del niño. Juntos se plantaron en el recibidor; uno, aporreando el suelo con el mango de la escoba; la otra, ladrando.

Consiguieron lo que se proponían. El jabalí salió de la habitación y los miró. Se encaminó hacia ellos al trote.

Emilia saltó de la mesa. La perra se había adelantado para plantar cara al jabalí. Este se movió a la derecha, a la izquierda, tratando de alcanzar al niño, pero la perra no cesaba de cortarle el paso.

Esa breve pausa bastó a Emilia para agarrar al niño por el cogote y tirar de él hacia la cocina. Estaba más que dispuesta a abofetearlo si se resistía. Sin embargo, no fue necesario. Ver de cerca al jabalí había anulado el arrojo del niño, que soltó la escoba y corrió con Emilia a la cocina. Los dos se subieron a la mesa. La perra calló repentinamente en mitad de un ladrido.

Harto de intentar esquivarla, el jabalí la había embestido. Emilia y el niño vieron a la perra lanzada hacia arriba. Golpeó el techo y cayó al suelo como un almohadón empapado.

¿Qué pasa? ¿Qué pasa?, quiso saber la niña.

Desde la despensa no podía ver el pasillo.

No te muevas, dijo Emilia, sin despegar la mirada del jabalí.

Este se acercaba trotando. Justo antes de llegar a la cocina, quizá deslumbrado por la linterna de Emilia, dobló a la derecha y entró en la sala de estar.

¿Los niños eran hijos de aquella mujer? ¿Quién era? Jon no tenía ninguna hermana. De eso estaba seguro.

Los ladridos de la perra le recordaron que también él tenía perros, dos pastores alemanes. Edgar y Edmund. ¿Dónde estaban? ¿Por qué no habían salido a recibirlo como solían hacer? ¿Es que ya no le importaba a nadie? Se empezaba a sentir como un cabo suelto condenado a quedarse así, como una promesa pendiente que, con el paso del tiempo, había dejado de despertar curiosidad. Nadie se hacía preguntas sobre él porque otros acontecimientos, más cercanos, más perentorios y de mayor entidad, atraían toda la atención.

Emilia encontraba consuelo —poco— en que los muebles fueran nuevos. No quedaba nada con historia. Los tocadores, los armarios, las camas fabricadas con maderas adquiridas en Cuba por la familia de Jon se habían vendido hacía mucho.

Desde la sala de estar llegó un crujido de cristal al romperse.

La tele, susurró el niño.

No hubo más ruido. En el pasillo quedaban restos de niebla, en la unión de las paredes con el techo, como telarañas.

¿Qué pasa?, dijo el niño.

Cállate, susurró Emilia, con voz plana, esforzándose por

escuchar.

¿Qué hacemos?, preguntó él.

Te he dicho que te calles, respondió Emilia, a la vez que le apretaba el brazo con intención de hacerle daño.

El niño hizo una mueca de dolor y se calló.

Despacio, sin dejar de mirar hacia la puerta, poniendo cuidado en no hacer ruido, Emilia bajó de la mesa. Se llevó el índice a los labios para ordenar a los críos que no abrieran la boca.

Había dado un par de pasos hacia la despensa cuando se detuvo. Por señas, le indicó al niño que la siguiera. Si el jabalí había sacado una puerta de los goznes, seguro que también podía volcar una mesa.

Obligó al niño a subirse al arcón congelador y repitió la orden de silencio.

Abrió el armario donde se guardaban los artículos de limpieza. Cogió una botella de amoníaco. Desenroscó el tapón. Luego tal vez no tuviera tiempo. Los niños la miraban con los ojos muy abiertos. Cogió su móvil y lo desbloqueó. Se lo entregó al niño y pegó la boca a su oreja para hablarle.

Si me pasa algo. Llama a tu padre.

Él siguió mirándola fijamente. Emilia le dio un par de cachetes, como los que se le aplican a alguien que ha perdido el sentido.

¿Entendido?

Asintió. La niña se había acurrucado detrás de él. No dejaba de temblar. Tenía tanto miedo que ni siquiera se atrevía a preguntar qué había sido de la perra.

Emilia volvió a acercarse a la oreja del crío.

Llama *solo* si me pasa algo. Y que no se os ocurra bajar de aquí.

Cogió la botella de amoniaco y la linterna.

Se movió con la espalda pegada a las paredes y la linterna

apuntando al suelo. Al salir de la despensa, cerró la puerta. Hizo lo mismo cuando salió de la cocina.

Entró en la sala de estar conteniendo la respiración. Si el jabalí la atacaba, ella echaría a correr e intentaría salir de la casa. Al menos, sacaría de allí al animal.

Continuaba sin oírse nada. No dejó de mantener la linterna baja. La mesa de centro donde Jon y su padre acumulaban periódicos y suplementos culturales atrasados estaba volcada. En efecto, tendrían comprar un aparato de televisión nuevo. Cuando vio al jabalí, sintió que se le paraba el corazón.

Estaba en el sofá junto a la ventana, tendido como un gato, con las patas delanteras plegadas bajo el corpachón. Se dedicaba a restregar el hocico contra el cristal, embadurnándolo con un rastro mocoso, como si olfateara el exterior. El sofá estaba manchado de sangre. Se debía de haber herido al arremeter contra los muebles, o tal vez fuera sangre de la perra.

Para dejar libre la salida, Emilia rodeó la sala de estar pegada a las paredes, subiéndose a los sillones cuando era necesario. El jabalí la miró de reojo.

Cuando no se atrevió a acercarse más, vertió al suelo un chorro de amoníaco. El fuerte olor le hizo apartar la cara, pero al jabalí no le arrancó ninguna reacción. Volvía a mirar hacia fuera, sin hacerle caso.

Lo intentó de nuevo. El amoniaco salpicó la tapicería. Envalentonada, y también porque quería que aquello terminara lo antes posible, del modo que fuera, pues los vapores la estaban mareando, sacudió la botella con mayor fuerza. Más amoniaco fue a parar a la tapicería, e incluso mojó el hirsuto pelaje del jabalí, que se puso en pie, reculó apartándose del olor y se cayó por un lado del sofá. Se levantó atropelladamente, patinando, aturdido por los

vapores. Emilia estiró los brazos, le apuntó con la linterna y con la botella de amoniaco, una actitud absurda, pero la linterna y la botella eran cuanto tenía para defenderse.

El jabalí resopló y salió de la sala de estar a la carrera. En el pasillo, patinó. Emilia reconstruyó su recorrido por el ruido de las pezuñas. Cuando el jabalí iba por mitad del pasillo, se hizo el silencio. ¿Había salido de la casa?

Fue a comprobarlo, sin dejar de apuntar hacia delante con la linterna y la botella. Pasó con cuidado por encima del cuerpo de la perra. En efecto, se había ido.

Soltó la botella de amoníaco y levantó a la perra. No lamentaba su muerte. Que el incidente hubiera concluido con esa única pérdida le parecía un resultado más que aceptable. Además, ella no había sido la responsable. Si el crío hubiera tenido más cabeza y se hubiera quedado en la despensa, la perra seguiría viva. Dejaría que él llegara a la conclusión por sí mismo.

Iba a cerrar la puerta de la casa cuando se acordó de algo. Volvió corriendo a la despensa y le arrebató el móvil al niño.

Entró en la casa y se quedó plantado en el recibidor. En la cocina, la mujer había dejado al perro muerto sobre la mesa. Los niños lloraban. Ella consolaba a la niña.

Esperaba que ahora sí se fijaran en él. Iba a decir algo para anunciar su presencia, pero se interrumpió antes de que ningún sonido saliera de su garganta. Alguien subía las escaleras que llevaban a la planta baja.

No había más luz que la de las linternas, y ambas estaban en la cocina. Una silueta se detuvo a mitad de las escaleras. Era delgada. Llevaba una vestimenta larga, hasta los tobillos, ceñida a la cintura, una bata o un hábito. Las manos a la espalda. Era cuanto pudo

distinguir. Descartó que fuera Jon. Descartó también a Katharina.

Le extrañó que hubiera alguien más en la casa y que esa persona no hubiera hecho aparición hasta ese momento. ¿Había estado todo ese tiempo en el piso de abajo, escondida del jabalí?

Buenas noches, dijo la silueta.

Tenía voz de mujer mayor, cordial.

Hola, dijo él.

¿Quién eres?

Markel.

Me lo había parecido. Bienvenido.

Gracias, acertó él a decir.

Miró hacia la cocina. La mujer y los niños seguían alrededor del perro. Parecía como si no los oyeran.

Markel, dijo la silueta. Sí. Me acuerdo de ti.

¿De veras?

El primo de Jon. Primo segundo. Venías a casa de niño. También viniste después, pero recuerdo mejor tus primeras visitas. Tenías un juguete que te gustaba mucho, un *jeep* de safari. También un muñeco de un rinoceronte.

Es verdad, dijo Markel, emocionado; hacía décadas que no lo recordaba.

Te encantaba jugar en el jardín. Escondías el rinoceronte entre la hierba.

Sí, sí, respondió él.

No sabía con quién estaba hablando, pero aquella mujer lo conocía, se acordaba de él y le estaba prestando atención.

¿Quién es usted? Me temo que no la recuerdo.

El llanto de la niña había bajado de intensidad. Mientras le acariciaba el pelo para tranquilizarla, Emilia se sentía profundamente bien. Se

sentía parte de la familia, en una medida mayor a la experimentada hasta entonces. Se las había apañado para que los niños no sufrieran daño y había sido testigo de una muerte en la casa, aunque solo fuera una muerte menor, de una criatura de la que se recordaría no tanto lo que había sido en vida como las dramáticas circunstancias de su fin.

El niño preguntó si no iban a llamar a su padre.

Emilia lo sopesó. Decidió que enviaría un mensaje a Jon diciéndole que antes estaba ocupada acostando a los niños. Por eso no había respondido. Añadiría que todo iba bien y que hablarían por la mañana.

Os diré lo que haremos. Vamos a recoger y a limpiar. ¿Me ayudáis? ¿Somos un equipo?

Ellos asintieron y Emilia se alegró. Era imposible que se durmieran de inmediato. El trabajo rebajaría la emoción y les ayudaría a conciliar el sueño.

Seguro que la luz volverá pronto. Entonces nada parecerá tan grave. Llamaremos a vuestro padre por la mañana.

Markel había oído la conversación en la cocina. La mujer no era la madre de los niños. Entonces, ¿quiénes eran sus padres? Jon y Katharina no tenían hijos.

Estás cansado, dijo la silueta en las escaleras. ¿Por qué no te acuestas un rato? Te buscaré una habitación donde estés cómodo.

¿Quién es la mujer?

Alguien que lo ha pasado mal y que también se merece un descanso. Ha protegido a los niños y la casa. Estoy orgullosa de ella.

Markel se rio, desdeñoso.

¿La casa?, preguntó, y abrió los brazos en un gesto con el que pretendía abarcar los destrozos; los que se hallaban a la vista y los

que no.

La silueta no dejó de dirigirse a él de modo amable, aunque en su tono se trasparentó una vena de dureza.

Esta casa ha sufrido daños mucho mayores y siempre ha contado con manos atentas y expertas para sanarlos. ¿Para qué quieres la piedra?

Markel se había olvidado de ella.

No la necesitas. Puedes dejarla en la consola que hay a tu espalda. Así, muy bien. ¿Sabías que una noche, durante una tormenta, la rama de un árbol se clavó en el tejado? Una rama tan grande que parecía un árbol. Atravesó el techo de una habitación, justo encima de una cama donde, por suerte, en ese momento nadie estaba durmiendo. En otra ocasión, mucho antes, en otra habitación, un bebé dormía en una cuna al pie de una ventana abierta. Empezaron a entrar avispas, docenas, puede que cientos, aunque esto quizá sea exagerar, y se posaron en la colcha que cubría al bebé. Formaron una segunda colcha, que bullía y se ondulaba. ¿Lo imaginas? Y el niño se despertó y se movió. Y aun así no le pasó nada. Las avispas alzaron el vuelo y salieron por la ventana, sin que ni una sola le hubiera picado. ¿Habías oído estas historias?

Markel negó con la cabeza, sin caer en que, a oscuras, la silueta no podía verlo.

Te las contaré mañana. Esas y otras. ¿Te gustaría?

Él asintió.

Te las contaré todas. Prometido.

Y añadió: Seguro que también tienes muchas preguntas, pero antes es mejor que descanses.

Él volvía a mirar hacia la cocina. La mujer y los niños estaban hablando. Quería oír qué decían. Tal vez fuera importante.

Déjalos tranquilos. Tienen trabajo que hacer. Yo me encargaré

de ti. ¿Te parece bien?

No lo sé.

Esta casa siempre te ha gustado.

Sí. Yo quería vivir aquí.

¿Lo sigues queriendo?

Creo que sí.

Acompáñame a tu habitación. Además de preguntas, tendrás hambre. Te prepararé algo de comer. En este momento no me es posible, pero cuando te despiertes, lo tendré resuelto.

No obstante, él seguía siendo reacio. Le atraía lo que pasaba en la cocina.

Los niños que jugabais aquí no dejabais de perder juguetes en el jardín. Aparecían mucho después, al segar la hierba o podar los setos. Los jardineros los recogían. En algún sitio hay una caja repleta. Tal vez encuentres alguno de los tuyos.

La silueta comenzó a bajar las escaleras y Markel la siguió.

Él iba a tientas, agarrándose al pasamanos. La silueta seguía llevando las manos a la espalda, un gesto formal que, por fuerza de la costumbre, se había convertido en natural para ella, lo mismo que caminar con la cabeza bien alta. Seguramente, pensó Markel, era una de esas personas que hacen gala de ir así por la vida, con la cabeza lo más alta posible, en todo momento y al margen de lo adversas o ingratas que sean las circunstancias. A él le amedrentaban tales personas. En su talante veía una reprobación a todos quienes no se hallaban dotados para desenvolverse de igual modo.

La silueta llegó al pie de las escaleras, giró a la derecha, hacia donde Markel recordaba que estaba el despacho del padre de Jon, y, de inmediato, a la derecha de nuevo. A Markel le sorprendió con cuánta desenvoltura se desplazaba en la oscuridad, que en el piso

de abajo era mayor. La silueta llegó al extremo del tramo de pasillo y se detuvo a esperarlo. Su contorno se recortaba contra la pared del fondo, oscuridad sobre oscuridad. Dobló a la izquierda. Markel se tranquilizó. Conocía el camino. La silueta lo conducía a la habitación donde él se alojó en su última e infausta visita; infausta a la postre, pues durante los primeros días había sido feliz en la casa. Así lo quería recordar.

Caminaba tanteando la pared. Lo guiaba el faro negro de la silueta. Ya debían de estar llegando. El pasillo, recordaba, concluía en un cuarto de baño con suelo de mosaico blanco y negro y sanitarios verde menta, de estilo *art decó,* donde siempre había un olor que le hacía pensar en una marisma, entre rancio y salado, para nada incómodo. A la izquierda del cuarto de baño estaba su habitación. Se sentía muy cansado. Agradecía la oportunidad de tumbarse. Más aún la de volver a despertar en aquella habitación a la luz del día, con su amplia ventana, frente a la que crecían dos cipreses tan juntos que parecían un único árbol. Entonces podría conocer a la mujer y a los niños. Se presentaría, el primo de Jon, primo segundo, para lo que necesitéis… A lo mejor os puedo echar una mano sacando los muebles rotos…

¿Cuánto tiempo llevaban caminando? Tenían que estar a punto de llegar. De pronto la silueta dobló a la derecha y él apretó la zancada para no perderla de vista. No recordaba aquel recodo. Avanzaban por un tramo tan oscuro como el anterior y, al parecer, incluso más largo. Se dijo que, en algún momento, se había desorientado. Avanzar a ciegas agrandaba las distancias. Aunque no despegaba la mano de la pared, no tocó ninguna puerta, ningún cuadro, nada salvo una superficie desnuda, rugosa y fría. El pasillo volvió a girar a la derecha. Si sus recuerdos eran mínimamente veraces, no podían seguir en la casa; esta no era de dimensiones tan

extensas ni de distribución tan intrincada. Aún tendrían que caminar más y dejar a su espalda unos cuantos recodos hasta alcanzar su destino, pero antes de que eso sucediera, la silueta le dijo, sin interrumpir el paso, que se encontraría muy cómodo en el sitio reservado para él, donde se podría quedar durante todo el tiempo que deseara, pues aquella era su casa.

Nueve relatos magistrales: la memoria, el miedo, la infancia, los muertos y la casa de la que nunca hemos terminado de salir. Toda la literatura de Jon Bilbao latiendo bajo un mismo techo.



Jon Bilbao lleva años construyendo un mundo literario con una casa en el centro: una vivienda familiar en un pueblo marinero del norte, visible desde la otra orilla de la ría, que se alza sobre un macizo calcáreo lleno de cuevas. Esta es tu casa reúne nueve relatos que orbitan alrededor de esa casa y de quienes la habitan, la codician o la temen. En ellos conviven la posguerra y el terror contemporáneo, la autoficción más expuesta y el género más puro, la infancia y los mares bloqueados de la Guerra de los Seis Días. Lo que los une es la casa como organismo con memoria propia, capaz de acoger o de expulsar, de custodiar secretos o de fabricarlos. Este es el libro con

el que Bilbao cierra círculos y abre otros nuevos. El lector que llegó a él a través de *Basilisco, Estrómboli* y *Los extraños* reconocerá la misma tensión entre el refugio y la amenaza, el mismo instinto para convertir lo doméstico en territorio de suspense, pero encontrará aquí algo más íntimo y más inquietante.

CITAS

«Una obra que podrá ser leída con respeto dentro de cien años.» —*El Confidencial*

«Jon Bilbao posee una maestría fuera de lo común.» —*Babelia*

«Lo suyo, lo de Jon Bilbao, es trascender la literatura.» —*Zenda*

Jon Bilbao (Ribadesella, 1972) es ingeniero de minas y licenciado en Filología Inglesa. Es autor de los libros de cuentos *Como una historia de terror* (2008; Premio Ojo Crítico de Narrativa), *Bajo el influjo del cometa* (2010; Premio Tigre Juan y Premio Euskadi de Literatura) y *Física familiar* (2014), que Impedimenta recuperó en 2025 en la colección Antes del volcán junto con tres relatos inéditos. De los inicios de su carrera literaria cabe destacar también las novelas *El hermano de las moscas* (2008), *Padres, hijos y primates* (2011; Premio Otras Voces, Otros Ámbitos) y *Shakespeare y la ballena blanca* (2013). En Impedimenta ha publicado asimismo el volumen de relatos *Estrómboli* (2016), el tríptico *El silencio y los crujidos* (2018) y la saga western formada por *Basilisco* (2020, Premio de las Librerías de Navarra), *Los extraños* (2021), *Araña* (2023) y *Matamonstruos* (2024), una colección de historias que alternan pasado y presente, ficción y realidad. Actualmente reside en Bilbao.

Edición en ebook: agosto de 2026

Copyright © Jon Bilbao, 2026
Autor representado por The Ella Sher Literary Agency
Imagen de cubierta: *Scent and Sensibility*, de Aaron Harker
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2026
Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

IMPEDIMENTA
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2024,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros)

www.impedimenta.es

ISBN: 979-13-87641-99-3

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Esta es tu casa

Lo que sucedió en la cueva

Explotación

Variación sobre un viaje en coche por Big Sur

Viven muchas personas ahí dentro

Recordatorio

Experiencia no física

Un fin de semana largo

Conversación en un gallinero

Primera noche

Sobre este libro

Sobre Jon Bilbao

Créditos